

RUFINO BLANCO FOMBONA

EL HOMBRE DE ORO



LIVRES

El hombre de oro fue publicada en 1915, su argumento no es difícil de resumir, es la contienda de la nostalgia contra el progreso. Fombona, con su ironía —el modo más fuerte y eficaz de decir las cosas— desenmascara en esta novela a sus dos pasiones: el venezolano y su política.

RUFINO BLANCO FOMBONA

EL HOMBRE DE ORO



El hombre de oro

Rufino Blanco Fombona, 1915

r1.1

Primera edición electrónica: Noviembre de 2020

Producido por Livres para su distribución libre y gratuita. Livres es un proyecto sin fines de lucro que produce ediciones digitales modernas de literatura venezolana clásica.

www.livres.org.ve

El texto de esta obra se encuentra en el dominio público venezolano. Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente este libro electrónico siempre que sea con fines no comerciales y no profesionales.

ÍNDICE

Prólogo

Primera parte

- I. Donde aparece Cirilo Matamoros
- II. Camilo y Tomasa
- III. Interior de usurero
- IV. El perfume de las dos damas
- V. Los Agualonga
- VI. Una sobrina como hay pocas
- VII. No es tan feo el tigre como lo pintan
- VIII. El sacrificio de Olga
- IX. El palique de los novios
- X. Un liberal como hay muchos

Segunda parte

- I. El crustáceo
- II. Reumatismo y mal de amores
- III. En busca de Hipócrates
- IV. La hemorragia del gañán
- V. Lo que sabe el attaché de la Legación de Chile
- VI. La protesta de adhesión
- VII. El adiós del caserón

Tercera parte

- I. Nunca falta un roto para un descosido
- II. Una casita que tortura a Eufemia y salva a Rosaura
- III. La onza triunfante
- IV. Bellas luchas democráticas
- V. La desgracia de Cirilo
- VI. El don Camilo de Oro
- VII. Irurtia en Hacienda

VIII. La charada

IX. El negocio de Acteón

Autor

PRÓLOGO

RUFINO BLANCO FOMBONA FUE UN HOMBRE DE ACCIÓN. Conflictos políticos, múltiples sentencias a prisión, exilios, amores y duelos a muerte; la controversia constituyó tanto su vida como lo que escribió. Nace en Caracas en 1874, muere en Buenos Aires en 1944. En uno de sus diarios afirmaría: «El país americano a quien menos debo hasta ahora, o uno de aquellos a quienes menos debo es Venezuela mi país nativo. Al contrario, me ha perseguido encarnizadamente, me ha negado...». Se dedicó a las letras y a la política, fue funcionario, cónsul y luego poeta. Se batió a tiros con un Edecán del Presidente de la República, por lo que mereció cárcel. Profesó el culto de la libertad y el de Bolívar.

Su obra literaria fue más admirable por su honestidad que por su imaginación, lo que haría de él un destacado historiador y ensayista. La novela y el cuento fueron sus medios para mezclar ficción con realidad política, siendo estos los propicios para el cultivo de sus sátiras. Fue, en sus palabras: «romántico de temperamento, pero apasionado defensor de realidades tangibles». Condenó la *barbarocracia* —termino que acuñó al gobierno de Juan Vicente Gómez— que regía en Venezuela y buscó siempre plasmar ese sentimiento revolucionario tanto literario como político en toda su obra. Alguien ha sospechado que toda labor literaria es fatalmente autobiográfica; en la escritura de Fombona vemos reflejada su prominente masculinidad, su pródiga vitalidad y energía que no debilitan su sensibilidad.

El hombre de oro fue publicada en 1915, su argumento no es difícil de resumir, es la contienda de la nostalgia contra el progreso. La imagen plasmada de Venezuela es la de un país sin memoria, en plena decadencia ciudadana; las hermanas Agualonga —antagonistas de la historia— representan las costumbres antiguas: El respeto a la memoria familiar y el patriotismo; el resto de los personajes, mas modernos y menos virtuosos, admiten la sucesión de la trama y pueden ser descritos con una sentencia de Manuel Díaz Rodríguez: «La razón y el fin de su política se llamaban

“lucro”. Su ley se llamaba “lucro”». Creo en la crítica sincera como señal de estima, Fombona, con su ironía —el modo más fuerte y eficaz de decir las cosas— desenmascara en esta novela a sus dos pasiones: el venezolano y su política.

ALBERT MONTIEL

PRIMERA PARTE

I

DONDE APARECE CIRILO MATAMOROS

Es domingo, un domingo de junio. El sol de las once cae, tórrido y dorado, sobre los techos rojos de la ciudad; reluce en los muros de las casas, pintados ya de tenue ocre, ya de manzana, ya de siena indeciso, ya de azul desvaído, ya de anaranjado muriente, y reverbera en las calzadas arrancando al asfalto tonos de pavón gris.

La longa y recta avenida, radia alegría.

Por entre el abigarrado público dominguero y endomingado de la chica y risueña ciudad discurren, a paso procesional, grupos de muchachas elegantes vestidas de colores claros, ledos. Charlan en vos alta las mujeres entre sí o bien con hombres que las acompañan. Recién salidas de la última misa, pasean antes de restituirse al hogar. Las madres, en ocasiones, siguen los grupos juveniles, bamboleando sus gruesas moles cincuentonas. Parejas enamoradas se aíslan, adelantando el paso o retardándolo, bajo la amplia flor de oro o de púrpura de la sombrilla abierta.

Nutrida fila de coches enderezase avenida abajo. Sube otra fila de coches hasta desgranarse y perderse en los barrios del centro.

En algunas ventanas se enraciman mujeres, ávidas de ver y de ser vistas; en otras, pelan la pava novios imberbes con novias de quince años. De aquí y allá sale, por algunas de estas abiertas ventanas, una racha de vals criollo, o algún lírico lamento germánico.

Tal cual cocinera retardada apresurase camino de su cocina, cimbrándose al peso de la cesta de compras, por cuyos bordes asoman la

cabeza colorada los rábanos, o verdes y refrescantes colas, repollos y lechugas.

* * *

En el término de la Avenida, donde concluye, puede decirse, la ciudad y empiezan arrabales que parecen una invasión a la campiña por casucas audaces, desemboca un campesino endomingado, caballero en un cuartago de pocas orines y pocas carnes.

Erase aquel jinete Cirilo Matamoros, abacero y curandero de un caserío vecino, Chacao. ¡Qué celebridad la suya, entre los campistas, en varias leguas a la redonda!

Pequeño, regordete, cuarentón, su figura insignificante no denuncia el pozo de ciencia campesina. Cirilo Matamoros, mestizo peliparado y casi lampiño, pues sólo un bigotillo de cuatro pelos negrea en su labio superior, tiene por contraposición un bosque de cerdas en las cejas. Aquella hirsuta barra de cerdas que se eriza en su rostro, entolda los diminutos ojos de Cirilo, dando a todo el semblante un aire fosco.

Su aspecto truculento —engañosa cáscara de un natural bonísimo— se agrava por un silencio clásico, al parecer hostil, siempre que no se trate de exponer virtudes de plantas y raíces o de ponderar las múltiples curaciones que aplicando tales y cuales raíces o tales y cuales plantas realiza el curandero. Entonces su cháchara corre como abundante caño. ¡Cambio increíble!

No era Cirilo Matamoros uno de esos negros brujos, de pañuelo colorado sobre las greñas blancuzcas, que recetan oraciones y potingues inverosímiles; ni charlatán por vil interés de pecunia, sino abnegado y voluntario servidor de la humanidad doliente, empírico de ciencia casi infusa, convencido de la farmacopea criolla, cuyas virtudes eficaces conoce y pregona.

Dueño de una pulpería sobre el camino carretero, poseedor de parcelas de tierra de labrar, vive de abacería y pegujalito. La «medicina» la practica por placer. La medicina es su aguardiente, su único vicio.

A veces abandona bueyes y mostrador, rodal y tienda, por correr leguas y leguas sobre su caballejo desmedrado, a propinar brebajes a algún peón palúdico o aplicar emolientes al tumor de algún cachicán.

Y todo con el mayor desinterés. Regala casi siempre a sus clientes las plantas y los medicamentos que prescribe, y muy a menudo, cuando son menesterosos, les deja también algunas monedas.

Hasta de Caracas solían llamarlo. Matamoros lo pregona con orgullo: «De Caracas me solicitan con frecuencia». Y allí la enumeración de sus éxitos en la capital: el cochero de don Fulano, un zapatero del barrio de San Juan, dos italianos paragüeros y económicos de *El paraguas genovés*, etc.

Aquel propio domingo iba a Caracas, de donde lo requirieron por teléfono el sábado en la noche.

* * *

Recorre a la eficacia del curandero nada menos que don Camilo Irurtia, ricacho caraqueño, conocido por tacaño, viejo Harpagón de hucha repleta.

La pulpería rebosaba de bebedores de *amargo* —aguardiente perfumado con hierbabuena y cáscaras de toronja—, cuando Cirilo participó con orgullo mal encubierto, o más bien con expuesto orgullo, que se veía precisado a cesar el despacho y a poner a todo el mundo de patitas en la calle. Iba a Caracas. De Caracas lo llamaban para medicar a un enfermo. Al decirlo, Matamoros no ignoraba que pronto volaría la noticia de cafetal en cafetal, de hacienda en hacienda, de peonada en peonada.

El prestigio casi supersticioso de que goza Cirilo Matamoros en cuanto curandero, se acrecería por aquel nuevo homenaje de la ciudad.

Cuando Cirilo dio a conocer el motivo que le obligaba al cierre de sus puertas pulperiles más temprano que de costumbre y con detrimento de su bolsillo, uno de los bebedores de *amargo* le preguntó:

—¿Y quién te llama de Caracas, Cirilo?

Matamoros repuso con jactancia:

—Don Camilo Irurtia, un capitalista...

¿Don Camilo Irurtia? Ninguno de los peones ni mayores allí presentes había oído jamás aquel nombre.

—Ése sí te pagará —aventuró otro campesino, dirigiéndose a Cirilo.

Matamoros no se resignó a confesar: la reputación de avaro de don Camilo era tan merecida, tan sólida, que no daba resquicio a dudas. Pagarle, ni un solo céntimo.

—Yo no quiero paga ni de él ni de nadie —responde con vivacidad el curandero—. La medicina debe ejercerse de balde, por amor de la humanidad y de la misma medicina. Los empleos lucrativos son otros. Si yo fuera gobierno prohibiría que los médicos cobraran. Así habría menos doctores, y nos dejarían el oficio de curar a los que tenemos vocación.

—Pero algo te abonará, si lo curas, ese señor Irurtia —insistió el peón — siendo rico y acostumbrándose en las ciudades a pagar a los médicos.

—Repito que yo no exijo dinero de nadie; mis servicios son de quien los necesita y confía en ellos.

Aunque el curandero sabía de memoria que Irurtia no iba a darle ni las gracias, añadió, por el buen parecer:

—No digo que no me haga algún regalito, como ocurre a veces son las personas a quienes sano; pero yo nada pido.

En ese instante entró un nuevo parroquiano, un mozalbete caraqueño recién arribado a Chacao, sirviente en alguna de las haciendas vecinas.

En un periquete lo pusieron al corriente. Matamoros iba a Caracas, solicitado por don Camilo Irurtia. Conocía el doméstico a Irurtia, de fama y aun de vista.

—¿Don Camilo Irurtia? ¡Buena pécora! Un viejo huesudo, larguirucho. Es un avaro que vive de la usura. No escupe para que la tierra no chupe.

Después la emprendió al fámulo de buen humor con Matamoros:

—¿Y ésa es la gente que te llama de Caracas, Cirilo? Buena clientela. Tienes razón de estar contento. Irurtia es un viejo sinvergüenza que te hace ir porque te conoce el flaco y para no pagar médico.

—Yo no solicito dinero.

—No, aunque lo solicites, no lo obtendrás de Irurtia. Ése no le da un grano de maíz ni al gallo de la Pasión. Lo mejor que puedes hacer es despacharlo con tus hierbas. Algún heredero te pagará el servicio.

Matamoros iba a decirle que no volviese a poner los pies en la pulpería; pero se impuso el natural genio del curandero y se limitó a encogerse de hombros, callado, desdeñoso, filosófico. El sirviente, minutos después, partió, riéndose de la clientela de Cirilo y asegurando que si a Irurtia le golpeaban el codo, no abría ni los dedos del pie. Los peones, creyentes a fe ciega en la sabiduría infusa de Cirilo, no aceptaban como oro de ley las rechiflas de aquel escéptico burlón.

Iba contento en su caballuco zaino Cirilo Matamoros, a pesar de las burlas del hortera, a pesar del sol de las once, a pesar de la carretera y sus remolinos de cálido polvo asfixiante. ¿Cómo no? La ciudad lo llama. Caracas, la gloria.

Desembocó en la Avenida, embebido en sus pensamientos de grandeza, y embebido en sus pensamientos de grandeza espoleó la cabalgadura calle arriba, sin detenerse en los paradores y posadas que habrían por allí sus amplios y hospitalarios zaguanotes a los viajeros populares, de bolsa modesta.

Viste Cirilo aquel domingo pantalones y chaleco de paño negro y americana o chupa de dril blanco, sin abotonar. Tocase con un fieltro alón, café con leche, caída la delantera sobre los ojos para evitar el sol del mediodía. Calza burdos y resistentes brodequines de becerro. Una pesada y resonante cadena de plata hamaquea sobre el paño negro del chaleco en el vientre de Cirilo.

Si, iba contento, calle arriba. Al arribar a una plaza, abandonó la Avenida y torció rumbo a la derecha.

No anduvo trescientos metros, y ya pudo creerse en otra ciudad: las casas, más bajas que en la Avenida; las ventanas, más estrechas; las paredes, menos relucientes; los portones, menos severos. Por las calles no discurre público elegante, sino alguno que otro artesano... A puertas y postigos asomanse trigueñas mujeres del pueblo, bien por curiosidad, bien en espera de hermanos, padres, maridos, a quienes temen acaso ver llegar de las pulperías con dos o tres tragos más que de costumbre. En suma: en barrio popular.

* * *

El jinete se detuvo frente a gris y descascarado casucho de una sola ventana, techo bajo, puerta cerrada, aspecto sórdido. La ventanuca, con barrotes de madera, tiene entornados los postigos como dos párpados. Aquellos entornados postigos parecen ojos de disimulo mirando de soslayo.

En la portezuela, desteñida, pende una aldabilla de hierro. Contrasta la casuca, por su aire de desconfianza, sus postigos como en atisbo y su

puerta bien cerrada, con las vecinas viviendas, cuyos portones, abiertos de par en par, invitan al transeúnte.

Tocó a la puerta, sin desmontarse, el que llegaba. Como nadie repuso, tocó, pasado un momento, otra vez. El silencio apenas responde. Por tercera vez golpeó con los nudos de los dedos en aquella muda puerta. Flacucha cara de viejo asomase a la postre por uno de los postigos, preguntando:

—¿Quién es?

—Gente de paz —repuso el de a caballo.

El viejo debió de reconocerlo, porque le dijo:

—¿Ah, es usted, Cirilo? Un minuto; voy a abrirle.

El campesino, ya a pie, empezaba a amarrar su caballejo en los barrotes de la ventana cuando la puerta se abrió. El vejete —hombre zancudo, magro, aquirotado—, preguntó, como en alarma, a Matamoros:

—¿Va usted a dejar su bestia ahí, en la calle? ¿No teme que se la roben?

—¡Qué van a robarse! —repuso Matamoros, disponiéndose a entrar.

Pero el otro se encalamucó:

—Es un disparate. Pueden robarse el animal, o la silla, o algún estribo. Lo mejor es que deje su caballo aquí, en el zaguán.

Como el palurdo accediera, el viejo tagarote pareció más tranquilo. Y entraron al corredor, conversando.

—Pero usted no tiene cara de enfermo, don Camilo.

—Es verdad, por fortuna. El enfermo no soy yo.

II

CAMILO Y TOMASA

El enfermo, en realidad, no era don Camilo Irurtia, sino Tomasa, vieja amarillenta y reumática que le servía.

Irurtia no conoció jamás otra servidumbre doméstica sino la de aquella bruja de cabellos blancos y desgredados. La pobre anciana creía que Dios la puso en el mundo con el exclusivo objeto de servir a Camilo, para servirle de balde; y de balde lo servía. Irurtia la había heredado de la madre, de la que fue sirvienta. Única herencia.

Al afecto por Camilo, a quien conoció desde la infancia, se juntaban en la apocada vieja la costumbre y la admiración. Lo admiraba. ¿No había llegado Camilo desde la más desnuda inopia a la importancia de capitalista? Porque, aunque viviese como un mendigo, era un capitalista.

Aun se acordaba Tomasa cuando vivían Camilo y ella en un cuartejo único, separados por una cortina colorada. Allí lavaba la vieja la ropa de los dos; allí guisaba en un infiernillo el somero alimento. Tomasa volvía la cara contra la pared, de noche, al acostarse, para no alarmar su pudor viendo a través de la cortina, gracias a la vela, a Camilo en paños menores. El casto Irurtia, al caer en la cuenta, obvió la dificultad con una reflexión oportuna:

—¿Quién ha dicho que se necesita de luz para desvestirse?

Por fortuna, el dinero, fecundo, sabe multiplicarse en manos de un hombre de orden y de genio como Camilo.

De simple tenedor de libros en modesto almacén, Irurtia fue subiendo, subiendo. Primero prestaba a los compañeros de trabajo, ¡oh!, poca cosa y a un interés muy módico: nada más que al cincuenta por ciento. Yo te doy un duro, tú me das dos. Muy sencillo. ¡Y tan generoso el pobre Camilo: nunca que pudo se negó a prestar estos servicios! También solía empeñar algunos objetos; al que no era empleado en el almacén, al que no conocía, ¿cómo iba a prestarle su dinero sin ciertas precauciones, pocas, sencillas: algún relojito de oro, alguna sortija con piedras? A veces no daban sino un simple papel, un pagaré. En suma: nada, casi nada. Pero el pobre Camilo era tan ahorrativo que fué guardándolo todo sin gastar apenas ni un

céntimo, sin distracciones, ni siquiera un cigarrito los domingos; con mucho sentido del orden, hasta permanecer descalzo cuando estaba en la habitación. ¡Y qué sobriedad! Un huevito, un panecillo. ¡Nada de vinos, de licores! ¡Cómo no iba a tener acumulado lo que otros malgastan en lujos, en vicios! Por fortuna ya vivían mejor, y Camilo se consagraba de preferencia a prestar dinero a gente más seria que empleaditos de almacén: a los empleados del Estado y a otro negocio mejor: a la retroventa de casas. ¡Lo que sabe de casas Camilo y cuántas posee ya en todos los barrios de la villa! Dios es justo. Dios protege a los buenos.

* * *

Apenas supo Cirilo que el enfermo no era Irurtia, sino Tomasa, tuvo una ligera desilusión. No suponía lo mismo para la fama curanderil de Matamoros el medicar a un ricacho, aunque avaro y usurero, como Camilo Irurtia, que a una vieja sirviente. Pero la vocación, el anhelo de propinar sus hierbas triunfó en Cirilo Matamoros, y aquel hombre excelente, de cara de pocos amigos, empezó a informarse con sincero interés de los males que aquejaban a la criada.

—Dolores en el cuerpo —le informó Irurtia vagamente.

Y agregó:

—Vamos a su cuarto. Usted juzgará.

El prestamista fue guiando a Cirilo hacia la habitación de Tomasa, que, echada en su catre, lanzaba sordos berridos.

Atravesaron otra habitación. ¡Qué espectáculo para Cirilo! Apiñabanse en los rincones clavos, cerraduras, balanzas, acordeones descompuestos, flautas, guitarras, útiles de jardinería, pinzas de sacar dientes, máquinas de coser, una dentadura postiza. ¡Los objetos más heteróclitos! Junto a sillas de montar, aquí y allá, jaulas de pájaros; codeándose con camas de hierro, vajillas de porcelana, libros, maletas, y sobre una mesa un arsenal de lo más completo: revólveres, escopetas, puñales, espadas y una auténtica cimitarra turca. Todo aquello aspiraba un aliento pestilencial de moho, de viejo, de encierro, de desinfectante.

Cirilo convertía los ojos a diestra y a siniestra, asombrado, y pensaba: este hombre es rico, negocia en cosas y especula con valores de importancia; no necesita de empeños miserables que apenas pueden dejarle sino beneficios mínimos, céntimos, y le llenan y ensucian la casa.

Debiera prescindir de ellos y, sin embargo, no prescinde, no puede prescindir. Es esclavo del céntimo. Aquello era democracia de los empeños. Cirilo no podía descubrir la buena ropa de cama y de vestir, envuelta en papel de periódicos pestilentes a bolitas de naftalina y ocultas en tablas adosadas a la pared, hasta la altura del techo. Ni menos los zarcillos con piedras preciosas, las sortijas de diamantes, los collares de perlas, los diminutos relojes femeninos con iniciales en zafiros y rubíes, los aderezos margaritados, los broches, los medallones, los brinquíños. Todo ello se escondía con su papelito blanco, una fecha, un nombre y unos signos enigmáticos, en tinta de carmín, en la maciza caja de hierro, disimulada tras pesada cortina, en otra habitación, cerca del casto lecho de Irurtia.

Como don Camilo advirtiese la curiosidad de Cirilo, empezó a hablarle apresuradamente de la enfermedad de Tomasa, y apresuradamente le obligó a atravesar aquel curioso habitáculo de los empeños, situado entre el cuarto de él y el cuarto de Tomasa.

Don Camilo conocía bastante a Cirilo y su hombría de bien a carta cabal. ¡Pero qué miedo tenía de que la curiosidad ajena metiese los ojos en su interior y en sus intimidades!

Aun recordaba la vez en que se introdujeran en su casa unos ladrones. No le robaron, porque supo dar tantos y tan tremendos gritos, que la gente acudió y los ladrones huyeron. Pero ¡ay!, la policía metió baza. Le impusieron una multa por prestamista a espaldas de la ley. Le impidieron prestar al veinticinco por ciento. Don Camilo creyó morir. ¡Qué abuso de la fuerza! Comprendió que la organización social era defectuosa y Venezuela un país perdido. Hasta pensó en abandonar la República; pero como sus intereses y aun su ambición lo retuvieron, imaginó vengarse del Gobierno, de la multa, entrando en alguna revolución. Sólo que los revolucionarios le amedrentaron con exigencias de dinero. Irurtia renunció a las rebeliones colectivas.

Tantas emociones le produjeron una fiebre cerebral. Le llevaron, sin él solicitarlo, naturalmente, un médico. Apenas convaleciente Irurtia, el médico le pasó la cuenta, a razón de cinco pesetas por visita. Don Camilo estuvo a punto de recaer. Consultó un abogado respecto a la cuenta del doctor, era menester pagar al médico y, además, al abogado, que cobró la consulta. La existencia perdió para don Camilo todos sus atractivos. ¿A qué vivir en un mundo abominable en que todos se confabulaban para saquear al honrado trabajador?

Desde la fiebre cerebral trabó conocimiento con Cirilo Matamoros, en previsión de lo que pudiera ocurrir. Y ya había llegado el caso: Cirilo Matamoros estaba en su casa. Se trataba de un hombre altruista, desinteresado, que sabía dar, por amor del prójimo, no sólo las recetas, sino también los medicamentos, y, a veces, a los enfermos menesterosos, hasta algún dinerito. ¡Quién sabe cómo se conduciría con Tomasa! ¡Era tan pobre, tan pobre! No poseía nada. Nada era suyo.

* * *

Más amarilla que nunca, echada sobre un catre sin sábanas, arropándose con una manta del tiempo de Maricastaña —manta raída, sucia, incolora, que fue un tiempo sudadero de burro y que le empeñaron a don Camilo por dos o tres reales—, la pobre vieja, con la desgredada tumusa blanca sobre la mugrienta almohada, quejábase de erráticos dolores en los huesos, principalmente en la pierna derecha.

Matamoros, fosco y reconcentrado, se hizo dar explicaciones. Tanteó la flácida pierna, desde el muslo hasta el calcañar, movió las coyunturas, examinó las rótulas; después examinó los codos, las muñecas, las articulaciones de las manos, y concluyó con una seguridad absoluta, verdaderamente doctoral:

—¡Reumatismo!

—¿Y qué le hacemos, Cirilo? —preguntó Irurtia.

—Lo primero —repuso Matamoros— aplicaremos la *clusia*.

—¿Y qué es eso?

—Una medicina que los extranjeros...

No pudo concluir. Irurtia se había puesto las manos en la cabeza.

¿Remedios de botica? ¿Remedios que cuestan un sentido y no curan? Cirilo se había vuelto loco o estaba contagiado por el ejemplo de los médicos caraqueños, que todo creen arreglarlo con frascos de doce reales. ¡Qué era de aquellas salutíferas hierbas que Cirilo llevaba siempre consigo, que jamás negó a los enfermos, y con las que, hecha la infusión y absorbida, desaparecían los más renuentes males!

Cirilo oía en silencio. Cuando Irurtia concluyó sus aspavientos, el curandero repitió, solemne:

—Lo primero, *clusia*, como la llaman los extranjeros; o, según decimos en criollo, *copey*.

—Ah, ¿una planta indígena? ¡Enhorabuena!
Irurtia se puso radiante.
La vieja empeló a quejarse de no poder estirar la pierna.

III

INTERIOR DE USURERO

Don Camilo se levantó con el alba, como de costumbre. Ya Tomasa, a pesar de su reumatismo, más lancinante aun con el remusgo de la mañanita, calentaba en el fogón el café del desayuno. Cuando el café estuvo listo, la vieja llamó a Irurtia, que se había ido a curiosear la calle desde los postigos ventaneros.

—Camilo, ven a desayunarte.

Sentáronse Camilo y Tomasa, fraternales y democráticos, a la misma mesa —una mesita cuadrada cubierta por hule desvaído—, que fue color de chocolate un tiempo, y en donde las tazas de café y los platos calientes habían dejado círculos amarillosos, como aureolas de santos.

Las tasas, en realidad, no eran tales tazas, sino pocillos de grosera losa blanca, con tres o cuatro rosas de pintura por adorno florido. Los pocillos reían, desportillados; las pintadas rosas empalidecieron con el uso, trocándose en rosas de un róseo exangüe, pálido, casi nívéo.

El café humeaba, negro y aromático, a pesar del excesivo guarapo con que, para aumentarlo, lo bautizó la vieja Tomasa. Junto a cada pocillo de café esperaba los mordiscos un bollito de pan de trigo, aún caliente del horno. Dos tragos de café aguarapado y un panecillo de a centavo: ése era el desayuno.

Con semejante lastre en el estómago esperaban hasta las doce Tomasa y Camilo. Camilo quería evitar en lo posible las indigestiones.

—En Caracas se come mucho —decía a menudo.

Y solía agregar, explayando su idea:

—Un plato de *sancocho* a mediodía; más tres o cuatro platos pesados, con este clima, es un disparate. El estómago se recarga, el cerebro se embota. De ahí la necesidad de la siesta; de ahí el que nadie trabaje, o nadie trabaje con provecho en ciertas regiones de Venezuela después del almuerzo. Se pierden diariamente hora y media o dos horas. La vida se acorta. La capacidad de trabajo resulta menor. Y como de la suma de actividades particulares depende la actividad global de la nación, ¿qué

sucede? Sucede que en Venezuela la existencia del país se desarrolla con lentitud, el progreso anda con pies de plomo, la república va en burro y no en ferrocarril.

Era toda una teoría. Don Camilo rubricaba siempre con esta frase:

—El sancocho es el peor enemigo de Venezuela.

Por eso, tal vez don Camilo, excelente patriota, si la ocasión presentábase de balde, había desterrado el clásico hervido de su mesa. Don Camilo era vegetariano. Almorzaba con verduras: ñame, zanahoria, batata, ahuyama; mapuey, no; apio, no, por costosos; tal cual día un huevo en tortilla; otras veces plátanos fritos. Para la comida contentábase con una sopa ajada o de pan viejo, algo de frijoles o de caraotas negras y una arepa. Carne, jamás ¡Qué veneno!

Antes de empezar a desayunarse, Irurtia preguntó a la vieja:

—¿Cómo pasaste la noche?

Tomasa gruñó sus dolencias. Hacia la madrugada, el frío la agarrotó. La pierna derecha no podía casi estirla. Aquellas coyunturas de los dedos, en la mano izquierda, comenzaban a hincharse.

Irurtia emprendió a consolarla. Era menester confiar en Cirilo Matamoros, y, principalmente, en las hierbas y pociones que propinaba. Matamoros sabía más que muchos doctores de universidad.

—Desde luego, tú viste: no vaciló un momento en reconocer tu reumatismo. Un mediquillo de Caracas no se hubiere resuelto a opinar antes de tres o cuatro visitas y tres o cuatro sangrías a la bolsa del prójimo.

Conservaba rencor hacia los médicos desde que un joven galeno le quitó la fiebre cerebral y unas cuantas pesetas.

Aterrorizabase a la idea de que a Tomasa se le ocurriese exigir los servicios de un facultativo. Así, mientras ponía sobre los cuernos de la luna al gratuito Cirilo Matamoros, quiso, ya que la ocasión se presentaba, desprestigiar una vez más a los médicos delante de Tomasa. Con tal objetivo empezó un cuento.

—Mira, Tomasa, lo que son nuestros medicastros. En el Empedrado, más allá de Palo-Grande —tú conoces el sitio— cierto vecino empezó a quejarse de dolores en uno de los oídos. El médico, a quien llamó, le hacía visita tras visita, propinándole remedio sobre remedio. Todo en vano; el paciente no curaba. El Hipócrates, acucioso, concienzudo, grave, continuó asistiéndolo, prometiéndole una pronta curación y cobrándole cinco bolívaes por cada examen. Un día, el doctor, que era viejo, cayó en cama y envió como reemplazante a su hijo, también doctor, que era joven. Cuando el joven doctor examinó la oreja al hombre del Empedrado,

exclamó: «Pero si usted lo que tiene ahí es una garrapata»; y tomando una pinza, arrancó al insecto. Desde ese mismo instante, el enfermo sintió alivio y ya no necesito de más curaciones, ni de más botica, ni de más recetas, ni de más doctores, ni de pagar cinco francos cada vez que el doctor se presentaba a preguntarle cómo se sentía y a escribir luego sobre una hojita de papel, que debía llevarse a la farmacia, palabras ininteligibles. Cuando el viejo médico se levantó de la cama, ya repuesto, el hijo le dio cuenta. Al hombre del Empedrado lo curó, dijo, en un dos por tres, con sólo arrancarle de la oreja la garrapata. El anciano no volvía de su asombro. «¡Cómo! ¿Has cometido semejante locura? De esa garrapata, que yo cuidé con el mayor esmero, he alimentado a mi familia durante varios días. Amas, hijo mío, la ciencia; conoces la profesión; eso no basta. Necesitas aprender el arte de ejercerla».

Rióse mucho Tomasa de la ocurrencia, sin penetrar la intención de Irurtia; y como ya era tiempo, levantáronse ambos de la mesa. Tomasa, claudicante y quejumbrosa, empezó a barrer la casa, desde el zaguán, mientras que Irurtia se fue derecho a la ventana callejera.

Eran las siete. De un momento a otro iban a pasar los pregoneros de diarios. Irurtia se puso a aguardarlos.

* * *

Todos los días compra *El Noticiero* —un centavo—. ¡Qué diablos! Es menester saber lo que ocurre. Él tiene intereses, juega a la Bolsa. Un viraje brusco de la política, un incidente cualquiera podía costarle dinero. Con semejantes argumentaciones, y otras más recónditas y revesadas, no exentas de sentido práctico, explicábase Irurtia a si propio aquella resolución, madurada largo tiempo, de malbaratar cinco céntimos cada mañana en la compra de *El Noticiero*.

Aguardaba diariamente en la ventana, después del desayuno, el paso de los pregoneros, y luego iba a sentarse en el corredor a devorar las seis caras del periódico. Después, plegando la hoja cuidadosamente, la guarda para formar paquetes de a libra, que vende más tarde en las tiendas de víveres como papel de envolver.

Mientras Irurtia lee, la vejezuela barre la casa.

* * *

El trajín del barrido no desloma a la reumática: la casa es corta y estrecha. Tomasa comenzó por el zaguancillo, siguió por el corredor o recibimiento —dos o tres metros en cuadro—, continuó con el patiecillo y terminó arrumbando lo barrido tras del comedorcito —también dos o tres metros en cuadro—, en otro patiuco, el corral, término de la casa. Aquel respiradero de la casuca, a más de corral, sirve de lavadero, de pile, de baño, de basurero, de retrete, de desahogo, de todo. La cocina y el cuartucho de Tomasa reciben luz y aire de aquel corralillo diminuto y maloliente, cuyos rojinegros ladrillos se cubren, a causa de la humedad, de una espesa lama verdosa.

Apenas terminó el barrido, Tomasa, enarbolando el plumero, ya sin plumas, se vino cojín-cojeando, la tumusa blanca al viento, a emprender sumaria limpieza; lo hacía una vez por semana. Sin embargo, parecía que no lo hiciera nunca. Un polvillo abermellonado —el polvo de los ladrillos— se adhería a las paredes de cal, convirtiendo las paredes, desde el sitio adonde no alcanzaba la escoba y el plumero de Tomasa, en tapicerías de lamparones griseos, amarillentos, polisucios. Desde las viguetas y cañas del techo —pues los techos carecen de cielo raso—, veía Tomasa descolgarse por los rincones inaccesibles y espesas telas de araña, grumos pizarrosos, hamacas y redes de moscas.

Tomasa empezó a sacudir muebles con su plumero desplumado por el corredor. En un dos por tres dejó listas las dos sillas de madera y la mesa charolada de oscuro, sin carpeta. Apenas alcanzó a la pesada y antediluviana lámpara de bronce que, pendiente del techo en el centro del corredor, aclara el casuco la prima noche, cuando no brilla la gratuita y celeste luna. También hizo Tomasa una caricia con el plumero a la percha de bambú, aquella percha servicial que recibe los sombreros de las visitas cuando las visitas —es decir, la gente que va a negocios— no dejan sombreros, bastones y paraguas sobre la oscura mesa.

Del corredor, Tomasa pasó a la sala-despacho de Irurtia. La limpieza no sería allí de más complicación. Primero, la parte sala; después, la parte despacho. La parte sala se arregla en segundos: se reduce a una negra mesa de pino de forma ovalada; sobre la mesa negra, una lámpara de losa blanca, de tubo sucio y globo desportillado; no la encendían nunca. Cuatro sillas

de junco negro con asiento de esterilla se adosan a las paredes. Un espejillo de treinta centímetros en óvalo como la mesa, de marco negro como las sillas, ocupa el centro de la pared testera; y a ambos lados del espejo, un poco más arriba, sendos retratos antiguos: una mujer de traje estrafalario y un hombre barbón: los padres de Irurtia.

La parte despacho consiste en mesa enorme, puesta de chaflán en un rincón, más dos sillas de cuero a los costados. En la pared, en torno de la mesa, un calendario de colorines, regalo del verdulero, y varios garfios con papelotes y facturas ensartados. A Tomasa le hace mucha gracia y le parece de elegancia inusitada el calendario: lo limpia con esmero. ¿Era todo? No, no era todo. Cerca de aquella mesa grande, fuerte, de múltiples cajones y cubierta de papeles puestos en orden, que se yergue en el rincón segura de su importancia, soberbia, se disimula algo tras de una cortina de zaraza oscura: un armario de pino repleto de legajos.

Lo más grave de la limpieza era el dormitorio de Irurtia. Irurtia convenía en que se lo limpiasen; pero al mismo tiempo exigía que apenas le tocasen allí nada. Sin embargo, allí no había más que una angosta camita de hierro, una vieja cómoda donde Camilo guarda su traje de los domingos, sus dos camisas, sus dos pares de medias, sus dos cuellos y algún pañuelo. Pero tras de otra cortina —una cortina de lana—, ponderosa y descolorida, se disimula también, como en el despacho, un mueble inesperado, no simple armario de pino, sino algo pesado, fuerte, semiempotrado en la pared: una caja de hierro, un cofre de caudales. Irurtia le tenía prohibido a Tomasa que la tocara ni con el plumero; que descorriese la cortina ni con el pensamiento. Por extensión, aquella cautela se extendía a todos los objetos de la pieza: a la cama de hierro, a la cómoda, al traje dominguero, a las dos camisas, a los dos cuellos, a los dos pares de medias.

A Tomasa, tan sumisa, tan acostumbrada al yugo de Camilo, no le cuesta trabajo obedecer. Y por obra y gracia de la buena voluntad, barre el cuarto y tiende la cama casi sin tenderla ni barrerla, zurce las medias sin tocarlas y lava y plancha las camisas pensando que no son las sagradas camisas de Irurtia lo que lava y plancha. En cuanto al traje de los domingos, y aun al otro, le estaba vedado cepillarlos. Cepillar la ropa es un arte... El cepillo desgasta el paño, aunque quite el polvo. Aquel arte sólo Irurtia lo conoce.

* * *

Cuando ya no hubo más que barrer ni que despercudir con el plumero, Tomasa, echando mano a una pequeña cesta, se fue de compras.

Irurtia espera diariamente que la vieja retorne de las pulperías para acudir el a sus ocupaciones de la calle. La casa no puede quedarse sola. Y mientras Camilo anda fuera, la vieja Tomasa lava la ropa que hubiera por lavar y prepara el almuerzo, un almuerzo vegetariano, un almuerzo de herbívoros. Después, a dormir la siesta.

Irurtia, no. Irurtia, durante las horas de bochorno y canícula, tuvo siempre por costumbre permanecer en su escritorio, revisando pagarés, contratos, valores, toda suerte de papeles; o consultando y reduciendo a su más mínima expresión los presupuestos de las casas que iban a repararse; o cerciorándose si el vendedor de cal, tejas o pinturas no le cobró más caro la última vez que la penúltima; o discuriendo sobre cuánto pudiera mayorar el precio de venta de alguna casa sobre el precio de adquisición. Era su hora de meditar. La somera digestión no le impedía meditar después del almuerzo.

A veces complacía, en la soledad de esas horas y a puerta cerrada, en contar, recontar, manosear, ver y trasegar peluconas, esterlinas, callaos, luisas, morocotas. Otras veces, sin pensar ni hacer nada, maraqueaba la cabeza, adormilándose contra su voluntad por obra del silencio y del calor. Hacia las cuatro salía. Ya la vieja, en pie, arrastraba por los rincones su pata coja, o aplanchaba o zurcía.

Así la casa no quedaba jamás desierta. Uno de los cancerberos permanecía siempre vigilante.

Cenábase a las siete. Y poco después de la cena, a la cama.

Levantados con la aurora, se acuestan con las gallinas. Camilo duerme con el sueño ligero del desconfiado, pronto a despertarse al más sutil vuelo de mosca. En su catre de achacosa, Tomasa pasa noches enteras de desvelo; y aun cuando se rinda, no duerme a pierna suelta. ¡Malvado reumatismo!

IV

EL PERFUME DE LAS DOS DAMAS

Aun ojea Irurtia *El Noticiero* en el corredor aquella mañana, cuando llama alguien a la puerta de la calle, repicando el aldabín de hierro. El portón de Irurtia permanecía siempre cerrado, como para aislar la casa del vecindario, de la ciudad, del mundo. Irurtia corre, según su costumbre, a un postigo de la ventana, antes de decidirse a abrir, desconfiado siempre de lo que pudiera sobrevenir; receloso, mañero, temiendo abrir a un mendigo, o a un petardista, o a un ladrón, ¡quién sabe!

El arribante era un negrazo enorme, Berroteran, antiguo maestro albañil a quien don Camilo había convertido en carpintero, en vidriero, en fontanero, en inspector, en factótum; sujeto muy de bien, honrado a carta cabal, lento y pacienzudo. Irurtia confía en Berroteran hasta donde Irurtia consigue confiar en alguien.

Los dos hombres pasan al despacho del propietario.

—¿Terminaron la casa de la Pastora? —preguntó don Camilo, sabiendo de memoria que no puede estar terminada.

El albañil sonrió, por única respuesta, y sacando un pliego de papel comenzó a dar cuenta de las últimas reparaciones efectuadas allí y de los útiles que faltan: cerraduras para tres puertas, dos metros de ciño para el gallinero, una reja de albañal para el corralito, vidrios para un postigo, las canales, etc.

—Desde el lunes que usted la vio, a la fecha, hemos adelantado mucho.

—¿Adelantado mucho y no está concluida?

—En los primeros días de la próxima semana concluiremos, don Camilo. Sólo faltan menudencias y las últimas manos de pintura.

—Usted es un morrocoy, maestro.

El negro y cachazudo albañil volvió a sonreírse.

Un instante después dijo:

—Como mañana es sábado, quiero saber si puede entregarme ahora el dinero para la semana de los obreros, o si debo regresar.

—Venga mañana —repuso Irurtia.

—Respecto a la casa de Santa Rosalía —continuó Berroteran— no sé lo que usted resuelva. Yo no me he atrevido a encargar las tejas, porque el ciento ha subido en cuatro reales.

Irurtia brincó:

—¿Cuatro reales? ¡Ladrones! No compre usted nada. Prefiero que se caiga la casa.

Luego, serenándose, agregó:

—Esperaremos a ver si baja el precio. ¿No le parece, maestro?

El maestro, conocedor de Irurtia, asintió:

—Sí, señor; puede esperarse.

Después insinúa con habilidad al propietario que le evite la vuelta al día siguiente en busca del dinero de la semana para los obreros. La habilidad fue inútil. Irurtia se hizo el sueco.

Berroteran parte silente, resignado.

* * *

Serían las nueve de la mañana. Comenzó a vestirse el usurero con su traje de calle: un traje negro, ya verdoso, de levita; un traje raído por el roce; el mismo traje eterno de diez años atrás. Era la hora de salir.

Se puso a pensar en lo que iba a hacer, para obrar con método, saber en qué orden practicar sus ocupaciones y no perder tiempo.

Iría, lo primero, al Registro Público a legalizar un documento; después requisaría dos o tres fincas que le estaban revocando; más tarde acudiría al Banco de Venezuela y al Banco Caracas; por último, hacia las once y media o las doce, se enderezaría a la esquina de San Francisco, a aquella especie de Lonja al aire libre, centro de contratación donde solía ventilar, bajo copuda, hermosísima y venerable ceiba, toda suerte de transacciones.

Allí le informaban corredores y agentes suyos de los préstamos con buenas garantías que pudieran hacerse. Allí compraba o vendía tales o cuales valores, aunque Irurtia, de preferencia, poseía valores sólidos, casi inmutables: valores de renta segura, en vez de aleatorios valores de especulación.

Ya se había emperejilado Camilo Irurtia aquella mañana; ya se ponía el sempiterno sombrero de copa, y tomaba su sempiterna vara de ébano, cuando repicaron el aldabín de la calle.

Don Camilo no pudo disimular su impaciencia por la inoportunidad de aquella visita.

—Mal momento, caray —se dijo entre dientes.

El aldabín repicó de nuevo.

Irurtia, malhumorado, dirigióse al postigo sin quitarse el sombrero; hizo girar la taravilla y echó una mirada hacia la puerta.

Eran dos damas. Aunque las estaba mirando, Camilo, por hábito, preguntó:

—¿Quién es?

Las dos damas, también por hábito, respondieron, por boca de la más joven:

—Gente de paz.

Camilo se enderezó al portón. Las dos damas penetraron, y con ellas penetró una racha de *Coeur de Jeanette*. El propietario, descubriéndose, las introdujo en el despacho.

Una de las damas era rubia, alta, delgada; tendría dieciocho años. La otra, más pequeña, morena, de cabellos negros, piel mate, pardos ojos adormilados, tendría treinta y seis años.

La joven vestía un traje sastre de chaqueta azul marino y falda de lana blanca con rayas azules. Llevaba zapatos de cuero amarillo, un sombrero de fieltro blanco adornado con blanca pluma de garza del Apure o del Caura, y una sombrilla también color de nieve.

La dama trigueña vestía un traje unido de gabardina gris, con la cintura, las bocamangas y el cuello de seda malva. Llevaba sombrero negro, zapatos negros y sombrilla del mismo color.

La dama gris tomó la palabra:

—Parece que iba usted a salir. Si somos importunas...

—En efecto —interrumpió don Camilo un poco bruscamente— me disponía a salir; pero no corre prisa.

Y, como hecho a irse al grano, preguntó:

—¿En qué puedo servir a ustedes?

—Veníamos —dijo la señora de traje gris— a ver si usted quería comprarnos una casa, la casa en que vivimos.

—Señora, yo no compro casas.

—¡Ah! Nos habían informado...

—Las han informado mal.

La más joven intervino, enérgica:

—Todo el mundo sabe que usted no se ocupa sino de retroventas.

—Pero retrovender no es comprar.

Era un diablo semicerril, sin desbravar, aquel Irurtia.

Ambas señoras le contemplaban sin el más leve asomo de simpatía.

Talludo, flacuchento, desbarrigado, la piel rugosa no parecía cubrir sino huesos. Tenía las piernas largas, los brazos largos, las manos largas, la cara larga y larga la nariz. No era corto sino en palabras y, según fama, en el dar. También lo era en el vestir, porque su levita apenas le cubría las posaderas, y sus calzones, con más pliegues que un acordeón, apenas llegaban al tobillo, como si Irurtia estuviera siempre dispuesto a saltar un barrilzal. Ojizarco y pelicano, los ojillos claros e inquietos y los pelos blancuzcos del mostacho acentuaban aquélla fisonomía agotada, con algo de ganzúa, dándole a Irurtia aspecto de entre felino y roedor. Peludo de manos y de rostro, isletas de pelambre, como de quien se rasura aprisa o en tinieblas, sobrenadaban en sus magros cachetes y en sus óseas quijadas. Era tan largaruto como Don Quijote, y más canijo.

Sí; aquel hombre les parecía antipático a ambas señoras. El brusco lenguaje que empleó no coadyuvaba a cambiar la impresión de la vista; al contrario. Lo contemplaban y lo oían con extrañeza. ¡Conque aquél era el famoso Irurtia, rey de las retroventas!

—Creo, señoras, que no nos entendemos —expuso, respondiendo a la rubia.

—También lo creo yo —dijo la joven.

Pero la otra metió basa, y la fiera se suavizó.

Lo seguían observando con atención curiosa. ¡Qué horrible era!

El pescuezo, flaquísimo y alto, dentro del postizo cuello de celuloide, corto y demasiado ancho, dábale al Harpagón, a los ojos de las señoras, un aspecto repulsivo y grotesco. La nuez subía y bajaba en la garganta pellejuda de Camilo. La corbata, una cinta negra, por extremo angosta, permitía relucir la cabeza de un enorme botón de cobre. Los pelos griseos del bigote, sobre el hocico puntiagudo, y aquellos ojos vivarachos e intranquilos del usurero, recalcaban, al animarse la fisonomía por la conversación, el parecido de Irurtia con una rata.

Ambas señoras sentían malestar indefinible en presencie del avaro; no la pavora que infunde un animal de fuerza, un oso, un toro, un león, sino el asco instintivo, la repugnancia que inspiran sapo, araña, murciélago, o la medusa blanquecina y gelatinosa que se pisa por descuido, con el pie desnudo, en la playa.

Ambas quisieron abreviar la entrevista.

La más joven, la rubia, se había expresado ya con rudeza, dispuesta a partir, dispuesta a cortar charla y negocio. La trigueña, más dulce de vos y

de aspecto, terció entonces de nuevo, preguntando:

—¿Por lo visto, usted no querría comprar nuestra casa?

—No, señora.

—¿Ni cambiárnosla por una más pequeña, devolviéndonos algo en dinero? Nuestra casa es un antiguo caserón de los tiempos coloniales, inmenso, cómodo, lleno de flores en los patios, con una huerta magnífica en el corral, muy bien construido, muy resistente, de espesos muros de mampostería. El terremoto de 1812 ni siquiera descascaró un pilar. Se conserva intacto.

Don Camilo comenzó a roerse las uñas de la mano izquierda, los ojos fijos en la dama que le estaba hablando, y luego de un instante, repuso:

—Sería necesario ver.

Convínose en que Irurtia iría a la tarde del día siguiente, a las cuatro, a ver la casa y dar la contestación.

Ambas señoras partieron.

La covacha quedó respirando aroma de elegancia femenil.

Irurtia permaneció en pie royéndose las uñas. Aquel comerse las uñas era signo inequívoco en él de nerviosidad o de preocupación.

Un momento después, tomando su sombrero y su vara de ébano, el pensativo echose a la calle, raspabilando.

El tabuco seguía oliendo a perfume, a mujer.

V

LOS AGUALONGA

Cumplida la visita a Irurtia, ambas señoras, antes de restituirse al hogar, quisieron aprovechar la mañana y darse una vueltecita por los comercios de modas. Lo propuso la más joven, la rubia, y la morena accedió, aunque a regañadientes.

—Pero si no vamos a comprar nada, Olga —dijo.

—No importa, madrina —repuso Olga— veremos lo que haya, y además veremos gente. Así nos distraeremos.

A mitad del camino convinieron en prescindir de las tiendas y enderezarse a la casa. Los pensamientos de ambas mujeres revoloteaban, como azulejos o turpiales en torno de un naranjo de maduras y defendidas pomas, alrededor del gavilanesco Irurtia y de sus onzas de oro. La joven desconfiaba del éxito. Irurtia le pareció intratable y su dinero inaccesible. La morena, la madrina, tal vez no más animosa, repitió varias veces, para templar el descorazonamiento de la ahijada:

—Esperemos a mañana. Puede ser que la casa le seduzca más que nosotras.

Ya próximas a la puerta de su hogar, adivinaron, más que vieron, en una de las ventanas, tras de la celosía, cuatro ojos en atisbo.

Dos mujeres esperaban allí, en efecto, la vuelta de las otras dos. Y desde la ventana partió una voz curiosa que inquiría:

—¿Cuánto? ¿Cuándo?

Sin responder más que con una sonrisa hacia la celosía, adentraronse madrina y ahijada zaguán adelante hasta una pieza enorme, amueblada con muebles de venerable edad. Las que esperaban tras de la celosía permanecieran sentadas donde estaban, en sendos poyos de la ventana.

* * *

Aquellas dos mujeres de la ventana eran Eufemia y Alcira Agualonga, hermanas de Rosaura, la madrina de Olga, y tías de ésta. Eufemia, Alcira, Rosaura y la sobrina Olga habitaban el casón adonde las dos últimas acababan de entrar.

Rosaura, la menor de las Agualonga, contaba de treinta y seis a treinta y siete años; Alcira tenía alrededor de cuarenta y dos, y Eufemia, cincuenta. Entre Alcira y Eufemia intercalábase la madre de Olga, ya muerta, y un varón fallecido trágicamente, de un escopetazo en una partida de caza. Entre Alcira y Rosaura, la esposa del nunca bien ponderado general Chicharra.

De modo que podía decirse, prescindiendo de la esposa del célebre general, que aquellas tres solteras, Eufemia, Alcira y Rosaura, era cuanto quedaba de la antes numerosa y opulenta familia de las Agualonga.

Eufemia, la mayor, alta, enjuta, sarmentosa, pálida y enfermita, era tan exangüe, que parecía de porcelana. Dos ojeras moradas circuían sus negros ojos. Su nariz parecía una hoz. Sus cabellos eran de un blanco azulado, de un blanco de ceniza.

Alcira era, físicamente, insignificante. Mediana de estatura y con tendencia a engordar; el talle, un si es no es abarilado; oscuro el pelo, con uno que otro mechón de plata. Sólo resplandecía intacta la juventud de los ojos, unos ojos negros de veinte años.

Rosaura, también medianeja de estatura, como Alcira, tenía también, como Alcira, unos divinos ojos negros; pero la mirada de Rosaura se endulzaba de luz, y sus larguísimas pestañas y sus párpados semientornados la prestigiaban con un aspecto melancólico. La piel, mate, tenía tonos de ámbar. La nariz, fina; la boca, gordezuela; el busto, bien guarnecido; los brazos, llenos. En la mejilla izquierda, hacia la comisura de los labios, aovábase un gracioso lunarcillo en forma de oval medallón. Sus caderas curvábanse con gracia. Era, en sus treinta y seis años, una mujer apetitosa, con labios y senos aun magníficos. Estaba en la madures del otoño. ¡Buena fruta para un goloso!

Orgullosas las tres, cándidas, ignorantes, no comprendieron nunca la evolución hacia la democracia de la sociedad en que vivían. Se creyeron siempre, socialmente, lo mejor de lo mejor; dignas, por sus abuelos, de representar una supercasta. Almas simples e ilusas, tenían altiveces feudales y bondades de hermanitas de Caridad.

* * *

Los primeros Agualonga, los fundadores de la familia, provenían de Burgos y se establecieron en Costa firme desde el siglo XVII.

Aquellos primitivos Agualonga se enriquecieron con rapidez enviando perlas de Cubagua y Margarita a España; o mejor dicho, a Londres, por medio de España, ya que la colonia no podía comerciar durante el régimen peninsular sino con la metrópoli. Se enriqueció esta familia sobre todo, más tarde, en especulaciones con la Compañía Guipuzcoana, que ejerció exclusivamente por buen golpe de años el monopolio del comercio entre Venezuela y la madre patria.

Cuando las primeras tentativas de independencia en 1789, obra de los patriotas Gual y España, y luego en 1806 y 1808, cuando desembarcó, apellidando guerra, el general Miranda, los Agualonga se mantuvieron ajenos a aquellos conatos revolucionarios, ahogados en sangre por el Gobierno español; pero no bien sonó la hora definitiva de la independencia cuando Caracas depuso al capitán general Emparara el 19 de abril de 1810, y empezó desde ese día a ejercer el gobierno propio, dando a la América española un ejemplo que ésta no tardaría en seguir, urgida por las mismas razones que Caracas —los Agualonga—, como inmenso número de familias venezolanas, se dividieron en dos bandos: los unos estuvieron por la República: eran patriotas; los otros por España: eran realistas. Los unos siguieron a Miranda, primero, y luego a Bolívar; los otros a Monteverde y a Boves y luego a Morillo.

Los Agualonga sufrieron la suerte de los demás habitantes de Venezuela, donde la guerra de emancipación fue más brava y más larga que en país alguno de América.

A los Agualonga patriotas que caían en manos españolas, los fusilaban Rosete, Zuasola, Morales, Boves, Morillo; a los Agualonga realistas que caían en manos de los patriotas, los fusilaban el libertador y sus principales tenientes de 1813 a 1817: José Félix Ribas, Arismendi, Mariño, Bermúdez, Piar. Era la época más cruda de la guerra a muerte.

Las juntas de secuestro españolas arruinaban a los Agualonga republicanos; las confiscaciones de la República arruinaban a los Agualonga realistas.

Cuando terminó la revolución en 1824, veinte Agualongas habían desaparecido en el torbellino de la guerra; sólo quedaba un hombre de aquella numerosa familia y dos hermanas: los tres patriotas.

La República, aunque en ruinas, los resarcíó como pudo: regaló dos haciendas al varón, que era comandante, en premio de servicios y por haberes militares atrasados; hizo más: restituyó a las dos mujeres y al comandante algunas fincas urbanas y rurales, declaradas bienes nacionales, por pertenecer a los Agualonga realistas, y que retrovenían en derecho, por reversión, a los herederos y supervivientes de la familia.

De estas dos mujeres, una casó; otra murió solterona, muy vieja. Ésta se llamaba doña Hipólita, celeberrima en la familia.

El comandante Agualonga era el abuelo de Eufemia, Alcira y Rosaura.

Protegido del primer presidente de la República, general Páez, rehízo el comandante, después de la guerra de emancipación, una fortuna considerable, exportando de los llanos de Oriente novillos, mulas y caballos para Trinidad, Jamaica, Barbada, Saint-Thomas y otras Antillas.

—El caballo y el toro —solía decir el comandante— han sido nuestros únicos aliados durante la revolución; el caballo nos transportó al través de nuestros desiertos; el toro nos alimentó en nuestra penuria. Hoy mismo, cegadas por la guerra todas las fuentes de prosperidad nacional, arruinado el país, ¿qué nos queda? Mulas, caballos, toros y el llano que los cría.

* * *

Los hijos del comandante Agualonga, heredero del nombre —unos Imbéciles—, se encargaron de disipar el patrimonio en fiestas de rumbo, en viajes a Europa, en revueltas contra los sucesores de Páez y buscando blasones de la familia en España. Doña Hipólita, patriota de tuerca y tornillo, los despreciaba tanto, que los apodó los «Agua-Sucia».

Sin aquel espíritu práctico, comercial, de los Agualonga del siglo XVIII, carentes asimismo del genio heroico de los Agualonga de la epopeya boliviana, los hijos del comandante —los «Agua-Sucia» de la tía Hipólita—, incapaces de hacer, como sus abuelos peninsulares, un patrimonio, fueron también incapaces de conservar lo heredado; y no pudiendo, como sus padres caraqueños, brillar con propia luz en las tempestades políticas, buscaron luz refleja y pasaron su vida solicitando en los Archivos de España blasones que no encontraban.

Orgulloso de que su nombre figurase en los fastos de la República, esperaban, como otros infelices atacados del mismo reblandecimiento cerebral, que su nombre hubiese figurado también en los fastos de la

monarquía española. Querían ser duques, condes, marqueses y barones: no eran sino pobres diablos.

Los timbres de su familia consistían en haber sacrificado veinte vidas y una fortuna por la independencia de la patria. Les parecía poco. Ignorando que la mayoría de los grandes nombres de Europa no tuvo tan claro origen, suspiraban los degenerados Agualonga por un pedazo de pergamino castellano. Habríanse dicho felices de encontrar una coronita de barón, por ejemplo, en las sienes de algún abuelo a quien algún monarca de Castilla, o por lo menos un favorito del monarca, hubiera coronado, antes, de auténtico cuerno real, o de simple cacho palatino.

Naturalmente, no encontraban lo que merecían encontrar. Los primeros Agualonga eran honestos labradores de Burgos. Cansados de laborar para otros aquellos pintorescos y fértiles praditos del Arlanza; de humillar la propia miseria bajo los armoniosos arcos de aquella catedral opulenta; de recorrer, sin triunfar de la penuria, aquellas sierras vecinas que vieron al Campeador escarmentando a los moros; cansados de transitar de Valladolid a Burgos, de Burgos a Valladolid, un día echaron dos hermanos —los más jóvenes y más listos— a caminar hasta Sevilla, y allí, no sin dificultad, se embarcaron para las Américas. La fortuna, vencida por la voluntad, les sonrió en Costa Firme, adonde aproaron. Tal era la historia. ¿Cómo iban a encontrar pergaminos de Agualonga burgaleses los Agualonga de Caracas?

Sin embargo, no faltó un hábil y bribonzuelo cronista de Madrid que, trasladándose a Burgos, urdió una fantástica genealogía de los Agualonga de Castilla. Según aquel árbol genealógico, recién sembrado por la famélica y picara diligencia del madrileño, los Agualonga de Burgos eran «hidalgos de notoria hidalguía, con servicios al Rey, nuestro señor, en estos reinos y en las Indias».

Resultaba un enredo divertido. Los Agualonga, según la crónica del madrileño, resultaban señores de Agua Clara, un lugarejo de Castilla. ¿Cómo se cambió Agua Clara en Agualonga? Pues muy sencillamente. Agua Clara se hizo por error Agua Larga; Agua Larga vino a parar con el tiempo en Agualuenga y Agualuenga en Agualonga.

La malla genealógica tenía sus claros, es cierto; pero tenía de igual modo visos de certidumbre. Con un poco de buena voluntad y de miopía bastaba para creer en ella. Los Agualonga de Caracas creyeron a pie firme, con la mejor buena fe del mundo. Habían pagado caro al cronista, y sobre el cronicón extraído, según contaba el autor, de Archivos nacionales, provinciales y privados, lucían el lacre rojo y la tinta negra de varios sellos

de oficinas públicas de España. Eso bastaba. Los Agualonga eran de sangre azul.

Uno de estos Agualonga sangriazulosos —uno de estos «Agua-Sucia» de la tía Hipólita— contrajo nupcias en Madrid; otro, en Caracas; otra se metió monja carmelita; los demás murieron solteros.

De aquel de ellos que se casó en Caracas eran hijas Rosaura, Alcira, Eufemia, la esposa del incomparable general Chicharra, llamada Gertrudis; el varón fallecido trágicamente de un escopetazo, en una partida de caza, y la madre de Olga. Desposada con un comerciante alemán, de nombre Emmerich, la madre de Olga murió al año siguiente del connubio, al dar a luz.

Así, pues —aparte Gertrudis, la esposa de Chicharra—, eran Rosaura, Alcira y Eufemia las únicas herederas del nombre.

Empobrecidas, no les quedaba sino el recuerdo de la opulencia y las tradiciones de familia.

* * *

Las tres hermanas, bien diferentes en lo físico, se parecían en lo moral. Este fondo de semejanzas, este aire moral de parentesco, lo constituían la bondad, el orgullo, aunque templado por un sentimiento de generoso cristianismo, y la tendencia al propio sacrificio en ajenas aras.

Las tres fueran como madres de Olga Emmerich, la sobrina. «Mis tres madres» solía denominarlas ésta.

Las tres se desvivían por cumplir con las relaciones, según la expresión usual, cuando entre sus relaciones ocurría un duelo o caía alguien enfermo; y se enfurruñaban no poco si con ellas no se estaba a la recíproca.

Las tres sabían de memoria crónicas de las principales familias de Caracas, y cuchicheaban esas crónicas entre sí o con personas de su edad y de su breve círculo de antiguas amistades, círculo que la muerte y las ausencias iban estrechando de día en día. Pero nunca deshonraron a nadie con invenciones malévolas; nunca refirieron escándalos sociales de antaño a quien los ignorase; para innúmeras flaquezas encontraban siempre disculpo, y mucha historia de infamia perdía, al pasar por aquellos labios, ese carácter vilipendioso de mancha que no se limpia.

Eufemia, la mayor, era la más rica en anécdotas. Con ver a una persona, recordaba al padre, al abuelo; y por la historia de una familia,

llegaba a la del país, y por la del país, a la de todo el continente.

—Eres el archivo de la ciudad —le decían sus hermanas por broma.

Veneraba cuanto se refería a sus abuelos, y mantuvo siempre vivo el recuerdo de la tía Hipólita, que le inculcó aquel respeto al pasado, aquel culto a ciertas personas de la propia familia y a las épocas resonantes del terruño nativo.

Aquella tía Hipólita era una anciana chacharera, exaltada, muy patriota. Había nacido con el siglo, en 1800, y murió bastante vieja, pero lúcida y memoriosa, en 1876.

Alcira, y sobre todo Rosaura, no la recordaban. Rosaura tenía seis años cuando murió la tía Hipólita; Alcira, alrededor de diez o doce. En cambio, Eufemia era ya para entonces una mujer de veinte años cumplidos.

Por eso Eufemia se complacía a menudo en referir a sus hermanas anécdotas de la anciana. Como la tía Hipólita, contemporánea de la guerra de emancipación, había vivido horas trágicas; como conoció a los próceres, como asistió al nacimiento de la República, gustaban de visitarla y evocar con ella memorias de brillo, supervivientes ilustres de la epopeya boliviana: José Antonio Páez, Carlos Soublette, Santiago Mariño, José Félix Blanco, José Tadeo Monagas, Rafael Urdaneta, Bartolomé Salom.

—No sólo los viejos —relataba Eufemia a sus hermanas— venían a evocar el pasado con la tía Hipólita; muchos jóvenes acudían a menudo a ella para oír pormenores sobre hechos y personajes de la revolución. Rafael María Baralt y Felipe Larrazábal eran de este número. Conversando con ambos una tarde, la tía Hipólita opinaba que la historia de Venezuela, fuera de Venezuela, estaba por escribirse, y recordaba a algunos de los muchos venezolanos que, desde los Estados Unidos hasta Chile y Argentina, llenaron la América con su nombre, con su audacia, con su heroísmo y con sus servicios desinteresados a la propia libertad y a la libertad ajena.

—Yo conocí a Miranda —decía la anciana— que estuvo de oficial con Washington, y de general en Francia: él inventó la bandera tricolor que Bolívar paseó en triunfo por todo el continente, la bandera que condujeron osados buques de la patria hasta las mismas costas de España, y a cuya sombra, puede asegurarse, la América del Sur obtuvo su independencia. Yo conocí a Mariano Montilla, que tomó la plaza de Cartagena en Nueva Granada, y que sirvió con los patriotas de Méjico; a Sucre, el de Ayacucho, lo conocí muy jovencito en Cumaná, el año catorce; Bartolomé Salom, el que hizo rendir las fortalezas del Callao en 1828, venía siempre a casa junto con Rafael Urdaneta, expresidente de la

Gran Colombia, y Laurencio Silva, que triunfó en Junín. Conocí también a Jacinto Lara, que vino del Perú muy orgulloso; a Juancho Paz Castillo, que fue coronel o general en Chile y subjefe de Estado Mayor en la batalla chilenoargentina de Chacabuco; y al atrabiliario Matute, hijo del Guárico, que con un escuadrón de *La Guardia*, de Bolívar —ciento setenta y tres venezolanos, hijos de Apure y del Guárico—, entró en la República Argentina, destronó y expulsó al general Arenales, gobernador de Salta; ayudó primero y luego atacó y destruyó al general La Madrid, gobernador de Tucumán; venció a cuanto gaucho y no gaucho se le opuso; dominó allí a su guisa durante mucho tiempo; hizo diabluras, hasta que fue asesinado, con los pocos venezolanos que ya restaban, por un tal Facundo Quiroga, tan malo como Matute o más malo. Recuerdo, como si los viera, a Pedro León Torres, que murió en el Ecuador, según creo, después de Bomboná, donde fue herido; y a Manuel Valdés, que decidió esa misma batalla de Bomboná a favor de la patria, por haber escalado con sus tropas, en medio de la pelea, y haciendo una escalera de bayonetas, el volcán de Pasto. También está presente en mi memoria el regañón de Anzoátegui, que paso los Andes con el libertador y murió en el reino de Nueva Granada, a consecuencia de las heridas que recibiera en Boyacá, cuando Bolívar conquistó aquel reino. A Juan José Flores, de Puerto Cabello, que fue presidente del Ecuador, no lo conocí hasta mucho después de concluida la guerra, cuando él estuvo de paso en Caracas: lo trajo a casa el general Carlos Soublette. También he conocido a un venezolano, servidor en Venezuela de España, y que quiso luego ser libertador de Cuba. Se llamaba López, Narciso López. Prisionero de los españoles, murió en el patíbulo.

Alcira y Rosaura encontraban que la tía Hipólita era irrestañable.

—Irrestañable —respondía Eugenia.

Y memoraba algún otro episodio o evocaba algún otro recuerdo.

* * *

Eufemia no refería sin cierta emoción a sus hermanas y a sus relaciones algunos de estos recuerdos de la anciana.

Cuando alguien en la ciudad quería un dato de esos que escapan a los historiadores y que la tradición conserva, se dirigían a Eufemia. Ella les informaba que José Félix Ribas y Carlos Soublette tenían los ojos azules;

les decía hasta dónde era gigantesca la talla de José Francisco Bermúdez; que el poeta Vicente Salías y el músico Landaeta, autores del himno nacional, perecieron ambos en el patíbulo político en 1814, y que en 1814 quedó un sólo estudiante en el Seminario tridentino de Caracas, porque todos los demás habían muerto en la guerra.

Eufemia, pues, era una vieja casi enclaustrada, que vivía de los recuerdos de su familia y de su patria, más que de la trágica realidad cotidiana.

Acordándose de la tía Hipólita era tan irrestañable como la tía Hipólita misma. Las hermanas se lo decían riendo. Pero, tanto Alcira como Rosaura, sentían por la hermana mayor no sólo afecto, sino respeto.

Su autoridad era acatada sin chistar. Ella fue quien, echándose un nudo al corazón, dispuso que la antigua casa solariega se propusiera a Irurtia, a fin de casar a Olga decentemente, «como a una princesita».

* * *

Cuando Olga y Rosaura entraron aquella mañana a la pieza donde Alcira y Eufemia las esperaban, ésta, a pesar del pesimismo pintado en el rostro de las arribantes, repitió con un pálido esbozo de sonrisa la pregunta de la ventana:

—¿Cuánto, cuándo?

Entonces, arrebatándole la palabra a Rosaura, empezó Olga a referir la entrevista con Irurtia.

—Si ustedes imaginan que es un hombre agradable ese don Camilo Irurtia, rey de las retroventas... Un cochino el viejo lagarto peludo... No creo que haga negocio ninguno, a menos de quedarse con la casona por cuatro pesetas...

VI

UNA SOBRINA COMO HAY POCAS

Serían las tres de la tarde. Rosaura, Alcira y Eufemia, sentadas en el corredor, a la sombra de tupida y fragante enredadera de madreSelva, y en torno de una mesita de bejuco amarillo, cosían un traje para Olga, la sobrina, discutiendo, sin quitar ojos ni agujas de la costura, la impresión que produciría en Irurtia la casa. El usurero iba a llegar de un momento a otro.

Olga Emmerich, a pocos pasos de allí, repantigada en su butacón, sin mezclarse en él cuchicheo de sus tías, recreábase leyendo una novela de George Ohnet.

Olga, desde el día antes, dio su parecer concluyente, del cual no se apartaba ni un ápice. Cien veces lo repitió desde la víspera:

—Ese viejo vampiro no compra nada.

Por eso no le interesaba la conversación de sus tías.

Rosaura, aunque no mucho más crédula que Olga, infundía aliento a las demás, por espíritu generoso, y se lo infundía a sí propia, repitiendo:

—Esperemos que nuestra casa le seduzca más que nuestras personas.

Eufemia, pálida, ojeruda, enfermiza, los cabellos cenicientos y la cara rugosa, contestó al optimismo deliberado de Rosaura con su propio optimismo sincero:

—Yo sí creo que Irurtia compre, o que quiera cambiárnosla por otra casa más chica...

—Eso sí lo querrá, de seguro —interrumpió Alcira, sonriendo—. ¿Cambiárnosla por otra casa más pequeña? De seguro que consiente. Hasta yo, sin ser un avaro como Irurtia, consentiría en negocios de ese género.

—No seas tonta, por Dios, Alcira —prorrumpió Eufemia, explicando su pensamiento— digo que nos la cambie por casa más pequeña, devolviéndonos dinero; lo bastante para que la pobre Olga tenga un *trousseau* decente, y podamos celebrarle un matrimonio digno de una princesita.

Las tres mujeres convirtieron a un tiempo los ojos hacia la sobrina, buscando una sonrisa o una mirada de connivencia. Olga, enfrascada en su novelón, seguía leyendo. Oyó, sin embargo, distintamente las palabras de Eufemia, y columbraba con el rabillo del ojo las cabezas maternas de sus tías, vueltas hacia ella.

Alcira empezó a decir:

—Pues yo pienso que Irurtia...

Pero no pudo terminar. Un grito regañón y estruendoso le cortó la palabra:

—Alcira, pon cuidado, que estás arrastrando la tela.

Era Olga Emmerich furiosa, porque un pliegue de la costura, a los pies de Alcira, estaba rozando el suelo.

Las tres mujeres convinieron en que Olga tenía razón. ¡Qué descuido! Y continuaron cosiendo con diligente vigilancia.

* * *

Rosaura, como acordándose de una cosa indispensable echada en olvido, preguntó:

—¿Y qué le obsequiaremos a Irurtia?

—De veras —observó Alcira— ¿qué le obsequiaremos?

—Pues una taza de té —dijo Eufemia.

—No —repuso la propia Alcira— para té es temprano. ¿Té a las cuatro?

—¿Una sangría, entonces? —interpeló Rosaura— ¿Una cerveza?

El problema quedaba insoluble. Resolvieron consultar a Olga. Ésta se puso en pie apenas la interrogaron; de malhumor, lanzó el libro sobre la mecedora, y del peor talante del mundo respondió:

—Hace un cuarto de hora les estoy escuchando sandeces. Ustedes están chochas; son viejas cursis que avergüenzan a una. ¡Ofrecerle refrescos a Irurtia! ¿De dónde se les ocurre tal ridiculez? Ustedes son del siglo pasado. No adelantan, no aprenden.

Las tres mujeres se veían unas a otras sin comprender muy a las claras, ignorando lo que motivase la andanada, con ganas de echarse unas a otras la culpa de aquella pifia de que no se daban cuenta.

Olga continuó, como lluvia que no escampa:

—¿Qué le vamos a ofrecer a Irurtia y por qué motivo? Es un viejo usurero que viene a su negocio, un ladrón que viene a robarnos. Y hemos de salir nosotras a ofrecer nuestra sangre al vampiro, nuestra copita de Jerez al bribón. Tome, señor lagarto peludo, aquí está el bizcochuelo. Aquí está el té, señor Irurtia. ¡Qué gracia! ¡Qué tacto! Sólo a ustedes se les ocurren semejantes absurdos.

Eufemia, queriendo hacerse solemne, fingiendo un aire terrible, replicó:

—Mira, niña, agasajar a quien nos visita, aunque sea para negocios, no pone en ridículo a nadie ni es tan visto como tú imaginas. Antes de tú venir al mundo ya conocíamos nosotras las costumbres sociales.

Olga se desternilló con una risa artificial de burla.

—¿Las costumbres sociales? Sí, costumbres de los tiempos de Maricastaña, cuando se bebía agua de azúcar en los bailes y se iban los novios, como supremo *chic*, a comer pan de horno al Portachuelo.

—Tiempos mejores —replicó Eufemia— que estos de insolencia y mala crianza.

Alcira y Rosaura permanecían mudas, graves.

Como Olga embestía de nuevo contra las tres, Alcira exclamó en tono que quiso ser conminatorio:

—¡Olga!

Rosaura, para no ser menos, para que no le achacasen luego las hermanas complicidad de silencio con la sobrina, o anuencia, deseando contribuir a la paz, exclamó como Alcira, pero en vos aún menos autoritaria:

—¡Olga!

La más severa, a no caber duda, Eufemia, blanca como una porcelana, dijo, sentenciosa y reticente:

—Cría cuervos y te sacarán los ojos.

Olga rugió:

—Cuervos, ¿eh? ¡Conque yo soy un cuervo! ¡Conque ustedes han criado un cuervo que ahora les saca los ojos! ¡Pobrecitas víctimas! Por fortuna, me caso pronto. Por fortuna, el cuervo echa a volar y deja a sus tres madres. Sus tres madres la mirarán partir, no con ojos vacíos, sino con ojos secos.

Y poniéndose dramática, ya al escurrirse en las habitaciones, exclamó:

—¡Desgraciada de mí, que no he conocido una madre!

Las tres mujeres se miraban, de nuevo, unas a otras. A Rosaura se le saltaron las lágrimas. Alcira increpó a Eufemia:

—Tú eres muy dura con Olga. Le dices cosas demasiado amargas.

La pobre vieja, compungida, asentía.

Rosaura, levantándose, acudió tras de la sobrina, que se había echado en una cama. Cuando Olga escuchó los pasos, se cubrió el rostro con las manos, como agobiada por inmensa pesadumbre. Instantes después llegó Alcira y se sentó, como Rosaura, al borde de la cama de Olga. Las tías empezaron a consolarla. La sobrina, muda, ofendida, desdeñosa, no descubría la cara. Por fin, Rosaura le dijo:

—Espérate, mi hijita. Voy a llamar a Eufemia para que se reconcilie contigo.

Y salió a buscarla.

—No, no iré —comentó por asegurar Eufemia.

Segundos después, juntando su pálido rostro avejentado con el rubio y juvenil rostro de Olga, le suplicaba, con la voz empapada en llanto:

—Perdóname, ángel mío, las palabras duras que pude decirte. Tú sabes que eres la dicha de nuestro hogar. ¡Te queremos tanto!

* * *

La vieja no exageraba. Olga era el ídolo —y el tirano— de aquellas tres solteronas.

Huérfana desde la cuna, jamás conoció otra afección materna. Aquellas mujeres se consagraron a la recién nacida; habían puesto durante dieciocho años como rivalidad de ternura en quererla, mimarla, servirla.

Rosaura, la menor de las Agualonga, tenía apenas la edad que Olga tenía ahora, dieciocho primaveras, cuando Olga vino al mundo. La esposa de Emmerich prefería entre todas sus hermanas a Rosaura, por el carácter suave, amoroso, ecuaníme, benigno, de la joven, y prometió, estando encinta de Olga, que Rosaura sería madrina de la criaturita por nacer. Muerta la madre de Olga, tanto él alemán Emmerich como los Agualonga, respetaron la voluntad de la difunta, y Rosaura fue madrina de la recién nacida. En la flor de la vida, llena de ilusiones, bella, cortejada, aquella mujer de abnegación, no sólo no pretermitió sus deberes, o lo que ella aceptó por sus deberes madriales con respecto a la huerfanita, sino que le sirvió de madre, de aya, primero, y más tarde de madre, de aya y de institutriz.

¡Cuántas veces dejó de ir a un baile, ya vestida para salir, porque Olga rompía a llorar o no quería dormirse más que en los brazos de su madrina! Andando el tiempo, Rosaura le enseñó las primeras letras, le dio las primeras lecciones de canto. Cuando Olga empezó a asistir a la escuela, Rosaura la conducía por la mañana y la traía en la tarde. No quiso nunca confiársela a los cuidados mercenarios de una sirvienta. La sirvienta de Olga era Rosaura. Después, cuando Olga fue presentada en sociedad, Rosaura fue su guía, su rodrigón, su *cornac*, su mentor; y cuando Olga, a los catorce o quince años tuvo el primer novio, Rosaura protegía, vigilante, cancerbérica, aquellos amores primaverales; pero tuvo que disimular su vigilancia y aun hacerse de la vista gorda: la sobrina exasperábase y rugía al sentir en su torno los ojos de Argos. Ella sabía conducirse, deseaba libertad. Alcira y Eufemia decían a Rosaura:

—Dale un poco de cuerda. Mira que puedes perder su afecto.

Y la pobre Rosaura, celosa y amante, se tornaba, aunque sufriendo, de más ancha manga, y exponía a sus hermanas, en intimidad, casi llorando:

—Ustedes tienen razón. Yo siento que mi solicitud la exacerba. Debo cerrar los ojos. Temo perder su cariño.

Pero el sacrificio más doloroso de Rosaura en aras de aquel afecto no fue el de su juventud, sino el de su destino. Un hombre rico, joven, bien apersonado, a quien amaba y con quien iba a desposarse, no se allanaba al matrimonio si Rosaura traía consigo a Olga.

—Puede vivir —decía— con Eufemia y Alcira. Usted la verá diariamente, casi diariamente. Nada perderán ella ni usted. Pero en casa, no. Mañana tendremos hijos y aquello será una perrera. Yo mismo, tal vez, cegado por el amor paterno, puedo ser injusto con Olga. La ofenderé con la preferencia de nuestros hijos. En obsequio de ella, resuélvase usted a desprenderse de la ahijadita; resuélvase a formar un hogar, a cumplir su destino sobre la tierra, a ser feliz.

Sorda a todas las razones, y renunciando a la felicidad, concluyó Rosaura por escoger entre el matrimonio y Olga, a Olga.

En realidad, no fue Rosaura sola quien quemó su existencia, como un grano de mirra, ante la blonda huérfana. Alcira y Eufemia hicieron casi casi otro tanto. Casi casi no vivieron sino para aquel afecto. Olga, desde la cuna, fue el centro de todos los sentimientos de aquel hogar. Su capricho era ley, la ley. El alma de aquellas solteronas sentimentales encontró derivativo al instinto maternal, latente en toda mujer, en el amor de la sobrina, de aquella criaturita frágil, rubia, linda, desvalida, que no tenía

más protección que la de ellas, más fortuna que la de ellas, más padre, ni más madre, ni más hermanos que ellas.

Las Agualonga eran pobres y disimulaban su miseria, a veces con gracia, a veces con ardides exagerados y expedientes cursis.

El jardín doméstico las ayudó a vivir y a pagar una deuda de Olga, única herencia del alemán, durante muchos años: hacían coronas para entierros, romos para banquetes, floreales adornos de capricho para los matrimonios. Las beatas les encargaban cestas de rosas y manojos de lirios para patronos de cofradía y para imágenes sagradas los días de fiestas religiosas; y muchos que iban a visitar en el cementerio a sus muertos, pasaban primero por casa de las Agualonga a surtirse de flores.

Cuando Olga cumplió sus catorce o quince años, y empezó a hacer vida mundana, se avergonzó de que sus tías ejercieran aquella industria; y la industria, en obsequio de Olga, quedó suprimida.

La rentecita de las Agualonga hallóse reducida a la mínima pensión que les acordaba el Gobierno como nietas solteras de prócer.

Olga encontraba aquello más *chic*. En gracia al *chic* de Olga, las Agualonga redujeron aún más sus gastos personales. A Olga, en cambio, le sobraba todo, principalmente lo superfluo, hasta donde era posible.

* * *

Aquella deuda ajena que por años y años, a fuerza de economía, habían ido pagando las Agualonga, constituía una silenciosa y prolongada heroicidad que ni ellas ni nadie supo nunca apreciar.

El alemán Emmerich —un borrachín— murió de cirrosis un año después que su esposa. Los pocos intereses que dejó en herencia a Olga eran un embrollo intrincado. Las deudas de Emmerich sobrepasaban a sus haberes. El abogado a quien consultaron las Agualonga se los expuso bien claro:

—Les conviene más renunciar a esa herencia. Que los acreedores se las arreglen como puedan.

Las Agualonga se negaron a seguir el consejo. Como las deudas sobrepasaban en mucho a los haberes, las Agualonga tuvieron que vender, por medio del abogado, cuanto dejó el borracho del alemán; y luego tuvieron que ir amortizando, durante años y años, una suma. Aquella suma, aunque no grande en sí, era para las pobres señoras bastante crecida.

Trabajaron con ahínco, se privaron hasta de cosas indispensables; pero al fin concluyeron de pagar todas las acreencias. Entonces respiraron, y hasta refirieron a sus relaciones el desenlace de aquella muda tragedia íntima de tantos años. ¡Por fin habían terminado de pagar!

La retribución, el premio de aquel sacrificio consistió en que alguna de las amigas opinara delante de las tres hermanas:

—El aceptar semejante herencia en tales condiciones, fue una ligereza.

—No fue una ligereza: bastante lo pensamos y discutimos antes —dijo Rosaura.

—Entonces fue una tontería.

—No fue una tontería, porque lo hicimos a sabiendas, bien informadas por nuestro abogado —dijo Alcira.

—Entonces, una locura.

—No fue una locura —dijo Eufemia—. Queríamos que el nombre que iba a llevar Olga fuese un nombre limpio, un nombre honorable. En recuerdo de nuestra hermana, la esposa de Emmerich, y por nuestra Olga, hicimos lo que hicimos. Y no nos pesa, a Dios gracias.

* * *

El casón que habitaban, resto de herencia, era cuanto poseían. Resolvieron venderlo, tras deliberaciones repetidas, para realizar el matrimonio de Olga; y si no venderlo, cambiarlo, según el proyecto de Eufemia, aceptado por las demás, por casa más pequeña, recibiendo algún dinero en compensación. Era lo más práctico. Así podían casar a Olga «decentemente», según expresión de Eufemia, y no quedarían las tres mujeres, caminó ya de la vejez, bajo el cielo estrellado, en la calle.

Con dolor iban a separarse de aquel caserón sombrío, añejo, colonial, cómodo, deleitoso, lleno de flores y de árboles, con piezas altas, aireadas, luminosas, por cuyas ventanas penetra aroma de magnolias, azucenas, rosas, geranios, diego-de-noches, diamelas, heliotropos, petunias; de aquel estanque donde se bañaban a la aurora, en un agua nevada de jazmines, olorosa y deliciosa; de aquellos corredores donde se filtraba el sol al través de madreselvas odorantes y campanillas azules; de aquellos patios; de aquella huerta del corral, donde venían a picotear los pájaros la madura guayaba de oro; donde el granado reía al cielo con su fruta de labios entreabiertos y dientecitos sonrosados; donde limas y toronjas se

hinchaban como tetas de nodriza, donde pardos nísperos aromosos maduraban al sol y verdes aguacates enternecían su oleosa pulpa de mantequilla vegetal.

Con dolor, si, iban a separarse del hereditario caserón, fundado por los abuelos del siglo XVIII, rescatado milagrosamente, después de la Revolución, por los Agualonga del siglo XIX. Aquellas paredes, según previsión de las hermanas, debieron servirles para refugio de la vejez; aquellas paredes conservaban para las solteronas mil recuerdos de juventud; aquellas paredes guardaban el secreto de los abuelos; por esas paredes se comprendían las sentimentales, en medio de su aislamiento, unidas a los antepasados.

Pero era necesario casar a Olga «decentemente, como a una princesas». Por Olga, en obsequio de su felicidad, todos los sacrificios parecían microscópicos, no valían un ardite.

Alcira y Eufemia dejaron a la sobrina echada en el lecho. Olga se había dignado perdonar a Eufemia, sin decírselo, dirigiéndole la palabra en signo de paz.

Alcira y Eufemia se dirigieron al corredor a recoger la costura. Irurtia no tardaría en llegar. Eran las cuatro. Y estaban recogiendo ambas señoras muselina, dedales y carretes, cuando alguien tocó a la puerta de la calle.

Olga, levantándose de la cama, empezó a atusarse el pelo ante el espejo de un armario.

Rosaura salió a abrir.

Con él sombrero de copa en la diestra, enfundado en su corta levita verdinegra, apareció Irurtia en el corredor.

Por el ojal de su cuello de celuloide sacaba un botón enorme, una enorme cabeza de cobre.

VII

NO ES TAN FEO EL TIGRE COMO LO PINTAN

Las Agualonga exultaban. Iban a poder celebrar el matrimonio de Olga «decentemente»; iban a poder casarla con lujo, «como a una princesita». Iruetia se avenía a permutar el antiguo caserón solariego por vivienda más reducida y modesta, devolviendo dinero.

Al día siguiente del primer vistazo a la mansión, Iruetia presentóse con el negro Berroteran, aquel maestro albañil de su confianza, aquel cachazudo y ladino Berroteran que respondía con sonrisas de benevolencia a las avilantes del Harpagón, y quien, según expresión de los obreros, «le había cortado el ombligo al viejo»; es decir, supo ganarse la confianza del desconfiado.

El maestro hizo llevar una escalera, y entre él e Iruetia examinaron el edificio a conciencia, desde la sala hasta el corral, desde los cimientos hasta las tejas. No quedó vigueta sin registro, ni lumbré sin tanteo, ni pilar sin mensura, ni piedra sin ojazó. Iruetia se encaramó, junto con Berroteran, en la escalera, a pesar de sus cincuenta años, mostrando a las Agualonga, que lo contemplaban desde abajo, fundillos remendados y relucientes. Cruzaban los dos hombres de cuando en cuando, y con disimulo, palabras o miradas de connivencia, que no escapaban a las Agualonga, haciéndolas concebir esperanzas las más risueñas.

Previendo un negocio de perlas, Iruetia se negó fingidamente al cambalache. Aquel caserón era muy viejo. Costaría mucho remozarlo. Pero, en fin, en principio la posibilidad de la transacción.

—Yo tengo varias fincas que pueden convenir a ustedes. Supongo que no querrán ustedes arrancarme el hígado.

¡Arrancar el hígado a Iruetia!

Bien comprendió el astuto don Camilo, al cruzar con las Agualonga cuatro palabras, que aquellas pobres mujeres serían en manos de él segura presa, palomas en garras de gavilán.

Desde que Iruetia asomó la hipótesis de realizar el truco, las pobres mujeres radiaron de alegría, creyendo que don Camilo iba a entregarles un

palacio para vivir y un tesoro para casar a Olga.

* * *

Cumplida aquella visita de inspección a conciencia, después de aquel registro de tomo y lomo, don Camilo regresó la tarde subsiguiente a casa de las Agualonga. Quería saber cuánto en pecunia, más o menos, necesitarían las señoras.

—Si se trata de cantidad fuerte —dijo— yo no podré suministrarla, y será menester que busquen a otro permutador. La gente me cree millonario. Se equivoca. A mí, a veces me hacen falta hasta cien pesos. Nadie lo imaginará; pero así es. Lo que yo poseo lo poseo en casas, y las casas no sudan oro ni pueden venderse cuando uno está necesitando tal o cual suma.

—Nosotras lo sabemos —intercaló Olga con ironía.

—Ustedes lo saben; tanto mejor. Así no lo pedirán peras al olmo.

Las Agualonga lo serenaron.

Ellas no aspiraban a exorbitancias. Deseaban una casa que no fuese un rancho destartado y maloliente para ellas vivir, y algún dinerito para casar a Olga con decencia. Eso era todo.

—¿Casar a Olga con decencia? —preguntó Irurtia— ¿Qué llaman ustedes casar a Olga con decencia? ¿Cuánto necesitan ustedes para casar a Olga con decencia?

Olga se amostazó, y repuso con acritud:

—Casarla con más lujo de lo que usaría usted en su matrimonio. Irurtia frunció el ceño.

Las Agualonga advirtieron el pésimo efecto producido por la brusquedad de la sobrina. Como eran benévolas, insinuantes, lisonjeras por naturaleza, y además, como el interés se unía ahora a la suavidad ingénita, trataron de disipar la mala impresión.

—Olga quiere decir —repuso Rosaura— que nosotras, con más dinero, haríamos las cosas menos bien que usted; que usted necesitaría, en igualdad de circunstancias, menos dinero que nosotras, porque conoce más la vida.

Irurtia sonrió de la explicación, mirando con fijeza a Rosaura, y estaba ya abriendo la boca para responder, cuando Alcira, deseosa de soslayar la conversación, espetó a Irurtia con fingida brusquedad:

—Usted es soltero, don Camilo, si no me equivoco.

—Soltero —repuso Irurtia, un poco entrecortado.

—¡Ah! No ha querido usted casarse.

Olga, con malignidad, metió de nuevo su cuchara:

—Usted habría hecho la felicidad de cualquier mujer.

Irurtia no estaba en su terreno. El, tan dueño de sí y con ojos tan de águila en punto a negocios, vacilaba ante aquellas mujeres, tratando de amoríos y casorios; tartamudeaba sin encontrar la réplica precisa y oportuna.

Rosaura, de nuevo, acudió en su auxilio.

—El señor Irurtia no ha tenido tiempo para perder en fruslerías. Su existencia ha sido, de seguro, toda de labor.

Eufemia agregó:

—Es verdad. Por eso Dios lo ha protegido concediéndole una fortuna.

Irurtia casi no oyó las palabras de Eufemia; pero vio una puerta abierta en las de Rosaura, y por aquella puerta de par en par se abalanzó:

—Tiene usted razón —expuso, dirigiéndose a Rosaura, que le inspiraba más confianza que las demás—; tiene usted razón. Mi vida ha sido toda de labor.

Como ojos y oídos lo atendían, Irurtia empezó a contar su existencia.

—Yo, desde muy jovencito, no he hecho sino trabajar. A los quince años entré en un comercio de meritorio, casi como sirviente. Más tarde pasé a un almacén. Allí, al cabo de mucho tiempo, apenas ganaba un sueldo de cuarenta bolívars por mes. Era poco; pero algo era. Como tenía inclinación hacia los números, y en aquella casa se explotaba a derechas a todo bicho viviente, me colocaron como auxiliar del tenedor de libros. Cuando éste murió, dos años más tarde, ocupé su puesto, aunque con menos sueldo que mi antecesor. Empezaba a ser dentro de aquella colmena un personaje. Con mis economías prestó más de una vez servicios en dinero a algunos camaradas de almacén. Unos me lo devolvían; otros, no. En fin, se ha llegado hasta a decir que yo practicaba la usura. Como allí no veía porvenir para mis aspiraciones, renuncié. Entonces me dediqué a comprar objetos de ínfimo precio, que después revendía más caro. Un martillo, por ejemplo, me costaba una peseta; yo le hacía poner mango, solicitaba comprador y lo vendía en una y media o en dos. La ganancia era mínima; pero dos pesetas por aquí y tres pesetas por allá, algo suman, y cuando no se es manirroto, se conservan. Después, ya con más dinero, negocié en joyas; más tarde, en casas. He pasado la vida, como ustedes ven, atareado. De les seis de la mañana a las seis de la tarde he trabajado siempre,

o casi siempre, desde que tuve quince años hasta ahora, que acabo de cumplir cincuenta. ¿Con qué tiempo iba a pensar en amoríos?

Y, volviendo a dirigirse a Rosaura, repitió:

—Usted tiene razón cuando dice que mi vida ha sido toda de labor.

A Irurtia no le ocurría nunca hablar de sí, aparte una que otra vez con Tomasa. Le produjo inefable gozo el que damas tan distinguidas escucharan con interés y hasta hicieran gestos de admiración mientras él refería, no sin retoques, su historia sórdida y heroica de personaje de rapiña.

Sintióse lisonjeado, sobre todo, cuando Eufemia, después del relato, le dijo, convencida:

—Usted, señor Irurtia, es un héroe del trabajo.

Y subió de punto la lisonja de Irurtia cuando Rosaura repitió en tono de la más sincera admiración:

—¡Un héroe del trabajo!

* * *

Aquellas palabras caían en el corazón del agiotista como lluvia generosa en tierra de secano. Aquellas palabras valían como aprobación de toda una existencia; borrraban máculas; purificando las escorias, por sobre las heces, sublimaban al usurero hasta la heroicidad. El, Irurtia, un héroe del trabajo.

Hombre práctico y sin escrúpulos, don Camilo jamás se pagó de fórmulas, ni fue presa de sensiblerías, ni palabras lo indujeron al bien o al mal, ni tuvo jamás por norte sino su interés personalísimo; pero aquella aprobación de tan puros labios femeninos, de personas representantes de la flor social, redimían a Irurtia, a sus propios ojos, de cualquiera culpa o mácula. Era la sanción.

Los hombres, aun los más huraños y despectivos, no pueden vivir sin la estimación pública. Irurtia no la merecía, a pesar de su oro, ni la conoció nunca. Llega un instante de la vida en que a esos mismos hombres, a quienes no hace falta nada, hace falta el aprecio ciudadano. Es más: los sujetos perdidos en la opinión pública suelen ser los más hambrientos de consideraciones sociales. Y también son los que más las agradecen.

Irurtia no iba en solicitud de homenajes; pero aquella reivindicación de toda su vida, por boca de mujer, lo lisonjeaba en extremo. Sintióse, en

aquel momento, como el pez en el agua, muy a sus anchas; más: completamente feliz.

Cuando partió llevaba las mejores impresiones de aquella familia. Las Agualonga le parecían las señoras más amables del mundo. Rosaura, principalmente, presentábase al recuerdo de Irurtia viniendo por dos veces en auxilio de él contra las pullas o avinagramientos de la sobrina.

* * *

Iba por la calle risueño, feliz, saludando a los conocidos con una amabilidad desusada en él.

No bien se acercó a su casita, advirtió el caballejo de Matamoros atado a la ventana. No le ocurrió pensar que podrían robarse la bestia, y se coló de rondón en el zaguancillo, dando voces:

—Amigo Matamoros, amigo Matamoros: ya sé que anda usted por aquí.

Y no bien estrechó la mano de Cirilo, interrogó, dicharachero, casi efusivo:

—¿Declara usted de alta a Tomasa? Lo deseo por la salud de ella y por la reputación de usted.

—Se hace lo que se puede, don Camilo; pero un antiguo reumatismo descuidado no se va de la noche a la mañana.

El peliparado mestizo respondía del mejor talante, lisonjeado en el fondo; pero sus foscas cejas y su aspecto truculento le hacían aparecer, a pesar suyo, como ganoso de regañar.

Tomasa, allí presente, se descorazonó y dijo suspirando:

—Matamoros quiere decir que esto no tiene cura.

Matamoros protestó con energía. Él no había dicho tal. Ahora sus ojos sí se encapotaban de veras. Estaba terrible, con aspecto de lobo enfurecido. ¿Desconfiar el de sí? Jamás se le ocurría semejante tontuna.

Irurtia tranquilizó a Tomasa con palabritas de miel.

Hasta le preguntó a Matamoros si convendría enviar a Tomasa a San Juan de los Morros o a Las Trincheras a tomar baños sulfurosos.

—Pero si Tomasa no tiene sífilis —protestó el curandero, temiendo que se le escapase la presa.

Y añadió, convencido:

—Un poco de paciencia; yo la sano.

La anciana había perdido la fe en Matamoros, en sus menjurjes y tomas. No bien partió el curandero, se lo confesó rotundamente a Camilo:

—Opina que estoy mejor; pero no le creo. Ahora quiere que me ponga lavativas de *guamacho*. Ahí dejó la planta. Ninguno de sus remedios me haré. Ese hombre, aunque afirme lo contrario, no me curará.

Irurtia se puso a convencerla de que Matamoros era el genio de la Medicina, y de que ella, Tomasa, estaba casi buena y tan ágil de piernas como un bailarín.

Por último, le prometió resueltamente enviarla a Maiquetía. El mar iba a terminar de curarla. El mar era el doctor más competente.

Esa noche, en la mesa, siguió conversando, irrestañable, optimista, aunque hablaba, a lo último, sin atención, ausente, pensando en otra cosa.

* * *

Ya acostado, mató Irurtia la luz y se puso a repasar, de memoria, las casas que podría ofrecer a las Agualonga. «Prefiero —se dijo— darles una casa buena y muy poco dinero. Si les doy demasiado dinero, tendría por fuerza que meterles una casita de mala muerte. El dinero lo gastarían todo en obsequio de la sobrina, que no vale un comino. No. Que gasten lo menos posible en la joven arpía, y que aquellas dignas señoras disfruten durante su vejez de una habitación cómoda».

Durmióse más tarde que de costumbre.

Soñó que un espantable demonio le pinchaba con gigantesco tenedor de cinco agudos dientes. Aquel demonio sonreía con sardónica risa malvada. Su cara era la cara rubia de Olga. Pero un ángel, batiendo blancas alas, descende de los cielos entreabiertos, fulmina y soterra a aquel diablo o diablesa, y corona a la víctima con una verde rama de laurel. Irurtia sentía las hojas frescas y las manos del ángel sobre las sienes. Aquel ángel salvador de impolutas alas de nieve tenía los pestañudos ojos adormilados, la piel mate, el lunarillo oval, el mismo rostro de Rosaura.

* * *

Las Agualonga, por su parte, no bien hubo partido Irurtia aquella tarde, se pusieron a comentar la entrevista.

Riéronse hasta no poder más al recuerdo de don Camilo, encaramado en la escalera, mostrando sus fundillos de remiendo.

—A mí ese viejo, flacucho y escuálido, me produce una antipatía horrorosa, con sus ojitos de rata, su nuez que sube y baja, su botón de cobre, su levita verdosa y su intención de ganzúa —dijo Olga.

—A mí —dijo Rosaura— me inspira, el pobre, un poco de grima.

—A mí —comentó Alcira— me parece que tiene hambre.

—Es un trabajador —sentenció Eufemia.

Alcira, traduciendo el pensar de todos respecto a Irurtia, expuso que parecía menos malo que su reputación, con este refrán:

—No es tan feo el tigre como lo pintan.

Rosaura, puesta de pie tras el asiento de Olga, le acariciaba las mejillas, como a una chicuela, con palmaditas de amor, dando por seguro que Irurtia, aunque sin prometer maldita la cosa hasta aquel momento, entregaría un palacio para las tías y una bonita suma para el matrimonio de la ahijada.

Las tres solteronas abrigaban fe en la realización de la permuta. Las tres exultaban a la idea de poder casar a Olga con decencia, «como a una princesita».

VIII

EL SACRIFICIO DE OLGA

En dos semanas las Agualonga visitaron diez o doce casas de Iruetia. Ninguna les gustó. Éstas tenían un defecto, aquéllas otro. Las unas eran microscópicas.

—Aquí nos asfixiamos antes de entrar —decían.

Las grandes, olían mal o eran horrorosas.

Al recuerdo del bello caserón, lleno de luz, de aire, de flores, de árboles, se quejaban de aquellos habitáculos, echando de menos plantas y surtidores.

—Aquí no hay matas ni pilas. ¿Dónde se coloca en este patiecillo una maceta de albahaca? ¿Dónde se guinda la jaula de un canario? Un pájaro aquí se moriría de tristeza.

Todas las casas de Iruetia, deficientes: las espaciosas, pestilenciales; las chicas, asfixiantes; las nuevas, de mal gusto; las viejas, incómodas.

Recorrieron en aquellos catorce o quince días barrios enteros de Caracas.

Una tardé se enderezaban al Norte, hacia la Pastora, cruzando por el puente del Guanábano, el río Catuche; otras, por el Sur, hacia el Paraíso, atravesando el Guayre, por el Puente Dolores; otras más allá del Anaúco, hacia el extremo Oriente o levantino de la ciudad.

—Queremos residir en el centro —terminaron por exponer a Iruetia.

—Bien —contestó don Camilo—. Buscaremos algo por Catedral, las Mercedes, Santa Teresa o Alta-Gracia.

No quedó en las parroquias del centro casita de Iruetia a cuarenta pesos por mes que no revistasen.

—Ya no me resta inmueble que mostrarles —decía el propietario, sobándose la huesuda quijada—. Las demás son demasiado grandes o demasiados chicas para ustedes.

—Sí le queda, señor Iruetia, sí le queda —replicaban ellas, con la confianza adquirida en dos semanas de paseos al través de Caracas.

Benévolo y paciente, don Camilo mordiscábase las uñas, recordando.

—Puede ser que les convenga una casita en la plaza del Panteón. En fin, nada pierden con verla. Mañana, a las cuatro, vengo por ustedes.

Jamás fue Irurtia ni tan paciente ni tan benévolo. El mismo se extrañaba de su actitud con aquella gente. No sólo accedía a caprichos femeniles que enredaban el negocio, amenazando con hacerlo interminable, sino que en vez de enviar a tan exigentes cambalacheras a echar su ojazo de revisores de fincas en asocio del negro Berroteran, el albañil, o de cualquier otro estipendiado o dependiente, acompañábalas él en persona, todas las tardes, seguro de malgastar una o dos horas escuchando tonterías. Extrañábale el perder dos horas diarias y escuchar majaderías de mujeres con el mayor placer. Extrañábale, sobre todo, que durante el día entero estuviese él, Irurtia, un hombre serio, un hombre de negocios, un hombre curtido por la vida, un hombre a prueba de percances, lisonjas y debilidades, un hombre que no creía sino en Dios y en el dinero, esperando casi con ansia que el tiempo volase y que sonaran las cuatro de la tarde, hora en que debía ir en busca de las señoras Agualonga.

No le pesaba perder el tiempo en semejante compañía; al contrario, placíase en ello. Por tanto, y por ver de engatusarlas con casitas de mala muerte, les fue enseñando, lo primero, las peores. Si podía librarse, merced a las Agualonga, de semejantes habitáculos, mejor. Y recordando su pensamiento de entregarles una casa cómoda y poco dinero, rectificaba: «Les entregaré poco dinero y la casa más mala que pueda. Después de todo, yo no soy padre ni protector de esa familia. ¡Qué diablos! Un negocio es un negocio. Y yo no soy hermana de la caridad, sino hombre de pelo en pecho».

Al iniciarse aquellas caminatas de ojeo, salían con el ricacho Olga, Rosaura y Alcira.

Pero al tercero o cuarto día, Olga no quiso molestarse más. Desde entonces sólo fueron de diario con Irurtia Alcira y Rosaura.

* * *

Eufemia, más vieja y siempre enfermiza, no pisaba la calle casi nunca, salvo para asistir a misa de siete, los domingos, o para cumplir con las relaciones, principalmente cuando ocurría algún duelo. Sus paseos los daba Eufemia en el jardín del caserón. Ella aceptaría —expuso— la habitación que escogiesen sus hermanas. A ella le quedaban pocos años de

vida. En cualquier parte acomodaría su ambulante esqueleto mientras sonaba la hora definitiva.

Eufemia era la que más sentía, aunque no lo expresara, abandonar el viejo caserón solariego. Pare ella el caserón servía, no sólo de vivienda, sino de calle, de paseo, de recreo, de todo. El jardín la puso chocha. La mañana la pasaba regando, primero; y aporcando o arrancando hojas secas después, pretexto para asolear sus huesos con el sol tempranero. En la tarde, después de las ocupaciones domésticas, empuñadas las enormes tijeras de jardinería, o con afilado cachicuerno, distraía se tajando una rama de acacia, podando una mata de diamelas, marrojando un pie de clavellinas; o bien se complacía en injertar un rosal, en hincar un rodrigón o en recoger para los santos, para Olga, para la sala, para el comedor, y aun para enviar al mercado de flores todos los domingos, casi a escondidas de Olga, manojos de claveles, hacecitos de violetas, varas de nardo y rosas de nieve, de púrpura, de oro.

* * *

Una tarde, al regreso de la diaria caminata, en la mesa, Alcira empezó a dar bromas a Rosaura con Irurtia:

—El viejo —dijo— se place visiblemente en conversar contigo. A veces ni responde a mis preguntas, enfrascado en tu admiración.

—Yo creo que se place igualmente con todas.

—Jesús, Rosaura, no seas tonta: tienes a tu lado hace quince días, todas las tardes, al estafermo de Irurtia, que parece babearse mientras tú le conversas, ¡y dices que se place igualmente con todas!

—Te juro...

—No jures; mucho me engaño o el viejo está picado de tarántula. ¡Qué conquista!

Por los ojos de Olga pasó un relámpago.

—Conque esas tenemos, madrina —pronunció— ¿Conque dos enlaces próximos en la misma familia? Me alegro. Yo doy el ejemplo. Pero tú lo aprovechas. Mi novio no vale lo que el tuyo.

—Niña, por Dios, no seas tonta —dijo Rosaura, defendiéndose, sin poder contener la risa ante aquel absurdo.

Alcira volvió a la carga:

—El viejo, contigo, se vuelve un merengue.

Olga agregó:

—Todo el dinero de Irurtia se fundirá al fuego de esa pasión, cubriendo de oro a doña Rosaura Agualonga.

—Por lo menos nos dejará vivir y morir en nuestra casa —insinuó Eufemia.

Eufemia, incrédula, sin conceder la más mínima importancia a la broma de Alcira, hablaba por hablar; pero traduciendo con aquellas palabras de esperanza su más íntimo sentimiento: el dolor que le causaba la mera idea de abandonar la antigua mansión de sus mayores, donde ella misma nació.

Rosaura concluyó por amoscarse, hasta donde podía amoscarse Rosaura, asegurando que no saldría más ni una sola vez con Irurtia.

—No quiero bromas —dijo— con ese viejo monstruo horripilante.

Se habló de otra cosa para no desagradar a Rosaura. Hasta se habló del nunca bien ponderado general Chicharra, que había quedado cesante, contra su costumbre, días atrás.

Terminadas la comida y la tertulia de sobremesa, Olga, de brazo con Alcira, arrastró a ésta con disimulo hacia el patío. Había luna. Las dos mujeres se detuvieron bajo los árboles. El aroma penetrante de los dondiego de noche embalsamaba la atmósfera.

—¿Pero tú estás segura? —preguntó Olga a su tía, sin más preámbulo, como siguiendo el hilo de un pensamiento.

—¿Segura de qué? —inquirió Alcira.

—No seas bobalicona: segura de que Irurtia gusta de mi madrina.

—¡Ah, ya me había olvidado! Segura, no. Me parece, como dije, que el viejo se complace más de la cuenta en parlotear con ella. Pero bien puede ser porque la pobre Rosaura, que es de tan buena pasta, le preste mucha atención, en parte por cortesía, en parte para que afloje pronto el dinero de tu matrimonio.

—¿Eso es todo? ¿No será por timidez que ese viejo lagarto peludo no habla claro a mi madrina, si le gusta? Mira, sería una pesca milagrosa. ¡Adiós, pobreza!

—Por Dios, Olga, no digas semejantes disparates. Se creyera que has sido educada por judíos o que estás metalizada como los yanquis, o que deseas que Rosaura se venda, casándose con un hombre a quien no ama, como hacen las francesas.

—No, no es eso lo que quiero decir.

—Lo mejor es olvidar el asunto. No embromes más con ese viejo a la pobre Rosaura. Ya ves que no le divierte el chiste.

—Yo soy de tu misma opinión —concluyó Olga.
Y se puso a hablar de otra cosa.

* * *

Esa noche, cuando ya Rosaura, Alcira, Eufemia, dormían a sus anchas, Olga, que no se había acostado aún, abrió la ventana de su cuarto.

La ventana caía al patio. El ambiente aromado del jardín entró en la estancia, embalsamándola. La clara luna del trópico resplandecía en una faja azul de cielo que se columbraba del aposento. Olga, en camisa, asomóse a la ventana y se puso a mirar el cielo, meditabunda. La tibia brisa de la noche jugaba con la leve camisa blanca, colándose por las piernas elásticas de Olga y produciéndole un deleite de baño. Los rubios cabellos despeinados le flotaban sobre la espalda.

*¡Ay, Dios mío! ¡Qué alborozo!
¡Ya la tapia cruje al fin!
Y entra el mozo, y con el mozo
entra el aura del jardín.*

*Besa el joven en la fresca
boca, a la niña en botón,
y la brisa picaresca
le alborota el camisón.*

Olga se puso a pensar en su matrimonio, ¿cuál era su porvenir? Nunca tendría coches, caballos, yates, collares de perlas, palacios de mármol ¡Qué limitación de horizonte! Jamás haría, por ejemplo, un viaje a la India, a Benarés, a Madrás, a Bombay, a Calcuta, a las selvas indostánicas, a cazar tigres, encaramada sobre un paquidermo, en compañía de jóvenes rajás, de mirar oscuro, piel de bronce y constelados de brillantes. Le gustaban los hombres morenos, le gustaba el amor, le gustaba el lujo, le gustaban las aventuras, le gustaba la vida. Quería vivir, gozar, derrochar, embriagarse de deseos, de amor, de champaña; realizar caprichos, dominar sobre los hombres, reinar sobre las mujeres; ser aclamada, adorada, odiada, célebre, feliz. ¿Y qué le reservaba el destino? Una existencia mediocre, oscura,

subterránea, aburrida, monótona; en Caracas, siempre en Caracas; pobre, siempre pobre. Una vida rebosante de anhelos insatisfechos, de anhelos imposibles de cumplir, de penuria, de infelicidad. ¡Qué injusticia! Para los unos, todo miel; para los otros, todo acíbar. Ella se explicaba a las mujeres que cometían locuras. Las mujeres que se iban con un príncipe, que se dejaban raptar por un tenor de esos que recorren el universo cantando, viendo ciudades nuevas a cada aurora, aplaudidos por mujeres de toda la tierra, la escarcela bien repleta con el oro de las cinco partes del mundo.

¡El oro, el oro! Tristeza daba decirlo; pero era la única llave que abría todas las puertas, hasta las puertas de la felicidad.

Pensó en Irurtia. Pensó que ella podía casarse con el avaro y ser dueña de un tesoro. Pero arrepintiéndose con horror a la idea de aquel connubio; a la idea de sentir sobre su carne rubia y sedaña la mano peluda de Irurtia, y sobre los senos y en la boca los labios pálidos, de seguro fríos, helados como labios de muerto, de aquel sórdido vejete sucio con aspecto de roedor. No, no, no. No podía ser. Ella no sería capaz de resistir semejante prueba. «Primero el hambre —pensó—, primero la muerte». Para serenarse hizo mentalmente este raciocinio: «Pero si yo no toco pito en el asunto, ¿para qué suponer que Irurtia me desposaría? A quien él galantea es a mi madrina».

Hubo una pausa mental; luego se dijo: «Y después de todo, ¿ponqué no? Mi madrina no tiene dieciocho años. Si no aprovecha la ocasión se quedará soltera. ¡Además, es tan buena; está siempre tan dispuesta a sacrificarse por todo el mundo! Un sacrificio más no le costaría mucho. Y en cambio, ¡cuántos beneficios! ¡Qué cambio en su vida, en la vida de todos nosotros!».

* * *

Al día siguiente, a la hora de vestirse para esperar a Irurtia que iba a presentarse, de seguro, con su puntualidad cronométrica, a las cuatro de la tarde, Rosaura declaró que ella no saldría.

—¿Pero estás loca? —le dijo Alcira—. Te disgustas por una broma. Yo te aseguro que si lo hubiera sabido no desplego mis labios. Anda, vístete.

—Anda, vístete —repitió con dulzura Eufemia.

—No, no iré. No quiero chanzas con esa lechuza de mal agüero, que me horripila. No quiero verlo ni oírlo más. Mañana se dirá en Caracas que

yo acepto las galanterías de Irurtia. Conozco a Caracas: lo que empieza por un chiste concluye por una calumnia. La calumnia en que nadie cree, fingen creerla, desde que surge, todos los picaros, y todos los tontos terminan por tragársela.

—Pero esa broma de Alcira, ¿quién va a repetirla? —insinuó Eufemia a su hermana.

—Aunque así sea, que no será —repuso Rosaura—. Lo que se le ocurre a Alcira puede ocurrírsele a otros.

Olga no desplegaba los labios.

Alcira, apesarándose sinceramente por lo muy a pecho que tomaba su hermana aquella broma de la víspera, repitió dos o tres veces, arrepentida:

—¡Si yo hubiera sabido!... la verdad es que en boca cerrada no entran moscas.

Hubo un silencio. Eufemia lo interrumpió, diciendo:

—Anda a vestirme, Rosaura. Todas sábenos que nada de eso es verosímil.

Rosaura, sintiéndose vencida, iba a ceder, no acostumbrada a la resistencia, pero sacó fuerzas de su propia debilidad.

—No —dijo—, no iré. Si es falso lo que asegura Alcira, para que nadie lo suponga; si es verdad, para cortar el mal de raíz.

—Además —agregó, después de segundos de silencio—, nadie puede imaginarse lo que me ofende y me disgusta esa necedad de Alcira. Irurtia me produce asco, repugnancia, horror. Sus manos peludas me parecen dos arañas. Su cuello flaco, sus ojillos de ratón, sus dientes amarillentos, su cara mal afeitada, su levita verdinegra, su cuello de celuloide, el olorcillo de moho, de catarro, de humedad que despide, todo él me produce una sensación de casi malestar físico. Sus ideas me producen igual efecto. Si venzo mi impresión de antipatía, cuando hablo con él es en obsequio de Olga, en obsequio nuestro, para que haga pronto el cambalache y nos dé los cuatro miserables centavos que necesitamos.

—Pues yo sola tampoco voy con el viejo —expuso Alcira.

—Yo te acompañaré —dijo Olga.

Las tres mujeres admiraron en aquel instante a Olga como a persona que realiza un acto de heroicidad cristiana en provecho ajeno. La hermana de la caridad que se encierra en un lazareto a curar leprosos no valía más, a los ojos de las tres señoras, en aquel instante, que Olga Emmerich.

IX

EL PALIQUE DE LOS NOVIOS

Terminada la comida, Olga se fue del brazo conversando, como el día antes, con Alcira; pero no hacia el jardín del patio, como la víspera, sino hacia el salón. Ya la sala, encendida, esperaba la visita de Andrés Rata, novio de Olga.

—¿Observaste —preguntó Olga a su tía— la cara de desilusión que puso don Camilo cuando advirtió que Rosaura no salía?

—Ya lo creo que lo noté. El viejo, aunque ladino, no pudo disimular. Por fortuna, la excusa que le dimos era aparente. Todo el mundo puede enfermarse.

—Estuvo durante la tarde algo tristón.

—¿Tristón? Grosero, y dispuesto a fusilarnos por un cuartillo.

—Así es él siempre.

—Siempre, no. Estos días atrás estaba dulce como una melcocha. Accedía a todas nuestras exigencias. El cambio es increíble.

—¿No seré yo la causa? El viejo lagarto peludo me odia casi tanto como yo a él.

—¿Tú la causa?, ¿por qué? Imposible que hubieras estado más amable ni más cortés.

Era lo cierto. Olga comprendió que aquella sustitución de su rubia y gentil persona, en vez de Rosaura, le cayó al viejo como un jarro de agua helada. No se descorazonó, sin embargo, y puso en juego durante la tarde entera todos los recursos de su inteligencia y de su gracia, empleó toda su capacidad de seducción para conquistarse la benevolencia de Irurtia, para hacerle olvidar las brusquedades anteriores o, por lo menos, para que Irurtia perdiese la merecida y evidente antipatía que la profesaba.

Don Camilo no se dejó domesticar. Estuvo hecho un puercoespín.

La casa que mostró no valía un comino. Olga la encontró de perlas.

—Es bonita —aseguró—, a mí me gusta.

—Pues si le gusta, señorita, no hay sino decidirse. Yo no puedo molestarme todos los días y perder mi tiempo en un negocio que no se

realiza ni me reporta un céntimo.

—Si de mí dependiera, señor Irurtia, le juro que la aceptaría. Desgraciadamente, yo no soy quien decide. Depende de la voluntad de mis tías y, sobre todo, de mi madrina.

Olga temió que Irurtia, de mal humor, rompiese toda transacción. Alejado Irurtia, el andamiaje de proyectos de Olga venía abajo. Era menester conservar a don Camilo y endulzarle la píldora con la esperanza de Rosaura.

Se aventuró, pues, a decir:

—Lo mejor será que usted pase cuando pueda, mañana mismo, si lo desea, por casa. Ya Rosaura estará levantada, y entre Rosaura, Eufemia, Alcira y usted decidirán.

Y dirigiéndose a Alcira, la consultó, sumisa:

—¿No te parece, Alcira?

Alcira, temiendo cometer una pifia, no encontró qué decir y fue de la propia opinión.

Olga continuó:

—La casa es buena, aceptable, recién pintada, con mucha luz. No creo que haya otra en su género tan linda, ni menos que la supere. Por lo demás, señor Irurtia, respecto a lo que usted ofrezca en metálico, mi madrina y mis tías se entenderán de seguro con usted.

Ellas no son difíciles de contentar, principalmente mi madrina, que es un ángel; y usted, por su parte, es un caballero.

—Yo soy un hombre de negocios, señorita.

Irurtia contestó con tanto desabrimiento, que Olga cedió la plaza a Alcira. «Que hable ella —se dijo— y que aguante el chaparrón. El viejo, evidentemente, no puede verme ni en pintura. Sí, yo sola no puedo luchar con este leviatán de avaricia y grosería; buscará aliados que lo domen. En cuanto a mi madrina, yo me encargo. No es posible que este lagarto peludo se esconda en la sepultura con sus millones. Que se case y asolee la plata».

Irurtia no acompañó a las señoras, según la adquirida costumbre, hasta la mansión de éstas, sino que se despidió en la puerta de la casita de permuta. Una amiga de las Agualonga, encontrada allí mismo, se empeñó en acompañarlas, y no sólo se empeñó en acompañarlas, sino que entró y tertulió hasta las siete. A las siete, cuando partió, sirvieron la comida. No fue hasta levantarse la mesa cuando Olga pudo cambiar con Alcira, a solas, en intimidad, impresiones de la tarde y con respecto a don Camilo.

—¿Conque tú dices —insistió Olga— que Irurtia en estos días atrás no estuvo tan grosero como hoy?

—Te repito que parecía una melcocha, un caramelo.

—Pues no cabe duda: está enamorado de mi madrina. El no verla lo ha contrariado. Como es un bicho sin tacto y sin cultura social, demuestra su mal humor. ¿No te parece?

—Puede ser que tengas razón —repuso Alcira—; pero lo mejor será que Rosaura no se encuentre más con ese hombre. Él se olvidará pronto; Rosaura no sufrirá con las presunciones del viejo sinvergüenza, ni con las críticas y mordacidades que correrán por Caracas si llega a traslucirse la cosa.

—Lo malo es que ya le dijimos que viniera una de estas tardes para que se entendiese con mi madrina, con Eufemia y contigo.

—Sí; pero todo se arreglará. Rosaura puede no ponerse buena o puede haber recaído el día que Irurtia se presente.

—Es verdad —dijo Olga, cogitabunda—; todo puede arreglarse...

Andrés Rata entró en ese momento.

Eran las nueve.

Alcira se retiró minutos después, dejando ya a los novios en amoroso palique, en el salón, sentados en sendos poyos de una ventana.

* * *

Por la ventana, abierta, penetraba la luz de los faroles municipales, la voz de los transeúntes que discurrían, conversando, por la acera, estrépito de coches y tranvías, todo el ruido de la calle y las notas de un vals que volaban de vecino balcón, desgranándose en el aire.

Rosaura presentóse en la sala.

Luego de saludar al prometido de Olga, fue a sentarse en el centro de la pieza, a la luz de la lámpara. Mientras vigilaba en silencio y a distancia a los enamorados, como quien no quiere la cosa, púsose a tejer un encaje, un pañizuelo de soles de Maracaibo, para el *trousseau* de la sobrina.

Los jóvenes seguían conversando en la ventana a media voz. Rosaura no percibía sino leve cuchicheo, un susurro.

—Tengo una noticia que darte —empezó Olga.

—Bueno, di.

—Una noticia que puede ser de la mayor trascendencia para nosotros.

—Bueno, dímela pronto.

—Es que no sé si deba.

La curiosidad de Andrés Rata despertóse. Quiso con ahínco saber aquella noticia que podía ser de la mayor importancia para ambos novios y que Olga vacilaba en participarle.

—No sé si deba —proseguía Olga.

—Por qué no sabes si debes. ¿Dudas de mí?

—No quema que la nueva se divulgase en Caracas.

—Entonces me crees un charlatán, un imprudente, un...

—No te creo nada —le interrumpió Olga—; pero si la cosa se trasluce puede escapársenos; habrá muchos malquerientes interesados en que la frustremos.

La curiosidad del pobre Andrés Rata llegó a su colmo. Suplicó, le besó las manos, más por bajeza que por amor. Gimoteó, quejándose porque Olga no tenía confianza en él.

Cuando Olga, que manejaba a su novio como a una marioneta, cansose de bailar su fantoche, cuando ya no quiso jugar más con él como el gato con el ratón, se decidió a comunicarle la buena nueva.

Andrés Rata exultó:

—¡Magnífico, magnífico! Tu madrina, casada con Irurtia, será dueña de toda la fortuna. Tu madrina te adora, no te niega a ti nada. Seremos ricos.

—Silencio —dijo Olga, sacudiendo su pañuelito de batista sobre la jeta horrible de Andrés Rata, como para remeterle las palabras en la boca con el fino lenzuelo, y en ademán parecido a aquél con que se espanta una mosca.

—Y ella ¿consiente? —preguntó Rata—. ¿Tu familia accede?

—Ésas son cosas de nuestra incumbencia, hijo mío. No creas que este asunto será como chuparse una pastilla de orozuz.

—Por Dios, Olga, me tratas como a un extraño. Dime: ella, tu madrina, ¿qué cara pone a Irurtia?

—Ella no quiere.

—¡Ah, caramba! Eso complica la situación.

—Te repito que este asunto no será chuchería. Pero yo tengo mi plan de guerra. Mi primer teniente va a ser tío Aquiles.

—¿El general Chicharra? ¡Magnífico, magnífico! —opinó Andrés Rata, que encontraba de perlas cuanto Olga discurría, con un sometimiento semejante al de Tomasa por Camilo, aunque de otra naturaleza, y dispuesto siempre a aplaudir y doblegarse.

—Y yo, ¿qué pito toco? Estoy dispuesto a todo por servirte, para secundarte.

—¿Tú? Oír y callar... Iba a darte un recado para mi tío Aquiles. Pero mejor es que yo hable con él.

Después agregó, más benévola y afectuosa:

—Tú sabes que si yo aspiro a algo no es para mí sola. Tú y yo en lo sucesivo no formaremos sino un alma con dos cuerpos.

El juró que la amaba cada vez más.

Y continuaron conversando en su ventana, a media vos, casi en secreto.

Rosaura seguía tejiendo su encaje de soles de Maracaibo a la luz de la lámpara, en el centro del salón. Por la calle seguían discurriendo transeúntes. Por la ventana, abierta, seguía entrando el ruido callejero, la luz de los faroles municipales y la música del vals, diez veces concluido y recommenzado diez veces.

Entretanto, allá adentro, en el interior de la casa, Alcira, en el corredor, hojeaba *La Religión*, diario que ponía a las Agualonga en contacto con el mundo católico y no católico, periódico al través del cual formaban ellas su opinión respecto a las ocurrencias diarias de Caracas, de Venezuela, de América, de Europa, del Mundo. Eufemia, en su cuarto, rezaba sus oraciones. La cocinera fregaba cacerolas y platos sucios o barría la cocina antes de acostarse. Su hija, una chicuela de quince años, medio tonta, que aseaba el caserón, tendía las camas y cumplía, en suma, los menudos quehaceres serviles, estaba roncando desde que terminó de atender a la mesa y pudo ella misma cenar.

En el patio, lleno de luna, la brisa, al escurrirse entre los árboles, levantaba murmullo; aromábase el ambiente con el perfume nocturno e insinuante de los dondiego-de-noche y exhalaba su queja musical, a la luz de la luna, la turiara de amplias hojas verdes, vegetal de encantamiento, planta de cuento oriental.

X

UN LIBERAL COMO HAY MUCHOS

Con pretexto cualquiera, Olga se hizo acompañar por Alcira en casa de aquel incomparable general don Aquiles Chicharra, marido de Gertrudis Agualonga.

Cuando llegaron, serían las diez de la mañana.

Mientras Alcira se entretuvo, al apenas entrar, con su hermana y las Chicharritas, Olga, so pretexto de que la mayor de sus primas no acudía pronto a recibirla, salióse de la sala al corredor, llamándola:

—Tula, prima, no seas perezosa ni coqueta. Acostada o vistiéndote ¡a estas horas! ¿No te da pena?

—Entra, Olga. Ven a mi cuarto.

En el camino se encontró Olga con él general Chicharra, quien, creyendo decir un chiste, la saludó con esta necedad:

—¿Qué escándalo es ése, en mi casa? ¡Cómo se atreve la bribona!

Olga sonrió sin ganas, por cortesía, y estrechando la mano que le tendía Chicharra, le dijo en voz baja:

—Tío, conviene que usted y yo conversemos cinco minutos solos. He venido solamente a decírselo.

—Bueno, conversemos. ¿De qué se trata?

—No, aquí no.

—Pero ¿qué misterio es ése?

La voz de Tula seguía llamando:

—Olga, Olga, ven.

—Un momento —gritó Olga—; estoy saludando a mi tío.

Y encarándose con el general, que permanecía alelado, le dijo:

—A usted le conviene tanto como a mí.

—¡Caracoles! Me pones curioso. Ven un momento al comedor. Allí no hay nadie.

—No, no. Lo espero mañana, en la tarde, a las seis, en la ventana de casa. Estaré sola. Ni una jota a nadie. Ya sabe: a las seis.

Tula venía hacia ellos. Advirtiéndolo el cuchicheo, exclamó, con inocente malicia:

—Parecen ustedes conspiradores.

Olga, como para dar asenso de burla a las palabras de su prima, dijo en voz alta a Chicharra, delante de Tula:

—Ya sabe, general, lo convenido. Y cuidadito: ni una jota a nadie.

Todavía al instante de partir las visitantes se burlaba Tula de los conspiradores, y todavía, al instante de partir, gritaba Olga desde la puerta al famoso Chicharra:

—Lo dicho, general. Puntualidad y discreción.

Las jóvenes Chicharra se desternillaban de risa.

—Esta Olga —expresó una de ellas cuando quedaron solas— tiene cosas estupendas.

—Es muy capaz —dijo la esposa de Chicharra— de armar de veras una conspiración.

Chicharra no dijo nada. Pero se quedó pensativo.

* * *

Era Aquiles Chicharra un vientre enorme sobre dos piernas cortas; un cuello embutido entre los hombros y un rostro mofletudo. Individualizaba su aspecto de cetáceo, dándole carácter al rostro, boto de facciones, una gorda nariz entre rosada y rubicunda, en apariencia sin ventanillas; una carnuda nariz en forma de bellota o más bien como un balano.

Aquel saco de manteca era también una odre de estulticia y un vejigón de vanidad. Pero ni la vanidad, ni la estulticia, ni la manteca alcanzaban las proporciones de su vileza. La vanidad, que hace papel de orgullo en los que no pueden mostrarse orgullosos, suele no concurrir con el servilismo dentro del propio carácter. En Aquiles Chicharra convivían fraternalmente. Tal vez no nació para siervo; pero vistió por cálculo desde joven la librea de los lacayos y aquel uniforme de servidumbre se adhirió a su piel: esclavitud formó parte de su ser moral, como formaban parte de su ser físico sus cabellos, sus huesos y sus carnes gordas y papandujas.

Su vanidad consistía en esa vanidad subalterna que se alimenta de naderías, no pudiendo nutrirse de acciones resonantes. Alardeaba don Aquilea, póngase por caso, de recorrer o haber recorrido el trayecto de su

casa a la Plaza Bolívar en más tiempo o en menos tiempo que otra persona alguna.

—Ayer salí —decía en la mesa de su hogar— a las ocho de la mañana y no llegué al Palacio Federal hasta las once. Tres horas para un camino de veinte minutos. Eso no me sucede sino a mí. ¿Y por qué tal demora, dirán ustedes? Pues, sencillamente, porque me fui encontrando con amigos que me detenían, deseosos de charlar un rato conmigo.

Su carrera política fue una parábola deslumbradora.

—Todo lo he sido en Venezuela —expresaba el famoso Chicharra: todo, menos arzobispo y presidente.

Así era la verdad.

Sin talento, sin ideas, sin ideales, sin valor, sin previsión, sin instrucción, sin patriotismo, sin personalidad, sin asomos de hombre de Estado, sin ápice de hombre de guerra, sin átomo de hombre de tribuna, sin pizca de hombre de prensa, Aquiles Chicharra, por su propia falta de peso, flotó siempre como un corcho sobre el oleaje de la política. Vivió constantemente del presupuesto nacional, adherido como una ostra al Erario de la República, o chupándose lo como una sanguijuela.

Su única virtud fue la pasividad.

Siempre que se necesitó un hombre que firmase lo que nadie quería firmar, allí estaba Aquiles Chicharra: lo hacían ministro; cuando se solicitó un hombre que dijese lo que nadie quería decir, allí estaba Aquiles Chicharra: lo hacían diputado; si fue menester condenar a algún inocente, allí estaba Aquiles Chicharra: lo hacían juez.

Como no servía para nada, servía para todo.

En los intervalos de esos magnos servicios prestaba otros menos ruidosos, aunque a veces no menos útiles, como el de deslizarse a lo somormujo en la amistad y en el hogar ajenos, y sondear a Fulano, o ir a comprar en Europa un yatecito para recreo del presidente, yate que se cargaría luego a la nación al precio de un crucero acorazado.

Aquiles Chicharra era el más barato de los pillastrones políticos. Por eso lo utilizaban de preferencia. Él había ocupado todos los cargos públicos y no era rico; había ensuciado su nombre en las más bizcas y pueras especulaciones del peculado, y tenía las manos, si no limpias, vacías. Así exclamaba a menudo:

—He recorrido todos los empleos de la República, y apenas cuento con qué vivir. ¡Después dirán que los «liberales amarillos» de Venezuela no somos patriotas y honrados!

La circunstancia de tener apenas con qué vivir, según sus palabras, y la costumbre de pelear en el presupuesto y comer de la nación hasta el punto de creerse defraudado si transcurría una quincena sin él devengar sueldo, por una u otra razón, obligaban a Chicharra a besamanos, genuflexiones, protestas de adhesión, y a las constantes antesalas de ministros y presidentes, ya para conservar un puestecito, ya para mendigarlo. Se le veía con tolerancia, como a quien puede servir en momento oportuno y conviene tener a mano. Era necesario y pegajoso como el perdiguero del cazador.

De él se servían los politiqueros como los pescadores de la atarraya; terminada la pesca, se echa a un lado el instrumento. Pero este instrumento hablaba y no se dejaba arrinconar. Algunos viejos cómplices de Chicharra o que se valieron de tan complaciente servidor, decían de él:

—Pobre Aquiles. Es un buen liberal. Ha prestado muchos servidos a la causa. No podamos dejarlo sin nada.

«Sin nada» era sin empleo.

Para conquistarse olvidadizas gratitudes o nuevas benevolencias no bastaban anteriores servicios; era menester renovarlos, protestar a menudo que se estaría dispuesto al sacrificio personal en obsequio del que gobernase y saberse ganar con zalemas la buena voluntad de los dirigentes en turno.

Mandase Pedro o mandase Juan, el abnegado Chicharra estuvo siempre dispuesto a sacrificarse por el Gobierno, cobrando su vocación al sacrificio todas las quincenas en la Tesorería Nacional, y pagando a los mandatarios con adulaciones.

Su grado de general tuvo un origen divertido que ya empezaba a olvidarse.

Nombrado gobernador de un Territorio federal donde el Ejecutivo de la República, o más claro, el Presidente, quiso cometer no sé qué desaguisado, hubo en el Territorio un alzamiento contra Chicharra. Chicharra se rodeó de la más brillante oficialidad, partió en busca del enemigo, lo encontró, dispuso sus baterías... y salió corriendo.

—Salí corriendo —explicaba él más tarde— a participar al Presidente de la República la acción.

En efecto, lleno de ardor bélico y sin dudar del heroísmo de sus tropas, Chicharra abandonó el campo del peligro, se fue a sitio seguro y telegrafió al Presidente:

«Encuentro formidable con los rebeldes en el sitio de La Rochela. Nos estamos batiendo como leones. Anuncio victoria completa. Lo felicito a usted

y felicito al Partido liberal por este glorioso triunfo de nuestras armas. Yo siempre dispuesto al sacrificio. Cuente conmigo incondicionalmente.

Su leal amigo y subalterno,

AQUILES CHICHARRA».

El ardor bélico de Chicharra, que no se empleó frente al enemigo, con las armas en la mano, sino en la oficina telegráfica con la pluma incondicional en la diestra, jugó una mala partida al prudente Aquiles.

No bien se hubo transmitido aquel despacho al Presidente cuando las tropas del gobernador Chicharra se presentaron corriendo. Los rebeldes habían triunfado. La victoria de Chicharra se convertía en fuga. Los oficiales acusaron a Chicharra de cobarde fanfarrón, que dio el ejemplo de la carrera a la tropa.

—Por Dios, señores —exclamó el ballenóptero Aquiles con acento de melodrama—. Perdonémonos los unos a los otros, en nombre del Partido liberal, y probemos que estamos dispuestos al sacrificio.

Aquellas mágicas palabras serenaron el horizonte y evitaron una trifulca.

Tres o cuatro veces se encontró Chicharra con los rebeldes y tres o cuatro veces salió corriendo para anunciar al Presidente de la República nueva victoria. A la cuarta victoria obtenida por telégrafo sobre los rebeldes, Aquiles Chicharra se presentó en Caracas. El Territorio quedaba en manos de los revolvedores.

Caracas lanzó una carcajada estrepitosa con los triunfos de Chicharra. «Un triunfo de Chicharra», se hizo refrán para significar derrota grotesca.

En cierto periodiquito maleante salió un anuncio sarcástico:

COCHERA DE AQUILES CHICHARRA

Ofrece victorias al público.

Y por teléfono, gente chusca y maligna lo volvió loco encargándole victorias de paseo.

Pero el tiempo había transcurrido, y no en vano. Las victorias de Chicharra se fueron olvidando: olvidóse también el origen burlesco de su grado de «general». Ya no se le titulaba general por mofa, sino por costumbre. El mismo, con el mayor tupé, se permitía estampar en sus tarjetas:

GENERAL AQUILES
CHICHARRA

EX MINISTRO, EX DIPUTADO,
EX ADMINISTRADOR DE ADUANA,
EX GOBERNADOR
DE TERRITORIO, ETC., ETC., ETC.

* * *

El célebre e imponderable general no frecuentaba el casón de las Agualonga. La política lo absorbía. ¡Qué tiempo iba a sobrarle para malgastar en visiteos a parientas pobretonas y por añadidura rezanderas y conservadoras!

Olga era la preferida suya en aquella casa. A Olga la quería a su manera. ¿Quién sino él acercó Andrés Rata a Olga? ¿Quién introdujo a Rata con destreza en casa de la Agualonga, a pesar de la desesperada oposición de las cuñadas? ¿Quién contribuyó a imponerlo allí, apoyando a Olga?

Es verdad que él procedió de tal suerte, en primer término, para ser útil a Andrés Rata, que si bien hijo natural de una vieja mulata de Carúpano, era un joven liberal, un periodista del Gobierno. Pero también es verdad que obrando de tal guisa complacía a Olga y que Chicharra se complacía complaciéndola.

Aquel nexo del noviazgo los unía.

También los unían otros nexos.

Muy jovencita Olga —apenas contaba trece años— fue a pasarse un día con Tula. Sobre condiscípulas, eran ambas primas de la misma edad. Chicharra aprovechó la ocasión. Atrajo a su cuarto a Olga y sentándose en un sillón y hablándole de cosas indiferentes, empezó a acariciar a la sobrina, no a lo padre, dejando caer las manos de la cabeza al rostro, sino como sátiro astuto, deslizándola de las pantorrillas hacía los muslos. Olga, que se dio cuenta de las intenciones de su tío, salió corriendo.

Dos años más tarde, una ocasión, Aquiles, en la sala de su hogar, mostraba a Olga fotografías escabrosas: mujeres y hombres desnudos en complicadas actitudes de vicio. Mientras la sobrina contemplaba con avidez aquellos mimos de lascivia, su tío el famoso general Aquiles

Chicharra, se restregaba contra ella. Encendida la sangre por el roce con aquella criatura blonda y linda, Chicharra no pudo más y le cayó a besos. Olga no era ya una chicuela. Asestó al fauno una tremenda bofetada. El general la dejó tranquila. Desde esa vez respetó más a la sobrina. Aquella mano pegaba. El siervo se sometía al puño. Y no le guardo rencor.

No sólo no le guardo rencor, sino que la invitaba al teatro, a menudo, llevándola junto con Tula y hacía que viniera a pasarse con la familia Chicharra hasta semanas enteras, en las estaciones de placer, ya en las montañas de Los Teques, por agosto; ya en la playa de Macuto, por diciembre y enero.

El que Olga visitase a la familia Chicharra, con Alcira o con Rosaura o con la misma Eufemia, que salía poco, parecía muy natural.

Lo que Aquiles no encontraba corriente eran las palabras misteriosas de Olga y, sobre todo, la cita. Se perdió en cavilaciones. Supuso que podía ser alguna desavenencia con Andrés Rata; pero desechó la hipótesis por absurda. Olga manejaba a aquel hombre como le daba la gana. ¿Qué diablos podía ser? A pesar de sus ocupaciones políticas y de sus preocupaciones cortesanas, Aquiles esperó con impaciencia la hora del *rendez-vous* y acudió con puntualidad.

* * *

En cuatro palabras, Olga lo puso al corriente de la situación.

Con motivo de negociar el caserón, Irurtia se había enamorado de Rosaura; Rosaura no toleraba ni que le trataran del asunto y no era posible dejar escapar la ocasión ni los millones. Ella le pedía consejo a su tío.

Aquiles experimentó una desilusión:

—Yo creí que se trataba de otra cosa —dijo.

Su mujer no tenía parte en el caserón de las tres Agualonga, como no tenía tampoco parte Olga, heredera de otra Agualonga. A la madre de Olga, lo mismo que a la esposa de Chicharra, se les entregó, al casarse, la parte de herencia que les correspondía. Aquel negocio de la casona, en consecuencia, no interesaba a Chicharra en lo más mínimo y juró no mezclarse en él. Cada uno que se maneje como pueda y negocie como lo entienda. En cuanto el enamoramiento de Irurtia y la repulsión de Rosaura, le importaba tres pitos.

—Yo no cargo vela en ese entierro —expuso a Olga, para significar su desistimiento de toda participación.

—Pero, tío, ¿un consejo?

—Te digo que yo me lavo las manos, como Pilatos.

Entonces Olga, que tenía su plan entre ceja y ceja, lo apostrofó:

—No parece usted el Aquiles Chicharra de antes. Usted ha degenerado, tío. Usted es inferior a su fama. ¡Cómo! ¿Es usted el hombre que ha ocupado con lucidez tantos y tan varios cargos públicos? ¿Es usted el que dominó tantas situaciones políticas? ¿Es usted, como Bolívar, «el hombre de las dificultades»?

Aquiles se sintió bañar en agua de rosas. Su vanidad emergía como un islote cubierto por el agua cuando se retira la marea. Aquella bribona lo conocía. Escuchaba, el rostro plácido, los reproches de la sobrina.

No queriendo interrumpir aquella música celeste, se limitó a murmurar:

—¡Muchacha! ¡Muchacha!

—No, tío, no me desilusione. Déjeme conservar de usted la idea que me he formado. Por lo menos, que no pierda la ilusión de que usted es un grande intrigante, un intrigante de genio, como don Vicente Amengual.

Aquello era el colmo de la lisonja. Chicharra no pudo resistir. Compararlo con Bolívar, pase. Él tenía cualidades que a Bolívar faltaron. ¿Pero compararlo con don Vicente Amengual? ¡Cielo santo!

—Sobrina —le dijo, sin poderse contener—, tú eres la única persona que me comprende.

—Ya lo creo que lo comprendo, tío. Usted es un hombre superior: usted tiene hasta la falta de escrúpulos de un hombre superior. Usted no se enreda en sus alas. ¡Arriba, siempre arriba! ¡Volando, siempre volando!

Chicharra respiraba a pulmón lleno. Su rosada nariz de balano parecía enrojecerse de gusto. En su rostro de angelote cachetudo, dibujábase la sonrisa de los bienaventurados.

Olga continuó:

—Es porque lo comprendo, tío, que no me explico su indiferencia en este asunto. El oro siempre es el oro.

—Pero ¿qué gano yo, sobrina, con que Irurtia sea rico y con que Rosaura lo abomine o no lo abomine?

—Tío, por Dios, vea hacia adelante. Sondee el porvenir. Irurtia, casado con Rosaura, significa Rosaura millonaria. Ese viejo no puede vivir largo tiempo.

—¡Bueno, Rosaura, rica! ¿Y a mí qué me importa?

—Rosaura rica significa que yo seré rica. Ella me dará, de una manera u otra, cuanto yo le pida. Yo rica, ¿qué no haré por usted, tío, por mi prima Tula?

—Todo eso es música celestial.

—Otra cosa, tío. Rosaura no tendrá hijos, como usted comprende, de ese viejo lagarto de Irurtia. Los herederos de Rosaura son Eufemia, Alcira y mi tía Gertrudis, su esposa de usted. Dios nos conserve muchos años a mi madrina. Pero nadie sabe lo que puede ocurrir. Los millones de Irurtia, en parte, pueden ser de usted y de su familia.

—Francamente, yo no había visto la cosa de ese lado.

—Pues véala.

Tío y sobrina terminaron por entenderse.

El general Chicharra vendrá una tarde a casa de las Agualonga y se encontrará allí, por casualidad, con Irurtia. Olga le dirá cuándo. Una vez en presencia del enemigo, abrirá el general su campaña. Lo primero, manifestarse muy agradecido por la actitud de Irurtia con la familia Agualonga durante la negociación. Con hábil pretexto se encontrará mezclado en el cambalache y se avistará tres o cuatro veces con Irurtia.

Ya madura la fruta, engullírsela. Se invitará a Irurtia a comer en casa del general: prevenciones, agasajos, mucha miel.

Las Agualonga irán a la comida, ignorando que Irurtia asiste.

En cuanto a Rosaura, silencio. Olga se encargará de su madrina.

SEGUNDA PARTE

I

EL CRUSTÁCEO

Serían las seis y tantas de la tarde. El crepúsculo encendía sus luminarias de capricho, y el cielo de Occidente se nacaraba con nácares de oro.

Los cerrajones del Ávila verdinegreaban ya, y todavía por el alba del valle caraqueño, hacia Petare, penetraba en avenida luminosa, como Orinoco desbordado, la gloria del sol. No era la luz caliente y centelleante del mediodía cayendo desde el cénit e iluminándolo todo, hasta las sombras de los árboles, sino una pálida y tibia claridad de oro que mariposeaba a lo lejos, en el campo, sobre las manchas verdes de los cultivos, y prendía incendios en las vidrieras occidentales de la ciudad, que parecían de veras arder.

Cruzan coches de paseo con mujeres vestidas de claro y hombres vestidos de oscuro. Los tranvías se dirigen, repletos, hacia los barrios distantes. Atraviesan obreros, sudados y ojerudos, vestidos de dril; modestos industriales con pantalones llenos de arrugas y americanas de casimir descolorido o de alpaca marchita por el uso; innúmeros alemanes del comercio, amén de uno que otro paseante del atardecer, tal cual criada con su recua de niños; éste o aquel matrimonio pobretón, que sale a coger aire y regresa a sus penates en la *carroza di tutti*; la madre que exhibió en calles y plazas su pimpollo con enaguas; otra madre que paseó el suyo por tiendas de modas y salas de intimidad, donde abundan más los primos hermanos que las primas... Y por entre ese mundo heteróclito se apresuran, camino del hogar, o a tener un rato de tertulia, en los cafés,

aquéllos a quienes el deber mantuvo todo el día en quehaceres almaceniles, tenderiles u oficinescos.

Mientras iba callejeando y discurrendo ese público crepuscular, Andrés Rata, de pies en la acera, pelaba la pava con Olga Emmerich, sentada en un poyo de ventana, en el salón de las Agualonga.

En aquella misma sala, por dentro, hacia otro extremo, dialogaban a solas don Camilo y Rosaura. Se diría que también estaban pelando la pava.

* * *

—¿Y eso marcha? —preguntó Rata a su novia, aludiendo a las relaciones del viejo con Rosaura.

—Así, así —repuso Olga—. Dios sabe lo que nos cuesta convencer a mi madrina de que debe ser, por lo menos, tolerante.

Andrés Rata era, en lo físico, un macaco de pellejo negruzco, un mulato ágil, huesudo y chiquitín, de belfo descolgado y escleróticas amarillentas. Se le busca por instinto, bajo el saco, la cola, porque no sabe uno, a primera vista, si aquello es la metamorfosis del mono, que se convierte en hombre, o la degeneración de un hombre, que retrograda a mono. Busca uno con los ojos la cola, pensando que la vida habitual de aquel hominideo debe ser la vida arborícola. En lo moral, peor: sucio, infeccioso como el salivazo de un tísico y más vil que la vileza. A su lado, el famosísimo Chicharra parecía un hombre digno o poco menos.

¿Cómo llegó hasta Olga? ¿Cómo pudo la liendre prenderse y anidar en los rubios cabellos de la linda criaturita, blanca y de oro? Era una complicada novela aquella historia, una obra maestra de Chicharra y de la Emmerich.

Cuando Olga, respondiendo a la pregunta de su novio aquella tarde, expuso que las relaciones del vampiro usurero y la Agualonga no volaban bajo cielo cerúleo, sobre una mar de aceite, viento en popa, Andrés Rata, con la inhumana urgencia del que aguarda un sacrificio ajeno en beneficio propio, insinuó:

—Tu tía, con sus melindres, nos está perjudicando a todos.

A Olga le dio rabia la salida, y exclamó, entre chancista y regañona:

—A ti no te toca sino callar y tener paciencia.

Él quiso subsanar la pifia:

—Lo digo por ti. Sabes que el único interés que tengo en este asunto es el interés de casarnos pronto.

Con la poca estimación que Olga sentía hacia aquel que iba a ser su esposo, le dijo, sentenciosa y cruel:

—No, Andrés; cuando un hombre quiere casarse, pone los medios y busca el dinero con que hacerlo; no lo espera todo de los demás.

El Rata trató de rebelarse.

Ella lo calmó, riéndose de tan inusitados aspavientos y de que se considerase herido por una frase. Un «vamos, Andrés mío, no seas tonto», lo calmó.

La autoridad, más que despótica, que ejercía Olga Emmerich sobre aquel hombre tan vil como débil, autoridad que raras veces una mujer descubre antes del matrimonio, triunfaba sin apremio de los conatos de rebelión del Rata.

Este hombre, acostumbrado a adular a todo el mundo por necesidad de su temperamento lacayuno y como para hacerse tolerar, obedecía por secreto impulso al más imperioso. El no vendía o explotaba su vileza como Aquiles Chicharra, no; era servil por naturaleza, por vocación, gratuitamente. A los dieciocho años ya dedicaba loas rimadas al Presidente de la República, a quien no conocía, de quien nada esperaba. Era un diletante del servilismo... Complacía en devorar deyecciones y excrementos por un cóprido instinto de cucaracha. La vanidad por ser el prometido de tan linda y blanca mujercita, aliándose con el sincero amor del moro y su innato servilismo, constituyeron a Andrés Rata en fantoche que Olga bailó siempre como le vino a gusto.

Ya risueño, y aun curioso por conocer el resultado de aquellas relaciones entre Irurtia y Rosaura, curiosidad que obedecía a un vago y oscuro sentimiento de sórdido interés personalísimo, el cambujo preguntó:

—E Irurtia, ¿no habla de matrimonio?

Más exorable que al principio, Olga respondióle:

—Ni una jota.

—Pero ¿cómo explicas las visitas casi diarias que hace a ustedes y los secreteos con Rosaura?

—Pues no los explica, hijo mío, y nosotras no somos tan memas para exigirle explicaciones.

—El día menos pensado puede irse para no volver. Es muy ladino. Hay que cogerlo con trampa. Y por lo menos, que realice pronta la permuta de la casa; así podremos nosotros casarnos cuanto antes.

—Irás Irurtia, no se irá. Cada vez se enamorará más y más de Rosaura; y Rosaura, por su parte, lo verá cada vez con menos antipatía. Cuando Irurtia hable de matrimonio, si habla, ya mi madrina estará hecha a la idea. Lo difícil ha sido llegar adonde hemos llegado: a que lo reciba. No sabes lo que ha sufrido, lo que ha llorado. Dice que cede por nosotras. ¡Pobre madrina!

—¿Y la permuta? —Se hará. La casita que Irurtia entrega la está terminando de rejuvenecer. Era la más conveniente; pero hubo que revocarla casi del todo. Y eso toma tiempo. Antes de un mes quedará lista, y entonces nosotros dos podremos fijar fecha para casarnos.

A la voz de matrimonio, el descolgado belfo de Andrés Rata contrajose para dibujar una sonrisa; y sonriendo el mulato lo sorprendió Irurtia cuando éste se acercó al poyo de la ventana para despedirse de Olga. Olga, de mucho tiempo atrás, se había vuelto con don Camilo un terrón de azúcar; don Camilo ya no le conservaba ni la prístina antipatía ni el antiguo rencor.

* * *

Asomó Irurtia apenas entre umbral y dintel por el zaguán de las Agualonga, y ya Andrés Rata se estuvo despidiendo de su novia, con el premeditado intento de acompañar unas cuadras a don Camilo, haciéndole garatusas y pindongas.

Desde que el agiotista —después de la comida en casa de Chicharra— dio en la flor de menudear sus visiteos, casi en son de galán, hacia el atardecer, Andrés Rata creyóse en el deber de ir a las mismas horas a cortejar a Olga. Esperaba de diario a que saliese el vejestorio para acompañarlo un trecho, prodigándole zalemas.

¿Por qué adula Andrés Rata? Preguntad al pájaro por qué vuela, y al río por qué corre, y al rosal por qué echa rosas, y al mango por qué da frutas. ¿Por qué adula Andrés Rata? Por organización, por instinto, por temperamento, por ley de su naturaleza. Aquel homúnculo de pellejo entre cobrizo y negruzco, aquel Rata de alma arrodillada, sentía la necesidad de doblegarse ante cualquiera, de buscar ante quién inclinarse, curvando la cerviz y el espinazo, porque sus rodillas tendían al hinojo por movimiento tan espontáneo como el de la respiración.

Hasta había ya disparado por la Prensa su ballesta de adulaciones al usurero, desde aquel periodicucho llamado *El Constitucional*, foco de infección que enfermó de vileza a casi toda la República, hojilla de tan albañalesca memoria. «Por la vanidad me lo ganaré», pensó Andrés Rata, sin saber a punto fijo para qué deseaba ganarse a Irurtia.

El prestamista, por su parte, desconfiaba de las genuflexiones del mulatón. Nada chocó tanto a Irurtia como verse en letras de molde. Desde que lo visitaron, años atrás, aquellas cacos nocturnos y desde que el Estado introdujo la nariz en los negocios de usura doncamilesca, no apareció el nombre de Irurtia en gacetillas ni crónicas. El encontrarlo ahora en *El Constitucional* de la dictadura, con motivo, primero, del banquete en casa de Chicharra, y luego con más fútiles pretextos, no halagó al usurero en lo más mínimo.

Profesó de antiguo a la Prensa don Camilo Irurtia el miedo que le profesan cuantos vivieron vida con lamparones. Nada de luz con exceso para vestidos, conciencias y vidas manchadas. Su inextinguible fondo de desconfianza removiése; y de aquel légamo de sentimientos viscosos y gelatinosos surgió una súplica, casi defensiva, que estuvo a punto de formular, para que Andrés Rata nunca le mencionase en la Prensa, ni siquiera por vía de elogio. Pero don Camilo Irurtia, que si no alas de águila, batía alas de murciélago, es decir, que era un espíritu membranoso y nocturno, si bien capaz de un ímpetu de vuelo, por torpe y menguado que ese volar pareciese, no quiso demostrar el disgusto que sentía cuando la Prensa zarandeaba su nombre, aunque delante de su nombre ardiese la mirra. «No le dejaré descubrir mi escozor —se dijo, pensando en el Rata—; tampoco le manifestaré contento ni menos gratitud: sería contraproducente». Por eso, cuando Andrés Rata anunció dos o tres veces a Irurtia que *El Constitucional* de la víspera hablaba «del gran financista con la debida admiración», el usurero, que se sabía de memoria la gacetilla concerniente, le contestó: «Bueno, buscaré el diario y me impondré». De allí no lo sacaban las frases campanudas de la adulación ni los inciensos odorantes del turiferarismo.

Andrés Rata no supo inspirarle nunca sino un sentimiento invencible de recelo, aunque Irurtia no supiese por qué. En cuanto lo topaba, don Camilo se ponía en guardia, con la precaución del que vislumbra un cartel de alerta: «Cuidado con los rateros».

* * *

Aquella tarde, cuando Irurtia, al salir del zaguán de las Agualonga, pasó frente a la ventana donde discreteaban Olga y su novio, éste se empató al usurero y juntos echaron a caminar calle adelante.

El sol se había puesto. La sombra, de súbito, como una cortina que se corre, entenebreció el espacio. En la bóveda del firmamento, poco antes de azur, ya umbrosa, lucían como gota de agua lumínica la blanca Venus, y como ascua bermejiza el bermejizo Marte. A los pies de Marte amarilleaban de envidia Los Gemelos. Estrellas, aquí y allá, guiñaban los ojos de oro.

En la calle, luceros más modestos, los faroles del Municipio también cabrilleaban; y las mariposas del gas movían sus inquietas alas de luz, mientras los arcos voltaicos parecían como pájaros de quimera en esféricas jaulas de vidrio, agitándose de continuo, nerviosos y esplendentes.

—Hace un instante —dijo Andrés a su compañero, por decir algo—, hace un instante aun brillaba el sol, y de repente, ¡pum!, la noche.

Como don Camilo no respondiese, Andrés Rata continuó:

—¿Se ha fijado usted, don Camilo, en lo breve de nuestros crepúsculos del trópico? En otras zonas, según cuentan...

Irurtia le interrumpió con visible desabrimiento:

—Con franqueza: no me he fijado; ni conozco más tierra que la mía, ni puedo comparar crepúsculos de Caracas, que puede decirse nunca he visto, porque no me han llamado la atención, con crepúsculos de otras zonas, que, repito, no conozco.

Tomando a broma la sequedad del agiotista, Andrés exclamó:

—¿Que no ha visto puestas de sol, don Camilo? ¡Ni que fuera ciego!

E irónico, añadió:

—¡Es un espectáculo tan bello... y tan barato!

—¿Barato, dice usted, por decir que no cuesta dinero? Puede ser, para otra persona. Para mí, no. La media hora que yo pudiese perder en contemplación estéril la aprovecho en descansar cuerpo y espíritu, en recobrar fuerzas para emplearlas al día siguiente y traslucirlas en dinero, o bien lo dedico a pensar, o bien a realizar lo ya pensado. Mi tiempo es oro. Si lo malgasto, pierdo. Ya usted ve.

—Conviene endulzar la vida, don Camilo. Todo no ha de ser trabajo. Y no me negará usted que ese espectáculo produce placer. Los pintores y los poetas...

—Pero yo no soy ni poeta ni pintor. Los artistas son otra cosa. Ellos hacen muy bien en contemplar la Naturaleza: ése es su negocio. Aparte de procurarse con ello un placer, esa contemplación les conviene. No crea usted que son tan desinteresados; eso, repito, es su negocio. Desinteresados serían los hombres que se dedicasen a lo que no les produce ni placer, ni gloria, ni beneficio: un poeta, a la medicina; un médico, a la pintura; un pintor, a la industria; un industrial, a la astronomía; un astrónomo, a la química. Pero que pintores y poetas se plazcan en la contemplación de la Naturaleza, no tiene gracia ni desinterés; eso es, repito, su negocio. Cuanto a la teoría de endulzar la vida, me parece muy buena. Sólo que unos la endulzan con una cosa y otros con otra. Yo también gasto azúcar... de la mía.

Estaban llegando a la esquina. Don Camilo deseaba desprenderse de Andrés Rata, y le preguntó:

—Y usted, ¿por dónde va?

—Por aquí —respondió el melampigio, haciendo un vago ademán con el brazo.

—Pues yo me voy por acá —dijo Irurtia, enseñando la calle opuesta.

Andrés Rata comprendió, ¿cómo no iba a comprender?, la intención de Irurtia, si no ofensiva, por lo menos de desembarazo, y en sus adentros, sin poderlo remediar, aplaudió el desparpajo del prestamista. «Este hombre es una fuerza —pensó—; no se enzarza en fórmulas vanas, sino que corre, denodado, a su objeto». Las escleróticas de Rata amarilleaban, como sucias de nicotina, a la luz de un farol. El morado belfo del negroide se contraía con una mueca indefinible mientras Andrés estrechaba la diestra del acedo tacaño en el adiós que le infligían.

Por intimo sentimiento de poquedad, de pequeñez o más bien de cobardía, Rata se puso a aplaudir, en su interior, a aquel «denodado» que lo acababa de insultar, o casi casi, con un menosprecio patente.

¡El, qué distinto de Irurtia! El sentía necesidad de sonreír, de cortejar, de inclinarse, de besar manos, de lamer pica; su preocupación consistía en hacerse tolerar, en que lo tolerasen, como si no tuviera derecho a existir. Los fuertes que luchaban como fuertes le inspiraban antipatía. El luchaba de otro modo; no a puños y dientes, como Irurtia, sino con palabritas de miel, sonrisas y quitadas de sombrero. Pero los fuertes arribados a la cumbre, ya de poder, ya de la fortuna, le inspiraban el más profundo respeto. Jamás hubiera sido capaz de atacarlos. Quería a Olga, no tanto por bella ni por Olga, sino porque representaba, primero, un valor social, y

luego, por el carácter de la hermosa, ríspido y dominante; es decir, veía en ella voluntad, nervio, señorío, látigo, amo.

Andrés Rata, cubierto de su ignominia como de resistente escama, y flexible, a pesar de coraza tan dura, pertenece a una especie de crustáceos aun no clasificada. La corteza de este crustáceo es invisible al ojo; es una costra en el alma; pero esa costra no impide la agilidad en la vileza, porque tiene coyunturas como el caparazón de los crustáceos conocidos en zoología.

II

REUMATISMO Y MAL DE AMORES

Cuando Irurtia regresó aquella tarde a su chiribitil, cumplida la cotidiana visita a las Agualonga, y después de su conversación de los crepúsculos con Andrés Rata, encontróse con que la comida no estaba puesta ni en vías de serlo.

Tendida en su camastro, con un pañuelo de Madrás, amarillo y rojo, cubriendo la blanca tumusa, cuyas mechas salían por las sienes, Tomasa berreaba como si la desollasen viva. Se estaba muriendo, decía. Aquellos remedios de Cirilo no le probaban. A una vieja derrengada e inútil eso es lo que toca: morirse en abandono como un perro.

Tan merecidos reproches llegaron al corazón de Irurtia. Al fin, tratábase de una abnegada mujer, en cuya compañía vivió siempre. Trató de serenar el espíritu de la anciana, ya que para calmar las penas físicas las palabras no eran eficaces:

—Por Dios, ¡Tomasa! ¿Qué aspavientos son éstos? Pareces una chicuela, huérfana de la víspera, que llora por su mamá. Te desconozco. Tú, la fuerte; tú, la buena; tú, la única persona a quien reconozco por de mi parentela, por sobre hermanos y sobrinos que apenas trato; tú, la única persona a quien amo; tú, la única a quien debo afecto, te quejas ahora, creyendo que puedo no cuidarte o que vas a morirte porque ese malvado reumatismo te pincha en las canillas. No seas injusta, no seas papanatas, no seas tan poquita cosa.

Si el reuma hubiese desaparecido en un segundo, dejándola ágil como una bailarina, aérea como una sílfide, Tomasa no habría sentido mayor alivio ni tanto alborozo. Empezó a sonreír. Las palabras de Irurtia le sirvieron de panacea. Y, en medio de sus lágrimas primeras, aun no evaporadas por completo, al través de aquel llanto reilón o de aquella risa de lágrimas, Tomasa hizo hincapié —quejumbrosa de que la defraudasen en su derecho— respecto a la conducta de Irurtia para con ella.

—Se te está dando tres pitos de verme perniquebrada, casi tullida, desde que el diablo te condujo en casa de esa familia Agualonga.

Entre amoscado y benévolo, Irurtia exclamó:

—No seas borrica, mujer.

Y para cortar de raíz la querella y no dar resquicio ni siquiera a alusiones, habló de otro asunto.

Corrido un rato, ofreció:

—Mañana mismo te traigo un médico de Universidad, de esos que a ti te gustan, a ver si te pone buena en un periquete.

—¡Buena! —dijo Tomasa, con aspecto de duda melancólica.

—Buena, si, buena. Ya lo estarías si el tal Cirilo Matamoros no se hubiera vuelto un zopenco.

Cuando Irurtia salió de la pieza, enjugábase Tomasa dos últimas lágrimas; pero estas dos lágrimas últimas las hacía verter, no el abandono, sino la gratitud. Hizo esfuerzos y pudo levantarse. Irurtia, que escuchó desde la alcoba el chancleteo claudicante, preguntó:

—Pero ¿qué locura es ésa, Tomasa? ¿Cómo te levantas?

Y la vieja, de corazón maternal y siempre en holocausto, le repuso:

—¿Piensas, Camilo, que voy a dejarte sin comer? ¡Ni que me estuviera muriendo de veras!

* * *

Irurtia, que había empezado a desvestirse para trajearse de casa, con la muda más vieja, se quedó pensativo, con los pantalones recién quitados en la mano.

¡Pobre Tomasa! Estaba, en realidad, muy acoquinada por el fulano reumatismo. Y el sin darse cuenta. ¡Qué descuido! Lo cierto era que muchas cosas se le trabucaban ahora.

No quería Irurtia convenir en que Rosaura, o mejor, su enamoramiento senil por Rosaura, fuese la causa única de todo aquel relativo desarreglo de su vida; pero confesábase que ello entraba por mucha parte. Veíase en un callejón sin salida, o con una sola salida: el matrimonio. No deseaba, con todo, pensar en aquello; le parecía ridículo a su edad; aunque más ridículo le parecía cortejar, a su edad, a una mujer que no podía ser su manceba y a quien no pensaba desposar. Era aquello, de veras, un callejón sin salida.

Y como todo el que tiene en brumas el ánimo por obra de alguna pasión imperiosa, Irurtia desrazonaba o razonaba a la birlonga.

No creía ni un minuto aquel hombre tan listo, a pesar de tantas y tan sospechosos manejos, el que Olga, Andrés Rata, el general Chicharra y, en cierto modo, hasta Eufemia y Alcira, militasen de acuerdo para pescarlo. De imaginárselo, Se escabulliría antes de caer en el garlito. Pero ni por sus mientes apuntó semejante presunción. Hasta el banquete en casa de Chicharra le parecía la cosa más natural del mundo.

Aun a medio desvestir, con las faldas de la camisa cayéndole sobre los calzoncillos, con los pantalones en la mano izquierda, de pies en el centro del cuarto y fijos los ojos en la bujía del velador, sin caer en cuenta de que estaba ardiendo, es decir, consumiéndose, el viejo langaruto se puso a recordar la comida en casa del famoso general Chicharra.

Estrenó un traje para asistir al ágape, el mismo traje que estaba quitándose. Compró levita y pantalón únicamente; el chaleco le pareció prenda inútil, si cuidaba de llevar abrochada la levita; en todo caso, el antiguo chaleco aun servía. Antes de procurarse aquellas dos piezas de ropa le ocurrieron vacilaciones. Muy enamorado debió de sentirse y muy seguro de encontrar en casa de Chicharra a Rosaura Agualonga —aunque nadie se lo había dicho— cuando se decidió a la compra. Con todo, antes de lanzarse en aquella aventura de manirroto, el calavera probó a limpiar con bencina el antiguo terno de paño; las manchas se desvanecían a trechos, en parte; pero los codos raídos. Las solapas con parches y los fondillos a cuadros, ¿de qué manera recomponerlos?

Se presentó con su vestido flamante. Lo sentaron en la mesa junto a Rosaura. Ésta, con ojos como ribeteados de grana —¿ojos de llanto?—, casi no despegó los labios, permaneciendo cogitabunda y adolorida durante el banquete.

No por eso estuvo la mesa menos animada.

El famoso Chicharra, rebotante de buen humor y de facundia, refirió pormenores de sus campañas y recordó, con desinterés, sus servicios de estadista. El vientre del pintoresco general se inflaba, como globo cautivo, no sólo de placer, sino de alimentos, mientras lo oían con atención los conviviales, y el balano de la nariz, más rubicundo en la ocasión por obra del Burdeos, tomó un subido tinte brasilado. El esférico Chicharra estuvo delicioso. Él lo había sido todo en Venezuela; todo, menos arzobispo y presidente. Andrés Rata, Olga Emmerich, las risueñas y frescas hijas de Chicharra, principalmente la llamada Tula, hasta Alcira, todos estuvieron chispeantes y regocijados, todos menudearon prevenciones y agasajos para Irurtia, en cuyo honor celebrábase la fiesta.

Luego, después de comer, quiso la casualidad —tan diligente celestina — que se encontrase Irurtia a solas con Rosaura en el saloncito donde Olga acababa de tocar al piano, donde Tula cantó como una paraulata. Fue un momento, un relámpago, lo que duró aquella íntima soledad, porque Rosaura apresuróse a salir cuando se comprendió a solas con Irurtia; nada se dijeron... Aquel minuto, sin embargo, constituía para Irurtia el mejor recuerdo de la noche. ¿Por qué? No podría explicarlo. Bobadas del corazón. Por lo demás, bien claro se dio él cuenta de que el nunca bien ponderado Chicharra y la esposa de éste, lo propio que Olga Emmerich y Alcira, habían descubierto —¡con cuánta discreción!— el secreto amoroso; y ¡con cuánta discreción! Se dijera que aprobaban, de modo tácito, aquel sentimiento. Ello le complacía, no por vanidad, sino porque el, tan diestro y ejecutivo en cuestiones de negocio, se comprendía, con toda sinceridad, en materias sociales y sentimentales, inferior al más epidérmico e incoloro pisaverde.

Aquel cerrar los ojos y dejar correr la bola que descubría o creía descubrir en los allegados de Rosaura, no lo achacó él —¡tan receloso y de poca fe!— a celada, trampantojo, liga o conato de pesca marital. Cuanto a Rosaura, pese a la dulzura de la dulce, a la infinita benevolencia de aquella alma generosa, adivinó Irurtia, dividió más que sentir, algo de aspereza, de repulsa, un valladar, un orgullo erguido, no se sabe qué estorbo mudo y resistencia que hacía comprender a Irurtia: de aquí no pasarás.

Pero el obstáculo enardecía más al batallador don Camilo. «¡No importa —pensó—; a las mujeres se las conquista! Son como las plazas fuertes la gloria consiste en rendirlas».

Dos semanas han transcurrido desde la comida en casa del patascortas de Aquiles; y desde entonces don Camilo concurre casi de diario, por las tardes, en casa de las Agualonga, no ya como antaño para callejear con ellas mientras iba mostrándoles inmuebles de cambalache, sino para visitar a Rosaura como amigo, casi como novio. ¿De qué modo se ha establecido la costumbre? Pues poco a poco, como la cosa más natural del mundo.

Rosaura, en efecto, lo recibe en la sala, a solas, mientras, en la ventana, Olga Emmerich conversa con su prometido o no conversa con nadie, sino que se mantiene allí, silente y vigilante, como un Lar, como un Hermes, como un Término con faldas.

Siempre en camisa y calzoncillos y con sus pantalones nuevos en la siniestra mano, el pensativo Irurtia se había sentado en el borde del lecho, buscando, maquinalmente, más cómoda postura para la soñación.

De sus evocaciones retrospectivas le distrajo la voz de Tomasa:

—Camilo, ven. ¿Te has quedado dormido? La comida está puesta.

Don Camilo advirtió que la vela se había estado consumiendo: ¡si ya era un cabo! Y sin terminar de vestirse, rápido como un gamo, acercóse al veladorcito y mató la luz.

III

EN BUSCA DE HIPÓCRATES

Don Camilo despegó los párpados y, poco a poco, fue distendiendo los miembros, en el primer desperezo de la vigilia.

La mañana, colándose por las rendijas, había trocado la oscuridad del dormitorio, más bien que en penumbra o casi sombra, en casi claridad.

Salió de la cama y empezó a vestirse. Todavía a medio vestir, recorrió el picaporte de la ventana, y por la ventana, ya abierta, penetró un chorro de luz. También penetró una tosecilla de catarro: la tos matutina de Tomasa. Algo más invadía el habitáculo de Irurtia, junto con la luz mañanera y la tos pituitosa de la fámula: un canto de pájaro.

Don Camilo, extrañándose por la insinuación de aquel trino, inaudito en el tabuco, abrió de par en par las maderas, y sacando fuera el busto, miró, sobre el filo de una teja, cubierta de verdosa lama, un pajarito rojo y negro. Convertía el trinador los ojos a una y otra vera, como presa de susto; su entrecortado arpegio no parecía de alborozo o de rijosidad, sino un llamamiento o un aviso: «Venid, venid», o bien: «Aquí estoy». Irurtia se puso a contemplar el avícula rojinegra.

¡Qué linda era! ¡Si estuviese enviscada la teja y él pudiera atrapar el ave y quedarse con ella! Ensayó el vejete un silbo y hasta castañeteó los dedos con una vaga idea de convertirse en pájaro y un poco para engañar al trinador. Cuando el aveica se percató de aquel Irurtia con aspecto de gavilán, lo dejó allí, con un palmo de narices, el silbo en los labios y la castañeta de engañifa en los dedos; y, burlesco, o simplemente atemorizado, rompió a volar.

Poco después Irurtia y Tomasa se desayunaban, según costumbre, con sendos pocillos de café aguarapado y sendos panecillos de a cinco céntimos. Tomasa había pasado una noche de perros. No podía más. El húmedo soplar del amanecer la derrengaba.

—Ya no ando —quejóse—; me arrastro. Pronto no podré moverme de una silla o del catre, ¡qué horror, Dios mío!

De algún tiempo a la fecha había enflaquecido, lo que no se creyera fácil en aquel espárrago humano. El continuo sufrir le plegó más y más el semblante. Aquel pellejo de Tomasa arrugábase únicamente sobre huesos. El enorme pañuelo de Madrás, rojo y gualda, anudado a la cabeza sobre la siempre desgredada tomusa blanca, parecía un lienzo de bandera española cubriendo un copo de algodón sin escardar. España se le había subido a la cabeza a la pobre Tomasa.

Mientras la vieja plañía sus dolencias, extrañábase Irurtia, para su capote, de no haber antes puesto atención en el descender, a toda carrera, de aquella salud. ¡Si ya Tomasa parecía un esqueleto! Pero sinceróse Irurtia con este pensamiento de disculpa: «¡Tomasa nunca se queja!».

Aquel razonar era un ardid para engañarse a sí propio; para no convenir en que un sentimiento absorbente ocupaba su corazón, una idea invasora su espíritu, y que una venda caía sobre sus ojos, como para que sus ojos, cerrados a las cosas circundantes, viesan más claro lo que ocurría en el removido ambiente interior del prestamista.

Tomasa no se plañía a cada momento, es verdad, máxime en las últimas semanas, herida en cierto modo por la indiferencia de Irurtia; pero cuán a menudo exhalaba su queja en esta exclamación: «¿Qué resta de la antigua Tomasa? ¡Una sombra!».

Irurtia recordó a la vieja la promesa de la víspera:

—Ayer, cuando vine de la calle —le dijo— te ofrecí hacerte examinar por un médico de Caracas, por un doctor de Universidad, como a ti te gustan. Pues bien, hoy mismo vendrá; ahora saldré a buscártelo.

Y como aquel que se impone un sacrificio en pro de alguien, y aspira, por lo menos, a que se lo agradezcan, preguntó:

—¿Estas contenta?

¡Sí; Tomasa estaba contenta con tan generosa promesa! Toda su fe en Cirilo Matamoros era ya niebla desvanecida. No quería ni que le hablasen del curandero.

—No me nombres siquiera a Matamoros, Camilo. No tomaré más ninguno de sus brebajes ni me aplicaré una hoja más de su herbolario, así me muera. Sus porquerías no me han aliviado ni siquiera un cuarto de hora.

Se levantaron de la mesa; ella, esperanzada ahora de curarse, por lo menos de mejorarse; él, satisfecho de sí propio, apreciándose como capaz de rasgos desinteresados, generosos, caballerescos.

Leía ya su *Noticiero*, comprado en la ventana, a un pregonero de paso, cuando llamaron al portón de la calle, repicando el férreo aldabín. Era

Berroteran, el alarife pacienzudo y diplomático, el que cortó el ombligo a Irurtia, según él decir de los peones, porque nunca le contradijo, sino que, adaptándose a aquel temperamento, supo ganarse la confianza del desconfiado. Cada vez acrecía su influencia con Irurtia, y cada vez metía más adentro la mano en aquellos negocios del usurero que se relacionaban con retroventas y revocación de fincas en Caracas.

No bien entró Berroteran, cuando sonaron de nuevo la aldabilla de la puerta. El albañil salió a abrir y penetró una arrapieza del vecindario con una jaula vacía en la mano.

Tímida y asoradiza, expuso:

—Vengo a que me hagan el favor de ver si para acá se ha volado un pajarito de casa.

—Entra, mocosa —respondió Irurtia, casi paternal—; busca tú misma. Pero nada encontraras... Esta mañana, un pajarito rojo y negro andaba por el tejado...

—Ése es.

—Pues voló en dirección de aquellos sauces.

La chicuela agradeció con una sonrisa el informe y se encaminó al corralón aldeaño —una vaquería—, donde apuntaban al cielo sus índices de esmeralda una docena de sauces.

Berroteran, tan conocedor de Irurtia, se quedó haciendo cruces, no sólo de la amabilidad de don Camilo para con la rapaza, sino de que la hubiese invitado a registrar el cuchitril en solicitud del animalejo. Todavía cuando salió, el alarife iba por la acera preguntándose: «¿Qué le estará sucediendo a don Camilo? ¡Parece otro hombre!».

* * *

Media hora, a lo sumo, luego de partir Berroteran, echóse Irurtia a la calle. Iba a buscar el médico para Tomasa.

Cuando arribaba a la plaza de Candelaria divisó el reloj público: las nueve.

Don Camilo se detuvo un instante. ¿Hacia qué lado enderezarse? ¿Qué médico solicitar? Desde la noche anterior ocurriósele a Irurtia requerir los servicios de cualquier mediquito en agras, de cualquier joven recién graduado; o mejor, que no se hubiese graduado y careciese de pretensiones: cobraría menos. Lo malo es que no conocía a ninguno.

Pensó dirigir los pasos hacia la Universidad, en pos de algún aprendiz de médico; pero se contuvo: los estudiantes, ¿qué son sino gánzanos y demonios? No; no deseaba exponerse a majaderías estudiantiles. Entonces acordó de los hospitales: un practicante; eso es, un practicante de hospital, algún mocito estudioso y pobretón que hubiese ejercido ya la Medicina, y no sólo, como los meros alumnos de Universidad, con conocimientos teóricos. Nada mejor le convenía.

Anduvo resuelto varios metros, con intento de dirigirse al hospital Vargas, cuando se detuvo de nuevo, cabizbajo: ¡el hospital quedaba tan lejos! «Además —discurrió—, ya estos pollitos se creen gallos». Con tal imagen, expresábase don Camilo que un practicante de hospital podía cobrarle casi tan caro como un médico.

Recordó entonces al bueno de Cirilo Matamoros, y lamentó el desacierto del curandero respecto a Tomasa y las prevenciones de Tomasa respecto al curandero. ¡Qué lástima de veras! Porque, en resumen, Cirilo conocía tanto de reumatismo como el galeno más pintado. No era un bruto, ni mucho menos, Cirilo Matamoros. Los éxitos curanderiles del «curioso» no se contaban ya con los dedos de ambas manos. El mismo, Irurtia, ¿no se confió a Cirilo más de una vez? Y Cirilo, ¿no lo dejó limpio de achaques, exento de dolamas cuando lacerias corporales lo hicieron acudir a Matamoros? Es más: Tomasa, la propia Tomasa, que ahora denigra de Cirilo y no se allana a verlo ni en pintura, ¿no le debe gratitud por anteriores curaciones?

Le pareció injusta la indeclinable prevención de Tomasa contra el bueno del campesino, que, en resumidas cuentas, daba cuanto poseía: su ciencia y sus medicamentos, y los daba sin presunción, sin regateos, gratis. ¡Si él consultase por última vez a Matamoros para saber si podía, «si o no», curar a la vieja! Después de todo, nada se perdía consultándolo.

Y como en hombre tan ejecutivo decidir una cosa mentalmente equivalió siempre a ejecutarla, porque Irurtia, hombre de acción, simultaneaba su pensamiento y sus actos hasta donde fuese posible en espíritu tan sinuoso y de recelo, Irurtia echó a caminar calle de Candelaria abajo, resuelto a irse a pie hasta la casa de Matamoros, en el vecino caserío de Chacao.

«Hace un momento —pensó— me parecía lejos el hospital Vargas, porque no estaba decidido; ahora me atrevo con Chacao y aun más lejos iría sin contar leguas».

En efecto, echó a andar, enérgico, tragándose las cuerdas alegremente.

Llegó, luego de un ágil trote, a un sitio donde la avenida se bifurca. Recta sigue, por un lado, hasta la Estación del Ferrocarril central, mientras que, a la derecha mano, despréndese y oblicúa la vía; por esta calle oblicua se baja a las casucas de Quebrada Honda, y, a poco adelantar, la que empezó calle se convierte en carretera, en la carretera de Sabana Grande, Chacao, Petare, etc., etc.

Fue propósito de Iurtia realizar aquel viajecito hasta Chacao a pie. Pero al considerar la ruta polvorienta, el sol que empezaba a calentar, el daño que derivarían sus brodequines de semejante caminata, el tiempo que invertiría en ir y venir, recordó que el tren, por 0,50 céntimos, lo llevaba, y por 0,50 céntimos lo traía, en cosa de una hora, y que, además, evitaríase, yendo por tren, el ajetreo, el desperfecto de los zapatos y la pérdida total de la mañana, en los meandros de aquel camino, entre nubes de polvo, bajo el sol del mediodía.

Optó por la vía férrea.

* * *

Lo que partía, cuando Iurtia llegó a la estación, no era tren, sino un tranvía eléctrico.

Se informó en la taquilla. Como el precio era el mismo, ya en el uno ya en el otro vehículo, tomó el tranvía.

¡Qué paseo más agradable en aquel coche al aire libre!

Corre el coche eléctrico, al principio, por grisácea llanura quebradiza, donde albirrojean, aquí y allá, casas-quintas blancas entechadas con tejas purpurinas.

En aquella planicie accidentada mueren las estribaciones de la augusta cordillera, ramal de los Andes, que separa el mar Caribe del valle de Caracas; y como la ferrovía se prolonga paralela a la cordillera, la prócera cordillera acompaña con su noble continuidad a los viajeros. ¡Qué gracia la de aquellas audaces laderas! Por donde, a trechos, se despeñan torrentes que chispean al sol, ascienden los cultivos o enseñan su calvicie los peladeros terrosos y cenicientos que dejó la rosa criminal.

Iurtia, aunque ni pintor ni poeta, como expuso en momento de mal humor al zascandil de Andrés Rata, llevaba fijos los ojos en el crestón más prócer de la sierra: la Silla de Ávila.

Por eso le sorprendió el parar del tranvía.

Puso atención: estaban en Sabana Grande. Las quintas iban menudeando. A la derecha, entre el carretero y la vía férrea, los *cottages*, de tapias con enredaderas y jardinillos frontales, asomábanse en grupos al borde de la línea; a la izquierda, hacia el lado de las sierras, se divisan en medio a una arboleda de frutales, una quinta blanca y un molino, blanco también, que agita sus aspas de nieve por cima de tantas verdes copas, entre las cuales amarillean cobrizas naranjas; maduran las guayabas de corazón rosáceo y ascenderán su acida miel las oscuras guanábanas de vientres enormes.

El tranvía continuó su carrera por los campos. Y como oblicúa a la derecha, se distancia un poco de la sierra y corre entre haciendas de cañas y tablones de malojo, Irurtia iba mirando a una y otra vera, esclarecidas por la lumbre solar las pértigas verdes del malojo y las flexibles lanzas de las cañas de azúcar.

Otra detención más, en medio de los campos, y se llegó a Chacao.

El zancudo Irurtia echó pie a tierra.

Distaba el poblado dos o tres minutos de allí. Don Camilo enfiló un callejón que conduce al villorrio, caserío de escasas viviendas, partido en dos por el camino carretero.

La polvorienta calzada cubre de polvo espeso, sucio, como de ocre desvaído, las paredes blancas de las casucas asomadas a la vía pública: y aquellas casucas, enjalbegadas de cal y con manchones por el polvo y las lluvias, mostraban todas un aspecto de vetustes que hacia contraste con la risueña y eterna juventud del paisaje campesino.

Pero Irurtia lo veía todo con ojos encantados. Al fin y al cabo, aquello era un paseo; el no hacía semejantes escapatorias todos los días. Era necesario aprovecharse y sacarle beneficio, aunque fuese con los ojos, a las paredes blancas del pueblo, a los verdes plantíos, a los cielos azules.

IV

LA HEMORRAGIA DEL GAÑÁN

No costó a don Camilo el dar con la pulpería del curandero. Harto conocida era. El primero a quien hizo la pregunta lo endilgó.

Desde el soportal y al través de las puertas esparrancadas, o, mejor dicho, al través del vano de las puertas, columbra Irurtia a Matamoros en el despacho de comestibles. Un lápiz en la diestra y una hoja de estraza por delante, Cirilo, de bruces contra el mostrador, saca sus cuentas.

Aprovechando cálido chorro de luz, toma un perro helioterápico, sobre el pavimento de ladrillos, su buen baño de sol. Paséase con aire sultanesco, seguido de una gallina blanca y otra jabada, un armipedo gallo canagüey de cresta escarlata y prestancia conquistadora. El mocito coadjutor espanta las moscas; va de aquí para allí agitando un haz de longas tiras de papel, atado al extremo de una verada o vara de bambú. Las moscas, volando de este rincón, pósanse en aquél. Puntitos negros denotan sus huellas en el tubo de la lámpara.

Cuando Cirilo Matamoros reconoció a don Camilo, se hinchó de vanidad, presintiendo el objeto de la visita. Lástima que la bodega no estuviese rebosante de compradores, como al atardecer, cuando los peones cesan en sus tareas y vienen a tertuliar y a remojarse el gaznate con un trago o varios tragos de aguardiente; o bien come a la mañanita cuando cocineras y fámulos del vecindario se presentan en muchedumbre para el mercar cotidiano. ¡Lástima!

—Don Camilo, ¿usted por aquí?

—Sí, señor; aquí me tiene.

—¿Y cómo sigue la enferma?

—Lo mismo; nada bien. A eso vengo.

—¿Por qué no me llamó por teléfono, don Camilo? Usted sabe que yo hubiera acudido como un relámpago.

—Muchas gracias. Quise venir en persona. Ya le explicaré.

Don Camilo ojeaba la tienda. No era un sucucho. Matamoros debía de poseer dineritos. «¿Cuánto representará ésta pulpería?» —se preguntó

Irurtia—. Y para saber si las mercancías tendrían fácil expendio, cuestionó al pulpero:

—Está usted bien surtido. ¿Pasa mucha gente por el camino? Es decir, ¿pasa mucho cliente?

—Transitar, transita. En cuanto a detenerse, ya es otro cantar.

Cirilo se puso a dar pormenores. Poco se detenían, con Caracas a un paso.

—Comprarán los vecinos, peones, hacendados...

Matamoros siguió informando.

Los peones, éstos eran el sostén de la casa. Cuanto a los vecinos pudientes, se lo hacían enviar casi todo desde la capital, por mayor. Sin embargo, Matamoros no podía quejarse. El tráfico por el carretero, asimismo, era tan continuo, que algo se pescó siempre. El río acarrea tanta agua, que alguna gotea en el ventorrillo.

Mientras iba Cirilo Matamoros discurriendo y mostrando a Irurtia la pulpería, Irurtia, en un dos por tres, a las volandas, realizó el inventario del tenducho.

El mostrador, de madera pintada de gris, recubierto por una lámina de cinc, claveteada con tachuelas de cobre: *200 bolívares*.

Sobre el mostrador una balanza con platillos de cobre; junto a la balanza un rollo de tabaco en rama, una lata enorme con café molido; y más allá, hacia el extremo, dos vidrieras: la una, con pastas y dulces baratos; la otra, con artículos o renglones de mercería: *200 bolívares*.

La anaquelaría o armazón para víveres y otras mercerías, con sus compartimientos cuadraditos, idénticos, saledizos, abajo; y con el espaldar en subdivisiones horizontales, paralelas: *250 bolívares*.

Cada subdivisión o tramo de este espaldar contiene objetos de linaje distinto a la subdivisión paralela, ya de encima, ya de abajo. Así, un tramo ostenta sardinas, arvejas, salmón, ostiones, toda suerte de conservas: *150 bolívares*.

En otro trono lucen litros, botellas, medias botellas; es decir, aceite, vinagre, vinos, licores: *150 bolívares*.

En otro hay cristalería y losa: vasos, ollas, casos, cacharros: *60 bolívares*.

En otro, velas, fósforos, cigarrillos, tabacos: *60 bolívares*.

Por tierra, o sobre tarimas, abren la boca sacos de maíz, sacos de caraotas, sacos de frijoles, sacos de arroz; se apergamina el bacalao seco; yacen los morenos papelones bajo una tapa de cuero; se apilan cajas de kerosén y cajoncitos de fideos, macarrones y demás pastas italianas: *1000 bolívares*.

De una vigueta cuelgan, como culebras disecadas, ristras de ajos y ringlas de cebollas; y penden de los muros haces de machetes, calabozos, escardillas y otros útiles manuales de campo: *300 bolívares*.

Aquí y allá se ven clavos, pólvora, guáimaros, un martillo; paquetes de triquitraques, mazos de cohetes, ovillos de cabuya: *50 bolívares*.

En el anaquel superior de la armazón, casi contra el techo, presiden el pipiolaje, como advenedizos exaltados por el azar a la más empingorotada posición, rollos de cabestro y de alambre, jáquimas, arritrancos, baticolas, enjalmas, un par de planchas y un anafe: *500 bolívares*.

Además, vio Irurtia, en ménsula bajera, al alcance de la mano, frascos bocones: eran los aguardientes para la peonada, el aguardiente de caña, blanco, transparente; el aguardiente de cocuy, rosado; el aguardiente con berro o hierbabuena, verde...

Y vio también que erguían su mole sobre una tabla lisa dos enormes quesos, heridos ya por el cuchillo detallador: el uno, queso de Maracay, fresco, lechoso, y el otro más baratón y endurecido, un queso de los Llanos. No lejos de los quesos, barrigona lata, ya principiada a expender al por menor, de manteca yanqui; es decir, de oleomargarina, es decir, de ese veneno en lata que el yanqui no consume en su tierra de Porcópolis, pero que exporta a tierra de imbéciles. Esa grasa de yanqui, un racimo de cambures pintones, y ambos quesos valían, en concepto de Irurtia, poca cosa: algunos *70*, o quizá *80 bolívares*.

Don Camilo recapituló: «podré equivocarme, en tales o cuales avalúos, porque yo no soy mercader; pero Cirilo Matamoros tiene aquí poco más de 3000 bolívares entre víveres y utensilios».

Y pensó: «Los habrá pedido a crédito al comercio de Caracas: de seguro a algún mercachifle alemán. Le habrán mayorado, por lo menos, en 50 por 100 el precio de cada artículo, so pretexto de dárselos a crédito; sobre que estarán, como es de rigor, pesados con fraude los que sean de pesar. Así, este hombre se obliga a pagar por esos tres mil bolívares cerca de siete mil, si no más; es decir, deberá trabajar siempre, si continúa en semejantes negocios de ruina, para enriquecer a los alemanes u otros vampiros de Caracas».

Después de haberle enseñado a conciencia la pulpería, Cirilo iba conduciendo hacia el interior de la casa a Irurtia.

Lo sacó de la abacería y, por una puerta adyacente, lateral, que da acceso a la habitación de la familia, hizo que entrara. Don Camilo se encontró, de sopetón, en una sala de lugareño. Cirilo, tan gordito y achaparrado, junto a don Camilo, tan flaco y larguirucho, parecía Sancho

Panza junto a Don Quijote. Pero ¡qué diferencia!: aquí el idealista y desinteresado era Sancho, y el de sentido práctico —un sentido práctico elevado al cubo— era Don Quijote.

* * *

La casa, para campestre y de palurdo, no era mala; ni rancho de bajareque, ni bohío con techo de paja seca, ni cabaña del tío Tom: era una vivienda coquetona, toda de cal y canto. El orden y el aseo resplandecían. Manos de mujer hacendosa adivinábanse. Don Camilo, en parte por cortesía, en parte por curiosidad, dijo:

—Es una bella finca. ¿Cuánto puede valer aquí una finca semejante, amigo Matamoros?

Cirilo valoró la propiedad. El viejo Sylock, sabiendo que el inmueble pertenecía al abacero, exclamó:

—Ya usted ve cómo se puede ganar dinero en Chacao.

—Es heredada de mi padre —repuso el otro.

—Ah, ¿heredada?

—Sí, señor; lo mismo que el campito a espaldas de la casa: unos veinte mil metros cuadrados.

Sentáronse en mecedoras de madera charolada de amarillo, en torno de una mesita con barniz oscuro. Del interior llegaban, indistintas, voces de mujer. Matamoros, ansioso por tratar el punto médico, preguntó apenas sentados:

—Bueno, don Camilo, ¿qué ocurre a tu enferma? ¿En qué puedo servir?

—Tomasita no va bien.

—¿Pero hay algún síntoma especial, decae, qué le pasa?

En lugar de responder, don Camilo cuestionó:

—Yo deseo que usted me responda, con toda lealtad, amigo Matamoros, si se siente capaz de curar a Tomasita.

Un hombre de ciencia hubiera vacilado antes de responder. Habría pensado, no en el reumatismo como enfermedad, en abstracto, sino en la enferma Tomasita, en el reuma de la enferma Tomasita, que pudo complicarse con tales o cuales cosas de aquella especial paciente. Cirilo Matamoros, no. Pensó en el mal, no en quien lo padecía; en el reuma, no en Tomasita. Sabía de memoria los agentes de farmacopea criolla que sanan

o alivian aquella dolencia; los aplicó cien veces con éxito, y exclamó, rotundo y jactancioso:

—¿Que si lo curo? ¡Ya lo creo que lo curo! ¡Si sabré yo lo que es reumatismo y cómo se sana! ¡Si habré yo curado reumáticos! Mire usted: doña Josefa Linares, de Caracas, tenía una criada que...

Iba a engolfarse en referencias, Irurtia lo interrumpió, exultante:

—¡Lo que yo decía! Matamoros sabe de estas cosas como el que más. Es muy capaz de hacer desgarrarse a los mismos cojos y que los propios mancos se echen a colear todos los toros de un potrero.

Entonces Sylock Irurtia expuso con detalles al curandero que Tomasa sufría de tales y cuáles dolores, que no practicaba con soltura este o aquel movimiento, que la humedad de las noches y el frío de los amaneceres la victimaban, que enflaquecía a ojos vistas, que había perdido confianza en los remedios de Matamoros, y que él mismo, don Camilo Irurtia, sí, señor, don Camilo Irurtia en persona, tan partidario de Cirilo, casi estuvo tentado a ocurrir a algún profesional con borlas académicas. Aquella idea de venir por última vez a consultarlo, salvó la situación. Se iría tranquilo, sin pensar un minuto más en médicos ni en boticas, porque daba absoluto crédito a la buena fe de Matamoros, a sus conocimientos prácticos y a sus remedios criollos.

Cirilo no volvía de su asombro. Comprendió con pesadumbre retrospectiva que aquella paciente estuvo a pique de escapársele. ¡Y no sospecharlo él! Así llegan las desgracias, sin anunciarse. Las foscas cejas de Cirilo parecían encapotarse más y más, prestándola al semblante del pobre hombre un aire de tragedia.

Por sentimiento de gratitud hacia don Camilo, por amor de su farmacopea criolla, para lucir sus conocimientos y apuntalar su prestigio en la conciencia de Irurtia, Cirilo Matamoros se puso de pie e invitó a Sylock a que lo siguiera.

—Acérquese usted acá, don Camilo. Verá usted si poseo yo los medios de combatir el reumatismo.

Dan Camilo titubeó, se creyó perdido. Imaginando que Matamoros iba a infligirle alguna lectura, arguyó:

—Mi tiempo es limitado. No quisiera perder el próximo tren.

Cirilo, inflexible, no aceptó excusas. Trenes había a cada momento. No iba a perder mucho tiempo don Camilo.

—Venga —repetía exaltado, el mirar trágico, el aire resuelto, con su aspecto el más tenebroso—. Venga, y luego me dirá si yo soy capaz o no de curar el reumatismo...

Parecía lanzar un reto.

—Y no digo el reumatismo, sino la sarna, la sífilis, la fiebre amarilla, el paludismo, el tifus...

Don Camilo no pudo excusarse, y fue, siguiendo a Matamoros, hacia lo interior de la casa. Matamoros, avanzando, no cesaba de hablar, las cejas hirsutas, los cabellos cortos, duros —cabeza de cepillo—, la mirada truculenta, el aspecto feroz.

—... La fiebre amarilla, el paludismo, el tifus, la escarlatina... Para todo tengo remedio. Lo único en que puedo equivocarme —como todo el mundo, hasta el mis sabio— es en el diagnóstico. Hay enfermedades cuyos síntomas se parecen a los síntomas de otras enfermedades. Y como el paciente no dice tengo tifoidea, o malaria, o fiebre amarilla, no sabe uno a qué santo encomendarse ni qué remedio propinar. Con algunas enfermedades, como el carare, es mejor: eso se ve. Con la disentería, por ejemplo, yo nunca me equivoco...

—Sí, eso se huele —dijo Irurtia.

—Se huele y se conoce —afirmó Cirilo, sin abandonar su aire de verdadero matamoros, aunque en el fondo no fuese ni matamoscas—. Se huele y se conoce... En los demás casos yo me pregunto siempre, al principio un poco atortojado: ¿Será escarlatina? ¿Será sarampión? ¿Será sífilis? ¿Será cáncer? Pero una vez seguro del mal que aqueja al pariente, ¡zas! Le propino la medicina indicada y cura por fuerza.

—A menos que Dios resuelva otra cosa.

* * *

Llegaron a una piececita muy clara, de paredes encaladas, con dos ventanas sobre el campo. Una clara anaquelería de pino, sin charol, ni barniz ni pintura alguna, encuadra todo ese local.

En cada compartimiento o anaquel del armazón se enfilan redomas, botes, frascos, tarros, pomos, hasta cazuelas de tierra cocida, todos o casi todos con rótulos.

Hay también en la pieza un extraño mueble lleno de cajones o gavetas. Dentro de las gavetas o cajones, cada uno de los cuales ostenta su etiqueta frontal, se apilan hojas, cáscaras y raíces de árboles; hierbas marchitas, florecillas muertas y frutos ya sin frescor.

Hasta por los suelos, hasta pendiente de cuerdas, veíanse vegetales, aun verdes, o puestos a secarse. Saquitos de lona o de lienzo y bolsones de cuero redondeaban sus panzas repletas de semillas, bayas, tubérculos.

Sobre una mesa, al fondo, yérguese una monísima balanza; encima de otra mesa, algo más resistente, duerme un almirez boca abajo con, a la vera, el majadero y una espátula.

Debajo de esta segunda mesa tiénense en pie botellines y frasquitos, y frente a la batería de frascos y botellas, como un oficial delante de su fila de soldados, se esponja, con vanidad pavorrealasca, un garrafón.

Olor indefinible, mezcla confusa de botica y de campo se exhala de aquella pieza.

No faltaban sino los bocalles con agua de colorines, iluminada por detrás con una lámpara, y la inevitable tenia en alcohol, para que don Camilo se creyese en una farmacia de villorrio.

Matamoros, saboreando de antemano la sorpresa que iba a producir en Irurtia aquélla droguería, tan en orden como la tienda, si no más, detúvose bruscamente en el centro del cuarto, y extendiendo los brazos en ademán de círculo, exclamó, con manifiesto y legítimo orgullo:

—¡Mire usted, don Camilo!

El aire fosco había casi desaparecido. Matamoros, el tremebundo Matamoros, estaba sonriente y satisfecho. Hasta las puntas de su cabeza peliparada parecían menos ríspidas.

Don Camilo se maravilló.

—¡Si esto es una farmacia! —dijo.

—¡Ya lo creo! Aquí hay de todo; lo que se llama de todo. Y vea el orden: aquí, los cáusticos; aquí, los tónicos; aquí, los antiespasmódicos; aquí, los sudoríficos; aquí, los antifebrílugos.

Cirilo iba apuntando con el índice, a cada nombre, un tramo o sección de la anaquelería, y el rótulo genérico encolado a cada tramo.

Casi constreñido por el curandero iba don Camilo Irurtia escudriñando etiquetas, leyendo rótulos, descifrando marbetes: «*Narcóticos o estupefacientes*», «*Emenagogos*», «*Emolientes*», «*Templantes o refrescantes*», «*Purgantes o catártico*», «*Disolventes, fundentes o resolutivos*», «*Drásticos*», «*Diuréticos*», «*Expectorantes o pectorales*», «*Estornutatorios*»...

Cansado de aquel tedioso recuento, don Camilo interrumpiólo, diciendo, entre irónico y circunspecto:

—Amigo Matamoros, ¿cómo es que con tantos emolientes, fundentes, estupefacientes y emenagogos no ha puesto usted como nueva a la pobre

Tomasa?

—A eso vamos, don Camilo. Yo no puedo hacer sino lo indicado. Lo demás es obra de la Naturaleza.

Y acercándose a un ángulo del armazón, añadió, indicando sucesivamente varios objetos:

—¿Ve usted estas flores rosadas, esta cáscara de fruta y esta corteza?

Sin aguardar respuesta alguna, Cirilo prosiguió:

—Son corteza, cáscaras y frutas de *copey*. Las cáscaras y la corteza son una maravilla contra el reumatismo. Se hace un cocimiento con ellas y se aplica en baños locales. Lo primero de que me serví para Tomasa fue de Las cascaras. No se logró éxito. Entonces ensayé la corteza. Al mismo tiempo le he dado hojas de bucare y hojas de tártago para que se las coloque en las sienes contra los dolores de cabeza, que la molestan a menudo; y como tales dolores de cabeza pueden provenir del estómago, la he hecho purgar, unas veces con «cañafistola» y otras veces le he recomendado ponerse lavativas de «guamacho».

—Pero lo cierto es que no mejora, amigo Matamoros.

—Hay que dar tiempo al tiempo. Los medicamentos no surten efecto de un día para otro. El reumatismo de Tomasa no es de ayer. ¿Cómo quiere usted sanarlo en un abrir y cerrar de ojos?

—Yo no quiero nada sino que se ponga buena; mientras mas pronto, mejor. Y diga usted, ¿no existe otro agente antirreumático, a más del *copey*, algo que pudiera ensayarse con Tomasa?

—Ya lo creo que lo hay: *la raíz de mato*.

—¿Raíz de qué?

—*Raíz de mato*. Y aún existe algo superior.

Extrañóse Irurtia de que existiendo una planta superior en virtud antirreumática a la *raíz de mato* y al *copey*, Cirilo no la hubiese, de preferencia, aplicado a Tomasa. E ingenuo, dijo:

—De seguro no tendrá usted esa maravilla, amigo Matamoros.

Cirilo señaló en el propio tramo del *copey* una cosa arrugada, y exclamó radiante:

—La maravilla es ésta.

Irurtia abrió sus claros ojos agudos con avidez. Sus manos de ganzúa se contrajeron como garras de halcón listas a apresar.

—¿Y qué diablos es eso? —preguntó.

Cirilo se puso a informarlo.

—Es la fruta del árbol llamado *cereiipo*, y también *guatemare*. En el centro de la República no se conoce el guatemare; es árbol que sólo se cría

en los montes del Caroní, en nuestra Guayana.

—¿Y usted cómo tiene aquí la fruta?

—La he hecho venir del territorio Yuruary. Me la envían de Guacipati por medio de la casa Blohm. Mi dinero me cuesta.

Irurtia quiso al punto que Matamoros le diera el *cereipo* o *guatemare* del Caroní.

Ante la avilantes ignorante del langaruto Sylock, Cirilo sonrióse y le dijo en tono doctoral:

—Eso hay que prepararlo. Así de nada sirve.

—Pues prepárelo usted.

Pero pensando que la preparación del *cereipo* o *guatemare* tomaría tal vez mucho tiempo, y que Cirilo, sin piedad, iba a aprovecharse para detallarle toda la farmacopea venezolana, corrigió:

—Aunque, diablos, ya es tarde.

Y tratando de ser amable con Matamoros, añadió:

—Ya es tarde... y es mejor que usted no se moleste ahora.

—No, para mí no es molestia alguna —repuso Matamoros—, pero la preparación es lenta. Supóngase que necesito hacer una tintura a base de ron, para que Tomasa beba en dosis de quince a treinta gotas. También le aplicaré el *cereipo*, para más eficacia, en fricciones. Yo, usted sabe, estoy por atacar siempre, directamente y sin descanso, el órgano enfermo. Ése es el camino. ¡Que duele un brazo: pues cuidar el brazo! ¡Que el mal es del estómago: pues al estómago! Usted me entiende.

—Ya lo creo que le entiendo.

Don Camilo deseaba partir. Sabiendo ya como Tomasa iba a sanar, nada hacía en casa del abacero curanderil. Pero Matamoros, inexorable y científico, no se resignó a perder aquella ocasión de mostrar sus conocimientos y sus plantas virtuosas.

—Acérquese usted, don Camilo. Mire: esto es *curta*. Bebida en infusión y aplicada en cataplasmas, quita la sífilis.

Matamoros refirió curaciones estupendas por medio de la *curta*. Cien peones avariosos de por allí le debían la salud.

—Esto —continuó, irrestañable, mostrando un paquete—, esto se toma con aguardiente después de machacar las hojas; es *onoto*: cura el tabardillo. Para la ictericia tiene usted esas flores amarillas tan olorosas, aun ya secas. Vienen también de Guayana. El árbol que las produce se llama *carnestolendas*.

Irurtia sacó el reloj. Matamoros se hizo el ciego. Puso la mano sobre un antiguo frasco de aceitunas muy bocón, lleno ahora con un vegetal seco, y

continuó, minucioso, concienzudo, terrible, sus explicaciones de farmacólogo:

—Esta planta es *borrajon*; llámasele también, en algunas partes de Venezuela, rabo de *alacrán* y *cotorrera*. Parece un heliotropo, y en el extranjero suelen bautizarla heliotropo de Indias o indico. El zumo de esa planta, agregándole un poco de sal, destruye la sarna. La misma planta, en infusión, alivia las almorranas...

Una voz de mujer empezó a llamar desde lejos:

—Cirilo, Cirilo.

Era la esposa de Matamoros. Éste se hizo el sordo, como antes se hizo el ciego. Estaba ahora con visita, y sin miramiento lo interrumpían para alguna sandez. ¡Qué mujer más ridícula!

Irurtia, impaciente, royéndose los uñas a más y mejor, quiso aprovechar la ocasión para librarse de aquel chaparrón de medicina práctica.

—Amigo Matamoros —dijo—, lo están llamando. No se ocupe usted de mí; acuda, hágame el favor de acudir.

Cirilo aseguró que eran majaderías de su mujer, y continuó, sin perder un minuto, aleccionando a Irurtia.

—Hay vegetales que sólo surten efecto cuando frescos. El higuero, por ejemplo, cuya resina o leche, si se aplica al brotar, saca un diente de raíz mejor que un dentista.

—Ya lo sé —dijo Irurtia—, y a veces saca hasta dos... contra la voluntad del paciente.

Matamoros oyó que de nuevo lo llamaron y de nuevo se hizo el sordo.

—Para provocar la menstruación he usado yo con mucho éxito la *raíz de mato*, lo mismo que el carato de *maguey* fermentado o el simple cocimiento de *cocuiza*, añadiéndole, eso sí, raíz de *brusca*. Respecto a diuréticos, dispongo del...

Matamoros no pudo continuar. A la puerta estaban llamando con violencia. Salió a ver, malhumorado. Su mujer le dijo, con la voz de angustia:

—Es un herido que traen. Está ahí, a la puerta de la calle.

Como por arte mágica, Matamoros cambió de aspecto. Su semblante de troglodita asumió, de súbito, una expresión casi de beatitud. Un hombre herido, moribundo tal vez. ¡Qué felicidad!

Corrió hacia la puerta de la calle, sin dársele tres pitos de Irurtia, dejándolo allí plantificado en la droguería, sin decirle una palabra de excusa o de explicación.

* * *

El herido era un mocetón, vecino de Chacao. Estaba allí con su madre.

Apenas divisó a Matamoros, la anciana gimoteó:

—Se ha llevado dos dedos de un machetazo picándole malojo al caballito. Una cosa horrible; a ver qué le puedes hacer, Cirilo.

Matamoros hizo entrar a la vieja y al jayán.

Se puso a desatar el vendaje, un pañuelo tinto en sangre, y la herida quedó al aire: el índice, herido de chaflán y con fuerza, había quedado en punta, como un lápiz. El pulgar y el dedo del corazón también heridos. ¡Qué machetazo!

—¿Alguna arteria, Cirilo? —preguntó la madre.

Cirilo, por única respuesta, gritó:

—Agua..., una esponja...

Presentáronle una palangana de metal con agua hasta los bordes; la esponja, como ínsula flotante, dentro.

Atraído por el alboroto, Irurtia allegóse adonde Cirilo, en medio de su mujer, una criada, la madre del gañán y dos o tres curiosos que se adentraron, familiares, estaba ya lavando y reconociendo la herida. Egoísta, trató de escabullirse, pretextando cualquier cosa, para no presenciar el dolor ajeno: aquello le obligó a pensar en el propio dolor, y hasta supuso que sus venas, rotas, eran las que chorreaban sangre.

—Usted está ocupado, Matamoros, permítame...

El respeto de don Camilo hacia el curandero acrecía por segundos, sin darse cuenta, por obra del contagio, en presencia de la confianza respetuosa con que los demás lo consideraban. La autoridad de Cirilo, por su parte, afirmábase en los estribos, ante las cabezas inclinadas de los demás, inclinadas ante la ciencia benefactora del curandero. Por eso, tratando casi de quién a quién al usurero, a quien siempre guardó respeto, le repuso:

—¿Que le permita irse? No, señor, don Camilo: no le permito nada. Yo le acompañaré a la estación. Esto es cuestión de un instante. Usted ve este colosote que se desangra; pues ya va a mirarlo bueno.

El herido no pestañeaba. La madre, que quería dar detalles del incidente, concluyó por callarse.

Matamoros, encargó a su mujer:

—Fulana: tráeme el frasquito con tintura de *aporó*; tú sabes dónde está.

No bien llegó el frasquito, el curandero, acucioso, feliz, dejó caer varias gotas sobre la mano enferma.

La sangre siguió manando.

Corridos uno o dos minutos sin que la sangre diera señales de estancarse, a pesar de aquel riego de bálsamo *aporó*, Cirilo Matamoros se dirigió en persona a la droguería.

De allá regresó, un instante después, con su mortero en las manos.

Dentro del mortero apeñuscábanse unas raras hojas, moradas por el verso, y verdes y lustrosas por el reverso. Parecían casi frescas. Empezó a machacarlas delante del concurso boquiabierto y confiado, diciendo y repitiendo al pálido jayán cuya siniestra mano goteaba aún:

—Ya verás: dentro de un momento se estancará.

—¿Y quedará manco, Cirilo? —se atrevió a preguntar la madre.

—Cirilo se encogió de hombros, indeciso, sin quererse comprometer por una respuesta.

Todos presenciaron la cura en silencio.

Matamoros continuaba machacando. De pronto, sin interrumpirse, exigió a su mujer:

—Fulana, tráeme unas hilas.

Pero debió de pasarle una idea por la cabeza, porque corrigió:

—No las traigas aquí: llévalas al botiquín.

Y haciendo levantar al paciente se dirigió con el hacia la pieza donde apila sus plantas de farmacopea. Exigió que Irurtia lo acompañase; pero sólo Irurtia. El viejo, aunque a regañadientes, obtemperó sin poder escabullirse.

Los demás circunstantes, curiosos y desilusos, envidiaron aquel honor.

Y se pusieron a hacer comentarios.

¿Por qué resolvería Matamoros irse con el herido y no realizar allí la cura, delante de todos, como empezó? ¿Sería para que la madre no presenciase la operación? ¿Se habría amoscado por alguna impertinencia? Nadie pronunció una jota extemporánea. Sin embargo, Matamoros, súbito, pareció enfurruñarse. Aunque con Matamoros, ¿quién sabía a qué atenerse? Cuando más hosco se le creía, cataba más de plácemes.

La verdad es que Cirilo al partir de allí iba como un demonio: los ojos encapotados tras de las foscas cejas, los pelos agresivos, con una cara de pirata argelino.

Minutos trascurrieron.

Por fin apareció el membrudo gañán con el brazo en cabestrillo; tras el hércules, Matamoros y don Camilo.

Irurtia, admirado sinceramente del arte de Cirilo, deseó conocer el nombre de la planta con que éste realizara la curación.

—Se llama *suelda-con-suelda* —informó el curandero.

Partió Irurtia convencido de la competencia de Matamoros, en cuanto farmacólogo, terapéutico y clínico.

Cuando ya muy tarde y con un sol de mil demonios llegó a su casa, hambriento y sudoroso, púsose antes de todo a referir a la vieja reumática, con palabras de admiración, el estancamiento de la hemorragia; y se deshizo en loas respecto a la droguería de Matamoros.

—Mañana o pasado, terminó asegurándole a Tomasa, traerá Cirilo Matamoros la salud para ti en un frasquito de tintura. Se trata de una planta prodigiosa que viene de Guayana y cuesta mucho dinero. Esta vez no tengo un jerónimo de duda: Matamoros te pone buena.

Tomasa movió la cabera en son de escepticismo. Hasta se permitió palabras de duda; pero como Irurtia insistía, y como vivió siempre acostumbrada a creer a Irurtia, a obedecerlo y admirarlo, la acecinada vieja guardó silencio y aun sintió renacer, en los siles de su alma, esperanzas de mejoría. Matamoros podía curarla. ¿Por qué no? ¡Dios es tan grande!

V

LO QUE SABE EL ATTACHÉ DE LA LEGACIÓN DE CHILE

En el salón de las Agualonga parlotean Irurtia y Rosaura. Olga Emmerich, vigilante y silenciosa, permanece en la ventana. En el corredor pespuntean Eugenia y Alcira. Abierta de par en par la puerta de la sala, que comunica con el corredor, penetra en la sala el murmullo de las femeninas voces fraternas. Trina un canario cuya jaula de alambres de cobre cuelga de una lumbre, entre dos pilares, no lejos de Alcira y Eufemia. Son las cinco de la tarde.

El agiotista rabia. Dentro de cuarenta y ocho horas quedará revocada y pronta la casita por Santa Teresa, adonde se mudan las Agualonga; cuarenta y ocho horas más, apenas, tardarán en secarse las últimas capas de pintura: «total —repita Irurtia— cuatro días y aún no se fija el de la mudanza».

Y no sólo no se fijó el día de trasladarse las Agualonga a la nueva morada; pero ni siquiera el del matrimonio de Olga, ceremonia que, según deseo de las Agualonga, debe celebrarse en el antiguo caserón solariego, antes de abandonarlo para siempre.

Irurtia, parlón, quejase a Rosaura de aquellos andares de tortuga.

—Tanta prisa al principio, y vea usted ahora. Ya resuelta la cosa, la difieren, por dejadez, por pereza, sin motivo.

—Poco a poco, don Camilo. ¿A usted qué le importa —contesta Rosaura— si nos mudamos días antes o días después; si Olga se casa hoy o se casa mañana?

Irurtia no comprende el que Rosaura no comprenda.

—¡Que si me importa! ¿Pero usted no piensa que existen intereses de por medio, intereses míos?

—¿Intereses de usted?

—Ya lo creo. Hemos concluido entre ustedes y yo un negocio, ¿sí o no? Pues, en virtud de ese negocio, yo he hecho gastos, muchos gastos, para entregar a ustedes una casa decente.

Y, bajando la voz, agrega el cutre:

—Dios sabe si he consentido en todo por usted.

Rosaura no permite que le digan semejante cosa.

—Es una majadería, señor Irurtia. Creo que desea usted molestarme; y lo consigue sin dificultad. Si usted se avino al cambalache fue por su conveniencia, no por mí. Yo era para usted una desconocida. Además, ni hubiera aceptado entonces ni aceptaría ahora de usted ni de nadie otro género de favores sino los de mera cortesía que cualquier caballero puede rendir a cualquier dama.

Comprendiendo que ha metido la pata, Irurtia rompe en excusas más o menos torpes. El que supiera ver en su corazón, vería allí sentimientos de respeto, de admiración, de simpatía... Las Agualonga... especialmente Rosaura... En suma, él sentía mejor que hablaba.

—Vamos, sí; como un escolar.

—No se burle usted.

—¡Si no me burlo! Pero el apremiarnos usted a la mudanza y el invocar sus intereses, no es para menos.

—Eso no. No mudándose ustedes pronto, me perjudican, porque no puedo alquilar ni vender la casita de Santa Teresa, donde he invertido suma de consideración, mayor de la que hubiese invertido para negociar o alquilar la casa a otras personas que no ustedes. Ese dinero, pues, no rentará ni un céntimo, paralizado, como va a permanecer, días y días.

Don Camilo embarullaba a sabiendas el asunto. Lo que él quería cuanto antes era el caserón de las Agualonga. No pudo menos de terminar diciendo a Rosaura:

—De este casón que debe pertenecerme, desde el día en que ustedes se muden, tampoco puedo disponer mientras ustedes no lo desalojen. Ya ve si la demore en el traslado me perjudica.

Rosaura no creía mucho en el perjuicio de Irurtia ni puso atención bastante a las explicaciones; pero, a fin de evitar nuevos detalles engorrosos, exclamó, dejándose llevar de aquella condición muy femenina que consiste en costear las dificultades en vez de afrontarlas y resolverlas:

—Usted tendrá un poco de paciencia, señor Irurtia, porque usted es bueno.

—Bueno, sí. Pero bondad no significa malgastar tiempo y perder dinero, o dejar de ganarlo —que es lo mismo— sin beneficio para mí, ni para ustedes, ni para nadie. Un hombre que tal haga no es bueno ni malo, sino incapaz.

* * *

Cuando Irurtia partió, poco más tarde, a eso de las seis o seis y media, Rosaura y Olga salieron al corredor, donde Alcira y Eufemia cuchicheaban aún, mirando caer la sombra sobre los árboles del patio.

La sobrina se encaminó a sus habitaciones. Rosaura, Alcira y Eufemia se pusieron a comentar la actitud de Irurtia, sus urgencias de mudanza y las razones de su urgencia.

Llamaron a Olga.

—Olga, ven acá; oye algo que te interesa.

Cuando Olga sospechó lo que iban a tratar, quiso, echando a broma el asunto, escabullirse.

—Uf, ¿consejo de familia? Yo estoy demás entonces. Apruebo cuanto resuelvan de antemano, de *Antí-mano*.

Antímano es el nombre de un pueblecito cercano a Caracas. El juego de palabras, de pueril, pasaba a tonto; se lo celebraron, sin embargo. Aquella Olga tenía un *esprit*. Pero no le consintieron la fuga; y Olga, burlesca, sin prestar importancia a las preocupaciones de sus tres madres, dijo:

—¿Qué desean ustedes? ¿Conferenciar? Conferencemos... en la oscuridad si gustan, aunque yo preferirla que encendiesen esta lámpara del corredor.

Y agregó:

—No estamos en casa de don Camilo ni queremos imitar *las tinieblas* de Semana Santa. Digo, me perece.

La complacieron. Para no perder tiempo llamando a la pazguata hija de la cocinera, Alcira, encaramándose en una silla, tiró hacia sí la lámpara de bronce, péndula del techo. Por un juego de polea, la broncea lámpara abajóse. Ya encendida, volvió a su altitud costumbrera gracias a un leve impulso de Alcira.

Encaramada aún en su silla, Alcira exclamó:

—*Fiax lux*, y la luz se hizo.

Olga corrigió:

—*Fiax lux*, y la luz fue fiada.

En aquella familia no sólo hacia Olga la luz con una palabra, como el Dios del Génesis, sino que su voluntad era la ley, aun contra la autoridad

de Eufemia. Pero, a pesar de toda su influencia y toda su marrullería, estaba en el garlito, no pudiendo sustraerse a aquel cuarto de hora de entrevista que tanto deseó evitar.

Después de haber urgido como nadie para la mudanza, con prescindencia absoluta de Eufemia, cuyo apego al viejo caserón la inclinaba a ir diferiendo un poco y otro poco, hasta donde fuera posible, el traslado a la casa nueva, Olga, de pronto, a última hora, sin motivo aparente, empezó a asegurar que nada corría prisa.

—Como he de casarme antes, y Andrés y yo no hemos convenido en fecha para el matrimonio, ¿a qué rompernos la cabeza pensando en mudanza?

Cuando la excitaban a que se acordase con Andrés Rata para la boda, pretextaba que Andrés Rata carecía aún de menaje. En la ebanistería donde lo estaban fabricando no cumplieron la promesa de entregarlo cuando se convino. Faltan este mueble y aquél.

¡Qué mentira! El pobre Rata no encargó mueble alguno, sino que los fue comprando de ocasión, poco a poco, según pudo: el dormitorio, un día; el comedor, otro día; el saloncito, otro.

¡Cuán distinta la verdad! La verdad era que Olga Emmerich se había encontrado noches atrás en un baile con el *attaché* de la Legación de Chile —un buen mozo de Santiago, recién arribado a Caracas—, y esbozó con el santiaguino desde el primer momento un *flirt*.

Un *flirt* más en la vida alegre de Olga, aun a las puertas de Himeneo, aun ya prendida, o poco menos, la antorcha simbólica, no extrañaba a ninguno. Era la cosa más natural. Todo el mundo la conocía; todo el mundo sonrió.

El chileno enamoróse de aquella mujer rubia, esbelta, de senos resistentes, músculos elásticos, boca sedienta de boca, garganta y brazos apetitosos, cabeza altiva, ojos azules, ya fieros, ya rendidos... Y aquella mujer de cuerpo y alma golosas de placer, que soñó siempre en aventuras ultramarinas, con hombres que no fuesen sus caraqueñitos de costumbre, a quienes se sabía de memoria; aquella mujer voluntariosa, sensual, egoísta hasta la medula de los huesos: aquella mujer sin escrúpulos, se enamoró del santiaguino, quien sobre ser gallardo mozo, ejercía en ella la influencia de lo distante, de lo desconocido, de lo romántico.

Fue un *flirt* galopante. En diez o doce días se encontraron veinte veces. Y cada encuentro mundano, ya en casa de unas amigas, ya en casa de otras, mayormente en casa del gran alcahuete de Chicharra, fue una íntima charla sin término. En la fiesta última de la Legación chilena, una *garden*

party, aquella charla amorosa fue también paseo de solitarios, bajo los viejos árboles y por los más apenumbados y discretos rincones de un magnífico jardín.

«Es el adiós a mi vida de soltera», dada ella para su capote, disculpándose.

Y aquel *flirt* de adiós, ya en vísperas de nupcias, podía permitírselo con tanto descaro porque Andrés Rata, su novio, perteneciendo como pertenecía por su origen, no sólo oscuro, sino tenebroso, a una de las más ínfimas capas sociales, y no habiendo ascendido sino por medio de la política, vivía lejos de los salones, no visitaba a nadie, con excepción de alguno que otro politicastro inescrupuloso como Aquiles Chicharra.

El chileno fingía no creer que Olga consintiese en desposarse con Andrés Rata. Ella, tan linda, tan rubia, con aquel hombre tan feo, de cuerpo y alma tan negros. En Chile jamás ocurriría tan deslayada nupcia.

* * *

Los amores y el futuro enlace de Andrés Rata con Olga tenían su explicación.

Aquella hija de alemán, educada en colegio de alemanes, respirando a pulmón lleno el ambiente espiritual de la revuelta sociedad democrática en que le tocó vivir, no tuvo ni los sentimientos, ni las ideas, ni los gustos de sus tres madres, damas orgullosas, caseras, rezanderas, casi monásticas; con costumbres, ideas y sentimientos que no supieron inculcar, por falta de energía, en la semitudesca.

La influencia de las tres madres fue nula por exceso de amor hacia la sobrina. Ellas se amoldaron a Olga, en vez de Olga amoldarse a ellas. Eran las madres tres ardientes virtudes teologales frente a un *iceberg*, tras abnegaciones frente a un egoísmo, tres debilidades frente a una fuerza.

Por eso las Agualonga, que se creyeron siempre la flor y nata de la sociedad, señoras que, aun en medio de su pobreza, nunca hubieran abajado su ingenuo orgullo ante nada ni por nadie, y cuyo círculo de relaciones era estrechísimo, antiguo, hereditario, se fueron ampliando de ideas, o, con más propiedad, fueron sacrificando sus ideas por amor de la niña. Por eso tantas amigas de colegio de Olga, y los hermanos de éstas, se convirtieron en visitas de la casa. Por eso Olga, con aquella hambre de placer y aquella necesidad de consumir un exceso animal de vida, concurría

a todas partes a fiestas de sociedad. Por eso Olga tuvo, desde los catorce años, amores a puños. Por eso Olga se besaba con los novios detrás de las puertas. Por eso Olga, esquivando el rodrigoneo de Rosaura, se acostumbró a salir sola, con amigas que venían por ella a la casa o a quienes ella iba a buscar en las ajenas. Por eso Olga fue sorprendida una vez entre los brazos de un hombre casado. Por eso Olga, convencida ya de que ningún joven de Caracas que se estimase en lo más mínimo iba a desposarla, máxime careciendo ella de fortuna, aceptó la mano del mulatín servil y ambiciosillo. Por eso las tías lloraron mucho, mucho, noches enteras, antes de consentir. Por eso consintieron en aquel deslayado y absurdo matrimonio.

Las tres madres no eran tontas de capirote, aunque el afecto las convirtiese en juguetes de la sobrina. No eran tontas; eran distintas de la semitudesca. Mentalidades babélicas, vivían en intimidad unas y otra sin entenderse. En el fondo, las Agualonga apenas conocían a la Emmerich: la periferia del carácter no más. Para disculpar en parte a la atrabiliaria y caprichosa, y en parte por estúpida admiración, decían las ciegas, las consentidoras: «Olga es tan original». Caracas decía otra cosa, con menos lisonja de eufemismo.

Caracas advirtió desde temprano, con más claridad y justeza que las tres madres célibes, el imperio de la seducción varonil en aquella juventud de nieve y oro; el afán excesivo de libertades en aquella bestezuela rubia que tascaba con impaciencia todo freno; el egoísmo gélido, la tendencia a la intriga, la ensoñación mórbida en aquella criatura, más linda por fuera que por dentro.

En los campos de Venezuela se abaten los pericos, por nubes, sobre los conucos de maíz, desde que el grano de oro apunta en salón y aun antes. El buche de esos pequeños loros, gárrulos y devoradores, es el primer granero de las cosechas. Un refrán lo recuerda: «el primer maíz es para los pericos». Así los novios con Olga. Nubes de mozalbetes asediaron la madurez de aquellos catorce abriles. Las tres madres, al principio, tomaron la cosa a risa, mirando a la arrapieza con su corte. Luego, ante la avalancha de renovados galanes imberbes, se enfurruñaron.

—Eso no puede ser —protestó Eufemia.

Alcira y Rosaura corearon:

—Eso no puede ser.

—Pero si todas hacen lo mismo —les inculcaban algunas señoras de manga ancha.

Las tres madres cedieron, por temor de perder el afecto de la voluntariosa, contrariándola, y porque «todas hacían lo mismo».

Anduvo el tiempo. Vinieron bailes, y con los bailes nuevos y ya bigotudos pretendientes.

Se imaginaron entonces las Agualonga que tan fugaces amoríos de ventana y cotillón constituían sólo inofensivo deporte sentimental, moneda corriente de nuevo cuño, manera de pasar el tiempo sin aburrirse.

Luego se acostumbraron.

A desengaño las llamó el compromiso de Olga con Andrés Rata. Bebieron cicuta, transitaron una calle de amargura, se rebelaron con el dulce balido de protesta del corderito que degüellan... Todo en vano; entra Olga y el rufanesco de Chicharra impusieron a Andrés Rata. Las tres madres nada pudieron, sino llorar y aceptar.

* * *

Consentido el matrimonio, dispusieron a desprenderse de todo en obsequio de la sobrina.

Poco tenían; pero lo poco que tuvieran era para Olga. ¡El pretendiente, ya prometido, era tan pobre!... ¿Qué no habría que darles? Y hasta pensaron las solteronas en alguna urgencia de mañana —no de ellas, sino de ellos—. Las madres necesitaban pata vivir poquísima cosa. Olga se llevaría los medallones de oro macizo de Rosaura, las esmeraldas antiguas de Alcira, las camafeos de Eufemia; las perlas de Cubagua, transmitidas de generación en generación; todas las viejas prendas hereditarias. Y como aquello mismo poseía más bien un valor sentimental y de recuerdo que efectivo o intrínseco —pues hasta las perlas se desmejoraron y aun murieron— se convino en vender el caserón solariego o permutarlo por una casilla cualquiera, al objeto de percibir algún dinerito de compensación. De tal suerte casarían a Olga con decencia y podrían entregarle en numerario lo que sobrase, en previsión de alguna eventualidad. Andrés Rata era tan sin céntimo, que Eufemia decía a espaldas de Olga: «Es, de veras, no un rata, sino una rata», refiriéndose a lo desvalido y paupérrimo.

El sacrificio de abandonar el caserón, como vivienda y como propiedad, era el mayor de cuantos pudieran infringirse las Agualonga.

Todos los recuerdos de familia se vinculaban a aquellos muros, levantados por los abuelos a comienzos del siglo XVIII. La juventud de las tres deslizóse entre aquellas paredes. Entre aquellas paredes vivieron sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, sus tatarabuelos. Cada rincón evocaba memorias de tal o cual persona de la familia, remembranzas transmitidas por tradición piadosa, de hijo en hijo. «En aquella pieza nació Fulano, en aquélla murió Mengano. Ese árbol fue plantado por Perencejo».

Eufemia, principalmente, se entregaba a tales evocaciones. Ella no salía nunca de allí y pasaba la vida discurriendo por los vastos corredores, como claustros, o ramoneando en los jardines, alta, pálida, enfermiza, con su nariz de hoz, sus cabellos de ceniza y sus ojos de sufrimiento, o curucuteando en los cuartos adonde las otras nunca iban.

Era como el alma viva y elocuente del caserón. Desprenderse de la casona venerable y querida constituía para Eufemia dolor cien veces más profundo que para Alcira y Rosaura. El sacrificio de Eufemia era, por tanto, mayor que el de sus hermanas. Por eso Eufemia, aunque propuso deshacerse del viejo hogar en pro de la sobrina, trató siempre de diferir, hasta donde fuese posible con pequeñas argucias y cándidos pretextos, el traslado a la caseta de Irurtia. Pero ya se había «resuelto de veras», según su propia expresión. Ahora urgía ella también, o poco menos. Que se casara pronto aquel pobre ángel y fuese feliz.

—Poca vida puede quedarme —añadía—. En cualquier parte puede morirse una vieja achacosa.

Y Eufemia comprendía menos que nadie que Olga, en vísperas de matrimonio, ni fijase fecha para la boda, ni hablase de mudanza.

* * *

Cuando Rosaura, aquella tarde, refirió delante de Olga los apremios de Irurtia, la sobrina se amoscó, y en son de protesta dijo:

—¿Y ese viejo ridículo, qué injerencia tiene en nuestros asuntos íntimos? Que se apesure el peludo lagarto a mudarse, él, de su escondrijo.

—Eso le preguntó yo: que quién le autorizaba a inmiscuirse en nuestras intimidades —expuso Rosaura. Pero insistió—. Parece que si no se apodera de nuestra casa, desde que la de Santa Teresa está pronta, se perjudica en sus intereses.

—Se perjudica en sus intereses. ¡Que me salga a mí con ésas el viejo zorrastrón! —Arremetió la Emmerich.

Y luego de sardónica pausa, repitió:

—Que se apresure él a mudarse de su escondrijo.

La rubia y erguida cabeza de Olga se afianzaba sobre los hombros, en son de reto característico; el ceño se fruncía, los grandes ojos azules despedían centellas.

Las tres madres quisieron, por su parte, saber en definitiva si podía señalares data para la boda.

—He repetido cien veces —repuso Olga de pésimo talante—, he repetido cien veces que a Andrés le faltan los principales muebles, que debemos esperar.

Entonces Eufemia, pálida y trajojada, dirigiéndose a Olga, dijo:

—Esperemos. Pero juro que no entiendo una jota de este enredijo. Hace un mes aseguraste que no faltaba ni una silla del mobiliario. Ahora resulta que falta lo principal. No acierto a comprender.

—Usted no comprende, tía —le contestó Olga—, porque usted sólo comprende las cosas del siglo XVIII.

Irurtia extrañábase de la demora. Eufemia decía no comprender. Tampoco Alcira ni Rosaura sentíanse capaces de explicar la equívoca actitud de Olga. Ni siquiera Chicharra, a pesar de sus marramuncias de politicastro; ni siquiera el pasivo y desvirilizado Andrés Rata, a pesar de sus diarios parloteos con Olga, habrían aclarado el misterio.

Para despejar la incógnita hubiera sido menester dirigirse al *attaché* de la Legación de Chile.

VI

LA PROTESTA DE ADHESIÓN

Aquiles Chicharra había quedado cesante.

De dos meses atrás a la fecha se agitó, visitó, intrigó, ofreció sus servicios al presidente, a los ministros... ¡Todo en vano!

¡Cuatro quincenas trascurridas sin que Chicharra percibiese ni un céntimo del tesoro nacional! ¡Parece mentira! El primero en extrañarlo era él mismo; y en la mentalidad de Chicharra presupuestívoro, juzgó que el Gobierno lo estaba desfalcando. Aquello no podía ser.

Como no dieron resultado las visitas, las antesalas, las epístolas abrasadas en sentimientos de lealtad; las ofertas de servicio ni las claras y contundentes peticiones de un puestecito cualquiera, «de acuerdo, eso sí, hasta donde se pudiese, con la importancia de tan constantes y antiguos sacrificios en pro del partido liberal», según expresión del propio Chicharra, éste comprendió que era menester dar un golpe que lo pusiera en evidencia.

¿Qué golpe daría Chicharra? Conocía de memoria las mil y una tretas de que se valieron siempre los empleómanos cuando, salidas por la tangente y sintiéndose, *per accident*, fuera del presupuesto, aspiraban a entrar en él.

Pensó en una compactación del gran Partido liberal para imponerse al Gobierno. Cuando comunicó aquellas ideas a otros copartidarios, éstos se rieron en las narices rubicundas de Chicharra. Los liberales, más compactos que nunca, gobernaban el país. ¿Se imaginaba Aquiles Chicharra que porque él careciese de un cargo público estaba ausente del Gobierno el partido liberal?

—Es que hay mucho *godo* en los puestos públicos —argüía el famoso Aquiles.

—Que haya mucho *godo* en los puestos públicos —le retrucaban— no significa que las instituciones liberales hayan desaparecido de la República.

Le dijeron, además, que para obrar en nombre de un partido era menester obrar con la aquiescencia de éste, como jefe o delegado de tal

agrupación.

Chicharra se amostazó.

—Yo no me creo jefe de los liberales —dijo—, aunque no me falten méritos para ello.

El pobre Chicharra, como tan vanidoso que era, no se convencía de que nunca se le tomó en serio y de que apenas servía para instrumento de los demás; pero se penetró en aquella ocasión, de que el camino emprendido, mal lo llevaría a un cargo público.

Entonces imaginó otra cosa. Ya no quiso que el gran Partido liberal se compactase para imponerse en bloque al Gobierno, sino ideó que cuantos liberales cesantes hubiera a la sazón en Caracas suscribiesen una protesta de adhesión al Presidente.

Después de apalabrarse con ellos, Chicharra los convocó en casa de él, una tarde.

Concurrieron todos; y todos, sin una sola discrepancia, estuvieron de acuerdo. Pero ocurría una dificultad: ¿en qué coyuntura producir aquella protesta de lealtad para que rindiese más opimos frutos?

—La ocasión es cualquiera —gritó Chicharra a los preguntones—. La ocasión se busca y se encuentra.

Alguno de los adherentes —un vejete, más que cáustico y satírico, sujeto de lengua suelta y amigo de chungas— inquirió, fingiéndose el ingenuo:

—Y el motivo de la adhesión, ¿cuál es? ¿El que nos hayan dejado cesantes?

Chicharra se puso furioso. No podía tomarse a risa la política.

—¿Cree usted que los comerciantes toman a risa el comercio y los industriales la industria? Nuestra industria, nuestro comercio es la política. No podemos convertirla en objeto de chacota. ¿Adónde iríamos?

Los demás asintieron:

—De veras, ¿adónde iríamos?

—Pues iríamos a cualquier parte, hasta al trabajo... —insinuó el chirigotero.

Otro viejo grave, comedido, asnal, camarada y admirador de Aquiles, dijo, para embotar las pullas del chuzón:

—Por ahora, basta de chanzas, y dediquémonos a redactar el documento que debemos suscribir.

Entonces Chicharra, muy digno, tal vez de acuerdo con su amigo, se desabotonó la levita, y extrayendo de un bolsillo interior robusto mamotreto manuscrito, se puso a explicar:

—Yo me he permitido redactar esto..., pero no perder tiempo ni caer en improvisaciones.

Y blandiendo su rollo en la mano, agregó:

—Éste es un documento muy ponderado. Si ustedes quieren oírlo, para que introduzcan algunas rectificaciones, como lo juzgaren útil... Aunque yo, con franqueza, no las creo necesarias. ¡Tengo tal práctica de la política! Recuerden ustedes que lo he sido todo en Venezuela; todo, menos arzobispo y presidente.

Le excitaron a que leyera.

Todo estaba dispuesto de antemano. Chicharra se dejó ver en la puerta de la sala y, a un mero signo, se presentó la doméstica, como por escotillón, llevando una silla con asiento de madero: la silla de la cocina. Chicharra trató de encaramarse en la silla, y no pudo.

El zumbón dijo a la oreja de su vecino:

—Tal vez Aquiles acostumbre más a menudo encaramarse encima de la criada que encima de la silleta. Por eso no puede ahora.

Ensayó de nuevo a subirse, pero tuvo miedo. El asiento era demasiado angosto, y Chicharra —un vientre enorme sobre dos piernas cortas— demasiado ancho de barriga. Resolvió quedarse de pie detrás de la silla, apoyado en el respaldo, para que el trasto simulase tribuna. Se aclaró la garganta, miró al auditorio con benevolencia, respingó su brasilada nariz balanoidea, meneó su vientre de esfera y, pasándose un pañuelo por los labios, rompió a leer:

«AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, JEFE, CENTRO Y DIRECTOR DEL PARTIDO LIBERAL.

Los momentos son solemnes. Vivimos en un momento histórico. La historia nos contempla y la Providencia vela, como madre amorosa sobre sus hijos, sobre la patria que nos dio el ser y sobre el partido liberal que nos dio garantías ciudadanas y libertades públicas a los parias que éramos, bajo el férreo yugo de los omnipotentes conservadores que el pueblo, en su sabiduría, llama godos recalcitrantes».

Al llegar a este punto, aquel hombre grave, compinche y admirador de Chicharra, lanzó estentórea aprobación:

—¡Muy bien, muy bien! Al pan, pan, y al vino, vino.

Chicharra convirtió los ojos, agradecido, hacia el punto de donde partiera la exclamación, y dijo, consciente de su propio valer y del valer de su obra:

—Ustedes verán: éste es un documento muy meditado, muy serio, muy importante.

La nariz de bellota o la bellota de la nariz, congestionándose de satisfacción, había pasado, en un segundo, del coral pálido al escarlata.

Luego continuó Aquiles su lectura, desbrazándose al leer y con adecuados matices de entonación:

«En los pasados siglos, cuando el hombre ignoraba sus derechos, los monarcas imponían sobre él siervo de la gleba un feroz despotismo aterrador, sangriento, lúgubre como la noche del dolor sin límites en que se vertían las lágrimas de los hombres, las mujeres, los ancianos y hasta los niños. Tarquino, Nabucodonosor, Nerón, Tubalcain, Felipe II, Luis XIV y Fernando VII, son ejemplos que no me dejarán mentir, si fuere necesario. Después llegó la Edad Media con sus horrores y tinieblas, en que sólo se salvó la humanidad de un exterminio completo por las doctrinas del Crucificado y la cruz que abría sus brazos como un ave celeste sobre los abismos de sangre, la injusticia y las lágrimas. Después llegó la Revolución francesa que fue el Tabor y el Sináí de los derechos del hombre en sociedad; y los monarcas — aunque el más inocente— perecieron en los cadalsos, y la guillotina cortó cabezas de justos y pecadores, hasta que alboreó la luz de las libertades modernas, del Derecho, de la Civilización y de la Fraternidad humana».

Ahí llegaba de su discurso Aquiles, ya acalorado y sudoroso por sus múltiples evocaciones históricas y su largo viaje de siglos, cuando uno de los asistentes lo interrumpió:

—Yo creo que eso no viene a cuento. Dejemos tranquilos a los griegos y a los romanos, la Edad Media y la revolución francesa, y comentemos la política actual de nuestra República.

—Y abordemos sobre todo nuestra situación personal, injirió cierto filósofo carnívoro, sin más preocupaciones que las del bandullo.

Chicharra disentía de ambos pareceres.

Hablar de la situación personal de cada uno era imposible. Cuanto a las citas históricas, convienen mucho en un documento público, y lo engalanan. En el presente caso, impresionarán al presidente, que es lo que se busca.

—Además —añadió—, no he citado a humo de pajas. De los antiguos pasó a la Edad Media; de la Edad Media a la Revolución francesa, cuna de los derechos del hombre. De ahí pasaré a la independencia de nuestro país, para pintar el oscurantismo que siguió a los primeros años de nuestra emancipación, a fin de que se vea a los godos, ya vencidos en todo el mundo, queriendo apropiarse nuestro país como un feudo, hasta que en

1848 José Tadeo Monagas, en 1864 Juan Crisóstomo Falcón, y, por último, el general Guzmán Blanco, en 1870, acaban para siempre con los conservadores e imponen en Venezuela el partido liberal, que desde entonces gobierna.

Un liberal de buena fe y amigo de la concisión, objetó:

—Sería más prudente comenzar la historia de las ideas en José Tadeo Monagas.

—Debe decirse claro en el documento —interpuso el chunguero de marras— que impusimos en Venezuela el régimen alternativo, y por eso gobernamos la República desde 1870.

Aquiles se encogió de hombros, la nariz como un pimiento. El buen humor malhumoraba a Chicharra; el chiste le convertía en furia. La solemnidad es la elegancia de un estadista.

El filósofo de estómago exigente metió baza, casi en angustia, viendo a los demás correr por los cerros de Ubeda.

—Pero bueno, y nosotros, tristes liberales sin puesto, ¿en qué quedamos? No olvidar que a su tiempo un mal *beefsteack* vale más que diez dehesas selladas de rebaños. ¡Que se nos acorra!

—Responderé a todas las objeciones que lo merezcan —pronunció Chicharra, grave, importante, decisivo, despreciando, como quien no quiera la cosa, las palabras del hombre jovial.

Todos hablaban a un tiempo. Un barullo del diablo impidió que se percibiese la promesa de Aquiles. Entonces Chicharra, nervioso, decidido, en rasgo heroico, subióse en aquella suerte de taburete con espaldar de la cocina para señorear con más imperio el revuelto auditorio, y continuó diciendo:

—La historia de las ideas no puede comenzar en José Tadeo Monagas. No he visto eso en ningún autor, antiguo ni moderno, venezolano o extranjero. Lo que he visto siempre es el procedimiento empleado por mí: Grecia, Roma, Edad Media, Revolución francesa, independencia de Venezuela, godos y liberales.

—Bueno, ¿y la política actual? ¿Y nosotros?

—Repito que responderé a todas las objeciones en defensa de este documento, que no por ser mío deja de tener su importancia. Fíjense bien; comprendan mi pensamiento: desde Guzmán Blanco, que impone las ideas, los procedimientos y los hombres liberales, luego, en rápida revista de todos nuestros gobiernos, hasta el actual presidente. Pinto la situación actual con colores muy vivos. Nosotros, innúmeros liberales, separados de la Administración; entretanto, innúmeros godos pelechando en el

Gobierno. Es la losa de la reacción. El presidente de la República debe rodearse de nosotros, que estamos dispuestos a secundarlo; debe salvar con nosotros el tesoro de las doctrinas liberales.

Sin dar tiempo a nuevos comentarios e interrupciones, dijo:

—Oigan ustedes el final.

Y empezó a leer de prisa, casi sin tomar aliento:

«Repetimos que el momento es solemne. El oscurantismo ultramontano despliega sus horribles alas. Vedlo ahí: los godos caen sobre el Erario, ocupan los cargos públicos, y desde las alturas oficiales pretenden, ¡insensatos!, ahogar los nobles sentimientos de nuestro benemérito presidente y asfixiar la política liberal de tan magnánimo, heroico, modesto, civilizador e incomparable magistrado. Amenazan acabar con todas las conquistas liberales de que se enorgullece Venezuela: libertad de la Prensa, libertad de la industria, libertad de cultos, abolición de la pena de muerte, patrón de oro, instrucción pública gratuita y obligatoria, aunque no laica, para que no se ofenda la piedad de nuestras madres, hijas y esposas, y las demás conquistas liberales, como el divorcio, garantía de nuestros hogares, que no mencionamos por conocidas del país, que se beneficia con ellas».

El admirador de Chicharra, aquel que ya le aplaudiera, estentóreo, al comienzo de la peroración, aplaudió de nuevo, convencido:

—Muy bien, Aquilea; eso es irse al grano.

El abdomen voluminoso de Chicharra hizo a su modo, aunque no ruidosamente, una reverencia.

Alzando la vista del manuscrito, advirtió Chicharra que dos o tres personas se escurrían.

—Por Dios, señores, no se vayan ustedes —clamó, consternado—. Ahora viene lo mejor; oigan.

Nadie quería oír ya más. La gente, en plena lectura, se puso a charlotear en voz alta, sin miramiento alguno hacia el tedioso leyente, cansada, presa del hastío.

* * *

Aquiles, haciéndose de la vista gorda, continué infligiendo su lectura. Ahora ya se escabullían a lo somormujo. Aquiles comprendió que debía ganar tiempo, y siempre de pie sobre aquel rostro de cocina, sobre la silla tribunicia, prosiguió leyendo, más de prisa, a toda carrera, sofocado,

sudoroso, maltrecho. Casi no se entendía ya. Los ágiles matices de entonación habían desaparecido. Un golpeteo monótono, como el de la lluvia; un rezongo, como el de beata que musita oraciones, resonaba en el capaz recinto.

«En vista de la solemnidad del momento, convencidos de la honradez, abnegación, patriotismo, desinterés, talento, valor y todo género de virtudes públicas y privadas que adornan a nuestro presidente, de quien somos partidarios, adictos, muy adictos, leales e incondicionales, le ofrecemos nuestro concurso para la grande obra de salvar las ideas y los procedimientos del gran partido liberal histórico, contra los solapados seides de la oligarquía, que se deslizan en la sombra, y como conservadores encarnizados y godos recalcitrantes, quieren adueñarse del país y retrotraernos a las épocas de oscurantismo. Pero no será mientras el benemérito presidente actual, elegido de los pueblos, siga presidiendo la República y salvando el partido liberal.

En este solemne y critico momento histórico, en esta época de definiciones, nos complacemos en protestar sin reserva, a la fás del país y del mundo, nuestra adhesión al Gobierno y ofrecer al presidente, incondicionalmente, nuestros servicios de partidarios decididos que aprueban y sostienen todos sus actos oficiales pasados, presentes y futuros.

¡Viva nuestro jefe único, el presidente de la República, ilustre americano, restaurador de las leyes, gran demócrata y héroe del deber! ¡Viva el gran partido liberal histórico! ¡Abajo el oscurantismo y la oligarquía! ¡Abajo los godos!».

Una estrepitosa salva de aplausos, principalmente de alegría por arribar al fin del discurso, resonó en la sala. El perorador, sudoroso, limpiábase el rostro con un pañuelo.

Emocionado, el admirador de Chicharra abalanzóse a la silla tribunica para abrazar, el primero, al famoso general. Por malaventura Aquiles, al inclinarse, perdió el equilibrio y dio con su enorme panza en tierra.

Los concurrentes lo rodearon, desternillándose de risa, aunque tratando de disimular la hilaridad:

—¿Se ha golpeado usted?

—¿Quiere usted un vaso de agua?

—Sería bueno un poco de árnica.

—Tome una pócima.

Pero Chicharra, superior e indiferente, cortó preguntas y exclamaciones.

—No es nada, señores. En un momento tan solemne, en un día como hoy, de gravedad para el liberalismo de Venezuela, no podemos ocuparnos

de boberías. ¡Si yo caigo y muero, no importa! Otros seguirán mis huellas.

E invitó a los presentes a firmar el documento leído.

Aquel mismo señor que propuso antes dejar tranquilos a los griegos y a los romanos, propuso ahora que se firmase el manuscrito, suprimiéndole todos los párrafos de carácter histórico.

—Eso no —protestó Chicharra, enérgico—. Eso no: yo no permito que se mutile mi pensamiento.

Como no se avenían, alguien prometió redactar allí mismo un nuevo documento más breve.

Chicharra palideció. Todo, menos aquello. Aquello equivalía a arrebatarse la gloria, como padre e Inspirador de la protesta de adhesión incondicional al Ejecutivo. Ante la perspectiva, no nada risueño, de que prescindiesen en absoluto de su escrito, Chicharra, más exorable, convino en que le mutilasen su pensamiento.

Despojado el manuscrito de sus bellas divagaciones históricas, reducido a menos de la mitad, fue suscrito por todos los presentes.

Cuando estuvo signada, tratóse de enviar aquella prosa de incondicionales a la imprenta. Debía circular en hoja suelta, repartida gratis. Pero ¿quién pagaría la estampación? ¿Quién?

—Gasto inútil —interpuso el hombre jovial y burlesco—. ¿Pare qué tanta difusión? Nuestro propósito es alcanzar un único lector: el ilustre, el restaurador, el gran demócrata, el héroe del deber... Digo, me parece. Pues enviarle nuestro manuscrito...

Le replicaron que no fuese majadero. Y se convino en practicar allí mismo una colecta. El sombrero de un sujeto de buena voluntad circulóse de persona en persona. Las monedas caían dentro con parsimonia; con menos abundancia, en todo caso, que los adjetivos de loa en el documento de Chicharra.

Cuando presentaron el chapeo al famoso Aquiles, el famoso Aquiles exclamó:

—Yo he incubado la idea de nuestra adhesión al Gobierno; yo he sido el promotor y, puede decirse, el jefe de esta manifestación liberal; yo acabo de escribir esa página de nuestra historia contemporánea que tratamos de publicar; yo, por último, he cedido la sala de mi casa para la presente asamblea. Es justo que se me exima de contribuir en metálico para la impresión.

Y Chicharra, digno y lógico, no desembolsó ni un céntimo.

VII

EL ADIÓS DEL CASERÓN

No hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla.

Llegó, a la postre, el momento de cambiar de domicilio las Agualonga. Olga se había casado noches atrás. De súbito quiso la boda lo antes posible.

Ya Andrés tuvo muebles completos. Ya se explicó Olga los apremios de Irurtia.

—No serviré de obstáculo a nadie —dijo— y menos a Rosaura, con quien Irurtia, amoscándose, puede romper.

—¿Romper qué? —replicó Rosaura, bravucona.

—Yo me entiendo, madrina —concluyó Olga, moviendo con gesto ambiguo la cabecita blonda.

En suma, Olga Emmerich sacrificaba sus últimas semanas de soltería en obsequio de las Agualonga.

Las tres madres, en el fondo, no alcanzaron a penetrar ni él diferir anterior ni la subsiguiente urgencia respecto a las nupcias; y achacaron a fantaseas y terquedades de tan original mujer aquellas resoluciones de capricho.

El busilis era de fácil desentraño.

El ministro de Chile, acreditado a un tiempo en Caracas y La Habana, partió, días atrás, para Cuba, a presentar sus credenciales, dejando un *Chargé d'Affaires* en Venezuela. Con el ministro ausentóse, rumbo a la hermosa Antilla, el *attaché* del *flirt*. Eso fue todo.

A Olga no la quedó sino casarse; y lo hizo con premura.

¿A qué esperar más sin objeto? ¿A qué seguir disgustando a don Sylock Irurtia, quien, con razón o sin ella, tenía metido entre ceja y ceja que cuando se pacta un negocio es para cumplirlo? No convenía poner obstáculos a los movimientos de pereza con que se enderezaba hacia el matrimonio aquel viejo remolón. Es más: convenía ocuparse con interés en aquel Irurtia jabonoso, escurridizo; máxime ahora, cuando ella iba a casarse y cuando el dinero del mezquino, goteando, aunque fuese por

céntimos, en la hucha de las Agualonga, podía serle a Olga y a su pobretón de marido tan de remedio y oportuno.

Con motivo del chileno, echó al avaro, si no en olvido, en descuido. Y aquellos vejestorios de tías, ineptos y timoratos, se enredaban en tan minúsculos, fútiles y múltiples escrúpulos, que el usurero amillonado podía escapárseles. Pero no, viejo lagarto peludo: no escaparás mientras Olga respire. ¡Ah! Irurtia vampiresco, don Camilo uñón y de oro, Olga te meterá con destreza en la cama de Rosaura, ¡te aliará a la existencia de la madrina! Otras manos, que no las tuyas solas, manejarán los cordones de tu bolsa repleta; otras, la cerradura de tu caja de hierro. ¿Quieres mujer? Pues tómala y págala. No van a adorarte por tu prestancia de canijo, langaruto, donquijotesco; por tu hocico de roedor, tus inquisidores y claros ojos de neblí, tu cara huesuda, tu barba mal afeitada, tus uñas bien comidas, tus tragaderas de urraca, tu vegetarianismo económico, tu tacañería sórdida, tu insociabilidad regañona, tus fundillos de remiendo y tu cuello de celuloide.

* * *

Apenas se hubo efectuado la boda de la sobrina, las tres madres, con lágrimas aún en los ojos, empezaron a desamoblar la casa.

El desamoblaje y traslado del menaje duró varios días.

Andrés y Olga concurrían después del almuerzo para acompañar a las señoras y ayudarlas en cuanto pudiesen.

Parecía embuste que existiesen tantos chismes y chirimbolos antiguos en aquel caserón. Removiéndolos, removían siglos. Salían al aire, a la luz, de baúles desvencijados, de escaparates inverosímiles, de viejos cajones olvidados en viejos cuartos telañosos, adonde nadie iba sino Eufemia alguna que otra vez, cuando su lubia de antiguallas y el ocio la conducían a esas entelarañadas y oscuras piezas, olientes a ratón.

Y sacando al aire y a la luz tantas dormidas vejeces, reverdecían, en la memoria de las tres damas, principalmente de Eufemia, recuerdos de los que en vida fueron usufructuarios y poseedores de aquellas cosas antiguas, hogaño sombra de cosas.

¿Qué no se encontró? Vestidos de modas pretéritas, restos de vajillas con cifras de tal o cual ascendiente, relojes que marcan una hora de cincuenta y más años atrás; brinquiños de Maricastaña; legajos de cartas

amarillentas; y, en los desvanes, muebles descabalados, una silla vaquera con freno y herrajes de plata, el caballete de un pintor y lienzos a medio embarrar.

Entre los muebles, había algunos interesantes: una vieja cama, por ejemplo, y sillas aún más viejas.

La cama, o el armazón de cama allí restante, lo constituyen cuatro columnas salomónicas como de dos metros de altura, adornadas con protuberancias simétricas color de oro y rematadas en piñas de oro también. Las cuatro columnas se enlazan por medio de travesaños de madera esculpida; cada travesaño ostenta, en alto relieve, ocho cabezas doradas de ángeles o amores.

De las sillas no queda sino un par —ambas perniquebradas, desvencijadas, lamentables, inservibles—; con todo, majestuosas en medio de su ruina. Las patas delanteras de cada silla son garras de águila sobre sendas bolas de madera; y tiene cada silla por espaldar un águila bicéfala de alas abiertas, águila que sostiene entre las zarpas, sobre el pecho, un escudo de cuatro cuarteles: un león rampante, un árbol, unas barras, un castillo.

Curiosos otros objetos: las insignias de la orden de Isabel la Católica, condecoración de España a un Agualonga realista, defensor de España en América contra la emancipadores; un rosario de esmeraldas, todavía con algunas piedras; una tabaquera de carey con portillos; una sortija tejida con cabellos seguramente de mujer. Junto a la filigrana de una cruz, ya sin brazos, intacta cáscara de nuez, obra tal vez de pacienzuda industria china, conteniendo aquella cáscara un diminuto y bien labrado juego de ajedrez en marfil, y no lejos de la nuez, oblongo estuche, asimismo de marfil, con útiles de costura; el dedal y las tijeras conservábanse; de otras piezas ausentes quedaban sólo huecos.

Y retratos, retratos, retratos, al creyón, al óleo, en daguerrotipo, más modernos: hombres de caras bigotudas, enérgicas; damitas en la flor de la vida; matronas de absurdos miriñaques o monumentales peinetas; una miniatura; el Agualonga con su cruz de Isabel de Castilla, al óleo, y hasta reciente fotografía en colores, de Olga, que a Olga no satisfizo y fue arrumbada allí.

De alguno de la cuartos más tenebrosos extrajeron dos vastos lienzos cubiertos de polvo y telarañas, representando, el primero, a Santa Rosalía, morena, de ojos enamorados y trenas de ébano; el otro a la Magdalena, rubia y rolliza como flamenca de Rubens. Ambos pertenecían a un monasterio. Cuando el Gobierno de la República, en mil ochocientos setenta y tantos, clausuró las casas de religión y expulsó monjas y frailes,

aquellos cuadros vinieron a manos de la familia Agualonga, por donación de las Carmelitas. En presencia de las santas pinturas recordaron Eufemia, Alcira y Rosaura, que una de las tías abolengas, la tía Benigna, profesó en el convento caraqueño de aquella Orden.

* * *

En la misma habitación oscura y mohosa, y dentro de un arca de cedro, topó Andrés Rata con una espada cubierta de herrumbre. A la vera de la vetusta hoja herrumbrada yacía una caja de pardo terciopelo, desvaído por el tiempo. Abrió la caja Andrés, y encontró dentro dos añejas llaves enormes, tomadas de orín más que la vaina del espadón, y de aspecto más decrepito y roñoso. Considerólas Andrés breves instantes, y creyendo que algún abuelo monomaniaco guardó allí con esmero chismes tan antiguos como inútiles, propios más bien de alguna ferretería de viejo, las tiró a la basura.

Observó luego la hoja de acero: tenía grabada en el pomo, sobre una fecha, y entre dos ramas de laurel, un nombre propio: el nombre de aquel Agualonga que, a los veinticuatro años, ganó las presillas de capitán, en Boyacá, el 7 de agosto de 1819, y les de comandante en Carabobo, el 24 de junio de 1821.

Entonces, extrañándose de que las vetustas llaves herrumbrosas se conservasen con esmero en asocio de aquella arma, recogió el estuche de terciopelo marchito y, llamando a Olga, preguntóla:

—¿Sabes por qué guardan estos llavones antediluvianos y de dónde provienen?

—Francamente, no sé, no recuerdo —repuso Olga—. Parecen llaves de iglesia.

—¿De iglesia? Las del infierno no serán ni más grandes ni más feas.

Le preguntaron a Eufemia. Eufemia sí sabía. La tía Hipólita las tuvo siempre en veneración. Conservólas siempre junto con el sable de Carabobo.

—Esas viejas llaves —dijo— son las llaves de una ciudad del Alto Perú: los generales españoles, vencidos, las entregaron al general vencedor; y el general vencedor, Antonio José de Sucre, gran mariscal de Ayacucho, las regaló a uno de sus oficiales, a nuestro abuelo, que pudo señalarse, entre tantos héroes, cuando la ocupación de aquella plaza.

Y luego añadió:

—No son esas reliquias las únicas de tal género que se conservan en Venezuela. Venezuela es un museo de esas reliquias. Ellas atestan cuántos prodigios realizaron un día, por toda América, los venezolanos. La municipalidad de Cumaná posee la corona de oro, incrustada de perlas, que Cochabamba, antigua y opulenta ciudad del virreinato del Plata, ofrendó a Sucre, y que Sucre envió a su nativa Cumaná. La municipalidad de Caracas conserva, en urna de cristal, aquel famoso gonfalon de Pizarro, que del Cuzco legendario desclavó un caraqueño llamado Simón Bolívar. Las llaves de Cartagena, la granadina, la Cartago de Indias, se hallan en Caracas también: en posesión de los últimos descendientes de Mariano Montilla. En España, los descendientes del general don Pablo Morillo, que arrebató Cartagena a los americanos, llevan el título de condes de Cartagena. En América, los venezolanos descendientes del general caraqueño don Mariano Montilla, que arrebató Cartagena a los europeos —y la arrebató para siempre—, no tienen sino esas llaves. Pero dicen que es bastante.

Olga Emmerich y su esposo comieron esa tarde en casa de las Agualonga.

En la mesa recordaron las solteronas el descubrimiento —podía decirse descubrimiento— de tantos añejos cachivaches que ya tenían en olvido. Las llaves de la ciudad alto-peruana salieron a colación.

—Tienen un gran valor —dijo Andrés.

—Y yo que no lo sabía —interpuso Olga.

—Y yo que las eché a la basura sin darme cuenta —agregó Rata.

—Sí; tienen un gran valor —opinó Alcira.

Andrés coadyuvó a avalorarlas.

—Son una joya de la República.

Y luego de un segundo, continuó:

—Se le pueden vender al Gobierno.

Eufemia, como picada de tarántula, como si un recorte la impeliese, saltó en su asiento; y contestando a lo que imaginaba una suerte de profanación:

—No —dijo—; nosotras las conservaremos mientras vivamos, sin vendérselas a nadie. Cuando no quede ya ningún Agualonga se entregarán al Museo boliviano, sin retribución alguna. Son de la patria; a ella deben volver.

Olga salió en defensa de su marido.

—Andrés tiene razón. Para olvidarlas en un arca decrepita, expuestas a que cualquiera las arroje al montón de basuras, cien veces preferible cambiarlas por dinero.

Rosaura se interpuso.

—Todas las opiniones merecen respeto. Pero conviene en el presente caso proceder conforme al parecer de Eufemia. Por lo demás, adjunto a las llaves existe un papel indicando eso mismo. ¿Para qué contrariar, por cuatro pesetas, a los muertos y a los vivos?

* * *

A la mañana siguiente hubo que echar al fuego, en el corral, donde se encendió una vasta hoguera, muchos, muchísimos de aquellos objetos añosos e inservibles: toda la guardarropía histórica, las sillas cojas, las mesas desvencijadas, las tabaqueras olientes a rapé, los colchones olientes a mohó; todas aquellas vetusteces, nidos de cucarachas, hamacas de telarañas, escondrijos de ratones; todos aquellos restos de un siglo y medio o dos siglos de mutaciones, de guerras, de paces, de muertes, de vida. Y aquel arder del pasado era triste, porque no existe nada más triste que la vida ya vivida.

Otros enseres y trastos, aun utilizables, se repartieron entre mendigos y gente de la pobreza vergonzante.

En el nuevo domicilio apenas cabe lo indispensable. ¡Tan pequeñita la casuca!

Casi pareció a Eufemia un símbolo de la existencia ulterior donde no iba a tener cabida la existencia de ayer. Nada de tradición, nada de historia. Ruptura con lo pasado. Bien sepultos quedasen los muertos. ¡Los supervivientes, a vivir! No tarde, aquellas tres vidas fraternas, como tres lámparas, iban también a apagarse. Los venideros obrarían lo propio: borrarían de ellas hasta el recuerdo. Para Olga, para los hijos de Olga, nada quedaría pronto, ni un pensamiento grato, ni una lágrima dulce; nada de aquella vida a tres de mudo heroísmo, de constante deposición, de tristuras calladas.

En la tarde fue necesario partir. No quisieron esperar el caer de la noche por una vaga superstición. Pero el sol, declinando aprisa, avvicinaba al crepúsculo. Ya eran las seis.

Apilaron, urgidas, cuantos efectos no expidieron antes por irlos necesitando hasta última hora: un lio con servilletas, toallas, el mantel; cuchillos, tazas, platos, jabones; hasta cinco o seis jaulas de pájaros. ¿Quién iba a dar alpiste o cambur o aguacate al moriche, a la paraulata, al turpial, a los canaritos? Cargaron con cuanto se pudo a la cocinera y a su papanatas de hija. Que se fueran pronto.

Quedaran las tres damas, vestidas de oscuro, casi de duelo, y, acompañándolas, Andrés y Olga.

El caserón era un desierto.

* * *

Los cinco bultos se movían como un solo cuerpo o permanecían quedos como grupo escultórico en medio de aquellos claustros silentes, por aquellas habitaciones altas, desnudas, en aquel patio ya umbroso, en aquel corredor de congoja, en aquella mansión con sus techos negruzcos, con sus grandes canales como arterias grises, con sus vetustos aleros protectores, con sus sauces llorosos, con su fuente muda; sin una silla donde sentarse, sin un cuadro en las paredes, sin una cortina en las ventanas. La vida huyó de los muros. El caserón parecía más imponente, más grande, más viejo, más triste.

Concluyeron los cinco por callarse: voz interna hablaba dentro de cada uno, y cada uno se puso a oírse. Una impresión de pesadumbre, de respeto; una impresión indefinible, vaga, insistente, les sobrecogió a todos.

Se dirigieron, siempre callados, siempre juntos, al jardín del primer patio.

Eufemia, pálida, trasojada, murmuró dos palabras casi al oído de Andrés, y Andrés le entregó un objeto: una navajita.

Entonces se adelantó Eufemia sola entre las plantas, y cortó varas de nardo y varas de gladiolas. Con su varillaje blanco y rojo enderezóse al rincón del patio, donde se alza un altarito de piedra con una Virgen del Carmen, también de piedra, al fondo. Delante de la imagen ardían, en vasos de aceite, maripositas de luz. Eufemia depositó el haz de varas níveas y el mazo de varas encarnadas a los pies de la santa.

Los demás acompañantes la siguieron, siempre graves, siempre mudos, en aquel postrer homenaje a la patrona del caserón. Cuando hubo colocado las flores, Eufemia, sin quitar los violados ojos de la santa, dijo:

—La Virgen del Carmen es una antigua devoción de nuestra familia. Los que fabricaron esta casa, erigieron al mismo tiempo ese altar. Esta imagen nos ha visto nacer, crecer y pasar a todos. El 26 de marzo de 1812, cuando el horrible terremoto que destruyó a medio Caracas, cayó esa pared; sólo quedó un lienzo de muro incólume: el lienzo de muro que sirve de apoyo a la santa. La Virgen quedó intacta sobre los escombros. Desde entonces la veneración por esta imagen redoblo en nuestra familia.

La cabeza cenicienta de Eufemia, su nariz de hoz, su palidez de porcelana, su pródica magrura, sus moradas ojeras, le infundían majestad al dolor que iba pintado en su rostro.

Consumida, talluda, sarmentosa, alma viviente de la mansión, siguió Eufemia, al frente del grupo familiar, recorriendo el recinto. El grupo movió el paso hacia el interior de la vivienda.

Llegaron los cinco bultos a un cañón o crujía de piezas cuadradas con paredones eminentes: habitaciones ya invadidas en parte por la sombra que empezaba a caer. Los pasos resonaban en la penumbra.

Cruzaron dos habitaciones, deteniéndose en la tercera.

—Aquí —dijo Eufemia, encarando a Olga—: aquí nació tu madre. Aquí nacimos Gertrudis, Alcira, Rosaura y yo. Aquí murió nuestra madre. Aquí murió nuestra abuela. Aquí murió la madre de nuestra abuela.

Suspiros y sollozos partieron a volar. Y el grupo de lágrimas enfiló otras piezas que salían al segundo patio. En casi todas, deteniéndose, evocaron memorias y figuras familiares. El pasado, allí presente, daba su adiós de recuerdo.

* * *

Andrés Rata, el intruso, el advenedizo, para quien aquellas paredes que arrancaban llanto a las señoras no decían nada, nada; aquel hombre de alma vil y rastrera, sintiéndose molesto, comprendiéndose de más, secreteó a la oreja de Olga:

—Pero abrevien y vámonos, por favor. Esto lleva trazas de no terminar nunca.

No repuso Olga sino con gesto desabrido, significando: «cállate, imbécil».

El grupo retornó por la otra ala de la mansión. Arribaron de nuevo al patio frontal, donde la Virgen del Carmen, dentro de su hornacina de

pedra, se entristecía con sus maripositas de luz y sus flores a los pies.

Una maciza, pesada escalera de granito, de escalones defilados por el uso, conduce del patio a las habitaciones del primer piso —otra casa dentro del caserón—. En los últimos años casi nunca ascendieron esas gradas de piedra las Agualonga. El piso de arriba quedó siendo una suerte de museo y cachivachería; depósito de muebles, arrequives, chirimbolos y trastos en deterioro y desuso; almacén de todas las antiguallas recién repartidas entre mendicantes o quemadas en la pira del corral.

Apuntando con el índice de la derecha hacia arriba, Eufemia, con su voz de aquella tarde, una voz velada, como de cuarto de agónico, como a la sordina, expuso:

—La tía Hipólita refirió más de una vez que en esos salones de encima dieron los Agualonga realistas un baile al general Pablo Morillo y a sus oficiales, en mayo o abril de 1815, para celebrar el arribo a Caracas de los quince mil soldados europeos del ejército pacificador que trajo Morillo y que aquí se iban a unir a los 20000 soldados realistas muy poco pacificadores, que tenía Bóves. Agregaba la tía Hipólita que, a fin de borrar aquel recuerdo, los Agualonga republicanos dieron a Bolívar otro baile, en esos mismos salones, al 2 de agosto de 1821.

¡Cuántas, cuántas remembranzas!

El culto a la religión, a la familia y a la patria confundíanse en el amor de aquellos resistentes paredones antiguos, mudos para el advenedizo, llenos para las tres señoras de voces conocidas, de recuerdos siempre frescos, de un pasado flotante, aun no desvanecido, y puede decirse allí presente.

La noche seguía avanzando.

* * *

Permaneció el grupo silente de pie en el corredor, próximo ya a salir, no lejos de la contrapuerta del zaguán.

Era el instante definitivo del adiós.

Ninguna se atrevía a adelantarse la primera hacia la salida; nadie osaba romper el silencio. Los pañuelos acudían a los ojos.

En medio de la invasora oscuridad, ya más densa, Rosaura se cubrió el rostro con ambas manos y sus lágrimas corrieron silenciosas. Un recuerdo acababa de cruzar por su cabeza: el de la última vez que en aquel mismo

corredor, junto a aquella misma contrapuerta, frente al patio aromado, estrechó la mano del hombre que la amaba, del hombre a quien quería y a quien se negó a desposar en obsequio de Olga. Y ahora se la lleva un cualquiera; ahora, cuando ya no luce Rosaura en la flor de la juventud, cuando su espíritu flaquea, cuando necesita de afecto, de sostén, de calor, de hogar. ¡Y ahora insulta su infortunio con pretensiones risibles un vejete grotesco, un usurero odioso! ¡Y tener ella que soportar su charloteo, su compañía, para que Chicharra no la tilde de egoísta y Olga no la apellide mala madre, incapaz del más mínimo sacrificio! Sentía náuseas de la vida. ¡Quisiera morirse!

De pronto advirtió Rosaura que la iban enlazando con suavidad por la cintura y que sobre su hombro se ahogaba un sollozo ajeno.

Era Alcira, a quien sus propios íntimos pensamientos punzaban el corazón y humedecían los ojos, empujándola con dulzura hacia los brazos fraternos.

La noche había cerrado por completo.

¡Y las supersticiosas, que temieron la lobreguez, la sombra tétrica en el adiós último al caserón de sus mayores!...

Cuando, por último, ya en la calle, echaron la férrea llave de cuatro libras al solemne portón de cedro con chapas y piñas de bronce, dentro de aquellos tres corazones, enfermos de añoranza y víctimas de la suerte, se echó también la llave a toda esperanza risueña, a toda ilusión de porvenir.

Y ya estaban poniendo el pie en el estribo del coche que las iba a conducir a otra nueva morada, a otra vida nueva, cuando alguna puerta mal cerrada y batida por el viento hizo en el interior de la vieja casa un estruendo repentino.

Aquel portazo era el adiós del caserón.

TERCERA PARTE

I

NUNCA FALTA UN ROTO PARA UN DESCOSIDO

Cuando reconoció la voz de Aquiles Chicharra, Olga salió al encuentro del general, en alborozo más o menos fingido.

—¡Su Excelencia en mi casa! Cuánto gusto, mi general.

Chicharra sonrióse, tendiéndole ambas manos.

—Sí, sobrina; yo me dije: si la montaña no viene hacia mí, yo iré hacia la montaña.

—¡Pensando estaba la montaña en ir hacia usted, tío! Parece cosa de telepatía. ¡Tenemos tanto que hablar!

—Nosotros siempre tenemos que hablar. Nos entendemos bien, por fortuna.

Olga, tan conocedora de aquel vanidoso grotesco, le aseguró que se entendían porque él, hombre de veras grande, supo siempre amoldarse a los demás, poniéndose a la altura de cada quisque, sin apabullar a nadie con su indiscutible superioridad.

—¡Hombre grande, sobrina! ¡Con mi estatura!

—¡Y César! ¡Y Bolívar! ¡Y Napoleón!

—Calla, muchacha, cállate —repuso el héroe, desvanecido por el incienso.

Y convirtiendo picarescamente los ojos al vientre de Olga, donde la maternidad no delineaba su noble curva, le preguntó, chancista:

—Cuatro meses de matrimonio, ¿y nada todavía?

—¡Nada, tío! Una luna de miel entre tres; ¡qué horror! Ni aun cuando el tercero permanezca en su escondite.

El héroe, oportuno, se puso a filosofar.

Olga siempre de buen humor. Pero ¿cómo no? Era joven. ¡Qué tesoro, la juventud! «¡Juventud, divino tesoro!» No se la aprecia hasta perderla. Es como la vista, otro tesoro cuyo valor sólo conocen los ciegos. Él estaba muy desilusionado. Su experiencia de la vida era enorme. Sentía en la boca gusto de amargor.

—Estas cabezas blancas —añadió tocándose los pelos grises— encierran más sabiduría que una biblioteca. La experiencia acumulada, hija: he ahí toda la ciencia.

Chicharra se explayó en consideraciones pertinentes de la filosofía más zahorí.

Un joven, por talentoso y estudiante que se le suponga, siempre ignorará la mitad de las cosas que Chicharra sabe de memoria con sólo haber vivido. El no perdió su tiempo en aprender fárragos, ni se hizo miope en velas de erudito; sus libros fueron la experiencia cotidiana, la observación, la naturaleza, el hombre. Su conocimiento del corazón humano, su ciencia de las sociedades eran profundas.

—Y todo ¿para qué, sobrina? —dijo con acento melancólico—. ¿Para qué? Hace más de cuatro meses encabecé un magnífico movimiento liberal, ¿y qué se ha conseguido? Quiero que se me responda; ¿qué se ha conseguido?

—Algo habrá logrado usted, tío —pronunció Olga, ambigua y cortés.

—Nada, ni un céntimo... Si aseguran lo contrario los godos, es una calumnia atroz. Hace más de seis meses, ¡de seis meses!, el Gobierno me abandona. Soy como un pestífero. Hasta los mismos liberales del ministerio me dan con la puerta en las narices.

Olga sonrióse de pensar el efecto de un portazo en el nasal apéndice balanoideo del tío Aquiles.

Advirtió Chicharra la impertinente sonrisa, y, reportándose, añadió, algo molesto:

—El darme con la puerta en las narices es una figura retórica, como tú comprendes.

Olga quiso desvanecer la nube que produjo su repentina hilaridad, y protestó:

—Por Dios, tío: ya lo creo. No necesita usted de aclaraciones.

¡Si sabré yo quién es Aquiles Chicharra! A la menor descortesía se estaba usted comiendo vivo a todo el ministerio y de postre, al presidente.

Aquella salida obró su efecto.

Desnubarróse el espíritu de Chicharra, y recobró su diáfana serenidad. Hasta el balano de la nariz, congestionándose de placer, empezó a rubicundear. ¡Si se los comía a los descortesés! Olga lo conocía mejor que nadie. Él no era un bravonel o fanfarrón, ¡pero se los comía! Créasele capaz de todo, de todo, por su honor. ¡No faltaba más! No poseyendo, como otros, desproporcionada fortuna adquirida en la política, sino apenas un modesto pasar, su único tesoro consistía en su buen nombre; ese buen nombre, patrimonio de sus hijos, a toda costa lo mantendría incólume.

Olga escuchaba con resignación. El propio Chicharra, comprendiendo que había hablado mucho de sí, y anheloso de lisonjear a Olga, para que Olga conviniese en conceder lo que él vino a solicitar, le dijo:

—¿Y tú, sobrina? Hazme tus confidencias.

—Por Dios, tío. ¡Confidencias una mujer casada! ¿No piensa usted que las intimidades de una señora pertenecen también al marido, y que ésta no puede referirlas sin traicionar al esposo?

—Bueno; si son de ambos, a ti te toca la mitad. Supongo que de tu mitad podrás disponer. A ver, desembucha.

—Eso no puede repartirse, tío. El tesoro se conserva indiviso, incólume, como decía usted del honor.

—¡Paparruchas, hijita, paparruchas! ¡Si tienes desconfianza de mí!...

¡Desconfianza de él! Pues bien, sí, le iba a contar, porque Chicharra constituía una excepción para ella. El apadrinó sus amores; él le presentó a Andrés; él hizo que lo aceptaran las Agualonga o contribuyó a que lo aceptaran. En una palabra: Chicharra la casó. Si era feliz o no, a él y a nadie sino a él se lo debía.

¿Cuándo rehuyó Chicharra ninguna responsabilidad? Por eso, con la conciencia de aquella responsabilidad que tan lindamente le achacó la blonda y grácil criatura, el imponderable Aquiles, el héroe sin segundo, el hijo predilecto de la fama y del ridículo, exclamó:

—Pero feliz si eres. Eso se mira en tu semblante, se trasluce en tu conversación. Andrés es un joven liberal de mucho mérito... y de porvenir. Ése va por el buen camino.

—Conmigo es un ángel. Se la pasa adivinándome el pensamiento, aunque a veces no lo consiga. Se echaría al fuego por mí. Pero francamente, tío, al principio no se acostumbra una a vivir con hombre con quien jamás vivió. Es un desconcierto de las costumbres más arraigadas; un sacrificio de las naderías más íntimas, que son tan importantes.

—Pero hay compensaciones.

—Hay compensaciones, es cierto. Pero es cierto que la brusquedad del cambio sorprende. Sobre todo en mi caso, tío: recuerde que se trata de personas tan diversas de origen, hábitos, relaciones, ideas. Aunque a todas las recién casadas debe ocurrirles otro tanto. ¿No cree usted, tío?

—Puede ser, hija; yo nunca he sido señora recién casada.

El héroe se rió a mandíbula batiente de su chiste. Y pensó, en medio de sus carcajadas: «es muy ocurrente salida; la repetiré, al presentarse la ocasión, donde haya más público».

—En dos platos —resumió el general—: ¿te gusta el matrimonio, sí o no?

—Lo bueno del matrimonio me gusta, ya lo creo. Lo malo, no.

—¿Y a qué llamas tú lo malo?

Olga no sabía explicarse. Tal vez lo que juzga malo del matrimonio es sólo malo en su matrimonio, en ella, en Andrés, en ambos. ¡Quién sabe! No se anda por la vida sino de sorpresa en sorpresa. Las cosas de más bulto, ella las veía con ojos de cegarrita; pero ciertas nimiedades, con franqueza, no podía tolerarlas: le torcían los nervios, la amargaban, la hacían sufrir. Por ejemplo, Andrés se endosa, al llegar, unas raídas pantuflas, un viejo pijama y la excita a que ella también se ponga a sus anchas y ande en la casa sin esmero.

—Pero ésas son fruslerías indignas de mención. Basta con una hábil maniobra tuya...

—¡Fruslerías! Pero esas fruslerías es lo que distingue en sociedad a los seres. Cuatro meses llevamos de casados, y no he podido extirpar de raíz ni ésa ni otras pequeñeces enormes, a pesar de mis más hábiles maniobras. Andrés me complace, claro; pero yo lo advierto desazonado, le doy permiso —así, permiso para que obre a su guisa, y luego soy yo quien se tortura.

—Eso no es ahogarse en un vaso de agua, sobrina, sino en medio vaso, en una gota, como triste insecto.

—Y llama usted gota de agua al haber tenido que renunciar a la mayor parte de mis relaciones sociales por no desagradar a Andrés, porque Andrés no tiene las mismas amistades.

—Entonces, ¿divorcio?

—¡Qué divorcio ni qué niño muerto! Si no me quejo. Hablo de eso porque usted se empeña; pero en el fondo yo soy muy feliz con mi esposo. La prueba es que renuncié a todo, a sabiendas, por él.

Ella no se apartó de la sociedad; fue la sociedad quien se apartó, poco a poco, de ella.

Aquel paulatino alejamiento mortificó su vanidad. Palpó el despego; y a su pesar, sin que valiera disimulo de mundana lista, respiraba ahora por la herida.

Chicharra oyó decir a su hija Tula ciento y una veces que todo el mundo, desde el matrimonio de Olga, empezó a poner a ésta en cuarentena. Ahora la misma Olga lo estaba confesando, o casi casi. Y Chicharra, en vez de hacerse el sueco y cambiar el curso de la charla, exclamó:

—¡Y por qué repudian a Andrés! Preocupaciones imbéciles de conservadores y ultramontanos.

—Y de los liberales, tío.

—No creo yo.

—Créalo: éstas no son necedades ni odios de partidos; son preocupaciones de clases. Los grupos sociales, máxime los que se imaginan superiores, se defienden encarnizadamente de la intrusión de los extraños.

—Mal hecho.

—Bien hecho, digo yo. A ese espíritu de cuerpo deben el existir.

Se detuvo el instante de un suspiro, y añadió:

—Entre esa gente, las más excelsas virtudes de los extraños no encuentran fácil acogida; en cambio, cierran los ojos para las flaquezas de los propios.

Olga se detuvo a citar ejemplos, y derramó todo su veneno en las citas.

Doña Equis, que tiene cuatro pimpollos de cuatro padres distintos. Las Zeta, que señalan días de recibo para hombre solos. Don Fulano, un borrachón. Don Zutano, que sólo ha alcanzado tres puestos públicos, porque sólo tenía tres hijas. Los hijos de doña Perenceja, aquella señora a quien apodan doña Pereza, porque la pereza es la madre de todos los vicios. Francisco Linares Alcántara, Alcantarita, aquel papandujo hermafrodita, aquel cobardón lardáceo, que tiene alma, formas, veleidades y vicios de mujer.

Olga hubiera podido agregar su propio ejemplo.

La aceptaban, la sonrisa en los labios, a pesar de aquellos lunares suyos, tantos en número que ya la ennegrecían. Cuando se casó con Andrés Rata le cerraron todas las puertas.

Chicharra aplaudió el verbo irrestañable, mordaz, cáustico, de Olga.

—Eres un termocauterio, sobrina. Eres terrible.

Y traduciendo un pensamiento cobarde que cruzó por su mente, dijo:

—No quisiera yo caer en tus garras.

—¡Usted! ¿Mi tío, mi amigo, mi aliado? Yo no saco las uñas para usted. Sería ingratitud. Yo admiro y respeto lo que es digno de respeto y de admiración. Para lo demás, *chust*.

E hizo con los labios un ruido como de quien escupe.

Al cabo de un momento, añadió.

—No hay sino dinero, dinero, dinero.

Y volvió a insistir:

—No hay sino dinero para independizarse, para viajar, para salir de esta pavorosa topera de Caracas; para ser feliz.

Chicharra asentía con la cabeza, mientras Olga iba discurriendo.

—Y a propósito, tío —continuó Olga asociando en su espíritu las ideas—; a propósito: el asunto de Irurtia no anda bien.

—¿Cómo que no anda bien?

—Aquellas imbéciles de tías están dejando escapar la ocasión. No han sabido ni retenerle casi. Mientras yo estuve allí, el don Camilo se acostumbró a visitar a mi madrina de diario o poco menos; ya estaba a punto de cantar claro, y tal vez de pedirla. Pues bien; ahora apenas si porta por allá. Le han dejado, no enfriar, sino aterir. Ya se le pasó el entusiasmo al viejo Sylock.

—¡Qué va a pasarle, a su edad! ¿Para cuándo lo dejaría?

—Si no le pasó, le pasará. Conozco al ladino. Pero mal puedo repicar y conducir la procesión: no puedo vivir a un tiempo aquí y en casa de mis tías.

—Esas mujeres, las pobres, son muy buenas —aseguró Chicharra—, pero son tontas de remate.

Y recordando que la ocasión la pintan calva, quiso aprovechar aquella que se le presentaba para prometer su apoyo a Olga en el asunto de Irurtia, a trueque de lo que él necesitaba de la sobrina, de lo que había ido a solicitar.

—Bueno, hija —comenzó—. Yo me comprometo a ayudarte a casar el zorro. A nosotros dos no se nos escapa.

Olga aprobó la idea.

¡Qué había de escapárseles! ¡Ni que fuera cien veces más zorro!

Chicharra añadió:

—Combinaremos un plan con calma, sin carrera. Yo odio las cosas precipitadas, improvisadas, sin base, sin solidez. Madura tú lo que se te ocurra; yo, hija, estoy a tus órdenes sin reservas de ningún género.

Olga sonrió. ¡Qué solemnidad en aquel lenguaje casi político! Aquella oferta de los servicios de Chicharra, «sin reservas de ningún género», la movió a reír. Se lo dijo, y el vanidoso quedó picado.

—¿Y tú, sobrina? ¿No hablaste con más solemnidad que un bachiller, hace unos minutos, cuando expusiste con cara de socióloga tu parecer sobre los grupos sociales y su estrecho espíritu de corporación? No nos fijemos en minucias, indignas de nosotros, y ¡viva la alianza!

—¡Viva! —exclamó Olga batiendo ambas manos.

—Alianza «muy noble y muy leal», como la ciudad de Coro en tiempo de España. Yo te pido si tú me das; yo te doy si tú me pides.

—Eso depende, tío. Yo, mujer; usted, galanteador incorregible: usted me puede exigir ciertas cosas que no deba conceder sino a mi marido.

Se lo decía por broma, y a broma lo tomó Chicharra, aunque alegre, en el fondo, de que la chica le creyese, «tal vez de buena fe», galanteador contumaz. Y pensó, con pensamiento de relámpago: «Si supiese la realidad, y cómo ya no soy aquél». Aunque los bríos de intención no le fallaron nunca. ¡Dios mío, cuando él miraba una falda corta, cuando encontraba las chicuelas de doce a trece años que salen de la escuela mostrando vírgenes pantorrillas provocadoras! Ante unas medias y unas enaguas de pollita núbil, o pronta a serlo, sentíase fauno. Era capaz de brincarles encima, como aquella lejana tarde con Olga, cuando se encalamucó y se puso rijo, mientras le iba enseñando a la sobrina, a la sazón de cortos años, fotografías escabrosas; mientras la piel de terciopelo sonrosado y los crespitos blondos de la nuca le sorbieran el seso y engallaron su sátiro interior, entonces siempre alerta.

Este súbito recuerdo hizo casi ruborizar a Chicharra, temiendo que la sobrina pudiera descifrar aquel pensamiento de impudicia.

—Desde hace mucho tiempo, hija —pronunció— yo no me ocupo sino de la cosa pública.

Ella, guasona, insistió en sus ideas galantes.

—¡La cosa pública! Una ramera es una cosa pública. No se calumnie, tío.

—Hija, por favor. Hablo de la política. La política me absorbe.

Y para no darle cabida a otra sandez de Olga, agregó, de prisa:

—Y con referencia a la política venía a hablarte.

—Soy toda oídos.

—Pues oye.

—Ya *oyo*.

Se quejó. Olga no se avenía a permanecer sería ni un minuto. Y sin embargo, lo que iba a tratarle no era caso de risa.

* * *

Como la Emmerich se dispuso a escuchar con interés, no estando Chicharra para tontunas, él comenzó a exponer sus ideas. ¡Qué proyecto!

Había más de seis meses que el Gobierno se le mostró hostil. Había más de cuatro que él encabezara una gran manifestación liberal, sin resultado alguno. Después produjo e hizo pública una extensa manifestación, «con mucha miga», al presidente de la República, cuando el onomástico del primer magistrado.

El primer magistrado se hizo el sueco.

Hasta las cartas privadas, ardientes y entusiastas, las dejaba sin respuesta. Viendo lo inútil de sus gestiones públicas y privadas y lo nulo de los ministros, a quienes el presidente se complacía en desoír y menospreciar, se dirigió a la esposa del mandatario para que ésta le obtuviese un puestecito cualquiera.

—¿Un puestecito? —preguntó Olga, extrañando la modestia del federal.

—Un puesto de acuerdo con mi significación política y mi larga hoja de servicios liberales. Tú sabes que lo he sido todo en Venezuela, menos arzobispo y presidente.

—Bueno, ¿y la señora?

—Tampoco ha podido conseguirme nada. Terminó, como su marido, por no responder a mis cartas. En cuanto a visitarla, tarea inútil. Mi perseverancia encalló: nunca la vi. Como vas advirtiéndolo, esa gente parece resuelta a lanzarme en la oposición. Yo repugno las medidas extremas; pero si me fuerzan, seré terrible.

—¿Ése es el proyecto de usted, tío? ¿Para eso cuenta con mi apoyo?

Chicharra la tranquilizó.

No; no era eso. Antes quería ensayar un golpe maestro. El conocía bastante la política y no se iba de bruces. Olga no ignoraba la afición del presidente al baile. ¡Si parecía un danzarín!

Y agregó, enérgico:

—Ese canalla hace la política con los pies.

—Sí; es un bailómano.

—Pues bien, yo le daré un baile.

Olga aplaudió, y, curiosa, deseó conocer cuál papel Chicharra le asigna en todo aquello.

—¿Qué papel? —repuso Chicharra—. Uno muy importante, el primero. Ya verás.

—Bueno, veamos.

Entonces le explicó.

El presidente, además de bailómano, faunesco, amaba, sobre la danza, las mujeres. Era un libidinoso, un bestial, un despreciable; pero debían tomarlo como era. No podían convertir de la noche a la mañana en cumplido caballero a aquel mono lascivo, traído de las selvas por el huracán revolucionario. ¡Ah, las revoluciones, las revueltas! ¡Cómo las odiaba!

El héroe pudo extraviarse en disquisiciones extemporáneas; pero Olga lo redujo a lo pertinente.

—¿Y su proyecto? ¿Y mi papel?

En suma, daría un baile a aquel bárbaro de las cavernas; pero eso no era lo importante. ¡Le ofrecieron antes al troglodita tantos y tantos bailes! Lo nuevo consistía en una cuadrilla, o con más justeza: en una figura de cuadrilla que él, Chicharra, inventara.

En la supradicha figura, a un momento dado, los caballeros van separándose de las damas. Se separan todos, menos uno. En torno de ese único hombre restante empiezan las mujeres a formar círculo, a tejer una guirnalda de hermosuras. El círculo se va estrechando, estrechando. Las mujeres ahogan casi con sus cuerpos al hombre feliz que está en el centro. La pareja de éste, constreñida por el aluvión de hembras, queda un rato en frente del galán, ceñida a él, cuerpo contra cuerpo, sin que entre ambos pase ni la hoja de un cigarrillo. Después, la figura iría deshaciéndose con lentitud...

Chicharra opinó que aquél sería un gran golpe.

El sátiro de las montañas, el presidente encalabrinado —centro de la figura coreográfica, naturalmente— iba a volverse medio loco entre tanto cuerpo de mujer, respirando perfumes de afrodita, ceñido de brazos mórbidos, rodeado de hombros desnudos, viendo, sintiendo senos y espaldas que lo comprimen con dulzura, y teniendo a su frente, por final, el íntimo contacto de una mujer joven, hermosa, deslumbrante, enloquecedora.

—Es un gran golpe, sobrina —aseguraba, frotándose las manos, el famoso e invalorable Chicharra—. Es un golpe maestro. ¡Si conoceré yo la

política! ¡Si conoceré a los hombres! O ese mono de las montañas pierde la cabeza, o no me llamo Aquiles Chicharra.

En dos platos: ¿convendría a Olga servir en aquella cuadrilla como pareja del presidente?

Ella opuso reparos. Caracas iba a murmurar. ¿Y si Andrés no consintiera?

—Andrés quedará encantado —exclamó Chicharra, convencido—. Encantado. Lo conozco mejor que tú.

Y prosiguió:

—En compensación te ofrezco casar a Irurtia, y, si así lo deseas, te ofrezco conseguir un consulado para Andrés. Así te irás a pasear dos o tres años por Europa; y entretanto, que Caracas murmure.

Olga vacilaba.

El héroe terminó asegurándole:

—En Europa el mundo es tuyo: ése es tu campo de acción.

Olga seguía vacilante. Chicharra no podía lograr un puestecito cualquiera para sí, ¡y prometía consulados! Luego pensó: «Tal vez me convenga tratar al presidente, que él me conozca». La amistad del presidente podría resarcirla de la amistad de Caracas, acabada de perder. ¡La vida era tan complicada!

Chicharra, mirándola en titubeo, trató de decidirla, poniéndola entre la espada y la pared.

—¿Qué respondes? ¿Sí o no? Mira que la ocasión la pintan calva. Se trata de nuestro destino. ¿Qué respondes?

Olga irguió el busto; alzó la rubia y linda cabeza, como en desafío a todas las potestades célicas y terrestres, y respondió:

—Acepto.

II

UNA CASITA QUE TORTURA A EUFEMIA Y SALVA A ROSAURA

Las Agualonga no podían quejarse de Irurtia. Tanto y tan mal oyeron decir del agiotista, les llenaron a tal punto la cabeza de patrañas respecto al garduño, que Eufemia, Alcira y Rosaura, a pesar de la invencible tendencia a creer en las buenas intenciones, en el buen corazón, en la honradez de todo el mundo —transmutando su propio sentir en el sentir de los extraños—; a pesar de aquel cándido optimismo que tan caro les costaba a las tres, no podían sustraerse a un sentimiento de aprensión y desconfianza con respecto a Irurtia. Hasta última hora temieron alguna marramuncia de Sylock, y que Sylock no cumpliese el pacto, entregándoles casa y dinero por la casona hereditaria.

Lo temían sobre todo Alcira y Eufemia, a quienes Olga habló siempre de Irurtia de un modo muy distinto del que empleó con Rosaura. A Alcira y a Eufemia las engatusaba, asegurándoles que Irurtia era un bandido, un tramposo, más resbaladizo que un jabón. Pero estaba enamorado, por fortuna. La suerte de todos dependía de Rosaura. Sin la colaboración de Rosaura, sin que ésta prestase oído benévolo a Irurtia, Irurtia se escurriría, no dejándoles ni céntimo. Olga no podría entonces casarse; ¡que desgracia! Las señoras debían contribuir a que Rosaura tolerase al belitre adinerado.

A su madrina la embaucó de otra suerte, con otros argumentos. Irurtia era en el fondo él mejor de los nacidos; tenía defectos, como todo el mundo. Tolerarlo un poco, provisoriamente, a fin de que desencajase las onzas de oro. Luego se vería. Por ahora, que la madrina hiciera un pequeño sacrificio en obsequio de Olga. Tratábase del porvenir de la ahijada. La dicha de ella la tenía Rosaura en las manos. Pero que obrase a su guisa. Olga no exigía nada.

Conocía la picara a sus tres madres. Se las sabía de memoria.

De ahí el que Alcira y Eufemia cerraran los ojos a las pretensiones casi amorosas de Irurtia, si ya no lo alentasen con suma discreción. Pero tenían fe en Rosaura. Rosaura, por obra de sortílega, debía conjurar el peligro.

Por eso la tildaron siempre de egoísta cuando, enfurruñada, negábase a recibir al viejo.

Obrando de tal guisa, conspiraban Eufemia y Alcira, engatusadas por Olga, a los planes de la sobrina; pero jamás creyó ninguna de las hermanas ni en proyecto avieso de Olga, ni en factible matrimonio de Irurtia.

Alcira y Eufemia no dudaron un punto de que a Rosaura se debía el que don Camilo, en aquella negociación, no se hubiese vuelto atrás.

—Todo es obra tuya, Rosaura —aseguraban las hermanas.

—Dios sabe si me cuesta —respondía la otra.

Sólo por Olga habría hecho el sacrificio de soportar a don Camilo tarde sobre tarde, por semanas y semanas.

Irurtia, en efecto, sacó buena su palabra.

Les entregó como nueva; o casi casi, la casita del convenio; y en monedas contantes y sonantes les puso entre las manos aquella suma, previamente fijada, con que casaron a Olga «como a una princesita»; se aviaron ellas de ropa y, por último, pudieron cambiar de domicilio. El remanente casi integro lo entregaron a la sobrina, en previsión de lo que pudiese acaecer. No previeron para sí las Agualonga acaecimientos de los que se conjuran con dinero, porque ningún dinero conservaron. ¡Qué iban a necesitar las tres señoras! A ellas les sobraba con su escuálida pensioncilla oficial como nietas solteras de uno de los próceres fundadores de la República.

Aunque descontentas con el destino, que les obligó a dejar la casona patrimonial, sentían las Agualonga gratitud o casi gratitud hacia Irurtia. Gracias a él casaban a Olga.

—Gracias a mí —corregía Rosaura a veces, ya penetrada de la importancia de su papel en aquellas tramitaciones.

—Gracias a ti, en primer término. Pero si don Camilo hubiera querido hacernos alguna trastada...

Lo repetían a menudo:

—¡Si don Camilo hubiera querido hacernos alguna trastada!

—Al agua connubio —concluía Andrés, con frase pedantesca.

Era aquella quimérica trastada que no realizó Irurtia lo que la agradecían.

Y hasta pensaron:

—Tal vez ni siquiera ha ganado con el cambalache lo que suponemos.

* * *

El cicatero de Irurtia hizo su agosto, es claro. Según sus máximas y prácticas, un negocio no es obra de misericordia: un negocio es un negocio. Ocurre como entre duelistas: se cruzan los aceros, se esgrime, se contiene: el arte consiste en herir al adversario sin que el adversario os rasguñe.

Esta vez el contrincante de Irurtia era la mujer a quien amaba. Pero su afección hacia Rosaura, su muy sincera afección, no era bastante para inducirlo a cometer una tontería. El sentimiento nada tiene que hacer con el bolsillo. El amor es una cosa y otra cosa el dinero. No confundir.

Irurtia se propuso, con todo, que las Agualonga ocupasen una casita coqueta, cómoda y relativamente espaciosa. Iba a matar dos pájaros con la misma piedra. Sobre prestar un servicio a aquellas piadosas damas, desembolsaba él más corta suma para devolución; como que, según trato, a mejor casa de entrega, menos dinero de vuelta.

Ya le ocurrió tal idea, por antipatía hacia Olga, cuando se iniciaron las negociaciones; luego, desvanecido el sentimiento de repulsión a la sobrina, por maña lisonjera de ésta, refirmóse Irurtia en aquel antiguo propósito, no ya por repugnancia de la Emmerich, sino por aprecio a las Agualonga.

Por ello puso insistencia para que escogieran aquella casita en la parroquia de Santa Teresa, que no se avino a proponerles hasta muy tarde, cuando advirtió que no podría endosarles alguna ratonera de las propuestas antes, pues todas eran rechazadas, ya con un pretexto, ya con otro.

Y si por deber dejó la casucha como nueva, o casi casi, por simpatía a las señoras se complació en que resplandeciera, a pesar de las pinturas baratas que empleó para restaurarla, de las tejas usadas con que la hizo tachar y de los albañales de desecho, comprados a algún chamarilero, que puso a cañerías y cloacas.

Su liberalidad no se extralimitó ni un ápice, aunque él asegurase lo contrario.

¿No llegó a jurar a Rosaura más de una vez que gastó en aquellas reparaciones lo que no hubiese gastado si de otras personas se tratara? Una ocasión hasta afirmó que cometía semejantes calaveradas por placerla. Como Rosaura se atufase, Irurtia limitóse en lo futuro a ponderar su desinterés y la hermosura de la casilla con expresiones de encomio:

—Es una tacita de plata —decía a veces.

Y otras:

—Ustedes estarán allí como la nata sobre la leche.

* * *

Irurtia fue mal profeta.

Desanidadas, las Agualonga no se hacían a la nueva morada.

Eufemia principalmente, era la víctima: siempre enfermiza, de vida recoleta, casi monástica, no salía sino a la iglesia, los domingos, o bien para visitar tal cual vieja de su parentela, o para ver a Olga, una que otra mañana. Lamentábase con amargura.

—Me ahogo entre estas cuatro paredes. Me parece que vivo en una prisión.

Rosaura y Alcira, ya por más resignadas, ya por más jóvenes y sin achaques físicos, habituábanse mejor, aunque no pasara día sin que las tres mujeres echasen menos el antiguo caserón de familia. Eufemia, a menudo, mientras las tres se apacentaban de memorias, vertía lágrimas de añoranza y pesadumbre.

Con el propósito de desvanecer negruras en el ánimo de la primogénita, y para alegrarse a sí mismas un poco la existencia, Alcira y Rosaura comenzaron a transformar, en lo posible, desde el día siguiente de la mudanza, aquel feo casucho, «tan pequeñín y tan feo», según expresión de Alcira.

Las piezas, tapizadas con papeles del peor gusto, llenos de absurdas ramazones y tintes de chocolate, fueron empapeladas de nuevo con papeles claros y ledos.

Sin más valerse que de aquella bobalicona hija de la cocinera, lo realizaron todo por sí mismas. Nadie las ayudó, ni siquiera Eufemia, que parecía resuelta, no ya a vivir, sino a esperar la muerte.

Por las tardes, en los primeros tiempos, solía ir Olga a acompañarlas; pero Olga no se allanaba a ensuciarse las manos con engrudo, ni a subir en las escaleras por miedo a un desvanecimiento, ni a clavar una tachuela por no asestarse un martillazo. Las dos hermanas, que no tenían derecho de temer un porrazo, ni un vahído, ni el olisquear del engrudo, montaron la casa entera, desde los cuadros del salón hasta el espejo del baño.

Y sin otro coadjutor que la sirvientuela mentecata, hermosearon la casuca ambas mujeres, acicalándola a su amor.

Como de fingir la vida a Eufemia menos amarga trataban las generosas, en primer término, hasta los caprichos de Eufemia se encontraron con que se les recordó.

Así, arreglóse una pieza, a pesar de la estreches, como Eufemia tenía arreglada desde casi medio siglo atrás otra pieza del caserón: allí la cama donde murió la madre de las Agualonga, tendida como en tiempos de la difunta; allí el reloj de bolsillo que usara en vida el padre, como esperando que el propietario viniese a colgárselo en el chaleco; allí el sillón de Córdoba, que perteneció a la tía Hipólita, y donde arrellanada en sus postreros días, discurrió ella tan a menudo sobre los primeros días de la patria. Útiles y chismes de recuerdo, diversos, heteróclitos, antagónicos, mantenían viviente la memoria de algunos muertos de la familia: la escopeta de la pared fue el arma con que se mató el hermano en una partida de caza; el cofre encima de la consola guardó las prendas de la abuela; ese crucifijo de marfil provenía de la madre de la abuela; aquel rosario perteneció a un religioso de Tierra Santa, y lo regaló a Eufemia la tía carmelita.

En cuatro o cinco meses la casuca parecía otra.

En el horrible y árido patio de cemento romano hicieron practicar hoyos; los hoyos, por obra y gracia del abono, de la siembra y del cuido, se convirtieron en rosales de púrpura, de oro, de nieve; en matas de blancos jamones del Malabar, en morados heliotropos odorantes y sedientos de sol. Al fondo tendieron una enredadera de trinitaria, trasplantada del caserón; a la sombra de aquella trinitaria, en el comedor, coserían por las horas de la canícula. Las ventanas que caían al patinejo se festonearon pronto de campánulas azules. En tinajas verdes plantaron diamelas que florecían en botoncitos apretados y bien olientes, geranios de púrpura, begonias de rosicler, hortensias de azul muy tenue y margaritas de plata y oro. Por el borde de cada tina, una corona verde, una corona de remitas de té circuía aquellas margaritas de oro y plata, aquellas celestes hortensias, aquellas róseas begonias, aquellos geranios de grana y aquellos botoncitos de diamela. Las jaulas cantoras de los pájaros vivaces alegraban las paredes.

Eufemia, con un poco de buena voluntad, podría ya ver en la flamante morada, si no el trasunto, el remedo de la antigua mansión, y resolverse a vivir sin aquella sombra de tristeza que la mudanza echó sobre su alma y encima de su rostro.

Pero todo fue vano: no se acostumbraba a la casuca.

Casi a diario, temosa y majadera, repetía su cantaleta:

—Me ahogo entre estos cuatro muros. Me parece que estoy en una prisión.

* * *

Como Irurtia continuara visitándolas con asiduidad después del traslado, Rosaura urdió medios para deshacerse del engorroso. Propuso la ruptura con el vejete a las hermanas, y argumentó su propuesta: ya cumplido el cambalache, nadie podía ahora suponer que por no sufrir los parloteos del agiotista con un poco de paciencia se frustrara la negociación. Dios sabe que aguantó a Irurtia en obsequio de Olga, por la felicidad de su ahijadita y para ceder a las hermanas. Que hasta el general Chicharra la diese de egoísta y mala persona, le molestaba. Cuántas veces preguntóse: «¿Tendrán razón Chicharra, Olga, Eufemia y Alcira?».

La vida era una suerte de purgatorio. Ella lo creía resueltamente: «el purgatorio es la vida». Hubo que sufrir a Irurtia, y lo sufrió. Ahora, las cosas cambiaron. Nadie necesita ya del vampiro. Ella puede ponerlo de patitas en la calle.

Las dos hermanas sintieron, de buena fe, escrúpulos.

—No, Rosaura —le dijeron—; ese parecer no parece noble, ni siquiera correcto. ¡Cuando necesitamos de ese hombre lo recibimos con agasajo, y ahora, cuando ya no puede sernos útil, le damos con el pie! No. Eso no es caballeresco.

Rosaura lamentábase de aquel raciocinio:

—¡Que no es caballeresco! Entonces lo caballeresco es que yo me sacrifique por un viejo extraño y odioso, por eso lagarto peludo, como decía antes Olga. ¡Que Caracas murmure de mí, no importa! ¡Que yo me hastíe, no importa! ¡Que yo sienta náuseas del animalejo, no importa! Pues bien, yo no comprendo esa caballerosidad que ustedes predicán. Es verdad que a ustedes les cuesta poco el sermoneo a favor de Irurtia, a quien apenas conocen, y en contra mía, hermana de ustedes. La víctima, la única víctima soy yo.

—Pero no se trata de sacrificio tuyo —le argüían—. No lo recibas tú sola nunca más. Lo recibiremos todas, y todas sufriremos por igual, y con resignación, si hay que sufrir. De memoria sabes que el disponer que lo recibieses tú sola no fue cosa nuestra, sino capricho de Olga. Asentimos a

ello por temor de que Irurtia se escabullera, dejándonos con un palmo de narices y sin casar a esa pobre niña.

La dificultad quedó transigida.

En lo futuro, Irurtia iba a ser recibido por las tres hermanas a un tiempo.

La ausencia de Olga permitió aquel expediente. Substraídas a la vigilancia, al comento, a la astucia, a la presión constante de la sobrina, las señoras obraron a su guisa, y creyeron conciliar la corrección social que debían a Irurtia con el respeto a los sentimientos de la hermana.

Entretanto, Olga les hacía falta, máxime a Rosaura; y la estrecha casuca continuó siendo torcedor de las tres, máxime de Eufemia.

No eran felices.

III

LA ONZA TRIUNFANTE

Don Camilo no pareció deleitarse con la estratagema de las Agualonga. ¡Estaba ya tan hecho a sus coloquios vespertinos con Rosaura! No se desavezaba de la visita cotidiana. Recibirlo entre las tres equivalía a un retroceso en aquellas dulces relaciones.

Con una mujer a solas se pueden hablar naderías; es más, casi de sólo naderías se charlotea. Pero semejantes nonadas valen por el carácter de íntimas, por las inflexiones de la voz que expresan más que la voz misma; porque la soledad os transforma, por lo menos en apariencia, en más del uno para el otro, y el *tête-à-tête*, aun tratando de calor o de lluvia, toma aspecto de confidencia.

La pasión ejercía despótico imperio en aquel corazón virgen. Aquel afecto senil absorbía todos los jugos sentimentales de una vida sin juventud, de una juventud sin amores. Hombre de pasiones fuertes, amanecía en su corazón el sentimiento con tanta más violencia cuanto más tarde; todo el afecto por la hembra conservado en almacén, todo ese ignorado *stock* de ternura, toda esa pólvora seca explotó a la intimidad con un fósforo mágico: dos ojos de mujer.

A Irurtia le urgía confuso presentimiento, el presentimiento, más que convencimiento, de que el amor iba a serle inútil bien pronto. La decadencia bate alas cuando la ancianidad se pone en camino.

Es verdad que en Irurtia la pasión del oro privaba sobre cualquiera otra; y que cuando en un ser impera con tanto señorío una pasión, desaparecen las demás, porque aquélla se alimenta de la savia de todas, y todas secan y mueren. Pero es verdad que en la verde vejez de Irurtia aparecía el amor, lo que significa que existían en estado latente, dormidos, mas no muertos, aquellos apetitos carnales que no son en el fondo, unas veces, sino necesidades sensitivas o voluptuosas no satisfechas, y otras sino ansias de paternidad, necesidades afectivas que solicitan satisfacción.

La Naturaleza hizo que tales anhelos fueran casi siempre imperiosos, pero aun cuando vagos, inflexibles; como que de esos anhelos que siente

cada hombre en lo íntimo de su ser, depende la suerte de la especie.

En el corazón de Irurtia iban ahora a librarse batalla el oro y la mujer.
¿Cuál triunfaría?

* * *

La recepción de las tres Agualonga equivalía, a los ojos de Irurtia, a un percance en su vida sentimental, y no pensó sino en sortear el escollo. Cambió de horas. Quedóse dos o tres días sin ir. Cuantos ardides puso en juego resultaron fallidos. Ellas, en aquel punto, sabían más que él.

La primera tarde imaginóse —porque todo el mundo es, en el fondo, vanidoso, hasta Irurtia— que lo recibieron las tres por cortesía; la mudanza a una finca, antes perteneciente a don Camilo; la corrección de él, lo contentas de ellas, el reciente estreno o toma de posesión de la casita, todo aquello y quién sabe qué más debía de entrar por algo, según el agiotista, en la recepción a tres. La persistencia de las hermanas lo hizo cambiar de sentir. No, no era pleitesía ni agasajo aquello.

Supuso entonces que la estrechez de la casa influía en el nuevo hábito, y considerando siempre el nuevo hábito como un contratiempo, pensó: «he debido cederles domicilio de mayor capacidad; menos dinero desembolsara y gozaría ahora, en mis visitas, de más independencia».

Y disculpábase la pifia con un razonamiento de explicación: «al mejor cazador se le va la liebre».

Poco a poco fue penetrándose el agiotista de que la estrechez de la casilla nada tenía que hacer con la resolución de las tres mujeres. Porque era una resolución: ahora lo veía claro.

¿A qué causa podía obedecer el que las Agualonga se determinasen a obrar como obraban? Irurtia no pudo explicárselo. El fue siempre de intachable corrección en su trato con Rosaura; ella, además, no hubiese consentido el más ínfimo desliz. ¡Era tan fiera en su dulzura! ¿Andaría secretamente la traviesa mano de Olga en todo aquello? Desechó el pensamiento por absurdo. ¿Quién como ella le prodigó carantoñas en casa de las Agualonga? Olga miraba con buenos ojos, para no decir que apadrinó sus relaciones con Rosaura.

¿Entonces?

De tanto cavar y de inducción en inducción, Irurtia concluyó o dedujo lo siguiente: lo encoraban para ver de constreñirlo a hablar de

matrimonio, ya que durante el tiempo de sus íntimos y diarios coloquios con Rosaura no lo hizo.

«Mi dinero es lo que buscan» —pensó—. «Pues bien: no lo obtendrán». Parecían tres moscas muertas y eran tres sanguijuelas. Conque dinerito, ¿eh? A mala puerta llamaban. El dinero de Irurtia, amasado con tanta laboriosidad, en tan luengos años de privaciones, no pertenece al primero que se presenta. Mientras aliente Irurtia, sabrá defenderlo.

* * *

Una idea confusa de fraude y de ruina agita el cerebro de don Camilo. A semejante horror, un escalofrío invade su espina dorsal y eriza sus vellos, «¡Prefiero la muerte —se repite—, cien muertes, a perder mi fortuna!».

Aquellos pensamientos le sobrecogieron con tesón cierta noche, al acostarse. Aterrorizado, resolvió romper con las Agualonga y no portar nunca más por donde vivían. Sólo aquellos malditos ladrones de años atrás le produjeron impresión de pavor comparable a la que ahora le inspiraban las Agualonga. ¡De la que se escapaba!

Una semana estuvo sin pensar en semejante gentuza, sino con una avidez retrospectiva, como piensa en su viaje aquel que sale con vida en algún choque de trenes.

La imagen de Rosaura revoloteábale por la mente. Cerraba los ojos — como si con los ojos cerrados pudiese no verla —, en empeño heroico por desterrarla de su espíritu: ¡bribona, farsante!

A las tres hermanas las confundía Irurtia en el mismo sentimiento de espanto y repulsa.

Con el transcurso de los días y el continuo cavilar, fue poco a poco deslindando responsabilidades. ¿Cuál de las tres merecía más desprecio e inspiraba más odio? Presentábase de nuevo a la imaginación de Irurtia, acalorada por la desconfianza y el temor, la imagen de Rosaura. Ante aquellos mansos ojos de vaca, adormiladas y de luengas pestañas, aquel aspecto de dulzura melancólica, aquella grada que surgía de la boca gordezuela, de la piel mate con tonos de ámbar, del lunarillo oval, ante la Rosaura de sus pensamientos, madura y exquisita fruta de otoño, sentía don Camilo dudas. ¿Rosaura tan culpable como las otras? No, no era posible. Hacia distingos: «Cómplice, tal vez; inspiradora, nunca». ¡Ella

tan graciosa, ella tan suave, ella tan linda, ella tan noble! Recordaba don Camilo observaciones tuyas respecto a la inagotable bondad de Rosaura. No, no era posible. Cómo pudo imaginárselo ni un minuto. ¡Qué torpeza!

La misma idea de complicidad la fue descartando a fuerza de pensar en la ingenua mansedumbre y en la hermosura moral de Rosaura.

Terminó por convencerse de que a Rosaura, «juguete de sus dos hermanas», no le alcanzaba la más mínima culpa.

Todo su odio se concentró en Eufemia y Alcira. ¡Si el pudiera librar a la víctima de aquellas garras! Pero no, él no tenía vocación de redentor. Los redentores mueren crucificados. Cada uno que se arregle como pueda.

Había ya trece tardes desde la última visita de Irurtia a las Agualonga; desde su tácita ruptura con Rosaura.

¡Trece tardes, un siglo!

* * *

Arribó don Camilo, al crepúsculo, casi anocheciendo, a su casa. Mientras Tomasa dispuso la comida, sentóse el prestamista en el diminuto corredor, sin prender luz.

Del oscuro cielo, donde albeaba como un presentimiento de luna, caía sobre el patiuco una sombra clareante, una sombra casi transparente, una sombra que permitía ver un poco en la oscuridad.

¡Propicia penumbra al ensueño! Don Camilo recordó que antes se restituía él a su albergue a aquella misma hora; pero entonces venía invariablemente de casa de Rosaura, el alma envuelta como en bruma de amor.

Comprendió que aquel recuerdo le venía ahora a las mientes porque echaba de menos la visita. Y si echaba de menos la visita era porque la visita le producía placer. Ahora bien; ¿qué le obligó a suprimir de su vida aquel placer, aquel placer que no le costaba ni un céntimo? No pudo responderse con claridad. ¡Que querían robarlo! ¿Quién dijo que quisieran robarlo? ¿Que lo recibían las tres, que semejante recepción obedecía a siniestro conato para inducirlo a pedir la mano de Rosaura? Pero si él no iba a pedir la mano de Rosaura a aquellas pobres señoras. Aunque se multiplicasen por veinte, aunque llamasen en su auxilio a todos los santos del cielo y aun a todos los poderes de la tierra, no podían constreñirlo a

que la pidiese. El matrimonio no es obligatorio en Venezuela, y en Venezuela vivía él.

Se rió de sus temores; le pareció imposible que hubiera cedido a una idea absurda. Le pareció más imposible aún que él, Irurtia, hombre práctico, para quien dos y dos son cuatro, y que no confunde un vaso de agua con el mar, se hubiese restado un placer real, un placer que no costaba dinero, una de las pocas dulzuras de su vida... ¿Por qué? Por una idea absurda, por una suposición, por una quimera.

Es decir, que él, Irurtia, hombre práctico, suprimió una cosa efectiva, una cosa real, por una sombra, por menos de una sombra, por algo inexistente, por nada. No pudo explicarse aquello. «¿Estaré envejeciendo; mi cerebro empezará a flaquear; ya no seré el mismo?» —preguntóse—.

Hombre de cálculo y de precisiones matemáticas, don Camilo, para someterse a prueba, formuló en espíritu la siguiente cuestión: «Entre Rosaura y mi fortuna, ¿qué prefiero yo?».

No le pareció bien claro el planteamiento del problema y lo hizo de otro modo. Pensó en la boca de Rosaura, en los brazos, en los senos que él adivinaba, recios, tibios, túmidos, odorantes, debajo de las flojas blusas de muselina y que tanta impresión le causaban. Pensó que aquella boca de Rosaura estrujaba la suya en la avidez de un ósculo; que aquellos brazos lo ceñían; que aquellos senos prominentes le bailoteaban a él por el rostro, por el pecho, entre las manos. ¡Rosaura poseída, Rosaura suya! Dios mío, la sensación era divina, divina, como él, tan casto, nunca tuvo otra igual... Se quedó cojitabundo...

La imagen de Rosaura resplandecía en el cerebro de Irurtia. De entre la sombra del patiecito doméstico vio Irurtia surgir una balanza inmensa. Rosaura cayó en uno de los platillos de la balanza. En el otro platillo fue a echar, de pensamiento, una casa y otra y otra. Pero aquello no resultó claro. En el platillo no cabía ni una sola casa; ¿cómo, pues, echar tantas? Entonces, por un golpe mágico de imaginación, redujo las casas a dinero. Ya la cosa quedó neta y precisa. En un platillo empezaron a caer talegos repletos de oro. La balanza se inclinó hacia los talegos de oro.

Irurtia se comprendió salvado, a prueba de tentaciones, señor de sí mismo, el Irurtia de siempre. ¡Qué iba a estar envejeciendo!

Entonces, para mejor probar su hombría, su fortitud, su autodomínio, su antiguo ser, empezó a disminuir talegos de un platillo, mientras Rosaura, a quien amaba, quedó balanceándose en el otro. Quitó uno, quitó dos, quitó veinte: el platillo de los talegos pesaba más que el de Rosaura.

A la postre no quedó sino un talego de un lado y Rosaura del lado opuesto. Rosaura pesó menos.

Entonces Irurtia fue sustrayendo onzas de oro del saquito postrero. El séquito, con las pocas piezas de oro que restaban, pesaba más que Rosaura. Siguió sacando, sacando: la balanza no encontraba nivel.

Por último, ya no quedó sino una sola onza de oro, limpia, refulgente, en uno de los platillos. La onza de oro pesó más que Rosaura.

Una voz lo sustrajo a aquel ensueño de dinero y amor. Listo al condumio, Tomasa lo estaba llamando a comer.

IV

BELLAS LUCHAS DEMOCRÁTICAS

El general Chicharra tertuliaba con su familia, en su sala, una prima noche, cuando, a eso de las diez, llamaron a la puerta de la calle. Era un policía. El polizonte entregó una carta dirigida al dueño de la casa y partió.

Un ángulo del noma ostentaba las armas de la nación, y debajo del escudo se leía: *Presidencia de la República*.

Chicharra se puso nervioso, orgulloso, cuando tomó en sus manos la carta del presidente. Con la emoción le subió la sangre, si no a la cabeza, a la nariz, y el apéndice nasal de Aquiles empezó a acarminarse.

Rasgado el sobre, Chicharra recorrió el pliego en un segundo, con la vista; y ya impuesto del contenido, dióse a leerlo en alta, clara e inteligible vos, rodeado de atenciones vigilantes y silenciosas.

«*Mi querido amigo:*

Mañana a las siete salimos para una jira por los valles de Aragua. ¿Quiere usted ser de los nuestros? Habrá peleas de gallos en Maracay, bailes en La Victoria, coleadas de toros en Turmero, excursión por el lago de Tacarigua. Dentro de seis o siete días estaremos de regreso. Será una cana al aire. Si resuelve ir, ya sabe: en la estación mañana a las siete».

¡Qué explosión de alegría en aquel hogar!

—El presidente es un hombre encantador —dijo la esposa de Aquiles.

—Encantador —repitió Tula, la primogénita—; y baila muy bien.

Pero Chicharra dominó todas las exclamaciones con la suya:

—¡Y lo que me estima! ¿No advierten ustedes lo que el presidente me estima? Con su hermano no sería más afectuoso. Juro que no existen tres personas a quienes nuestro primer magistrado escriba, de su puño y letra, epístola semejante.

—¡Cómo ha cambiado contigo! —apuntó la esposa.

Chicharra tomó pie para una serie de autoelogios. La familia escuchaba con sincera admiración, boquiabierta, a aquel hombre ilustre, a quien el presidente escribía de su puño y letra, y cuya compañía deseaba.

—¡Que ha cambiado conmigo! Ya lo creo. En cuanto pude acercarme a él y hablamos cuatro palabras solos. El presidente aprecia el mérito y conoce a los hombres. Mis enemigos, temerosos de la influencia que yo pudiera alcanzar sobre él, me cerraban la puerta. No me dejaban acercarse al magistrado. Lo tenían como en un círculo de hierro. Ni mis cartas tal vez le llegaron: de ahí el que no las respondiese. No se tomaban en cuenta siquiera mis manifestaciones políticas de mayor importancia: la felicitación por la Prensa con motivo de su onomástico, aquel magnífico movimiento liberal que yo promoví y encabezé...

Una de las chicas más jóvenes le interrumpió:

—¡Pero con el baile no hubo tu tía!

Chicharra sonrió; toda la familia sonrió al recuerdo. Había sido un golpe maquiavélico, una de esas ideas que atraviesan raras veces el cerebro de un estadista.

—¡Si conoceré yo la política! —exclamó Chicharra, más satisfecho que nunca de sí propio.

Debía, en efecto, de conocer mucho la política de Venezuela, Aquiles Chicharra, ya que, siendo tan pesado y sanchesco de espíritu como de prestancia, flotó siempre, a manera de corcho, sobre el oleaje de los partidos; cuando ahora mismo se bienquistó con el presidente, que no podía verlo ni en pintura.

* * *

La cuadrilla de marras obró el milagro.

El danzomano lascivo nunca se halló tan a gusto, al son de la música, como la noche de Chicharra, entre tanta mórbida espalda, tanto seno semidesnudo y tanto *odor di femina, di femina* elegante.

Se le pusieron a la cuadrilla parejitas de selección, la mayor de las cuales, Tula Chicharra, tendría apenas veintiuno o veintidós años. El danzarín de instintos de caprípedo creyó desmayarse sobre la carne resistente y nivea de Olga. En el momento culminante de la figura, Olga le respiraba en la boca, le veía en los ojos, le abría materialmente los brazos y las piernas.

Sentía el libidinoso aquella carne de tentación contra su cuerpo, desde las rodillas hasta el pecho; por su flanco diestro sentía el roce de otras piernas de mujer; por su flanco izquierdo, el calor de otras caderas; por su

espalda, la presión de otras timideces perfumadas; en su torno, otros senos de virgen... Creyó volverse loco. Nunca tuvo sensación semejante de elegancia, de lascivia, de música, de amor.

¡Trabajo le costó a Chicharra el encontrar parejas para la complicada y audaz figura de su invención! Por fin, tres de sus hijas, Olga y algunas hijas de aquellos liberales de buena voluntad y aspirantes a cargo público, de aquellos mismos suscritores de la protesta de adhesión, aceptaron. Pero no aceptaron todos; hubo quienes se achubascaron, y hasta uno gritó que sus hijas no eran bacantes de profesión, ni bocado para faunos, ni calentadoras de bragueta, y que Aquiles era un sinvergonzón.

¡Cuántos dolores de cabeza para Chicharra con la mera divulgación de su idea! ¡Quién sería el imprudente que dejó traslucir el proyecto! Tal vez Rata —pensó Chicharra— para que lo supusiesen en secretos de sociedad, por alabancioso.

Lo cierto fue que a Chicharra le cayó encima, desde antes del baile, el vilipendio. Hasta llegó a temer que ninguno de los invitados concurriera, y lo cierto fue que hubo más hombres y señoras maduras que palmitos graciosos. Casi nadie llevó a su familia. Los hombres se presentaban solos, dando excusas: «¡Mi esposa cayó enferma hace dos días!»; o bien: «¡Mi hija, a última hora, fue presa de una jaqueca atroz!». La familia de otros andaba por Macuto. Cada uno, al entrar, daba una excusa parecida, cuando no idéntica, al que lo precediera. Causaba risa aquello, y Aquiles, algo corrido, pensaba: «Son todos unos canallas de poca imaginación».

Pero sus esfuerzos quedaron recompensados con la fiesta. ¡Qué alegría la del presidente!

La estrella de Aquiles empezó a fulgir aquella noche. Los alcahuetes oficiales palidecieron de envidia. El inventor de aquella cuadrilla maravillosa los hundía a todos.

Ahora el presidente iba a una jira por los valles de Aragua y deseaba que Aquiles lo acompañase. ¡Quién mejor para dirigir la cuadrilla de su invento en los bailes del camino!

* * *

Apenas se impuso del billete presidencial, Aquiles Chicharra comprendió lo que se quería de él y por qué se lo invitaba. Se bañó en agua de rosas, como quien sabía que de aquellas complacencias y de aquellas

intimididades estaban saliendo los ministros, los presidentes de Estado, los jefes de Aduana, todos los personajes de la Administración.

Ordenó Chicharra que le preparasen al punto una maleta. Y mientras la disponían, se puso a meditar en posición que impresionase a la familia; es decir, con la cabeza entre las manos.

La Victoria era, en las jiras del presidente, el centro de las saturnales, y en aquel centro tan importante de la política, en aquella capital del vicio, en aquel nido de la abyección (no por el pueblo en sí, ajeno a todo y víctima de los rufianes, sino por el sátrapa de aquella satrapía) iba a habérselas con el monopolizador de las bacanales, jefe de los alcahuetes, Francisco Linares Alcántara, hermafrodita y rufián, elevado a categoría de primera autoridad del Estado Aragua.

Se preparó de antemano a la lucha. Lucharía; a él no lo apocaba lucha de más o de menos. Era un batallador.

Francisco Linares Alcántara o, como se le llamó siempre, *Alcantarilla*, supo desde Caracas, por teléfono, apenas salió el tren oficial, quiénes componían la comitiva.

Inmutóse el eunuco no bien escuchó el nombre de Chicharra, muy llevado y traído desde la noche del baile en boca de los terceros del presidente. Presentábase un émulo, a partir el sol, en la palestra. Por fortuna iba a librarse aquella lid de influencias y de faldas en terreno que él conocía mejor que el adversario. Contra viento y marea conservaría él su puesto de primero, más célebre y mejor provisto entre los celestinos.

Por algo era la primera autoridad en Aragua y disponía en La Victoria, junto a su corte de efebos y miñones para uso interno suyo, que se desvivía para darle placer, de aquella otra banda de zurcidores de voluntades que lo reconocía por jefe y protector, banda a la cual debió el presidente de la República tan exquisitos bocados, y él, *Alcantarilla*, tanto prestigio y tanta influencia.

Por fortuna, rica presa le tenía ya dispuesta al fauno en aquella ocasión antes de conocerse el arribo próximo de Chicharra.

Era la víctima una muchacha campesina, fresca y hermosa como una flor-de-mayo. Muchas esperanzas fincaba en ella *Alcantarilla*.

* * *

Cuando el Presidente arribó a La Victoria serían las doce.

Quiso bañarse antes del almuerzo y le prepararon una bañera con más agua de colonia que de la fuente. *Alcantarilla*, dispendioso de suyo, no escatimaba en gastos. Quería eclipsar a Chicharra.

Después del almuerzo, el presidente subió a sestar en las habitaciones del primer piso, acompañado de *Alcantarilla* y dos o tres íntimos. Allí se echó sobre una amplia hamaca de cumare; mientras reposaba, *Alcantarilla* se puso a despertar la concupiscencia y la curiosidad del salaz personaje con indirectas del padre Cobos.

—Mi general —dijo—, hay moros en la costa.

Otro de los circunstantes agregó:

—El presidente se relamerá de gusto.

Paró el fauno las orejas, y cuestionó:

—¿Muy joven?

—Claro: como a usted le gustan.

—¿Trigueña?

—Un copo de espuma.

—¿Alta, delgada, gorda, chica?

—Alta y fuerte más bien: parece una torre. Tiene senos, cuello, brazos y caderas de primer orden.

—¿Entonces, un *bocato di cardinale*?

—Sí, señor; un bocado de cardenal.

El presidente se fingió regañón:

—¿Y qué diablos hacen ustedes ahí sin traérmela?

Alcantarilla le repuso con energía:

—No, no, mi general. Así me lo ordene usted. Será la primera vez que le desobedezca; pero le desobedeceré. Dígame que me tire por un balcón, y me tiraré. Dígame que le corte la cabeza a mi madre, y se la cortaré. Pero no me diga que le traiga la muchacha ahora, porque no lo haría: usted acaba de almorzar.

—Ésas son pamplinas, Panchito.

—No, mi presidente. Para usted no lo son. Yo, Pedro, Juan, cualquiera puede *montar a caballo* después del almuerzo: no importa. Usted, no.

Otro de los áulicos aclaró la idea:

—Es verdad: la salud de usted, general, pertenece a la patria.

Y otro, más vil, extremó:

—La salud de usted es hasta más importante que la salud de la patria^[1].

Alcantarilla no quiso quedarse corto, y dijo:

—La vida de usted, después de Dios, soy yo quien la guarda.

Al pie de la escalera se escucharon en ese instante voces.

Era Chicharra que quería subir a la pieza del presidente. Un portero, colocado allí por Alcantarilla, con orden expresa de no dejarlo pasar, se lo impedía.

Asomóse Alcántara a una ventana para ver lo que ocurría, y aprovechó la ocasión para disparar contra el émulo una saeta con ponzoña.

—No es nada: Chicharra que disputa con un sirviente.

Y después de un segundo, agregó:

—¡El pobre es tan vanidoso! Una vez, siendo ministro, hubo que deponerlo de carrera, porque decía a todo el mundo que él estaba dirigiendo los destinos de la nación, y a fin de probarlo, divulgaba secretos de Estado.

El presidente sonrió.

Alcantarilla no se percató bien si la sonrisa condenaba o no a Chicharra. Acababa de sembrar un grano de desconfianza y de descrédito; pero no era lo suficiente, y añadió como en sondeo al ánimo del omnipotente:

—Chicharra, después de todo, es un excelente liberal y un magnífico sujeto.

El gobernante, echado en el chinchorro, fumando, maraqueaba la cabeza, sin asentir ni negar. Luego, benévolo, dijo:

—Es buena persona.

«Una confesión» —pensó Alcantarilla. «No hay aprecio, pero despunta acaso. Aunque no lo toma aún en cuenta, como yo temía que lo tomase. Conviene demoler esta figurilla de barro en el espíritu del presidente».

Éste, meciéndose en la yaciga colgante, con suavísimo vaivén, y ya con sueño, insistió:

—Chicharra, un general sin campañas, pero buena persona. La cuadrilla que ha inventado no puede ser mejor.

Alcantarilla espiaba con ojo zahorí, aunque sin parecerlo, al presidente. Bebía más que oía sus palabras; y pesó por adarmes, como en balanza de farmacéutico, los gestos del magistrado, los ademanes, las miradas, hasta la inflexión de la voz. Se confirmó en su juicio. No era tan de temer Chicharra como al principio supuso; mas convendría alejarlo. Un hombre sin escrúpulos cerca de un hambre vicioso es siempre un peligro.

Con la mayor naturalidad del mundo, dijo:

—Tiene usted razón, mi general. Chicharra es magnífica persona. Con su familia, nadie mejor. En su casa le adoran. Y tan servicial como respetuoso con todos los presidentes. Por eso me extraña el que se pusiera a hacer ruido, casi un escándalo, estando usted aquí, sabiendo que usted se recogía para dormir la siesta.

El de la hamaca bostezó. Tenía sueño. Los contertulios se dispusieron a partir. Alcantarilla corrió él mismo las persianas y entrejuntó o acerrojó los postigos. La estancia permaneció en penumbra. El presidente cerró los ojos.

Un momento después de partido, Alcantarilla, devolviéndose desde la escalera, entró de nuevo y expuso:

—El general Chicharra desea subir a verlo. ¿Le digo que pase?

—No; ahora no —repuso el presidente bostezando.

—Insiste, mi general.

—Que no sea majadero.

* * *

Después de la siesta, a cosa de las cinco, el presidente salió a caballo.

Le tenían preparada una colea de toros. Aunque no colease, le distrajeron siempre mucho aquellas carreras de hombres a caballo tras del toro, al que, tirándole del rabo, echan por tierra... si pueden. A veces el toro se revuelve furibundo. ¡Qué remolina de caballos y jinetes! «Es una fiesta muy nuestra —decía el gobernante—; por eso me gusta».

Cuando ya de regreso de la función de toros, entre dos luces, penetró en sus habitaciones, tuvo una sorpresa. En su cuarto había una mujer.

Se acercó, decidido; la interrogó con la mayor dulzura y comprendió: era la sorpresa de Alcantarilla.

Se puso a contemplarla. Grande, fuerte, rozagante, hermosota, azoradiza, aquella pobre campesina endomingada, ignorante de lo que hacia allí o de lo que iba a hacer, le inspiró más piedad que deseo. Le preguntó, afectuoso:

—¿Cómo te llamas?

Ella repuso:

—María Juana González; ¿y usted?

No pudo contener la sonrisa el presidente; y acercándose a la muchacha, le dijo por única respuesta:

—Eres muy linda.

Fue ella quien sonrió a su turno, aunque no las tenía todas consigo. ¿Por qué la introdujeron allí en las habitaciones de aquel señor?

Ya junto a la muchacha, el presidente se permitió pasarla la diestra por las mejillas casi paternalmente. La chica lo rechazó; pero él pudo percatarse de que la piel, si no suave del todo, agradaba al tacto con la frescura de un palmito montañés de dieciocho a veinte años. Y pensó: «¿Cómo tendrá los seños?». Para cerciorarse, aproximóse aún más, y ágil, deslizó la mano por el corpiño; pero la montaras, irguiéndose, le dio un empujón brutal.

Quiso dominarla, colérico, y abalanzóse a ella. La chica, aterrada, empezó a dar voces y a recorrer el cuarto para ver de ganar la entrejunta puerta y librarse del persecutor.

Nadie respondía a sus gritos, nadie llegaba en su apoyo. Aquel hombre, entretanto, seguía estrechándola.

Perseguida como fiera en coso, aculada contra un rincón, la campesina extendió la mano instintivamente buscando con qué defenderse, y apoderándose de un bastón, propiedad del mismo presidente, asentó al sátiro dos o tres garrotazos de padre y muy señor mío.

La sangre empezó a correr de la calvicie presidencial, empapando cráneo, frente, bigote y barba. El ímpetu de la persecución cesó como por encanto. La campesina aprovechóse de la tregua y echó a correr hacia la puerta.

Por fin llegaron los áulicos. El presidente, corrido y maltrecho, se puso a lavar la herida.

Cuando se presentó Alcantarilla, el sátiro lo increpó:

—Eso no es mujer, sino un toro furioso.

Chicharra se puso él mismo a lavar la rotura, pidiendo, desesperado:

—Traigan bálsamo, percloruro de hierro, hilas, un médico, diez médicos...

Unos corrían escalera abajo, otros registraban las gavetas, como si el tocador fuere una botica. En la confusión se oía la angustiada voz de Chicharra:

—Un médico, volando; un médico.

El presidente, sin decir una jota, se fue a echar en su hamaca. Aquel silencio estaba preñado de centellas.

Alcantarilla sintióse triste, humillado, vencido. Creía un ángel a aquella bestia de mujer. Lo habían engañado; pero ya verían. Estaba resuelto a un escarmiento.

Chicharra terció:

—No haga usted tal. Eso redundaría en descrédito de nuestro presidente, y estoy seguro: la intención de usted es otra. Pero es necesario tener cuidado, mucho cuidado, mucho más cuidado del qué aquí se tiene con el jefe del país. No es posible encerrarlo en un cuarto sólo con la primera mujerona que se topa.

—No supe cumplir con mi deber —confesó Alcantarilla—. Mi deber era permanecer en la puerta aguardando el resultado.

—Eso hubiera hecho yo —aseguró Chicharra.

Hablaban recio. Así los escucharía el herido desde la pieza aledaña.

* * *

Al día siguiente el periódico oficioso de Andrés Rata publicó un largo telegrama de Aquiles Chicharra. Allí se decía que el presidente fue agredido por una loca en el momento de ir a hacerle una caridad. Escapó con vida por milagro.

Chicharra envió otro despacho, que también insertó con adecuados comentarios, Andrés Rata. Este segundo telegrama iba dirigido al arzobispo de Caracas excitándole a cantar un *Tedéum* en acción de gracias por haberse dignado el Todopoderoso conservar la existencia de tan ilustre y benemérito gobernante.

Al pie del segundo telegrama insertaba Andrés Rata la respuesta del arzobispo.

El domingo próximo, para mayor solemnidad, se efectuará el *Tedéum*. Quisiera Dios preservar siempre, con tan patente celo como en la presente ocasión, la vida del glorioso magistrado, del presidente modelo, de aquel héroe de tan insignes virtudes públicas y privadas. Dios protege a los buenos.

No se necesitó más. De todos los puntos de la República empezaron a llegar, instantáneamente, suscritos por Chicharras y Alcántaras de las provincias, felicitaciones al presidente por haber salvado la vida, «con la visible protección de la Divina Providencia». Estos despachos los fue publicando, durante semanas enteras, el periódico de Andrés Rata.

En todas las iglesias de la República se cantó el *Tedéum*.

Días después, ya en Caracas, Aquiles Chicharra fue a visitar al primer magistrado; le habló de aquel gran movimiento de opinión hábilmente suscitado, y terminó protestándole su adhesión con estas palabras:

—Obras son amores, mi presidente.

El magistrado le repuso:

—No crea usted que lo olvido. Antes de quince días será usted ministro. No le diga ni una jota a nadie.

V

LA DESGRACIA DE CIRILO

Después de su tácita ruptura con Rosaura, después de aquel ancho paréntesis de visitas, don Camilo volvió —¿cómo no iba a volver?— en casa de las Agualonga.

Estaba seguro de sí propio. Que lo recibiesen las tres, que lo recibiesen mil, que lo acribillaran a dardos, que lo estrechasen entre la espada y la pared... Todo sería inútil, todo redundaría en pérdida de tiempo y esfuerzo. Don Camilo estaba seguro de sí. No haría sino lo que debería hacer. Él era más fuerte que el amor.

Aprovechó como pretexto para empatar relaciones y proseguir su visiteo de antaño una mala nueva: Eufemia, días atrás, había caído en cama.

El estómago, la hipocondría, la vejez; una mezcolanza de años, miseria fisiológica, pesadumbres morales y dispepsia inveterada la postraron y la estaban victimando. ¡Pobre Eufemia! Las hermanas juraban que todo era tristeza por el abandono del caserón. Desde la mudanza empezó a dejar de alimentarse, al punto de transcurrir días enteros sin más comer que un huevo tibio; a no de sufrir, al punto de llorar noches enteras; a no querer conversar con nadie, al punto de ya no salir de su cuarto ni podersele arrancar, durante horas y horas, cuatro míseras palabras. ¡Pobre Eufemia!

Al día siguiente volvió Iruña en casa de las Agualonga. Preguntó por la señora y se fue. Al otro día concurrió también.

Andrés Rata, al divisarlo, se le acercó solícito, y don Camilo se dio por muy satisfecho de tropezarse con quien charlar un poco, en medio de tantas personas a las cuales no conocía o conocía apenas.

—¿Y está peor? —preguntó al joven.

—Ya lo creo, don Camilo. Esa vieja ha hecho su maleta para el gran viaje y no hay quien la detenga.

—¡Es lástima!

—¿Lástima de qué? Ha vivido ya lo bastante. Llevar una vida como la suya es ridículo: llorar, rezar, casi no comer, casi no hablar. ¿Qué vale una

existencia en tales condiciones?

En aquel momento salió de una pieza Rosaura, los ojos enrojecidos, con huellas de lágrimas.

Andrés Rata se le acercó:

—Venga un instante a saludar a don Camilo.

—Ahora no puedo —repuso—. Voy por un remedio.

Entonces Rata, casi deteniéndola, hizo una seña con la cabeza a Irurtia. Aproximóse éste, compungido. ¡Cuánta pena le daba saber que la mejoría de la enferma no se acentuaba de firme! ¡Y cuánta pena ver sufrir a Rosaura! La sinceridad se traslucía en el acento del viejo.

—Muchas gradas, don Camilo. Ya sé que usted ha venido varias veces. Ahora permítame un instante: voy por un remedio.

Partió sin más... Un minuto después volvía con un pomo en la mano.

Irurtia y Rata la detuvieron de nuevo.

Por la cabeza de don Camilo acababa de cruzar una idea y la expuso a Rosaura, no sin vacilaciones, temeroso de una brusca repulsa: ¿por qué no hacían recetar a la enferma con Cirilo Matamoros?

Tuvo que explicar quién era Matamoros. Irurtia aseguró tener una ciega confianza, una confianza absoluta en la ciencia del mestizo. Aquel hombre realizaba curas maravillosas. El mismo lo vio contener una hemorragia por medio de un riego de bálsamo *aporó* y un apósito de hierbas en menos de un cuarto de hora. En todo caso, como las medicinas propinadas hasta el presente no probaron a Eufemia, como los médicos no acertaban a levantarla, ¿qué se perdía en consultar a Matamoros?

A Rosaura le pareció la proposición un absurdo. No queriendo herir a don Camilo, buscó un subterfugio para barajar el tropiezo, y dijo:

—Su idea es excelente; pero temo que no pueda realizarse. Usted conoce a los médicos; no ignora ni sus celos mutuos, ni lo vidriosos que son. No podemos ofender al nuestro, que nos asiste desde hace muchos años.

Irurtia no insistió; pero Andrés Rata, para adular a don Camilo, opinó que la idea no sólo era excelente, sino realizable.

—Yo me encargo —dijo— de ponerla por obra si la familia consiente. Al médico se le da una disculpa, y basta. No debemos ahogarnos en un vaso de agua.

Rosaura, para sortear el escollo, apresuróse a partir, asegurando que su opinión nada valía.

—Consulten más bien —añadió— con Alcira y Olga.

A Olga le fue bien fácil complacer a don Camilo, convenciendo a la familia y haciendo traer a Matamoros.

* * *

A la mañana siguiente se presentó Cirilo, examinó a la enferma, regresó a Chacao y preparó un brebaje. En la tarde propinaron el potingue a Eufemia. Era misma noche Eufemia moría.

El médico de cabecera, a cuyas espaldas se tramó y operó la intervención matamorosil, no bien lo supo, espumajeó de furia y bramó de ira, a pesar de sus años patriarcales, que no parecían permitir semejante desfogue a la vanidad ni tal ímpetu a la cólera. ¡Él pospuesto a un vil curandero! ¡No era posible tolerar tamaña ofensa! Por lo demás, el bárbaro había matado a la señora ya en vías de sanar.

El enardecido galeno pasó una comunicación, convincente y perentoria, a la Academia de Medicina respecto al curandero de Chacao. ¡Qué pliego de cargos! Sobre ejercer la Medicina ilegalmente de mucho tiempo atrás, con escándalo de la ciencia y para mengua del protomedicato, podía culparse a Matamoros, en la presente ocasión, de homicidio por ignorancia en la persona de Eufemia Agualonga.

La Academia de Medicina, alborotada y acuciosa, celebró una sesión solemne, y aquella solemne sesión produjo como resultado la queja oficial de la Academia contra Matamoros, el arresto de éste por las autoridades civiles y el proceso incoado.

El escándalo fue mayúsculo. Apareció en los periódicos el retrato de Cirilo, se estamparon su vida y milagros, y al referir las últimas aventuras curanderiles de Matamoros, salieron a colación los nombres de Tomasa, Irurtia y las Agualonga.

A Rosaura y Alcira no les permitieron leer los diarios, ni estaban para ello, agobiadas de dolor por la pérdida de Eufemia; pero Rosaura, que supo la prisión y el proceso de Matamoros, a quien consideraba inocente respecto a la muerte de la hermana, suplicó a Irurtia:

—Vea, don Camilo, si usted y Aquiles pueden salvar de una larga prisión a ese pobre señor Matamoros.

Irurtia se propuso complacerla y salvar de paso a Cirilo. Le molestaba también que se hiciera ruido en los periódicos en torno de su propia vida y

de sus negocios. ¡Cuántas razones para trabajar por la salvación de Matamoros y para que se echase tierra al asunto!

Matamoros vio el cielo abierto cuando oyó las promesas de don Camilo.

—Yo que no conozco a casi nadie en Caracas —dijo quejumbroso—, ¡cómo le agradezco cuanto usted promete hacer en mi favor!

Y añadió, pintando la gravedad de su caso:

—Lo malo es que me han abierto un sumario por ejercicio ilegal, según afirman, de la Medicina. Ya rendí declaración.

Irurtia lo sabía todo por los periódicos.

—¡No importa! —aseguró—. Usted no es culpable. He hablado y volveré a hablar con el general Chicharra, que está a partir un piñón con el presidente.

Despidióse don Camilo, animando todavía al reo:

—Entereza, amigo Matamoros. Su causa es buena. Y cuente con que yo haré por usted cuanto esté a mi alcance.

A Matamoros se le estaba cayendo el mundo encima. Su predio, en abandono; su pulpería, cerrada; su hogar, deshecho en lágrimas; ¡él, tan hombre de campo y amigo de la libertad, en una jaula de piedra! Y todo ¿por qué? ¡Por haber practicado el bien durante su vida, aliviando el dolor de tanto miserable; por haber estudiado virtudes de plantas en beneficio de infelices; por haber enjugado tantas lágrimas, devuelto la salud a tantos seres, el vigor a tantos cuerpos, la alegría y la bendición de Dios a tantos ranchos! ¿Qué hizo, por último? Obedeció a quien lo llamó de Caracas; puso al servicio de personas a quienes no conocía y en auxilio de una señora moribunda, que ni Dios mismo pudiera salvar, su buena voluntad y sus potingues de alivio. ¡Y cómo le pagaba la sociedad! ¿Merecía él que le instaurasen un proceso como a un bandido y lo enjasulasen como a un tigre? No podía creerlo. La sociedad era injusta con él, injusta y cruelísima.

* * *

Contábase, entre las cosas que más le desazonaron en la Rotunda, las pullas de un medicastro allí preso por haber hecho abortar a cierta mujeruca. El aborto costó a la una la vida y al otro la libertad.

¡Este hombre, que vendía lo que aprendió en las Universidades para realizar acciones de crimen, como la provocación de un aborto, mofarse de

él, que nunca obró sino el bien y no vendió jamás sus servicios!

El medicastro, en efecto, se informaba con sorna de las virtudes de cada planta. En su estrecho magín de doctor venezolano no conocía sino lo que aprendió en libros europeos, lo que hombres de otras tierras descubrieron y él repetía como loro, mientras que Cirilo Matamoros, cien veces más inteligente, estudió en la naturaleza de su país y descubrió por sí mismo secretos de lo que tuvo en su alrededor de la flora patria.

—Bueno —le decía el medicastro, dándose ínfulas—; admito que usted hasta acierte con la enfermedad del paciente y sepa el medicamento criollo adecuado al mal que se propone combatir. Pero ¿cómo aplica usted en las cantidades debidas ese medicamento, si usted ignora hasta las medidas científicas?

—Se equivoca usted.

—No, señor mío, no me equivoco; pues usted me habla, por ejemplo, de un *vaso* de agua, un *manejo* de borraja, un *polvo* de canela, una *cucharada* de sirope. Ni *cucharada*, ni *polvo*, ni *manejo*, ni *vaso* son medidas científicas.

Los reclusos admiraban al doctor, con menosprecio de Matamoros.

—No serán científicas —respondía éste—; pero son las que entiende nuestro pueblo, que es al que yo receto. No me entenderían los campesinos si les hablase de dracmas, adarmes, gramos, granos, ni tal vez de onzas.

El doctorcito lo atajaba:

—Es verdad: ellos no entenderían... ni usted tampoco.

La sonrisa de los circunstantes le servía de estímulo y aplauso.

Con aquellas burlas sobrecogía a Cirilo una intensa y evidente emoción: su pelo parado erizábase aún más, las foscas cejas se la subían a la frente, las mejillas regordetas y oscuras palidecían, el achaparrado y sanchesco cuerpo parecía estirarse. Intensísima emoción, en efecto. Para Cirilo no existía nada como su reputación curanderil.

Trataba a su turno de mostrar sus conocimientos y evitar, con el menosprecio, las chirigotas, que nunca dejaron de condimentar las parlerías del borlado.

—No es que yo ignore, doctor, «las medidas científicas», sino que usted desconoce las populares. Son tan sencillas... Mire usted: *una cucharadilla de tomar café*, por ejemplo, tiene cuatro gramos de agua corriente; *la cucharada grande o de sopa*, tiene veinte gramos de agua o dieciséis gramos de un aceite cualquiera. Un *vaso* contiene ocho cucharadas de las de sopa. Ocho cucharadas, es decir, ciento sesenta

gramos. Es lo más claro. Un *vaso*: ciento sesenta gramos de agua; más o menos, cinco onzas.

—Pero eso no constituye sino la equivalencia de tres medidas; todas de líquidos. Supongo que no tomará usted el malojo con cucharas.

La gente se reía.

A Cirilo le entraban ganas de responder: «el malojo es sólo para los asnos... y para los medicastros como usted»; pero reportándose, añadía:

—Con las otras medidas, señor doctor, ocurre lo mismo: tienen su equivalencia. Un *polvo*, es decir, la cantidad de polvos que puede tomarse entre el índice y el pulgar pesa de ordinario unos siete gramos. El *manejo*, es decir, lo que se puede apuñar en la mano, corresponde a una onza y dos dracmas y medio de hojas o de flores secas; a onza y media de cualquier raíz seca, y si se trata de una corteza seca, a dos onzas.

—Por lo que veo, usted no pesa las cosas sino cuando están secas; ¿y si estuvieran verdes?

—Si estuvieran verdes pesarían el doble, ya se trate de cortezas, de raíces, de hierbas o de flores.

—¿Conque pesarían el doble, Matamoros? ¿Y quién asegura que eso es verdad?

—Nadie... La experiencia.

El doctorcito decía entonces que Matamoros encontraba respuesta para todo, que argumentaba más que un picapleitos.

—Si hubiese usted optado por la profesión de rábula y no por la de brujo o curandero, habría ganado usted más y no estaría llorando aquí la muerte de esa señora Agualonga.

Un día, desviando la conversación hacia terreno que pisaba mejor, adonde podía exponer con sobra de pedancia y falta de discernimiento cuanto aprendió en textos universitarios, el mediquín del aborto, recordando el reumatismo de Tomasa de que ya hablara Cirilo, exclamó:

—Bueno, Cirilo; usted que trata y medica a la vieja del agiotista, confíeseme con franqueza: ¿Sabe usted lo que es un reumático?

—Ya lo creo que lo sé.

—¿Y conoce usted el lazo de unión etiológico o patogénico del reumático con el artrítico, con el tabético, con el hemipléjico, con el siringomélico?

—Ni lo sé, ni lo necesito.

Los presos, que formaban invariablemente corro en torno de los curanderos, en cuanto los veían conversando, es decir, prestos a justar, se ponían invariablemente de parte del mediquillo charlatán.

La confesión honrada de Cirilo respecto a su ignorancia de aquellas complicaciones del reumatismo hizo que los circunstantes se desternillasen de risa. Aquel Cirilo, desde su entrada en la Rotunda, días atrás, alegró la prisión, no por sí, sino por servir de blanco a las saetas del mediquín. Era el espectáculo, el pasatiempo de la cárcel.

El sabihondo universitario, dejando ese día el tonillo de mofa y penetrándose de su importancia científica, se puso las manos en la cabeza ante las leales confesiones de ignorancia que hacía Cirilo.

—¡Conque usted quiere curar a la vieja de Irurtia e ignora las afinidades del siringomélico, el tabético y el artrítico con el reumático! ¿Sabe usted de dónde proviene el artritisismo; conoce, por lo menos, cuántas clases de reumatismos crónicos existen?

Ante la sincera negativa de Matamoros, el doctorcito del aborto, concienzudo y metódico, expuso:

—Pues bien; los neurólogos demuestran que ciertas artritis crónicas dependen de lesiones nerviosas centrales o periféricas, y que otras dependen de la histeria. En cuanto a los reumatismos crónicos, existen tres grupos: 1.º, *el reumatismo crónico deformante*; 2.º, las artropatías poliformas desde el punto de vista clínico, de la misma naturaleza que el *reumatismo franco*; 3.º, los *reumatismos gotosos*, observados en los artríticos y que denotan amortiguamiento en la nutrición. ¿Sabe usted a cuál de estos grupos pertenece su enferma?

—Yo lo que sé es que con mis remedios mejora.

—¿Que mejora? Sí; puede ser que pronto no los necesite, siguiendo el camino de la señora Agualonga.

Los circunstantes se echaron a reír. Matamoros se amoscó y se separó del grupo, refunfuñando.

Desde entonces, no queriendo servir de hazmerreír, optó por no responder al charlatanesco mediquillo.

Apenas lo veía hacia un ángulo de la prisión, enderezábase al opuesto.

La verborrea irrestañable y aun la mera presencia de aquel majadero constituían para Cirilo uno de los sinsabores de la cárcel. Terminó por envolverse en su clásico silencio menospreciativo como en una toga. Nadie le sacó una palabra más. A todos los presos los comprendía sus enemigos; todos, unos más, unos menos, se burlaban o querían burlarse de él.

Aquel pobre, bondadoso y pelitieso Matamoros, siempre con su aspecto de alimaña feroz, parecía ahora un tigre acorralado.

Entretanto, los días iban corriendo y las promesas de Irurtia no cuajaban en realidades.

VI

EL DON CAMILO DE ORO

Serán las tres o las tres y media de la tarde. El sol oblicúa ya sus corceles hacia Occidente y filtrase de soslayo por un postigo enrejillado con porosa tela metálica en la cerrada y oscura alcoba de Iruetia, llorándola de penumbra y de calor. Baja la claridad en un grueso chorro de sol, y por el chorro de luz elévase desde el raído petate amarillento un enjambre de átomos, de corpúsculos, de partículas móviles y ágiles.

Se perciben, hacia el interior, los andares claudicantes de Tomasa, ya en pie después de la siesta, trasteando aquí y allá, calentando en el fogón sus paños de fomento, o bien disponiéndose para lavar, en las horas aun tibias de la tarde. Durante las horas cálidas puede, a lo menos, evitar agudezas de su reuma, mientras moja, estruja y blanquea toallas, trapos de cocina, enaguas propias y camisas de Iruetia.

En el centro de la alcoba, Iruetia concluye de vestirse para salir a sus quehaceres de la calle.

Desde que se enamoriscó se fue convirtiendo, sin darse cuenta, no ya en un petimetre, pero sí en más cuidadoso de su persona y coquetón; y solía perder ahora en su *toilette* más minutos que antaño.

Hasta compró un espejito de sesenta céntimos a uno de tantos turcos buhoneros que por Caracas portan su tienda a lomo y van, de puerta en puerta, vendiendo bujerías. Antes, jamás compró un espejo. Usó siempre, para afeitarse, la desazogada luna de un espejito de a peseta que le regaló Tomasa, y él colocó encima del lavabo cojitranco y añejo que le servía al mismo tiempo de tocador. Pero casi no reflejaba la imagen aquella luna: tan permanente y antiguo era el eclipse. Podía decirse que Iruetia se afeitaba de memoria.

Otro espejo tuvo, redondito, diminuto, de bolsillo, que le cayó entre las manos, sin saber cómo, un día de carnaval. Servían tales adminículos como añagaza y de propaganda a una fábrica de cigarrillos, que los repartió a los transeúntes aquel día de carnestolendas. Iruetia atrapó uno en el aire, sin proponérselo; y en verdad, le sirvió más, aun siendo tan minúsculo,

que su opaca luna, semiciega. Por lo menos, se veía claro en él. Pero todo en el mundo es frágil y perecedero, hasta los espejitos de regalo en carnestolendas, y un día se convirtió en añicos.

Guardaba Irurtia en el armario su espejito nuevo, el del turco, después de haberse remirado, después de atusar concienzudamente los cuatro pelos griseos del bigote, cuando escuchó que un coche se detenía a su puerta, o por allí, no distante. «¿Será aquí?», pensó, con ganas de que no fuera. Le respondieron que sí dos recios aldabazos.

Enderezóse a los postigos de la ventana a cerciorarse de quién aldabeaba, antes de permitir que franquease sus umbrales la visita, caso de que fuese persona de fiar. ¿Quién podría ser?

* * *

En nada menos que el ilustre, el nunca bien ponderado general Aquiles Chicharra.

—Me trae un asunto —dijo el arribante— de la mayor perentoriedad; un asunto de enorme trascendencia, para mí, para usted, para el presidente de la República, para el partido liberal, para la nación entera.

Don Camilo se alarmó, inacostumbrado a tan solemnes introitos. Chicharra continuó su preámbulo de pompas de jabón.

Algo confuso, Irurtia confesó:

—Francamente, general, no comprendo ni una jota.

—Ya va a comprender, amigo Irurtia. No puedo espetarle un negocio de tanta magnitud así, de sopetón.

Chicharra seguía por las ramas:

—Usted sabe, don Camilo, que yo soy amigo de usted: un verdadero, un buen, un grande amigo de usted.

—No lo dudo un momento, señor general; ni un momento...

Sobre Irurtia cayó de súbito, helándole, un balde de agua frígida. Su desconfianza, despertando, se puso en guardia. Creyó que Chicharra iba a pedirle dinero en préstamo. ¿A qué, si no, tales protestas de amistad y el ponerse a prepararlo antes de proponerle un negocio? Porque Chicharra dijo claro «negocio». Le sonaba aún a Irurtia la palabreja en los oídos. Ya en guardia y dispuesto a defender su dinero, Irurtia, combativo como siempre, precisó:

—Bueno, general, vamos al grano. ¿Qué es lo que desea usted de mí? ¿En qué puedo servirle?

—A mí no es a quien usted puede servir; es al presidente de la República, al partido liberal, a la Patria.

«Será algún préstamo al presidente» —pensó el usurero escamándose más y más—. «De ésta no escapo».

—Yo —repuso— no exijo nada a la Patria, ni el partido liberal, ni al presidente de la República. Ellos tampoco tienen nada que exigirme... Digo, me parece.

—¡Blasfemo! —gritó Chicharra—. Pues sepa usted que el presidente, representante de la patria, y yo, representante del partido liberal, nos hemos acordado de usted.

Irurtia creyó entonces que le iban a condecorar con el busto del Libertador.

Pero no estaba seguro. El botón de la camisa, lleno de curiosidad, sacaba la enorme cabeza de cobre por el cuello de celuloide. Irurtia, todo ojos, enclavijaba las manos, torcía las piernas, se iba encogiendo, encogiendo, hasta parecer próximo a una metamorfosis, como si se decidiese a perder la forma humana y convertirse en un roedor fantástico.

Creeríase que el roedor, echándose con avidez encima del lardáceo Chicharra, roía la rubicunda nariz de Aquiles; que penetrando ombligo adentro, hurgábale al ventrudo los varios kilómetros de bandullo, hasta salirse luego por el sitio donde los demás hombres tienen los sesos y en donde sólo encontrábase el roedor con una viscosidad entre blanquecina y verduzca, bastante parecida a la materia que secretan las narices pituitarias y bocas de tuberculosos.

Una condecoración, un empréstito, ¿qué venía a anunciarle aquel majadero de prólogos insulsos, enrevesados y vacuos? ¡Que se habían acordado de él! No pudo menos de preguntar con extrañeza y curiosidad:

—¿Para qué se han acordado ustedes de mí?

Chicharra, por último, se avino a cantar de plano, y en dos platos expuso el objeto de su misión. Ya era tiempo.

* * *

Se trataba de hacer a don Camilo Irurtia ministro de Hacienda.

Había crisis ministerial. Chicharra, futuro ministro de Relaciones Interiores, supo, por confidencia del presidente, la dificultad del momento para escoger un ministro de Finanzas. El presidente, perplejo en la elección, quejábase de que no existiesen hacendistas en Venezuela, y de que habiendo en el país un ministerio del ramo, faltase siempre el ministro, aunque siempre se pavonease un funcionario con tal título.

Chicharra asomó entonces la candidatura de don Camilo Iruetia. El presidente no lo conocía ni de nombre. Entonces Chicharra, aparentando que servía al presidente, o con intención sincera de servirlo, para que éste no imaginase que el futuro ministro de Relaciones Interiores no era persona que no tuviese a la mano solución a cuantos problemas pudieran presentarse —y también, allá en sus mentes, a fin de que se supiese que él recomendaba a un ministro de Hacienda y obtenía la elección de su protegido—, se hizo lenguas del agiotista, exagerando cuanto pudo, adornándolo de bellas cualidades y múltiples talentos. Refirió, a su modo, la historia del usurero, en términos pomposos y encomiásticos. Era un financista de veras. Uno de los pocos con que contamos en el país. El presidente, socarrón, preguntó:

—¿Y dónde se esconde esa perla? ¿Por qué no se ha dado a conocer? ¿Por qué anteriores gobiernos no han utilizado los conocimientos de ese hombre?

Quiso conocerlo, conversarlo.

No menos vanidoso que Chicharra, aunque sin pelo de tonto, el presidente creía que con sólo ver a Iruetia descubriría si era financista de veras o de engañifa; y, por lo menos, si podría convertir en buen ministro del Tesoro a aquel atesorador.

—Como conserve —dijo— los dineros del Estado tan bien como los propios, nunca estaremos sin blanca. Y ese poco ya es algo.

Cuando Iruetia escuchó, de labios de Chicharra, que se estaba pensando en hacerlo ministro, y que el presidente deseaba conversar con él, turbóse profundamente y quedó mudo, pensativo.

—Responda —lo apremió Chicharra.

—Responder, ¿qué? —dijo alelado—. Meditaré, si acepto; ya veremos...; es asunto grave...

Chicharra se aborascó.

Una imposibilidad orgánica, anímica, de algo que provenía de las más íntimas raíces del propio ser, le impedía comprender que un hombre meditara si pudiera convenirle o no ir a entrevistarse con el presidente de la República y aceptar o no una cartera ministerial.

* * *

Irurtia, que no vivió jamás de ilusiones, sino de realidades de carne y hueso, y sobre quien la vanidad jamás tuvo imperio, sintió, al oír las palabras tentadoras de Aquiles Chicharra, una mezcla de estupor y desconfianza. De estupor, como que jamás supo que se ofreciera el ministerio del Tesoro a domicilio, a quien nunca lo solicitara, por carecer de títulos para obtenerlo y capacidad para ejercerlo; de desconfianza, como que todo cuanto a la política se refería, comenzando por la Prensa, inspirábale recelo en grado sumo.

El amasó dinero, hizo capital sin necesidad de intervenir en la cosa pública; ya lo tenía, ya era suya la riqueza. Ahora, su fortuna se iba aumentando por sí misma, y necesitaba sólo de vigilancia inteligente para prosperar. En la política, muchos, casi todos, se enriquecen, es cierto; pero ¡cuántos se arruinan! Aquélla no era su profesión. Otros más conocedores y ladinos podían engañarlo. Y luego, al menos listo o más escrupuloso, o de mejor patriotismo, ¿qué suele ocurrir en la política de Venezuela, qué le espera, según hábitos ya inveterados? El insulto de los periódicos, la malquerencia de los que gobiernan, tal vez la cárcel, tal vez el destierro, tal vez la ruina...

Por otra parte, acostarse de simple mortal y despertar ministro del Tesoro, no es bicoca. A la sola idea de «tesoro», que el hábil Chicharra hacía espejear, los ojos de Irurtia relucían.

Pero no; no podía resolver así como así. Daría la respuesta mañana.

—¡La respuesta mañana! —gritó fuera de sí Chicharra, con el apéndice nasal como un rubí—. Usted se ha vuelto loco, hombre de Dios. Al presidente no se le puede decir: mañana; al partido liberal no se le puede decir: mañana; a mí, futuro, próximo ministro del Interior, que vengo a ofrecerle honores, poder, riqueza, no se me puede decir: mañana. Usted no conoce la política. Para la política, amigo Irurtia, no hay mañana, ni ayer, ni yo pensaré, ni meditaciones, ni nada, sino buscar la ocasión y agarrarla por los cabellos cuando se presenta.

Irurtia permanecía perplejo.

—Ahí está mi coche a la puerta —siguió Chicharra—. Vámonos a ver al presidente. Por el camino meditará cuanto quiera. Y piense que usted no va a comprometerse para esto ni aquello; que a usted no lo han nombrado

esto ni lo otro; que usted ni siquiera debe darse por enterado con el presidente de cuanto acabamos de hablar... Usted va sólo a que el presidente lo vea, lo oiga, lo conozca, lo juzgue, para luego decidir, en su gran previsión, si le conviene o no convertirlo a usted en personaje de la Administración, lanzándolo de un golpe —él que tanto puede— a las más encumbradas esferas de la política.

Don Camilo oía en silencio y comiéndose las uñas.

Chicharra continuó:

—¡Cuántos suspirarían por estar en su caso! ¡Cuántos se darían con una piedra en los dientes porque Aquiles Chicharra descendiese de un coche, a su puerta, para llevárselos de remolque a ser ministros de Hacienda!

—Bueno, general Chicharra —preguntó Irurtia de pronto—, y ¿qué se exigirá de mí?

—¡Yo qué diablos sé! ¿Soy yo por ventura el presidente de la República?...

Luego de una solemne pausa para que don Camilo se percatase de que Chicharra no era el presidente de la República, Aquiles continuó:

—No exigirán nada, de seguro. Nada, ni siquiera una protesta de adhesión al partido liberal.

Y sonriendo añadió:

—Lo que yo encuentro algo inconsulto, porque en el fondo usted es godo.

Irurtia no se sonrió como Chicharra, sino se puso muy serio, temiendo ya perder aquel ministerio que no había aún aceptado.

—¿Yo conservador? —repuso con gravedad—. ¡Como no sea conservador de mi dinero! Siempre tuve las mayores simpatías por los liberales. De haber entrado, o de entrar en la política, sería en las filas del liberalismo.

Chicharra, poniéndose de pie, lo abrazó y le dijo terminantemente:

—Pues bien; si usted es un liberal de veras, pórtese como tal. Tome su sombrero, y en marcha.

Obediente y sin pronunciar una jota, cogió Irurtia su bastón y su sombrero y salió tras del triunfante y obeso Aquiles.

No iba a ser ministro a palos, en caso de que lo nombrasen. Chicharra lo tenía casi convencido, casi conquistado. Aunque dejándose arrastrar, iba Irurtia cabizbajo, temeroso; iba como una doncella a quien conducen al lecho del varón la primera noche, como una mujer encinta que va a alumbrar el primogénito, como el ratero que se inicia en las raterías, como

todo aquel que se encamina a perder una virginidad, como todo el que se aventura por vez primera a realizar acción trascendente y de porvenir.

El carruaje corría hacia el Palacio de Miraflores. Los plaustros resonaban sobre los adoquines de piedra azul. El sol de la tarde refulgía en los botones dorados del cochero.

Chicharra pensó que no era todavía hora para acudir en casa del presidente, porque aún estaría el presidente en gabinete. No queriendo abandonar a don Camilo, por temor de algún extemporáneo arrepentimiento, ni confesar a Irurtia que no tenía nada que hacer en aquellos instantes —para no restarse importancia a los ojos del agiotista—, Chicharra tuvo uno de sus arranques muy personales, e hizo guiar hacia Santa Teresa. Había pensado en Olga.

Dejó a Irurtia en el coche, sumido en cavilaciones, y voló a participar a Olga, ya que la ocasión se presentaba, que el futuro ministro de Hacienda, indicado, casi electo, impuesto por él pudiera decirse, sería Camilo Irurtia.

* * *

En el zaguán de Olga cruzóse Chicharra con un hombre que salía, la cara limpia de barba y en la cabeza un sombrero calañés. Chocóle aquel encuentro, y al saludar a la sobrina, antes de sentarse siquiera, le preguntó:

—Y ese tipo afeitado que encontré en el zaguán, ¿quién es?

Olga se turbó un poco —¡oh, nada, casi nada, cosa de un relámpago! —, sin que Chicharra, con el espíritu lleno en aquel momento de planes y humos políticos, lo advirtiese.

—Es... —repuso la esposa de Andrés Rata— un torero. Viene... viene a ofrecernos billetes para su beneficio.

—Pero ustedes están de luto.

—¡Qué va a saber esa gente que no nos conoce, tío!

—¿Y por qué no se dirige a Andrés, en la redacción?

—Lo ignoro. Ya le dije que Andrés no estaba en casa.

Y para desviar la conversación invitó a Chicharra, todavía de pie en al corredor, a pasar al salón. Con al ademán y con la voz lo apremió:

—Por Dios, tío, entre usted; siéntese.

Entraran y se sentaron. Chicharra juró que hacía mal.

—¿Mal de qué, tío?

—Es que no tengo tiempo de nada, hija; de nada, ni de comer, ni de respirar. Maldita política.

Lo que había ido a decir, no se lo dijo de sopetón a Olga, sino que la fue preparando con enrevesados circunloquios: era su costumbre. Dios se apiadaba de Venezuela. Por fin los liberales puritanos iban a gobernar: él sería ministro de lo Interior, director de la política; podía hasta afirmarse, en sentido figurado, amo del país.

—¿Usted, tío? ¿Usted?

—Pero, mujer, parece que te extrañas. ¿No soy yo digno? Pues bien, sábelo: no sólo soy ministro, sino que llevo a Irurtia al Gabinete como ministro de Hacienda.

Olga se quedó estupefacta. ¡Qué imbéciles eran los hombres: un país en manos de aquel microcéfalo, de aquel cucurbitáceo a quienes ella conocía tanto y tanto despreciaba!

La estupefacción instantánea la tomó Chicharra por un signo de admiración sincera e irreprimible que podía traducirse con estas palabras: «pero este hombre es un demonio».

Antes que la Emmerich pudiese pronunciar una jota, aseguró Chicharra que venía en casa de ella, no para ganar tiempo, no porque el presidente estuviese a aquella hora en gabinete, sino para apresurarse a noticiar a Olga la buena nueva: él, ministro; Irurtia, ministro. Era capaz de hasta a ella hacerla ministro. El conocía la aguja de marear.

Olga quiso corregir su extemporánea exclamación de momentos atrás, aquel ingenuo «usted, tío» que tan mal cayó a Chicharra, y provocó, discreta, una explosión de vanidad aquilea.

El ministerio de Aquiles no le extrañaba: ¡qué iba a extrañarle! ¿No fue Chicharra en Venezuela cuanto quiso, menos arzobispo y presidente? El había nacido como las águilas: para las cumbres. Pero haber llevado a Irurtia al ministerio, eso sí, con franqueza, eso sí lo parecía increíble.

—Es un colmo, tío, un verdadero *tour-de-force*.

—¡No te imaginas! Nunca podrás imaginarte la lucha que he sostenido para imponerlo; un trabajo de Hércules. Ya te contaré.

Chicharra se pasó el pañuelo por la frente, como si en aquel instante mismo, tras titánicos esfuerzos, acabara de levantar doscientos kilos.

Olga tuvo un pensamiento de natural egoísmo. Con semejantes valedores en el Gobierno, ¿cómo no obtener un buen cargo para Andrés? La Prensa no daba dinero. No atreviéndose a insinuar su ambición, recordó a Aquiles, sin embargo, indirecta y hábilmente, que a ella, por

haberse prestado para la cuadrilla que debía enloquecer al sátiro, debía en parte aquel ministerio.

—¿No se perdió nuestra colaboración, tío?

—No, hija; no sembraste en mal terreno.

Y como Chicharra no se dio por entendido, Olga, fingiéndose la ingenua, añadió:

—¡Lo contento que se va a poner Andrés!

Chicharra entonces empezó a hacer promesas; pero sacando el reloj en medio de sus ofertas, advirtió que era tiempo de partir.

—Me voy, sobrina —dijo tomando el sombrero con resolución.

Olga no lo detuvo.

Se despidió, la vanidad satisfecha. En la puerta del zaguán, hasta donde lo fue acompañando, Olga le dijo, estrechándole afectuosamente la diestra:

—Adiós, pues, señor ministro. Le felicito, principalmente por haber llevado al gobierno, como criatura de usted, *al hombre de oro*.

—Sí —dijo él, haciendo una frase—, dalo por hecho: el hombro de oro será el hombre del oro.

VII

IRURTIA EN HACIENDA

Tomasa parece un autómatas. No comprende jota de cuanto ocurre. Va, viene, hace, deshace, pero vive como en el limbo y en balde se devana los sesos en cavilaciones sin término.

Su vida y la vida de Camilo cambiaron de la noche a la mañana. Cesó la lógica en el mundo, cuando aquella existencia de economías terminaba en derroches; cuando aquel vivir en aislamiento concluía en turbante remolino de gente que entra y sale sin cesar; cuando a dos viejos se les toma del revés, como a las medias. Hasta su reumatismo casi crónico, tratado por un médico de veras, huyó del reciente esplendor y no se presentaba sino de cuando en cuando.

En presencia de las adulaciones que tanta gente prodiga ahora a Irurtia, en vista de la nueva casa, de los muebles, del coche, de todo aquel aparato ministerial, la admiración de Tomasa por Camilo subió a las nubes. Ya no se atrevía, sino en intimidad, a llamarlo Camilo a secas, ni a tutearlo. ¡Dios mío, quién iba a creerlo!

La desorbitación de Tomasa era bien comprensible. ¡Qué cambio!

Irurtia mudó de domicilio por tercera vez durante su ya dilatada existencia. Un ministro de Finanzas no podía vivir en el antro del usurero. Se fue al centro, a una de sus mejores casas, que hizo amueblar por el Estado, a no con gusto, con lujo.

El Estado paga asimismo los alquileres de aquella casa de Irurtia en que Irurtia vive; o mejor dicho, el propio don Camilo se cobró de antemano dos anualidades, no sin mayorar en tres o cuatro veces el alquiler.

De la noche a la mañana, las innúmeras fincas urbanas de Irurtia, desde los humildes ranchos hasta la casa solariega de las Agualonga, ya puesta a la moderna, fueron tomadas al asalto por inquilinos de buen voluntad, que no regateaban precio, más contentos mientras más acreciera el inquilinato, como gente dispuesta a dejarse robar. Eran ambicioncillos y aspirantes que discurrieron aquel ardid para entrar en relación, aunque fuese indirectamente, con un ministro de Hacienda que tanto influjo iba

granjeando en las esferas del Gobierno. El mismo Berroteran, con quien a menudo se entendían los aspirantes a inquilinos, aquel mismo cachazudo y zorrastrón Berroteran, había ascendido a personaje a quien se prodigan carantoñas y cuyos apretones de mano se agradecen.

La influencia de don Camilo, en efecto, subió y se dilató presto.

* * *

Inició don Camilo desde la primera semana de su ministerio un plan de economías que fue muy del agrado del presidente. El proyecto carecía de complicaciones, y por su misma sencillez era mejor comprendido por aquel primer magistrado, dispensador de todo bien, principio y fin, en su patria, de todas las cosas; amigo de economizar la fortuna pública para que aumentase con más rapidez su fortuna privada.

Consistía el proyecto de Irurtia en reducir a la mitad, y aun a la tercera parte, el sueldo de los empleados nacionales; acortar el presupuesto de Instrucción pública; impedir que se gastase ni un céntimo en comprar barcos de guerra, fusiles, cañones; suprimir, por inútiles, ministros diplomáticos de Venezuela en el exterior; anular, o casi casi, el presupuesto de Fomento. Nada de más telégrafos: ¡había tantos kilómetros de alambre aéreo! Nada de más ferrocarriles: que viajasen por las carreteras, deteniéndose en los villorrios, para que el pueblo de los villorrios viviese; el ferrocarril era enemigo de las aldeas y arruinaba a los pulperos del camino. Nada de provocar la inmigración: ella vendría por si misma cuando fuese necesaria; nada de Bancos Agrícolas: el comercio de las capitales, que prestaba y fiaba con tanta abnegación a los agricultores, se arruinaría. Había, además, que pechar la exportación: lo que produce el país y sale de él, debe dejar algo al Fisco. Había que crear fuentes de ingresos.

Don Camilo tenía ideas propias. El presidente las fue aprobando y prohijando a medida que las iba conociendo.

Con las reformas doncamilescas quedó asentada, sobre graníticas bases, la reputación de Irurtia como hacendista.

Pero no impuso don Camilo sus innovaciones sin luchar a brazo partido con los apóstoles del *statu quo*. Por fortuna, «el gran financista», como lo bautizó Andrés Rata, contaba con dos palancas, lo que no ocurrió a Arquímedes, y pudo desquiciar el mundo, su mundo. Aquellas palancas

de maravilla que no conoció Arquímedes eran el presidente y Aquiles Chicharra.

No sólo se enfrentaron a Irurtia los partidarios del *statu quo*, sino los que aspiraban a mejoras sin proporcionar el dinero para realizarlas. Unos y otros se confabularon contra don Camilo. En los diarios se expusieron varias teorías.

* * *

Cuando alguna hoja censuraba —¡oh, bien tímidamente!— la política económica de Irurtia, Andrés Rata saltaba, denodado, a la palestra.

Andrés Rata era sostenedor incondicional de los proyectos de Irurtia. «Los planes de este gran financista —escribía—, émulo de los más eminentes de Inglaterra y Francia, serán la salvación de la república... Aceptémoslos llenos de un ardiente patriotismo».

El Gabinete celebró una sesión histórica cuando Irurtia presentó sus primeros proyectos económicos.

Respecto a la reducción de sueldo a los empleados públicos, parecía ridículo a varios ministros el que un Gobierno se rodease de una corte de muertos de hambre.

—No, señores —opinaba Irurtia—; con lo que les asigno pueden vivir. Con menos he vivido yo.

Aquiles Chicharra lo apoyaba con resolución:

—Es necesario acabar con la empleomanía —vociferaba Aquiles—. El empleaducho que no esté contento, que se vaya a trabajar. Nuestros campos carecen de brazos.

Y el presidente, soñando ya en robarse las economías de Irurtia, afirmó:

—El dinero que se ahorra en empleados, se aprovechará para fomentar las industrias criollas.

Por lo demás, cada ministro defendía su ramo casi exclusivamente.

El de Instrucción, expuso:

—Sin Instrucción pública no existe ni puede existir un pueblo moderno. Ésta es la piedra angular del porvenir; formemos ciudadanos conscientes, si queremos tener patria.

Y el de Guerra:

—Si queremos tener patria, compremos fusiles, cañones, aeronaves, acorazados, submarinos; erijamos fortalezas; establezcamos arsenales; creemos un ejército formidable. Nuestros peligros son múltiples. ¿Cómo defenderemos nuestras vastísimas costas sin muchos, muchos submarinos, sin muchos buques de guerra y sin muchas minas flotantes? ¿Cómo defenderemos nuestra independencia contra los apetitos imperialistas de las grandes potencias sin ejército aguerrido y numeroso?

—¡Bah! —exclamó Irurtia—. Contra las grandes potencias nos defienden los Estados Unidos.

—¿Y quién, demonios, nos defiende contra el defensor?

—Eso es sutilizar mucho, señor ministro de la Guerra, —contestó Chicharra—. Los Estados Unidos, país que conozco bien por haber habitado tres meses y doce días en sus principales ciudades y adquirido allí la experiencia que poseo, los Estados Unidos, repito, afirmo y sostengo, no aspiran en la América latina a la dominación política, sino a la hegemonía comercial.

—¿Pero usted ignora, general Chicharra —exclamó el ministro de Relaciones Exteriores—, que aceptar esa hegemonía comercial es aceptar una forma de dependencia, y que la esclavitud comercial es precursora de la esclavitud política? Es más: la independencia de un pueblo es palabra vana si depende comercialmente y en absoluto de otro pueblo. Tanto vale que lo agarren a uno por el estómago como por el cuello. Por eso yo creo que, para defendernos contra los Estados Unidos, debemos crear intereses y relaciones de toda suerte con Europa y con Sur-América. Por eso no estoy por la supresión de diplomáticos.

—Ese dinero gastado en diplomáticos me parece absolutamente inútil —opinó el presidente.

—Así es —apoyó Chicharra sin dejar de concluir al magistrado y sin conocer, por tanto, el pensar de éste.

Cuando cesó la ruidosa y servil aprobación, el militarote de presidente pudo aclarar su idea:

—Es inútil el dinero que empleamos en diplomáticos. Para nuestras relaciones con las potencias me entiendo yo, aquí, en Caracas, con sus representantes.

La idea, era luminosa, digna del general presidente, recién salido de sus cavernas andinas y de la aprobación de Chicharra, el hombre de la famosa cuadrilla, el émulo de Panchito Alcántara.

El ministro de Relaciones Exteriores se creyó en el deber de protestar.

—No, general, ¡por Dios! Eso equivale a que Venezuela renuncie por propio querer a su entidad jurídica internacional; a que por nuestra voluntad propia nos reduzcamos a la categoría de los Protectorados, a los cuales se envían agentes, pero de los cuales no se aceptan representantes.

El presidente no lo entendía así y no hubo medio de convencerlo.

—Al que no esté de acuerdo con mi política y con la política económica del ministro Irurtia, cuyo proyecto apruebo en todas sus partes, no le queda sino un camino: renunciar y retirarse.

Aquello bastó. Se buscaron paliativos, se encontraron fórmulas de avenimiento, y todos, todos, todos, el ministro de Guerra, el de Instrucción, el de Relaciones Exteriores, todos aprobaron el proyecto de Irurtia y la política alterna, externa y eterna del general presidente.

* * *

Los pormenores de esa inolvidable sesión del Gabinete trascendieron al público, gracias a las confidencias de Chicharra.

Ante la opinión nacional, el prestigio de Irurtia fue subiendo hasta las nubes: «el maquiavelismo» y la previsión del ya famoso general don Aquiles Chicharra merecieron encomios sinceros. Cuanto al presidente, se le consideró desde entonces como a un personaje de ideas propias y de mucho carácter para sostenerlas.

El bien conquistado y merecido influjo de Irurtia con el presidente no hizo, al correr de los días, sino ganar en solidez; y reflejo de esa privanza, el prestigio de don Camilo entre áulicos y no áulicos acrecióse cada vez más.

En cortísimo tiempo fue Irurtia, después del presidente, el favorito de Caracas, el amo de la República. Sus palabras merecían comentarios y meditaciones aun de aquéllos a quienes no pudieran afectar. Se defería a sus pareceres; se encontró de buen gusto su sencillez en el vestir e higiénica su parquedad vegetariana en el comer. La gente hizo gala de acostarse con las gallinas y levantarse con la aurora, como Irurtia. La sobriedad se convirtió en virtud. La castidad mereció la ofrenda de todas las virilidades. En cuanto a la economía, tuvo altares. Éramos un pueblo de manirroto. ¡Qué lección daba a todos el gran financista! Había que ser económicos, como don Camilo Irurtia.

Sólo el prestigio del presidente supeditaba al de Irurtia. ¡Cómo sería el prestigio del presidente cuando el de Irurtia, por refracción, alcanzaba

aquellos límites!

* * *

Cierta mañana, muy de mañana —a eso de las ocho—, en la antesala de Irurtia aguardaban innúmeras personas.

Un portero galonado iba haciéndolas pasar, una a una, al gabinete donde el hacendista, sentado a su escritorio de palisandro, las recibía y despachaba en un dos por tres.

Los visitantes, al salir, alejábanse agradecidos, risueños, felices, repartiendo cortesías. ¡Acababan de hablar con Irurtia! ¡Irurtia les prometió tal o cual cosa!

A un momento dado, el ministro, por medio del portero, se excusó de no poder seguir dando audiencia. Mañana, a la misma hora, esperaría a los señores presentes. La nube de antesalistas, la turba de postulantes se desvaneció, suspirando o refunfuñando.

Quiso Irurtia quedarse solo, no por ocupación, sino por hastío. Aun no era hora de salir para el ministerio, ni llegaba todavía su correspondencia. Pero sintió cansancio de aquellos visitantes pedigüños: unos demandaban una cosa; otros, otra; pero todos exigían algo, todos pronunciaban los mismos discursos enfadosos, que ya se sabía de coro. No, no quiso seguir recibiendo. Deseaba libertad; un rato para sí, por lo menos en su casa, ya que en el ministerio no era posible. ¡Qué vida la suya ahora!

¡Estaba contento con la suerte! ¡Imposible explicarse cómo antes no arrimó el hombro a la política! Había perdido años preciosos de su vida vegetando como un parásito adherido al cuerpo social, en vez de servirle de cabeza o, por lo menos, de músculo. ¡Lástima! Se creía defraudado. Pero su satisfacción de ahora compensábalo, por intensa, de aquellas satisfacciones que no gozó y que pudo gozar desde la juventud.

Y estas dulzuras oficiales no consistían sólo en el placer generoso de contribuir desde un ministerio a la felicidad de sus compatriotas. En aquel continuo trasegar de oro, mil y mil piezas rubias se escurrían entre sus dedos y caían todas, como obedientes a un conjuro, a una totalidad, en la antigua caja fuerte, que Tomasa no se atrevía a tocar ni con el plumero, y que se conservó siempre cubierta de un venerable polvo.

¿Cómo arreglar los más descarados chanchullos, los más cínicos latrocinios? No en balde aprendió Camilo Iruetia la teneduría de libros y la aritmética parda. Sacaba, minucioso y concienzudo, sus cuentas para saber, por lo que sustrajo y apañó en cortos meses de inicio ministerial, lo que pudo pelear durante aquellos años que vivió sin percatarse de que existiesen ministerios de Hacienda en este bajo mundo. Se había robado a sí mismo. La idea de semejante pérdida amargaba su dulzura.

Otra gota de acíbar, incesantemente renovada, caía en su copa de poderoso adulado y feliz: Rosaura.

Rosaura no lo amaba; por lo menos no lo amaba como él ya soñó, como él deseó que Rosaura lo amase. Es cierto que convino en desposarlo; pero también es cierto que, aceptándolo por marido, Rosaura parecía más resignada que dichosa. El, hombre práctico, sabe de memoria que a su edad ni se alimentan ni se inspiran ciertas ilusiones; pero sabe también, como hombre práctico, cuando se le acoge con entusiasmo y cuándo se le sufre.

¡La idea de que Rosaura lo sufra no puede tolerarla! Amábala e iba a poseerla; nada debía importarle que ella lo amase o no lo amase a él. Sin embargo, sí; ¡si le importaba! ¿Por qué? Todos lo saben: el amor, compartido, es como aumenta... y como gusta. La naturaleza del amor lo obliga a nutrirse de amor, y si nuestro sentimiento amoroso no se nutre de un sentimiento análogo, que se despierta por simpatía en el ser amado, quéjase, duelese, padece y nos convierte en infelices.

¡Cuántas, cuántas se hubieran dado con un canto en los pechos por casarse con él! Ni insinuaciones ni avances escasearon durante los últimos meses. Y Rosaura no quererlo, o quererlo con frialdad, ¡jella, tan apasionada!; con altivez, ¡jella, tan mansa!; con resignación, ¡jella, que siempre gozó haciendo la dicha de los demás!

* * *

Razón tenía Iruetia en cavilar; razón en lamentarse en medio de sus prosperidades, como el pesimista y desiluso rey Salomón.

Su buen sentido, su olfato de las realidades, su juicio perspicaz de las cosas no lo abandonaron en el trance del amor, en trance en que la mayoría de los hombres pierde el juicio, el olfato y hasta aquel buen sentido o sentido común, que es el talento de los mediocres. Rosaura convino en

desposarlo; ¡pero a qué precio! La vida terminó para ella el día cuando aceptó; y ese mismo día, en ese mismo instante, comenzó una existencia de sombra, un vivir de infierno, de alma precita, todo crujir de dientes, todo llanto.

Cedió, en primer término, por instancias de Olga, que la apremiaba de día y de noche: sacrificábase por la sobrina. Olga lo exigía; ¿cómo no complacerla? ¿Cómo negarle aquel resto de existencia cuando la mejor de la juventud se lo había consagrado?

Andrés Rata la urgía también, poniéndola entre la espada y la pared, con argumentos de lisonja, ¡iba a ser la mujer de oro, la reina de Caracas, la dueña del país, tal vez la futura presidenta de la República! ¡Qué le importaba a ella el oro! ¡Qué le importaba ser presidenta, o reina, o señora adulada en una sociedad tan vil, ni aunque no lo fuera! Suspiraba sólo por una vida oscura, silente, cristiana, mientras llegaba la hora —¡y ojalá que llegase pronto!— de una buena muerte.

El general Chicharra no era el menos instante. Puso en juego a su esposa, a Tula, su primogénita; a sus demás hijas, a todo el mundo. Los recursos de su ingenio eran múltiples y de varia naturaleza.

La propia Alcira contribuyó, aunque indirectamente, seducida por Olga, engañada por Aquiles, adulada por Andrés Rata y con la injerencia cotidiana de la familia Chicharra.

Fue una conspiración en torno de Rosaura, una conjura contra su soltería, un asalto a su aislamiento, una trampa a su buena fe, un tocar somatén a su noble corazón. Protestó, lloró, suplicó: en vano. Nadie tuvo piedad. No pudo contra todos: sucumbió al fin. Desde entonces su pecho parecía acerico de puñales y era su rostro el de una Dolorosa.

Razón, pues, sobraba a Irurtia para no sentirse del todo satisfecho con aquella suerte de amor que inspiraba, con aquella mano que se le ofrecía, con aquella futura esposa trasojada, resignada, víctima de la vida y presa del dolor.

En su enamoramiento senil, casi retrospectivo; en su pasión de retardatario, Irurtia, a quien nada faltaba ahora, sino la alegría del corazón, la dulzura de la vejes, la sal de la vida, la familia, el hogar, suspiraba por lo que no tenía: por la consorte satisfecha y orgullosa del marido, por la mujer contenta que difunde en su torno calor de afecto, placidez de intimidad, la dicha doméstica.

Aquella Rosaura no se parecía a la Rosaura de sus sueños. Iba a llevar a su casa más bien una lágrima que un rayo de sol.

Lo sustrajo a sus pensamientos un golpecito respetuoso en la puerta. Era el secretario particular del señor ministro, que pedía permiso para entregarle un paquete de correspondencia.

* * *

Antes que abrir las cartas desplegó Irurtia los periódicos y fue repasando con la vista las hojas, en un ojeo de relámpago. Leía únicamente los títulos, y, cuando las había, las firmas. Sólo buscaba con interés su nombre en aquella confusión negra y blanca. Adquirió, con la práctica, una destreza increíble en aquella caza del nombre propio; y caía siempre sobre su nombre, en medio de la estepa gris de lo impreso, con la ágil voracidad de un cóndor, de un alfaneque, de un azor o de un neblis sobre la presa. Ya no le inspiraban aquella antigua pavora los periódicos: ¡cuánta miel podía deslizarse entre la tinta! Además, un ministro de Hacienda en Venezuela no le tiene miedo a nada.

Empezó, por último, a romper nemas y leer o semileer numerosas epístolas. Iba marcando unas con lápiz azul; otras, con lápiz rojo: dos o tres signos cabalísticos eran lo suficiente. El secretario sabía ya cómo corresponderlas, y para ello las fue clasificando.

Mientras el secretario se puso a ordenar la papelería, Irurtia, con una hoja delante de los ojos, se quedó meditabundo, como si aquella esquela suscitase algún recuerdo.

Era una carta de Cirilo Matamoros.

El pobre hombre suplicaba a don Camilo que no lo olvidase en la prisión. Toda su esperanza la tenía fincada en Irurtia, hoy todopoderoso. El proceso le costaba ya mucho dinero y no parecía cerca de concluir. La pulpería hubo que cerrarla de firme y entregar el pegujalito, en pago, a los acreedores, a aquellos malditos alemanes del comercio caraqueño, que no tuvieron para él, en la desgracia, la más mínima piedad. Don Camilo no sería como los vampiros alemanes: se condolería de la triste situación de Matamoros.

Después de la firma venía una postdata:

Mi mujer estuvo yendo casi todos los días, durante un mes, a su nueva casa de habitación, para impetrar el favor de usted, nuestro único paño de lágrimas. El portero no quiso dejarla pasar, ni siquiera quiso avisarle a

Tomasa. No culpo a nadie, sino a mi suerte, que es negra. No me olvide en mi desgracia, don Camilo.

Don Camilo tomó una pluma y escribió:

Amigo Matamoros:

He recibido su carta y se la contesto inmediatamente de mi puño y letra. Esto debe consolarlo y le hará ver cuánto lo estimo.

He hecho y seguiré haciendo cuanto puedo por usted, aunque en las últimas semanas, con motivo de un cúmulo de ocupaciones, lo he olvidado un poco. Pero usted, antes que en nada, debe tener confianza en los jueces y en la bondad de su causa.

No olvide que mi posición es muy delicada y que yo no tengo derecho para influir, en mi calidad de ministro, con ningún juez, sin exponerme a caer bajo el peso de las leyes, y sin desacreditar la administración que me honro en servir. Le repito: su causa es buena. Tenga absoluta confianza en la honorabilidad y rectitud de nuestros jueces.

Tomasa le manda un saludo, y yo soy su afectísimo amigo.

CAMILO IRURTIA.

Ya don Camilo iba conociendo la política. El famoso general Aquiles Chicharra no perdió su tiempo. De haber leído la contestación de Irurtia, el maestro no se hubiera avergonzado de su discípulo.

VIII

LA CHARADA

Dorado y cálido atardecer veraniego.

Abrillantaba el astro la cumbre de las colinas caraqueñas del Sur. Las quintas del Paraíso, entre jardines, a una y otra vera de la Avenida, se cuajan de mujeres. Las vegas del Guayre suavizan, con su aliento de campo, los últimos fuegos del día. El Guayre mismo exhala su frescura y se desliza bajo los puentes de hierro, furtivo y melancólico, recordando tal vez épocas mejores, cuando era personaje de más cuenta en la vida de la ciudad.

Por las aceras discurren los peatones con lentitud procesional, paseándose concienzudamente. La calzada es un cruce de coches. De innúmeras quintas parten sonrisas de mujer hacia una victoria elegante, a cuyo paso rinden los transeúntes, aquí y allá, sus más insinuantes destocadas. Es el presidente, el idolillo.

Poco más atrás otra victoria atrae sonrisas, aunque no tan expresivas, y sombrerozcos, aunque menos rendidos.

Allí van el ministro de Hacienda y el de Relaciones Interiores: Camilo Irurtia, muy cuco y peripuesto, y Aquiles Chicharra, muy repantigado y satisfecho.

—Vea usted lo que es el mundo, don Camilo —dijo de pronto Chicharra a su acompañante—. Hace poco ninguna de esas mujeres lo conocía a usted. Hoy todas le sonríen.

—Hablemos de cosas serias, general. ¿Sabe usted lo que se me ocurre? Que ni yo, por mis relaciones con Rosaura, ni usted por esposo de una Agualonga, debíamos andar de paseo cuando aún está reciente el duelo de Eufemia.

—¿Reciente? Por lo visto para usted no pasan los días, ni las semanas, ni los meses... Además, amigo Irurtia, nosotros somos hombres públicos; nos debemos a la Nación más que a la familia; estamos dispensados, en suma, de ciertas nimiedades.

Chicharra repartió dos o tres saludos más, a diestra y siniestra, y continuó hablando:

—A propósito de familia, óigame usted: Aquiles Chicharra no olvida a sus amigos, parientes y colaboradores. La consecuencia es una de las virtudes públicas y privadas de Aquiles Chicharra. O mejor dicho: entre los defectos de que acusan a Aquiles Chicharra sus múltiples y gratuitos enemigos, no puede mencionarse la inconsecuencia ni en el parentesco ni en la amistad.

Irurtia no comprendió adónde conducía aquel exordio. Chicharra, según su costumbre, tardó en irse al grano; pero a la postre, cuando ya no pudo extenderse más en su prólogo insulso, explayó su pensamiento.

Se trataba de recabar el apoyo de Irurtia para ver de conseguir un Consulado a Andrés Rata. Aunque los consulados después de la reforma quedaron reducidos en número y en sueldo, Chicharra quería cumplir a Olga la empeñada palabra y complacer a Andrés. Don Camilo, tan de casa de las Agualonga, debía sufragar a la candidatura del periodista.

—Pero usted anda por los cerros de Ubeda, general —repuso don Camilo—. Esa gente piensa en todo menos en consulados. Rosaura tampoco desea que Olga se ausente del país.

—No es posible. Andrés no hace otra cosa diariamente que impetrar mi intervención para que lo nombren cónsul en cualquier parte, aunque fuese en Haití; y como yo, además, prometí a Olga desde hace tiempo convertir a su esposo en personaje consular, deseo cumplir. La inconsecuencia en la amistad, en las relaciones de familia y en el compañerismo partidario, según lo he dicho ya, no es uno de los defectos de que puedan acusar a Aquiles Chicharra sus múltiples, gratuitos, odiosos y cobardes enemigos.

—Ahora no se trata de los enemigos, sino de los parientes de usted, general. Y le repito: usted anda descarriado. No quieren ser cónsules ni procónsules. Olga, en persona, me lo ha dicho cien veces.

—¡Esto es una charada! El uno me exige a mí, la otra le rehúsa a usted: ¡una charada! Lo mejor será que yo me entere. Veré a Olga, a quien no veo sabe Dios desde cuándo.

—Eso es lo más práctico: y ya sabiendo nosotros qué desean —como lo confesarán a usted, con quien tienen más confianza—, se tratará de obtenerse.

—Y Rosaura, si no quiera que Olga se vaya al extranjero, ¿no le ha exigido a usted otra cosa?

—¡Qué mal la conoce usted! Es incapaz de pedirme nada. Lo mejor es que Olga y Rata, de acuerdo, digan claro a qué aspiran.

Tenía ratón Irurtia.

Poco después, el hacendista se hizo conducir a su domicilio; y Chicharra, sin quehacer antes de la comida y aprovechando la ocasión, enderezóse a casa de Olga.

* * *

La charada existía, en efecto.

Olga, que soñó siempre con viajes y aventuras, quiso, antes de ser ministro Irurtia y Chicharra, un consulado para Andrés; para que Andrés fuese cónsul prestó su colaboración al famoso general, cuando el famoso baile. Andrés, por su parte, desde que Chicharra e Irurtia fueron ministros, ya no aspiró a ser cónsul. Su ambición ascendía. Hasta imaginó verse en alguna Aduana, como administrador o interventor. Se realizan tantos negocios en una Aduana y puede un funcionario de ese ramo, en breve tiempo, ¡hacerse tan rico! Pero los papeles se habían trocado: ya Andrés Rata no soñó con playas de mar ni arenas de oro en Venezuela, sino que urgía por un cargo en el extranjero, en cualquier parte, «aunque fuese en Haití», mientras que Olga, de espíritu errátil y enamorada de lo desconocido, empeñábase ahora en no salir de su tierruca por ningún respecto, así la empalasen.

Aquiles se propuso descifrar la charada, no por mera curiosidad, sino deseoso también de complacer al periodista, a quien tan oportunos servidos de prensa debía, quien se prestó siempre para todo con mansedumbre, y que tan útil podía serle en lo porvenir. De ahí el que Aquiles preconizara, en aquella ocasión, su consecuencia en la amistad. De ahí el que, al separarse de Irurtia, se dirigiera a casa de Olga.

Ésta convenció sin dificultad a Aquiles.

¿Irse? ¡Qué locura! Nadie lo comprendería mejor que el mismo Chicharra con su gran penetración. A él, un lince, un Maquiavelo, con ojos capaces de ver en la mayor tenebrosidad, como ojos de nictálope, y cerebro para dilucidar las más abstrusas cuestiones, ¡qué iba a escapársele la conveniencia de que Andrés y ella permaneciesen en Caracas! Primero, Irurtia. No había que fiarse en absoluto de don Camilo: era resbaladizo, escurridizo como un jabón; muy capaz, a última hora, viéndose adulado y poderoso, de hacer traición a su palabra y renunciar al matrimonio. Se perderían entonces todos los trabajos preparatorios, ¡y cuántas risueñas

esperanzas! Porque los ministerios pasan; y el dinero, la fortuna, el don Camilo de oro, queda.

Segunda razón, Andrés. Creía Chicharra, prudente, justo, equitativo, el que Andrés se fuese a morir de hambre al extranjero, o a vivir al día, como un pobre diablo cualquiera, como el bachiller Pedro o Juan, a quien nombran de cónsul sin más títulos que ser sobrino del primo de un señor que conoce a un ministro. Andrés prestó servicios de cuenta en el diarismo. Los estaba prestando. Los prestaría en lo futuro. Y todo de balde, por vocación, por diletantismo, por espíritu partidario. Y ahora, ¿iba a pagársele con un consulado? ¿Ahora, cuando tenía por ministro del Interior a su tío político el general Chicharra, una de las cabezas mejor organizadas de la República, uno de los estadistas más consecuentes del país?

Y no mencionaba a Irurtia, por novato en política e ignorar que en política unas son de cal y otras de arena. Pero el mismo Irurtia —ella estaba segura— tendería la mano a Andrés, para que Andrés escalase alguna posición, si no eminente, ventajosa, de acuerdo con su hoja de servicios gratuitos. Era claro: debían permanecer en Caracas.

Y aun silenciaba otro motivo de mucho, mucho peso: Rosaura. ¡Cómo abandonar a Rosaura, a quien ama como a una madre, cuando Rosaura muéstrase tan abatida después de la muerte de Eufemia! Había ido enflaqueciendo, enflaqueciendo, hasta parecer un cadáver; ella, antes tan regordeta. Lloraba sin interrupción, sufría a ojos vistas lo indecible; era infeliz. A Olga le parece que se reproduce el caso de Eufemia. ¡Cómo abandonarla en semejantes circunstancias! Sería monstruoso.

Chicharra quedó convencido.

—Te sobra razón, muchacha —le confesó—. Y yo que no pensé en nada de cuanto me dices. Más sabe el bruto en su casa que el sabio en la ajena.

Olga, sonriente por lo de bruto:

—Gracias, tío —le dijo.

—No, no; perdona, hija. Es un refrán. No pensé en tus cosas, porque la política me absorbe; los problemas del Estado acaparan mi tiempo y mi cerebro.

En ese instante penetró Andrés en la sala. Llegaba de la Redacción.

Aquiles se alegró mucho. Olga se alegró menos.

—Llegas a tiempo —expresó Chicharra—. Y descifremos la charada.

—¿Qué charada? —preguntó Andrés.

—¿No crees una charada, y una charada china, que son verdaderos rompecabezas, el que tú me pidas un consulado, mientras que Olga me exige que no te lo dé? Las razones de ella son buenas.

—Las mías también lo son.

—¡Ah! ¿No se ponen ustedes de acuerdo? —preguntó, chancista, el general—. ¿Tenemos sombras en el horizonte doméstico? ¡Bah, esas son nubecitas de verano! Un chubasco de lágrimas de parte de Olga, o unos cuantos truenos y rayos de parte de Andrés, y sanseacabó.

Los esposos protestaron. ¡Nubecitas de verano! Ni una sola. ¡Qué idea!

—Olga me expone sus razones para no salir por ahora de Venezuela. Me ha convencido. Pero no me ha dicho a qué aspiran ustedes.

—Un puesto en la Secretaría del presidente —intercaló Olga— tal vez convenga a Andrés.

—Yo no quiero secretarías.

—¿Una dirección de ministerio? —intervino Chicharra.

—Tampoco.

El general opinó que, de no avenirse ambos, difícil sería colocar a Andrés. Para cada cargo público había cuarenta candidatos antes de que el cargo vacase.

Entonces Andrés se ratificó en su aspiración consular. Por salud deseaba embarcarse. Necesitaba, además, para su espíritu, salir un poco de aquella caldeada atmósfera de odios políticos. Y, por remate, quería escribir una obra sobre *Los prohombres de la causa liberal en Venezuela*: para ello necesitaba irse al extranjero con sus papeles y pasar uno o dos años trabajando, lejos del tráfago diario del periodismo.

Semejantes motivos, máxime el último, parecieron de mucha entidad al famoso Aquiles. En mientes recorrió sus datos biográficos y se dispuso a escribirlos y entregárselos a Andrés. Ya se veía Chicharra entre el general Guzmán Blanco y el abogado Andueza Palacio, no lejos de don Vicente Amengual, en la galería de notabilidades del liberalismo venezolano.

Así, después de haber suscrito a las razones de Olga, suscribió a las razones de Andrés. Estaba de acuerdo con ambos. Ambos quedaron descontentos.

—¡Veleta! —le dijo Olga, sonriéndose.

Y sonriéndose le dijo Andrés:

—¡Veleta!

Chicharra salió engañado por Olga y engañado por Andrés. Ni el uno ni la otra le dijeron pizca de verdad.

* * *

Olga quería permanecer en Caracas porque estaba enamorada; Andrés quería partir porque estaba celoso.

La culpa la tenía el torero, aquel español de rostro glabro y sombrero calañés con quien Chicharra cruzóse un día en el zaguán de Andrés Rata.

Éste conocía los recios pitones con que la esposa se puso a engalanarle. De no sentirlos por sí propio, no faltó quien le presentase espejos.

Recibió cien anuncios anónimos; los amigos le espetaban indirectas; los periódicos adversos le disparaban pullas buidas, y los caricaturistas empezaron a figurarlo brevicórneo, con los rizos de la frente como al desgaire, levantados y en punta, semejantes a rabitos de alacrán, o más bien a cuernecillos de ternero. Aquel poetastro participaba por el canto del ave y por los cuernas del ciervo: era un poeta elafórnito. Si hubiera sido capaz de engendrar, habría dado ser a un onotauro. Todo Caracas sabía aquello, menos el perspicaz Aquiles.

Carecía Andrés Rata de valor para impedir al bárbaro de torero que continuase sus relaciones con Olga, o bien para lavar la afrenta con sangre; y carecía de carácter para imponerse a Olga. Optó por la fuga, por salir de Venezuela con su mujer.

El tiempo no limaría sus cuernos, pero obraría tal vez el milagro de que Caracas los olvidase, o, por lo menos, de que, habituándose, ya no enjorquinara la reputación del marido, ni acribillase a saetas al minotaurizado, ni le pusiere, como hilarante novedad de las caricaturas, aquellos rabitos de alacrán en las sienes.

A fin de propiciarse a Chicharra, cuya estúpida vanidad conocía, y para que Chicharra solicitase el Consulado, discurrió aquella estratagema sobre los prohombres liberales. Jamás pensó en escribir tal obra, «¡Prohombres!...» —pensaba—. «¡Cochinos!... ¡Ahora me dejan cara a cara con mi vergüenza! ¡Que les redacten apologías los toreadores de España!».

Cuanto a Olga, sentíase enamorada de veras, enamorada como nunca, enamorada loca.

Vio al torero *Fetico* por la primera vez en el circo, una tarde de corrida. La prestancia del gladiador, vestido de luces, hizo dar un vuelco al corazón

de la pizpireta. Volvió a la plaza otras tardes de fiesta y se despalmó aplaudiendo al espada.

Pero murió Eufemia y ya Olga no pudo asistir a más corridas.

¡Lástima! Los billetes los enviaban a la Redacción de Andrés, gratis. Por fortuna existe sobre la tierra la casualidad, esa buena diosa. Fue Olga un día en casa de su modista —una española— a probarse un traje de luto para el duelo de Eufemia, y allí encontró al espada, tan sevillano como la costurera y, desde España, su amigo.

Con tanto ardor encomió Olga el arte del matador, mientras le ensayaban el traje que, al salir, la modista creyó complacer a la cliente diciéndole al torero:

—*Feúco*, la señora es una grande admiradora de usted.

El torero gruñó algo, respetuoso y confuso; pero Olga le echó una mirada, una sola, de esas que rinden a un hombre las enaguas.

Aquello bastó.

Se encontraron de nuevo una y otra vez, como a la ventura, en cara de la servicial y complaciente costurera española. Después se vieron en otras partes.

Llegó el Carnaval. Ella dijo al marido, una tarde, que iba en casa de las Agualonga; pero la estaba ya aguardando el toreador con coche y disfraces listos. Jugaron Carnaval de lo lindo, hasta con Andrés Rata, a quien toparon en el corso.

Aquel torero, más bestia que sus toros y más enérgico, apenas sabía sino mugir; pero su másculo carácter dominó a la dominadora. Por la primen vez de su vida Olga conoció el amor de un hombre de intensa varonía, de un garañón, de un macho; y por primera vez rindió su voluntad... Aquel mozote bruto y brutal se impuso a la dorada pantera razonadora, de cuerpo lindo y alma horrenda.

Feúco, conocedor, por Olga, de los apremios consulares de Rata, hizo jurar a su barragana que ésta no se ausentaría de Caracas mientras él torease allí. *Feúco*, belitre vanidoso, quería lucir su conquista. Aspiraba también a que Olga partiese con él para Méjico, adonde marcharía cuando concluyese su contrato de Caracas.

—En eso no te complazco, *Feúco* —le decía Olga.

Y *Feúco* respondía:

—Bueno: me iré solo.

Entretanto, ni Andrés Rata, ni Aquiles Chicharra, ni Camilo Iruirtia, ni Mandinga en persona eran bastante influyentes para obtener que Olga se ausentase de Caracas desprendiéndose de los brazos del espada *Feúco*.

IX

EL NEGOCIO DE ACTEÓN

Cuando Irurtia se presentó en el Teatro Municipal aquella noche, a eso de las nueve, un trueno de aplausos saludó su presencia. El gallinero se rompía las manos batiendo entusiastas palmas a Irurtia. En el patio, los hombres se pusieron en pie. En los palcos, las mujeres clavaban los binóculos en el recién llegado ministro.

—¿Qué ocurre? —preguntó cierto rubicundo moscovita que la víspera desembarcara en La Guaira—. ¿Por qué tan unánime entusiasmo a la presencia de ese hombre? ¿Es el jefe del Estado? ¿Es algún general triunfador de enemigos extranjeros? ¿Ha obrado algún máximo beneficio en pro de su país?

—Es simplemente —le respondieron— un antiguo agiotista, ahora ministro de Hacienda y Crédito Público. Pero, hoy por hoy es, después del presidente, el hombre más poderoso. Es también la única esperanza de este país.

—¿La única esperanza?

Hubo que explicarle.

El presidente, sujeto cruel y rapaz, representante de la barbarocrasia soldadesca, ejercía, apoyándose en los más podridos y retardatarios elementos de la República, más que un gobierno civil, una dictadura casi militar. Los áulicos de Caracas, los bárbaros de las montañas, los siervos de todo el país lo adoraban de hinojos como a un ídolo; de igual suerte adorábanlo cuantos bribones imaginaban monopolios, y cuantos los explotaban, todos los hijos del fraude, todos los padres del peculado, todos los veteranos de crímenes políticos: los que tenían las manos y la conciencia sucias, los sin escrúpulos y los sin vergüenzas. En cambio, sentía por él un odio disimulado, pero intenso, la parte sana del país, los hombres de trabajo, los de estudio y los de decoro. Y el pueblo lo aborrecía sin disimulo, a pecho y cara descubiertos.

Por uno de tantos caprichos de su temperamento de neurótico, el presidente resolvió retirarse a la vida privada, en el campo, durante varios

meses.

Era vicepresidente, y como tal quedó, según las leyes, en ejercicio del Gobierno, el más fiel de los seides del autócrata, un antiguo jifero del Táchira, enriquecido y levantado a la sombra de su patrón. La República no lo odiaba tanto como al presidente; pero lo despreciaba mucho más.

El presidente poseía, en medio de sus defectos, auténticas virtudes, como el valor y como el patriotismo, un patriotismo *sui generis*, pero innegable. El vicepresidente, llamado Juan Bisonte, no poseía brillo alguno: su inteligencia era la de un topo; su hipocresía, la de un jesuita; su vileza, la de una proxeneta; su corazón, el de un esclavo; su cobardía, la de un jenízaro hermafrodita. No tenía más dios que el dinero, ni más sed que la de oro, ni más virtud que la fidelidad a su protector el presidente.

Éste lo conocía como el hombre más incapaz y lo despreciaba como al más ruin de sus lacayos. Por eso, aunque dejándolo, según el mandato legislativo, por jefe nominal del Gobierno, el magistrado llevó a Irurtia al Palacio presidencial de Miraflores, lo instaló allí como su representante y lo impuso como director real del Ejecutivo y cabeza responsable.

Irurtia quedó como perilla de la Administración; el otro, como perillán.

Irurtia, pues, el antiguo agiotista, era el verdadero presidente de la República.

El extranjero a quien se daban aquellos pormenores de política venezolana dijo entonces:

—¿Pero la presidencia de la República inspira por sí tanto respeto en Venezuela que así aplaudan al que la ejerce, aunque sea un descocado agiotista?

—No, no es eso.

—Y entonces, ¿qué es?

La cuestión era complicada. Le explicaron de nuevo.

Se odiaba al presidente, se despreciaba al vicepresidente y se quería salir de ambos. Aplaudiendo a Irurtia, haciéndolo candongas y garatusas, tratábase de despertar en él la ambición del mando supremo. Ninguno mejor que Irurtia, por su actual situación y por su riqueza, para dar un golpe de Estado, derrocar a los que usufructúan el Poder, y alzarse, con el beneplácito de todos, hasta el solio de presidente. Cien elementos de conjura lo estaban ya rodeando y dirigiendo. Aquellos aplausos eran una recepción de comparsas, preparada en la sombra por hábiles maestros de la política venezolana.

Camilo Irurtia, ayer agiotista menospreciado, corpúsculo social sin nombre ni más valía que la de sus ocultos talegos, era el hombre más poderoso, el más adulado, el más feliz, árbitro de la República y su mis bella esperanza.

* * *

Cuando Andrés Rata regresó a su hogar, después de haber presenciado la apoteosis de Irurtia, padeció horas de infortunio, las más negras de su vida de adulón profesional. ¡Pobre periodista de alquiler!

Su mujer no estaba allí.

En la mesita de noche, una esquila corta y trágica explicaba la ausencia. Olga le decía en aquellas líneas que huía con un hombre, con un hombre de veras, en busca de la felicidad que él no supo darle.

Andrés Rata, nervioso, no pudo conciliar el sueño durante la noche.

Con el alba estuvo en Miraflores. Cuando abrieron las puertas, entró, antes que el panadero y el lechero.

Irurtia no se había levantado aún y Andrés Rata permaneció cerca de dos horas, pálido, cariacontecido, taciturno, en el corredor desierto, esperando que el ministro pudiera recibirlo. Ya Irurtia no salía de su dormitorio al amanecer, como antes.

Cuando Irurtia supo la fuga de Olga, se llevó las manos a la cabeza:

—Pero esa criatura es una loca. Las salpicaduras de ese lodo llegaron, probablemente, hasta mí. Rosaura va a morir de vergüenza y dolor.

Andrés suplicó para que la detuviesen en La Guaira. Irurtia telefoneó de allí mismo, en persona.

El torero *Fetico* —le contestaron— acababa de partir, acompañado de una dama a quien no conocían, por un vapor que zarpó a las siete de la mañana con rumbo a Cuba y a Méjico.

—Yo no puedo permanecer en Caracas —gimoteó Andrés Rata—. ¡Figúrese usted cómo se cebarán en mi infortunio los enemigos!

Y pidió un Consulado cualquiera.

—Antes de mediodía —le repuso Irurtia— tendrá usted en su casa el nombramiento. Le haré asimismo enviar su viático y sueldos adelantados por cinco o seis meses. Váyase volando. Si de aquí a la noche sale algún vapor, parta hoy mismo. Si no, mañana, por la Mala Real. Adiós, escribame.

Cuando Andrés se restituyó a su domicilio, se puso a arreglar, con los objetos más necesarios, un baúl y una valija; escribió a un hermano para que deshiciese la casa y arreglase los asuntos pendientes. Esa misma tarde partió en un vapor holandés.

Con sueño por el desvelo de la noche precedente, aquella noche, a bordo, durmió como un bendito. Al día siguiente se levantó, matinal; y apenas concluyó el desayuno, se puso a escribir un poema contra su mujer llamándola traidora.

Desde entonces, ¿qué hizo el minotauro sino cantar sus cuernos, llamar pérftida a la esposa en redondillas hebenes y explotar la compasión que inspira a los incautos? Su desgracia ha sido su negocio. Si de algún escritor puede decirse que ha vivido de su cabeza, es de Andrés Rata.



Rufino Blanco Fombona (Caracas, Venezuela, 17 de junio de 1874 - Buenos Aires, Argentina, 16 de octubre de 1944). Escritor, diplomático y editor venezolano, figura entre los nombres estelares de la literatura hispanoamericana de la primera mitad del siglo XX. Tuvo un rol importante llevando las obras de autores latinoamericanos a reconocimiento mundial.

Se le incorporó como Miembro de la Academia Nacional de la Historia. Ejerció cargos públicos como la Presidencia del estado Miranda; Ministro Plenipotenciario de Venezuela ante Uruguay, Cónsul en Estados Unidos y Embajador en Holanda.

El narrador publicista que podía llegar al panfleto y al insulto, el ensayista de la historia la cual empleaba con exitosos fines polémicos, el agudísimo crítico, coincidían todos unificados en el hombre vitalísimo y enérgico que fue.

Fue nominado seis veces al premio nobel de literatura. Sus restos reposan en el Panteón Nacional de Venezuela.

Notas

[¹] Histórico. Oído por el autor de estas páginas, en La Victoria, al señor Manuel M. Azpurúa, cuñado de Alcantarilla. <<